


LA QUINTA VICTIMA



Un investigador obsesionado
invade la mente de un asesino
en serie.

LUCILA CASTRO DIAZ

LUCILA CASTRO DÍAZ

LA QUINTA VÍCTIMA

Mateo Braun

Sábado, 16 de junio de 1984.

9:05 a.m.

Al llegar arriba paso sutilmente por debajo de la cinta policial que cerraba el perímetro, el pasillo estaba totalmente alborotado por los vecinos curiosos, miró a su alrededor y escuchó a unas mujeres que rezaban en voz alta mientras sostenían un rosario y pasaban las cuentas con sus dedos temblorosos, la puerta del departamento 2 A estaba abierta, Mateo saludaba con un gesto de cabeza a todos los que salían, ingresó despacio intentando esquivar a dos agentes de la policía, al fin atravesó el umbral de la puerta, algo macabro flotaba en el ambiente, la ventana de la sala principal enseñaba que afuera llovía intensamente, notó que un policía salió de la habitación y vomitó a un costado de la puerta, aprovechando esto Mateo entró a la alcoba de la víctima, lo primero que percibió fue un fuerte olor a cloro, todo estaba en penumbras, dos velas encendidas la iluminaban, una sábana blanca cubría su cuerpo desnudo hasta debajo de sus brazos, tenía el cabello prolijamente extendido por la almohada, parecía estar húmedo, dos mechones de color negro descansaban sobre sus hombros, sus manos estaban entrelazadas, un detalle en sus uñas llamó su atención, estaban pintadas de un color rosa pálido, se inclinó para poder oler si habían sido esmaltadas recientemente. Su boca cerrada enseñaba unos contorneados y gruesos labios que parecían blancos, apenas un tono grisáceo marcaban las comisuras de su boca, su piel estaba pálida, daba el aspecto de que había perdido mucha sangre, su nariz era pequeña pero recta, sus ojos estaban cubiertos por una venda prolijamente puesta que daba la vuelta por su cabeza por debajo del pelo, no podía apartar su mirada del cadáver.

Mateo se acercó más a ella para observarla detenidamente, su cuello enseñaba hematomas típicos de haber sido estrangulada. En ambos lados de la cama habían unas mesas de luz de color verde algo despintadas, sobre una de ellas había una fotografía de Virginia Ledesma, la mujer que yacía ahora

muerta en su cama, la mostraba sonriendo, se veía radiante y llena de vida, junto al portarretratos una vela encendida, sobre la otra mesa de luz, un reloj despertador, una vela blanca casi por terminar de consumirse sobre un plato azul junto a un frasco de perfume y un cepillo, la vela indicaba que el asesino la pudo encender unos minutos antes de marcharse, como si comenzara el conocido ritual de velar a los muertos, o como si terminara su macabro rito. Quizás llevaba muerta unas cuatro horas, los ojos ansiosos de Mateo no dejaban de observarla, se preguntaba una y otra vez, ¿era Virginia Ledesma la quinta víctima del estrangulador nocturno?

Toda la habitación olía a desinfectante, miró el piso mojado y en un costado contra la pared vio unos zapatos rojos de tacón alto, verla era lúgubramente hermoso, casi como admirar una fotografía en una exposición de arte oscuro, se dio cuenta que estaba solo con el cadáver de la mujer. Mateo Braun no podía dejar de mirarla, había algo familiar en ella que lo deslumbró de una manera escalofriante, guardó su anotador y su lápiz y agarró la cámara fotográfica mirando hacia todos lados, estaba dentro de su bolso que cruzaba por su pecho, apuntó y disparó cinco veces antes de ser lanzado al piso por dos agentes de la policía que, al ver el flash, se dieron cuenta que un periodista se había infiltrado para hacer una toma de la escena del crimen, él no forcejeó con ellos, mientras lo levantaban del piso, siguió disparando su cámara, el flash iluminaba a la víctima mientras lo sacaban de la habitación.

Ángela Meyer

Sábado, 16 de junio de 1984.

12:30 p.m.

Diario Intimo

Esta mañana el reloj despertador se quedó repiqueteando por más de cuarenta minutos, reproduciendo ese fastidioso pitido, es extraño ya que es sábado y debería irse a trabajar, los días sábados Virginia trabaja hasta el mediodía, pero no lo apagó como de costumbre. Los policías llamaron a mi puerta cerca de las ocho y treinta, me informaron que la muchacha del departamento 2 A, Virginia Ledesma había sido asesinada durante madrugada... ¿Ella en verdad está muerta? Me pregunté asustada, no puede ser real. Su rutina era simple y la conozco a la perfección, hace siete meses que vivo en el 2 B, sé que cada día se despierta cerca de las siete y cuarto, deja

repiquetear el reloj despertador durante aproximadamente diez minutos, se da una ducha muy rápida y se sienta frente al espejo, a Virginia le gusta usar el color rojo intenso para sus labios, se pone demasiada máscara negra para las pestañas porque son algo cortas, se viste siempre con faldas por debajo de la rodilla pero parece que son dos tallas menos porque le quedan demasiado ajustadas, le gusta enseñar sus curvas, peina no más de cinco minutos su negro y ondulado cabello y lo ata en un rodete por el medio de su cabeza.

Virginia tiene treinta y cinco años pero luce diez años menos, antes de irse sale a la terraza y se fuma un cigarrillo mentolado mirando el cielo, se apoya en el barandal y produce un sonido bastante molesto mientras que juega con su tacón sobre el piso, después entra y se echa en el cuello un perfume barato imitación del chanel N° 5, deja el ascensor impregnado de ese aroma para muchos exquisito, a mí me desagrada un poco, se pide un café para llevar en el bar de la esquina y camina las ocho cuadras hasta la oficina donde trabaja como secretaria, el estudio jurídico Méndez y asociados, tiene un exagerado cartel que dice, “ Nos especializamos en Accidentes de tránsito.”

Todos los días es la misma rutina, sin contar que todos los viernes y sábados tiene sexo y grita sus orgasmos a todos los vecinos, supe hace poco que ella es la amante de un tipo viejo, al parecer se enamoró como loca, aunque no sé su nombre, por supuesto todos saben que él no es con el único que tiene un romance. Esta mañana no supe responderles correctamente a los policías, estaba algo nerviosa y había olvidado ciertos detalles que quizás hubieran ayudado para la investigación de su asesinato, Virginia Ledesma era una mujer algo diferente al resto, ayer en la noche hablé con ella por primera vez desde que vivo aquí, quizás fui la última persona en verla con vida, esta ciudad no es para mí, la gente se vuelve hormiga y todos siempre están apurados.

Eva Bonnet

Cuidad de Santa María. Buenos Aires

Sábado, 16 de junio 1984.

10:35 am

Se encontraba de pie en el umbral de la puerta del dormitorio, en sus manos tenía unas mancuernas y no dejaba de hacer fuerza mientras se mordía el labio inferior, tenía la mirada fija en el televisor, el noticiero informaba que

la policía había hallado muerta a una mujer en su departamento, ¿quizás se trataba de la quinta víctima del estrangulador nocturno? Su nombre era Virginia Ledesma, una secretaria, quien según el noticiero fue hallada por un amigo el cual acudió a su departamento cerca de las 7:30 a.m. Apagó el televisor, se dio una ducha rápida, agarró del armario el primer pantalón que encontró, era uno jeans que en algún momento habían sido negros, una camiseta del mismo color cuyas letras blancas en medio del pecho decían “suicide girl” había sido escrita por ella misma con un esténcil, arriba se puso su campera de cuero, bebió un trago de ron directo del pico, agarró su bolso y salió de la casa. Todas la mañanas desayunaba en el mismo bar, a unas seis cuadras de su domicilio, aquel día se sentía un poco irritada, le molestaba bastante el asesinato de una mujer, era inevitable sentir durante algunos minutos un odio profundo hacia los hombres maltratadores, violadores o asesinos de mujeres, cuando llegó a la esquina comenzó a llover, pero Eva detestaba usar paraguas y la siguiente cuadra la caminó con prisa bajo la lluvia, aquella ciudad la humedad y las lluvias contestes eran comunes, los bares siempre estaban poblados de personas esperando que las tormentas cedieran un poco.

Cuando ingresó al bar notó que había más gente que lo habitual, algo que no era del todo su gusto, prefería los lugares pocos concurridos para establecer conversación con los empleados, fue hasta la barra y saludo a la camarera con un beso en la magilla, algunas personas la miraron por su vestimenta negra, Eva se sentó en el mismo lugar de siempre, junto a la ventana que daba a la calle, primero se pedía un vaso de jugo de naranja y un omelete que nunca se terminaba, sacaba su cuaderno o un libro y solicitaba a la camarera un café con tía maría. Aquella mañana frente a ella estaba sentada una mujer de unos cuarenta años de cabello corto con una niña de menos de diez años, ambas comían una hamburguesa con queso doble, Eva escuchaba que cada tanto la mujer trataba mal a la niña. Cuando notó que le gritó que era una tonta inservible y buena para nada, se quedó contemplándola pensativamente esperando una reacción dañina de la madre hacía la niña, presentía que en cualquier momento algo sucedería.

—Cuando lleguemos a casa te muelo a golpes. —Le dijo la mujer a la niña sosteniéndole la muñeca con fuerza, sólo porque a su pequeña se le había dado vuelta el vaso con gaseosa sobre la mesa.

Eva comenzó a sentirse irritada y acalorada, deslizó la mirada lentamente

hacia la mujer que acababa de amenazar a su hija, no era su problema pero de todos modos haría algo, la niña comenzó a sollozar, entonces Eva se puso de pie y se acercó a ellas.

—Disculpe, señora. —Dijo sentándose junto a la mujer. —Debo decirle algo que quizás no le guste, pero no soporto presenciar ningún tipo de maltrato, mucho menos a una niña. ¿Sabe algo? Hay quienes dan golpes a sus hijos diciendo que los están educando cuando lo cierto es que están desahogando sus frustraciones, claro está que si usted lo desea antes de ponerle una mano encima a la niña otra vez puede visitarme en mi casa así yo me desquitó con usted mis frustraciones, sepa que sólo nos separan dos calles. —Le dijo Eva mirándola muy de cerca, la mujer la miró con miedo. —Tu madre y yo ya somos como amigas, somos vecinas, vivo a dos cuadras de tu casa ¿Cuál es tu nombre? —Le preguntó Eva a la niña.

—Verónica. —Respondió la niña con miedo mirando a su madre.

La mujer se levantó de la silla y sin decir nada se retiraron del bar.

—Otra vez espantando a los clientes Eva. —Le dijo la camarera sonriendo.

—Como que mi nombre es Eva que si la encuentro sola en la calle terminaremos mal. —Dijo Eva recogiendo sus cosas de la mesa.

—Deja de meterte en problemas.. —Dijo la camarera.

—Se notaba que la nena estaba feliz porque puse en su lugar a su maldita madre. —sonriendo, le entregó un billete para pagar su desayuno

—Quédate con el cambio.

—Gracias Eva. ¿Y cuándo vas a tocar alguna melodía para mí? Siempre te veo cargar el violín pero nunca te escuche. —Le dijo la camarera.

—En otra ocasión, hasta mañana Juana, mándale saludos a tu nene, tengo cita con un loquero y no quiero llegar tarde. —Dijo Eva saliendo.

Eva no lograba dormir en las noches, sufría de terrores nocturnos, sentía que los viejos fantasmas del pasado regresaban otra vez para nublar su futuro, pero estaba decidida a enfrentarlos esta vez, no iba caer sin luchar primero, realizar terapia con el psicólogo Darío Sáenz a quien conoció por un anuncio en el diario local, era mejor que volver a terapia con el Dr. Menéndez, director del establecimiento donde había estado internada.

Darío Sáenz

Ciudad de Santa María. Buenos Aires

Sábado, 16 de junio de 1984. 11:25 am

La lluvia había cedido, el cielo relampagueaba bajo unas espesas y densas nubes negras, miraba detenidamente por la ventana, sostenía entre sus manos una taza, a sus espaldas el televisor encendido iluminaba tenuemente el consultorio, se escuchaba el noticiero, una vecina hablaba sobre Virginia Ledesma en cámara, la mujer asesinada en la capital. Sopló suavemente el vapor que despedía la taza y dio un pequeño sorbo al café, Darío bebía demasiado café y fumaba en exceso, esperaba a su nueva paciente, Eva Bonnet, la chica había pasado un año en el hospital psiquiátrico “Leonardo Meyer” de la ciudad Santa María, en el año 1973 debido a un brote de ira. Se encendió un cigarrillo y abrió un lado del ventanal para exhalar el humo hacia fuera, el aroma a la madre selva bañada por la lluvia inundó su consultorio, un relámpago estalló e instintivamente miró el cielo, apagó la televisión y se sentó cómodamente, Darío vivía solo en una modesta casa ubicada en el centro de la ciudad, aún no había contraído matrimonio ni tenía novia, le interesaba más su carrera, atendía a sus pacientes en un consultorio que daba a la calle.

—Adelante. —Dijo al escuchar que tocaron a su puerta apagando la colilla de su cigarrillo, el cenicero estaba repleto.

—Le traje el expediente que me solicitó, llegó esta mañana. —Le dijo la enfermera que trabajaba para él.

—Gracias Julia, en cuanto llegue la paciente hágala pasar, la señora de las 11:30 no va a venir. —Dijo acomodándose en la silla y abriendo la carpeta, le gustaba informarse bien antes de atender por primera vez a un paciente.

Sabía que le esperaba un día igual a los otros, la mayoría eran similares, su rutina era escuchar atentamente a sus pacientes quejarse y acto seguido verlos llorar, él debía de hurgar en los recuerdos, lo típico de su día en el consultorio era escuchar al Sr. Márquez maldiciendo a su madre, a Damián Lombardo que se travestía a escondidas de su esposa, a la empleada de la farmacia y sus heridas emocionales provocadas por su padre alcohólico, a la Sra. Sánchez que una vez más le contaría la misma historia de cuando su esposo le fue infiel con la muchacha de la verdulería, su voz aguda y penetrante en tonos altos mientras se quejaba de sus hijos y nietos, ella siempre tenía por qué quejarse. La palabra madre y padre prácticamente la escuchaba unas veinte veces en cada sesión, de diferentes personas y voces, como si todos se pusieran de acuerdo, todos tienen algún trauma o fascinación

por su madreo por su padre. Darío estaba acostumbrado a escuchar sobre madres crueles, sexualmente activas, otras fallecidas que seguían vivas para sus hijos, otras que sus hijos querían matar, madrastras malvadas, aunque la palabra hijo era también muy recurrente, sobre todo hijo adolescente, hijos demasiados buenos, otros extremadamente malos, madres e hijos era para Darío el tema que escuchaba día tras día en su consultorio. En ocasiones anhelaba que alguno de sus pacientes respirara hondamente para olvidarse por un instante de la rabia que los dominaba o lograsen comprender que en realidad esa furia era hacia ellos mismos.

Esperaba que Eva Bonnet hablara de su madre, comenzó a leer el expediente, nada lo sorprendía en materia psiquiátrica, leyó el diagnóstico del psiquiatra del Hospital Meyer y prosiguió con la lectura del expediente policial, casi logró visualizar los acontecimientos que la habían destinado al neuropsiquiátrico a medida que recorría las páginas.

El lunes 5 de Julio de 1973. En la ciudad de Santa María, terminal de trenes, la policía arrestó a una mujer por agredir físicamente a un hombre que acaba de robar la cartera a una mujer de setenta años, llamada Cáliz Ruiz, el asaltante fue lanzado al piso a metros del lugar donde fue atacada la Sra. Ruiz, por Eva Bonnet de dieciocho años, la chica mordió en el rostro al ladrón y comenzó a golpearlo dándole puntapiés en el abdomen, se necesitaron dos policías para someterla.

CAPITULO 1

Ángela

Tres días antes del homicidio.

Miércoles, 13 de junio 1984.

5:14 PM.

Alzó la cabeza para contemplar el cielo gris de aquella tarde de invierno, miró a su alrededor, a unos pocos metros notó la figura de un hombre, estaba apoyado contra un árbol, a lo lejos se veía como una sombra ya que llevaba puesto un largo abrigo negro, Ángela al verlo enseguida se dio media vuelta, no supo si ir hasta él o quedarse de pie frente al cajón próximo al descenso, el hombre le hizo un gesto corto con la mano en señal de saludo, ella regresó su mirada a la profundidad de la tierra, no estaba segura de acercarse para saludarlo, sólo pensaba en que quizás su abuela estaría a su lado en espíritu, por eso la cantidad de coronas y flores rojas que le había comprado. Alicia Meyer adoraba las rosas rojas, siete docenas de estas flores formaban un corazón y en medio un lazo que decía “Alicia Meyer vivirás por siempre en mí”. Mientras el sacerdote pedía por el descanso de su alma, ella pensó en sus palabras, Ángela no era para nada católica y aunque le resultara estúpido su sermón, ya lo había pagado, quería despedir a su querida abuela como lo merece una persona devota, se sentía vacía por dentro, como si ya nada pudiera lastimarla, para ella la muerte era el fin ineludible de toda vida orgánica en la tierra, pero desde el punto de vista cristiano, la muerte de una persona no es un hecho normal o preciso, era el resultado de la desobediencia de nuestros antepasados.

—De la tierra eres y a ella volverás. —Dijo el cura. Su voz áspera no logró conmoverla ni un poco, cerrando la biblia él despidió a Ángela, ella se quedó sola, echó un puñado de tierra sobre el ataúd y se quedó observando como la cubrían los sepultureros, a un costado estaba la tumba de su abuelo y pensó que Alicia estaría reposando entre dos personas muy amadas, su esposo y su hija, se inclinó sobre la tumba de Sofía Meyer para dejarle una rosa, — No me olvides, tía.. —Dijo entre susurros, se levantó y comenzó a caminar hacia la salida, el hombre de negro que presenciaba el entierro desde lejos ya

no estaba. En los angostos caminos de asfalto forrados por una espesa alfombra de hojas secas, Ángela se cruzó con una anciana en silla de ruedas, llevaba un hermoso ramo de flores sobre sus piernas, era guiada por una muchacha, ambas la miraron y le brindaron una tenue sonrisa, Ángela siguió su camino.

La noche del Homicidio del Virginia Ledesma.

Sábado, 16 de junio 1984.

Madrugada 4:00 am.

El sonido de un golpe irrumpió en la noche, fue como si algún objeto de vidrio se hubiera caído sobre el piso, Ángela abrió los ojos intrigada por aquel ruido, tenía un sueño muy ligero y cualquier tipo de sonido podía despertarla, se sentó en su cama, observó el reloj despertador que tenía sobre la mesa de luz, eran las cuatro de la madrugada, la habitación estaba en penumbras, se dejó caer sobre las almohadas nuevamente, apretó los parpados para regresar al sueño. A los pocos segundos pudo oír a su vecina, casi todas las noches tenía relaciones sexuales con su amante, Ángela sonrió al escuchar los gemidos de placer de Virginia, dio media vuelta en la cama e intentó volver a dormir, pero los gemidos cambiaron, se tornaron un poco extraños, no parecían de placer, Ángela se levantó de la cama, caminó por la habitación, sus pequeños pasos no producían ningún sonido, tenía puestas unas medias rojas de algodón, la pared de su cuarto era delgada y compartía el balcón con su vecina, era un departamento económico pero amplió ubicado en la metrópolis.

Apoyó su oído en la pared, intentando escuchar que ocurría del otro lado, pero nada, sólo ruidos de algunas cosas cayendo en la habitación de al lado, entonces decidió ir a la puerta del balcón donde lograría escuchar mejor, Ángela abrió con mucho cuidado para espiar hacia la galería, un viento frío acarició su rostro, se asomó con precaución de no ser vista, la mujer de al lado había dejado las puertas abiertas otra vez, se enderezó y miró alrededor pero no logró ver nada las cortinas estaba cerradas aunque se mecían con el viento, entonces cuando se disponía a cerrar su puerta, pudo escuchar un leve gemido, no parecía de placer, era como de ahogo, como si alguien estuviera apretando su garganta, este sonido provenía de detrás de las cortinas pero Ángela no lograba ver nada, se escuchó nuevamente golpes como de un cuerpo siendo aventado contra la pared, prontamente el silencio otra vez, con mucho

cuidado consiguió asomar medio cuerpo hacia la galería, el viento movió un poco más fuerte la tela de las cortinas y alcanzó ver la figura de un hombre, estaba de espalda completamente desnudo, su cabello era entre cano y dejaba ver un color rubio.

Ángela cerró la puerta asustada y corrió para agarrar el teléfono, pensó en llamar a la policía, ¿Algún ladrón habría entrado y estaba corriendo riesgo su vida y la de Virginia? Se preguntó, pero no era anormal que Virginia Ledesma llevara hombres los fines de semana a su departamento, esperó unos minutos, el silencio reinaba, se escuchó a la distancia el ruido del tránsito, alguien parecía estar moviendo un mueble en el departamento de al lado, al oírse que había encendido la radio, decidió regresar a su cama, al parecer estaba todo en orden, no había ingresado ningún ladrón al departamento de su vecina, más bien ella acaba de tener sexo con un poco de violencia, Virginia siempre ponía la música un poco tarde, cuando ya algunos vecinos habían escuchado sus orgasmos, Ángela pensó que ya estaba todo en orden y regresó a su habitación, la radio lanzaba al aire otro fin de semana música disco, Ángela deslizó los pies por las cerámicas enceradas en las penumbras moviendo un poco la cabeza intentando seguir el ritmo de la canción y se tiró en la cama.

Sábado, 16 de junio 1984.

Mañana. 8:30 a.m

Por la mañana siguiente, muy temprano, llamaron a su puerta, Ángela se despertó sobresaltada, notó que tenía las medias rojas y el camisón mojados de agua, miró a su alrededor y advirtió que en la habitación el piso estaba también mojado, una de las hojas de la puerta que daba hacia al balcón estaba abierta, se sintió confundida, se quitó las medias y el camisón, se cubrió con la bata y se calzó como pudo unas zapatillas, mientras caminaba con rapidez para atender el llamado su gato se cruzó entre sus piernas y se tropezó, acomodó su cabello largo a un costado y abrió la puerta principal de su departamento, del otro lado estaban dos agentes de la policía, le dijeron que necesitaban un testigo para que diera fe del buen accionar policial, además debían hacerle algunas preguntas por el asesinato ocurrido en el departamento 2 A, Ángela no comprendió.

—¿Qué ocurrió?, ¿A quién asesinaron? —Preguntó asustada.

—Virginia Ledesma. —Respondió el oficial mirando su anotador.

Ella siguió a los policías, el pasillo estaba mojado, la escalera había sido

vallada del otro lado había curiosos y vecinos del edificio que querían saber que había pasado, junto al ascensor había un policía custodiando, ingresaron al departamento, le pidieron que se sentara en uno de los sillones en el living, escuchó a alguien decir que habían asesinado a la secretaria Virginia Ledesma. En el baño la tina había sido dejada con el grifo abierto, al igual que todas las canillas, el departamento estaba desordenado, habían revistas esparcidas por todos lados, en una mesa cerca de los sillones una caja de pizza y servilletas de papel hechas bollos manchadas con lápiz labial rojo, dos platos con porciones sin terminar, junto al sillón había una mesa pequeña de vidrio, allí yacían dos copas vacías, un cenicero repleto de colillas y ropa interior femenina, Ángela observaba todo, sintió escalofríos al escuchar, —“Le quitaron los ojos.” —Aquellas palabras de uno de los oficiales resonaban en la mente de Ángela, se sentía confundida y asustada, encontraron el cuerpo desnudo de Virginia Ledesma en la cama, la habían bañado, peinado y su posición era perfecta, la sabana que la cubría dibujaba los contornos de su cuerpo, era la única habitación limpia. Ángela debió ingresar por unos pocos minutos, al verla sintió lastima, la palidez espectral de su piel, su cabello negro extendido por la almohada, se asemejaba a una muñeca, sus ojos estaban cuidadosamente vendados, se dejó llevar por la melancolía, no podía creer que estuviera muerta, se veía tan delicada, tan bella y joven que imposible no sentir tristeza.

No había manchas de sangre ni tampoco una sola huella dactilar de alguien que no fuera la víctima, un fuerte olor a cloro se percibía en todo el departamento, —“Fue estrangulada.” —Dijo alguien, las marcas moradas en su cuello eran notables, le habían sacado los ojos, estos fueron extraídos de una manera quirúrgica, de cuajo, no fueron hallados en ninguna parte. ¿Quién podría hacer algo tan cruel a una muchacha tan joven y encantadora? Se preguntó Ángela con los ojos cargados de lágrimas, estaba conmovida, se retiró lentamente de la habitación en donde estaba el cadáver.

Los policías le hicieron todo tipo de preguntas, al igual que a cada vecino del edificio, ¿Había escuchado gritos? ¿Era amiga de la víctima? ¿Tenía algún tipo de relación con la mujer asesinada? Ángela les dijo sobre la corta conversación que tuvieron en la noche mientras su amigo se duchaba, les dijo que ella no conocía a su invitado, que no era amiga de Virginia Ledesma pese a compartir la galería, la mujer trabajaba mucho y casi nunca se veían, aunque podía afirmar que en muchas oportunidades se oían diferentes voces

masculinas, sobre todo los días viernes o sábados. El flash de una cámara fotográfica iluminó la habitación donde estaba el cadáver, los policías corrieron, fue entonces que se lanzaron sobre uno de los periodistas que acaba de tomar unas fotos de la escena del crimen —Siempre se infiltra alguno de estos hijos de puta amarillitas. —” Dijo el detective a Ángela.

Cuando pusieron el cuerpo de Virginia Ledesma en la bolsa negra de la morgue, su brazo inerte cayó fuera de la camilla y Ángela se sobresaltó, observó sus uñas pintadas de color rosa pálido, no era un color característico de ella, Ángela había observado sus largas uñas la noche anterior y estaban de un color rojo intenso, estaba segura de eso, el detective le agradeció su colaboración y le pidió que pasara más tarde por la comisaría para firmar su declaración y la dejó regresar a su departamento.

Ángela cerró con fuerza la puerta, el manajo de llaves puesto en la cerradura tintineó, su reflejo en agarrarlas para que no hicieran ruido fue rápido, las sostuvo por uno instante, cerró la puerta, oscureció todo su departamento y se sentó en una silla junto a la ventana, hizo sonar los huesos de sus dedos nerviosa, trato de reunir todas las fuerzas necesarias para no llorar, era extraña la cantidad de sentimientos atenuados que inundaban su corazón y su mente, la chica solía replegarse dentro de sí misma, observó las patrullas policiales y la gran cantidad de curiosos que se encontraban en la calle a través de la cortina, afuera llovía y la ciudad estaba sombría, observó el momento que subían la camilla con los restos de Virginia Ledesma a la ambulancia de la morgue, ella entendió que lo escuchado por la madrugada desde su departamento era una riña donde su vecina intentaba salvar su vida, al parecer había dado batalla.

Al día siguiente, algunos titulares hablaban de este caso en las primeras planas, “¿Ataca otra vez el estrangulador nocturno?” Se realizaron pericias y hasta varios allanamientos, uno fue en la casa del prestigioso abogado Méndez, pero no encontraron nada que lo incriminara. Uno de los vecinos del edificio llamado Santiago Muñoz, era el encargado de la caja del bar al que concurría todos los viernes la víctima, eran íntimos amigos, este le dijo a la policía que a veces llegaba con un libro y simplemente se sentaba a leer, era una mujer divertida y buena amiga según sus allegados, en el pub pedía una lágrima que bebía entre lectura todos los viernes cerca de las seis o siete de la tarde, después para la hora en la que el lugar se llenaba ella pedía alguna bebida alcohólica y siempre se retiraba con algún hombre, los puso al tanto

sobre la existencia de un amante, un hombre casado del que ella estaba enamorada, la policía sospechaba de Cesar Aguirre, un médico que tenía un consultorio privado en la misma cuadra donde ella trabajaba con el que tenía una relación amorosa desde hacía un poco más de un año.

A las dos semanas los periódicos enseñaban el boceto del posible asesino, pero no daba ninguna muestra específica, podía tratarse de cualquier persona, se basaron en los dichos de las personas que habían ido al bar esa noche y la vieron retirarse con un hombre, Santiago Muñoz insistía en que debían investigar a su amante, todos coincidieron con el hecho de que ella se había retirado con un hombre de cabello rubio entre cano de unos cuarenta y cinco años, con su barbilla algo crecida y de estatura alta, características que correspondían al Dr. Aguirre, pero el hombre se había hecho humo a los pocos días, nadie sabía de él, ni siquiera su esposa.

Con el correr de los días, los diarios y revistas dejaron de lado las primeras planas, se decía que al ser una mujer promiscua el asesino podía ser cualquiera, para colmo se descubrió que a Virginia Ledesma le gustaba el sexo violento y que no eran habladurías de las chusmas del edificio, no podían dar con el paradero de su amante, Cesar Aguirre, los primeros meses el edificio fue un caos de periodistas, curiosos, y aficionados a los crímenes, Ángela terminó un mes después sus estudios universitarios y decidió regresar a la casa de su abuela, era mejor estar en un lugar lejos de la gran ciudad, era más seguro, regresó al hogar de su infancia a las afueras de Buenos Aires en Santa María.

Antes del asesinato. Viernes, 15 de junio 1984.

8 p.m

Afuera el ocaso había dado paso a la noche, tomó dos píldoras del frasco y las bebió con una copa de vino blanco, se encendió un cigarrillo, Ángela fumaba en mucho, ató su largo cabello rojizo en una cola, se miró al espejo, estaba pálida y tenía unas ojeras muy marcadas por debajo de sus grandes ojos, se quitó el jumper negro y la camisa blanca, dejó caer la enagua, recorrió todo su cuerpo con la mirada frente al espejo, estaba delgada, se acarició su vientre pensativa, se puso el camisón floreado y una medias rojas de algodón, tomó de la mesa de luz su cuaderno de tapa roja, se sentó a los pies de la cama para escribir en su diario íntimo como todas las noches, antes se sirvió más vino y comenzó a escribir.

Diario de Ángela

Hoy fue un día demasiado largo, un día gris, odio el color gris, los días grises me ponen melancólica, esos días en los que no llueve, no sale el sol y el cielo se torna gris, sin nubes, sólo gris, sin nada más que un horrible color gris, sin tonalidades, ese cielo sin matices se asemeja a un sueño, aunque también a los recuerdos, a veces los recuerdos de cuando éramos niños se asemejan demasiado a los sueños, esos días grises de invierno me afligen el alma. Hoy es uno de esos días en los que mi memoria está débil, intenté recordarla sonriendo, pero sólo la veo con los parpados abiertos y sus ojos duros mirando hacia la nada, parecían cubos de hielo, la cabeza inclinada a un costado y sus facciones desencajadas, ese rostro no era suyo, era como ver una muñeca, seguramente por los días que llevaba encerrada en su taller, sentada frente a la máquina de coser y en sus manos duras aún tenía apretado el cilindro de hilo rojo.

Murió sin darse cuenta, según el forense, su corazón se detuvo, mi abuela era toda la familia que me quedaba, en este momento tengo la cabeza revuelta y los sentimientos alborotados, no podré seguir uniendo las frases que escribo porque tomé dos píldoras y ni así logró tranquilizarme, me tiemblan las manos, quizás las píldoras no sean la salida a este laberinto que es mi mente, escribo en este cuaderno porque suelo olvidar con facilidad, mi mente es débil, mi abuela está muerta, ¿Cuántas muertes más deberé sufrir...? A veces cuando me miro al espejo me doy cuenta que ya no soy la misma persona, es como ver fragmentos de quien fui, me doy cuenta que la gente me observa con lastima en la calle, ya no me siento bien conmigo misma, ya no soy la que era hace unos días, antes de encontrar a mi abuela muerta cuando fui de visita, antes era una y ahora soy otra, siento tanta ira en mi interior, tengo tanta bronca, podría asesinar a alguien con mis propias manos, siento una rabia que me recorre el cuerpo y quema mis venas, descargaría mis frustraciones con alguien que lo merezca... ¿Qué sucede conmigo...? Mis recuerdos son como fantasmas, como sombras o figuras grotescas que van y vienen burlándose de mi debilidad, creo que ya no me está sirviendo de nada escribir, voy a extrañarla tanto, ¿por qué mi abuela? Porque siempre me ocurren las peores cosas a mí... Tengo taquicardia hace dos días, sé que es porque fumo demasiado, o porque duermo poco, me sobreviene cuando pienso en todo lo que me está pasando, de todos modos, ya sé que estoy perdida, ya no me queda esperanza de hacer algo, ni de lograr nada, no voy a estudiar más, voy abandonar la facultad de medicina, no

sé en qué pensaba cuando comencé a estudiar otra vez, qué más da, todas las noches son iguales, sobre todo estas noches de la vigilia que son tan crueles conmigo, debería regresar a la pintura, debería de importarme una mierda lo que piense mi padre y ser la artista que quiero ser, soy buena dibujando, lo sé, es más debería de ingresar a la escuela de arte en Santa María y largarme de esta ciudad que nada tiene que ver conmigo.

A veces, en realidad a menudo, sueño con encontrar el amor, esa persona que llene mis días de caricias, alguien que me ame, que me ame con mis delirios, que ame mi fragilidad, mis miedos, mis sombras y todos mis recuerdos. Necesito fantasear para olvidar la perdida, podría ser Virginia por ejemplo, mi vecina, ella es tan diferente, tan bella, me gustaría verme como ella, su sonrisa es fresca, no sé qué tiene o que veo en ella, los hombres la desean, las mujeres del edificio la odian, seguramente por celos, a veces la espió, jamás entablamos una conversación ni somos amigas, quisiera aprenderme de memoria sus movimientos para verme así de sensual, casi no recuerdo cuando fue la última vez que estuve con un muchacho en la cama, y si ocurrió no fue nada especial, es como si nunca hubiera tenido contacto físico con otra persona en mis veintinueve años, todos los días la observo y pienso, ¿qué tiene ella que la hace tan especial? Todos los días me digo a mi misma, —Ángela hoy no la mires, no la sigas hasta la oficina, se tú misma, no imites a nadie —Pero falló, soy un fracaso, sí puedo verme como ella quizás consiga un novio, ¡lo haré! Quiero ser como ella, quiero ser como Virginia Ledesma, la seguiré, mejor no, quiero hacerlo, al menos intentaré no seguirla... Cada día, me digo a mí misma que no debo mirarla y cada día lo hago, no puedo evitarlo quizás sea porque la veo parecida a mi tía, Sofía era tan parecida a mi vecina, mi tía era el ser más hermoso que conocí, pero es como una versión mucho más vulgar de Sofía, como si su sombra se hubiera desprendido de ella para crear a esta mujer, la mujer de al lado, a veces cuando salgo a regar las plantas del balcón, la veo mientras se viste, o la observo peinarse el cabello, siempre esta peinándose el pelo y si nota mi presencia me sonrío, sus labios pintados de rojo sangre a veces me atraen, a veces quisiera besarlos, Virginia Ledesma despierta en mí algo prohibido, no puedo negar que en una ocasión en la que ella tenía sexo con un hombre de piel oscura la espié, sentí mi sangre correr caliente por mis venas, mi respiración comenzó agitarse, mis mejillas ardían, fue inevitable masturbarme, fue la única vez que llegué al límite de tocarme, creo que me obsesiona Virginia, a veces si deja la puerta del balcón

abierta ingresó a su departamento cuando está trabajando, sólo para caminar y sentir su presencia, veo sus faldas y sus collares, observó todo, me inclino para respirar el aroma de sus sabanas...

No dejé de mordisquearme el labio inferior desde el interior de mi boca, ahora un tenue sabor a sangre inunda mi paladar, creo que esa herida nunca va a cicatrizar, no hablé del interior de mis labios, hablé de las heridas que llevo dentro, quizás puede que lleve demasiado tiempo nerviosa, no me gusta lastimarme, no soy de esas chicas que culpan a los demás de su dolor interior e intentar demostrar que sufren hiriéndose la piel con algún instrumento cortante, lo mío es inconsciente. Cuando me doy cuenta ya me lastime el labio o me rasqué demasiado alguna parte del cuerpo, por lo general me lastimo los hombros o la nuca al rascarme, no puedo lucir uñas largas y perfectas porque podría herirme todavía más. La semana pasada dibuje el rostro de mi vecina, desde niña me apasioné con la carbonilla, dibujar es un acto silencioso para mí, me deja suspendida en el tiempo, a veces el tiempo corre demasiado lento si no tomo un lápiz y dibujo, mi tía solía decirme que era una artista al igual que ella, pero yo lo tomo más como un escape de la realidad.

Hay un muchacho que es lo bastante apuesto en este edificio al principio nunca me miraba, vive en el 2 C, se llama Santiago y trabaja en un bar nocturno, esos que de noche se transforman en discotecas y de día son bares comunes. Subí al ascensor y ahí estaba, llevaba puesta una camisa blanca, tenía el cabello atado en una cola, quizás sea un poco mayor para mí pero sí que es lindo, sé que es amigo de Virginia a veces los escuché reír. Creo que recién hoy se dio cuenta que mi puerta de entrada está frente a la suya, me miró con aversión, probablemente me encuentra repulsiva, ya no soy deseable para los hombres en general. Resulto más bien desagradable, no es sólo que haya bajado de peso, sé que soy muy delgada, seguramente creen que padezco alguna enfermedad o algún problema de nutrición, no creo que sólo me mirará de ese modo porque tenga la cara hinchada por la falta de sueño, es como si la gente pudiera ver el dolor escrito en mí, es visible en mi rostro, en mi postura encorvada y tímida, en mis movimientos físicos, es por eso que practico los movimientos de Virginia Ledesma, quiero intentar verme lo más normal posible, así como es ella, bella por dentro y por fuera...

Dejó el cuaderno sobre la cama y caminó por el cuarto, abrió la puerta que se comunicaba con el balcón y observó el cielo con algunas estrellas que centellaban sobre la capital de Buenos Aires, se dejó llevar por la melancolía,

restregó sus manos, era invierno, su gato se frotaba en sus pies, se encendió un cigarrillo apoyada en el barandal, eran pasadas las ocho de la noche, de un jueves húmedo que aproximaba una tormenta. La vecina del departamento contiguo se asomó aunque ella no sólo fumaba, tenía en su mano una copa de vino tinto, respiró profundo el aire nocturno y al notar la presencia de su joven vecina, sus labios gruesos brindaron una pequeña sonrisa amistosa.

—¡Buenas noches! —Exclamó Virginia.

Ángela se sintió un poco incomoda de mirarla, la mujer estaba casi desnuda, y ella era algo tímida, le costaba bastante conversar con alguien, no estaba acostumbrada era muy solitaria, jamás había tenido una amiga, a pesar de sentir que la conocía de toda la vida, a pesar de escucharla reír a diario, de recibir más de una vez la correspondencia por error y saber cuánto gastaba de electricidad todos los meses, las revistas de moda que le gustaban, pese a saber varias de sus costumbres, era extraño que su vecina intentará formalizar con ella, se quedó ahí de pie, fumando y observándola detenidamente, Virginia jugaba con su pie provocando pequeños golpes sobre el piso con su tacón, era como un tac, tac, tac.

—Es una noche calurosa, no parece que fuera invierno... las veces que te crucé y jamás te pregunté tu nombre, yo soy Virginia Ledesma. —Le dijo y extendió su mano, la chica le dio un cortó apretón y enseguida la soltó.

—Ángela Meyer. —Respondió con una tenue y tímida voz.

—¡Meyer! ¿Cómo el hospital? —Preguntó Virginia mientras se movía el cabello de un lado a otro.

—¡Sí! Como ese hospital mental. —Respondió Ángela mirando hacia la calle.

—Justo nos encontramos a punto de salir a tomar unos tragos ¿Podes venir con nosotros? mi amigo ya casi termina de ducharse. —Le preguntó sonriendo, sus labios tenían un labial rojo intenso.

—¡No! Te agradezco la invitación pero no puedo... A parte no me gustaría interrumpir los planes de tu novio. —Dijo Ángela observando el lunar que tenía Virginia justo a un costado de su fina nariz.

—No es mi novio, bueno al menos no todavía... entre nosotras te confieso que él es casado... Todos están casados o tienen demasiados rollos en la cabeza o pasan por el viajazo, en fin... ¡Vamos! Es un rato, si te aburrís regresas. —Insistió Virginia posando su mano izquierda en la baranda para jugar con sus largas uñas sobre el metal.

—De verdad no puedo, es que estoy de luto. —Respondió Ángela observando sus largas uñas pintadas de rojo.

—¡Lo siento! Que tonta soy... Disculpa, no sabía... Si necesitas algo, lo que sea, puedes tocar a mi puerta, no lo dudes, lo que sea, de verdad lo digo. —Dijo y suspiró.

—No te preocupes, estaré bien.

—Te juró que te entiendo, la muerte de un ser querido siempre será una herida dentro, sé de eso, mi hermana murió hace unos años, pero desgraciadamente la vida continua, ya verás te pondrás mejor, sólo te resta pasar el trago amargo, si me necesitas para desahogarte o lo que sea ni lo dudes. —La mirada de Virginia le resultó dulce aunque algo penetrante, sus ojos eran algo chicos pero rasgados, eso la hacía diferente.

—Gracias, lo tendré en cuenta.. —Dijo Ángela alzando su cabeza al cielo.

—Hasta pronto Ángela un placer saludarte.. —Dijo Virginia sonriendo.

—Que mujer tan especial y hermosa. —Murmuró muy bajo Ángela cuando Virginia cerró las cortinas para marcharse.

Después de aquella corta conversación Ángela regresó a su departamento, su habitación estaba llena de sombras, se miró por un rato en el espejo, imitó la risa con todas la boca abierta y la cabeza levemente inclina hacia arriba como hacía Virginia Ledesma, podía escucharse la radio a todo volumen, Virginia se estaba preparando para salir y bebía una copa de vino mientras se reía con fuerza, Ángela estaba encantada por haber hablado con ella, aunque no le gustaba tener amigos, sintió que Virginia lo era, la mujer tenía un don especial para despertar alegría en la gente.

CAPITULO 2

Mateo

Mateo Augusto Braun, había nacido en la capital de Buenos Aires el 15 de agosto de 1954, era hijo único de una mujer Italiana llamada María Laura Braun, quien lo trajo al mundo cuando tenía veintitrés años, nunca conoció a su padre, aunque en una oportunidad su abuela le dijo que era hijo de un cliente de su madre, ella trabajaba como mesera en un burdel de alta categoría. Mateo tenía una vida desafortunada, al fallecer su progenitora, estuvo al cuidado de sus abuelos que eran lo bastante estrictos, su abuela una Italiana de carácter fuerte y su abuelo un Austriaco llamado Marcos Braun diez años menor que su esposa a quien le gustaba la bebida alcohólica, con él tenía una excelente relación, era como su padre, antes de que muriera su hija había sido un escritor de novelas románticas y poemas que vivía de los muebles que fabricaba en pino, Mateo había pasado una gran parte de su adolescencia leyendo los libros de la extensa biblioteca que atesoraba Marcos Braun.

Mateo acababa de cumplir treinta años, había sido un excelente y curioso alumno de la escuela pública, pese a repetir cuarto grado y tercer año de la secundaria nunca abandonó los estudios, a los veintiséis años se había recibido de periodista, carrera que él mismo se pagó trabajando como mozo en un bar de la chacharita, escribía para una revista de crímenes de poca tirada, donde le pagaban un sueldo bajo, aunque le alcanzaba para una pensión ubicada en retiro. Era un muchacho seductor y siempre se lo podía notar alegre, tenía una encantadora sonrisa juvenil que jamás pasaba desapercibida ante una mujer, fumaba cigarrillos negros y en ocasiones también tabaco en su pipa, su estado físico era excelente, le gustaba practicar boxeo para desahogarse, era un fanático seguidor del escritor Arthur Conan Doyle y sus novelas de Sherlock Holmes, desde niño soñaba con descubrir quién era el famoso estrangulador nocturno, manifestó sus dones para la investigación cuando tenía once años y comenzó a leer a Edgar Allan Poe otro de sus autores favoritos.

Mateo era guapo, su cabello castaño claro, sus ojos color miel y su rostro triangular, lo hacían parecer de menos edad, siempre peinaba su pelo con la raya a un costado y en ocasiones lo estiraba con gomina para que no cayera

sobre sus ojos, era de estatura alta y de cuerpo robusto, vestía trajes baratos siempre de colores oscuros, y jamás le faltaba la corbata, en ocasiones solía ponerse un largo Montgomery negro, normalmente cargaba un maletín que apenas podía cerrar que dejaba en su viejo Renault de 1970, un bolso cruzado muy cargado lo acompañaba siempre y su cámara fotográfica escondida en el bolsillo, su rostro siempre estaba bien afeitado, no mostraba rastro alguno de cabello creciendo, su voz era fuerte aunque a veces los nervios lo hacían tartamudear. Todos los jueves visitaba a su abuelo que estaba en un asilo para ancianos, quien tenía ochenta años, había sufrido un accidente cerebro vascular y su memoria era débil, cada vez que lo visitaba se sentaban a jugar ajedrez en el jardín del asilo, pero Marcos no hablaba y a veces no lo reconocía enseguida, le llevaba unos minutos entender que su nieto estaba ahí para hacerle compañía, Mateo le contaba sus problemas cada jueves aunque él no respondiera.

Durante su carrera periodística policial, Mateo Braun había logrado grandes avances, tenía un excelente criterio para la investigación profesional, había ayudado a la policía en muchos casos desde el año 80' en adelante, era un cazador furtivo de pedófilos, violadores y asesinos. Había participado en cinco investigaciones de homicidios que se resolvieron en el plazo de dos semanas con su ayuda, Mateo se hizo pasar por un hombre que quería mandar a matar a su abuela que era paciente de un hogar para ancianos y consiguió grabar un audio donde uno de los camilleros, un hombre de cincuenta años le pedía una suma determinada de dinero, le confesó que lo había hecho antes con varias internas, también le ofrecía a dos ancianas con demencia para que se complaciera sexualmente, el hombre fue arrestado y confesó en la estación de policía que recibió mucho dinero de parte de los familiares de las víctimas, uno de los casos era el de Sandra Marino y el otro de Ana Rodríguez, dos mujeres adineradas, cuyos familiares lo recompensaron con una suma de dinero.

Pensión de Buenos Aires. Sábado, 16 de junio de 1984.

11:35 am.

Carmen French se encendió un cigarrillo, miró la cama revuelta y sonrió, una vez más había tenido relaciones sexuales con Mateo Braun, este muchacho movía su lado más salvaje, ella sentía que estaba enamorada, pero no podía permitirse perder diez años de matrimonio, debía tomar el asunto como lo que

era, un amante de esos que jamás se olvidan, a parte era la editora en jefe de una de las revistas semanales más importantes sobre crímenes en Buenos Aires, “Las Páginas negras” y no podía perder el tiempo con romances adolescentes siendo una señora casada. Su esposo veinte años mayor que ella, era el director y dueño de la editorial desde 1962. Agarró de la mesa de luz la camisa de Mateo para sentarse sobre el ras de la ventana, cubrió sus senos para que no la vieran desnuda desde abajo, en el patio de la pensión unos niños jugaban a la rayuela, miró a su amante salir del baño secando su pelo con una toalla y le brindó una radiante sonrisa mientras extendía la mano para darle el cigarro.

—Tengo que regresar a casa temprano, pero quisiera que me leyeras un poco la nota que tanto ansías que publique.. —Dijo poniéndose las bragas — ¿Qué escribiste? —Preguntó Carmen con una sonrisa.

—Lo haré.... —Dijo Mateo dándole besos en el cuello.

—¿Otra vez? Ya tengo que irme. —Exclamó ella excitada.

Tomó de la máquina de escribir el papel y lo colocó sobre los otros.

—Hay quienes viven dominados completamente por la oscuridad, al desarrollarse como individuos se perdieron en sus propias sombras por determinados hechos de sus vidas, necesitan de la luz de otros para poder verse a sí mismos o para poder coexistir, sólo hallan motivación a la hora de matar, su satisfacción psicológica la encuentran al sentirse poderosos a la hora de controlar y dominar a una víctima, y el hecho de terminar con la vida de una persona los lleva a la máxima satisfacción mental y corporal, una variedad de impulsos psicológicos pueden llevar a un asesino a matar, especialmente se destacan las obsesiones sexuales y las desmedidas intenciones de poder. Los asesinos en serie son adictos a matar, pero no termina en este acto cruel y sádico su satisfacción, necesitan conmemorar lo que hicieron día a día, se alimentan y se recrean viendo una y otra vez, el rostro de sus víctimas suplicando piedad o se llevan alguna pertenencia de quien asesinaron que es considerado para ellos un tesoro, para poder recordarlas siempre, en el caso de Virginia Ledesma, una secretaria de treinta y cinco años, fueron los ojos el tesoro para su asesino... Mientras más encantadores y prolíferos logren ser los homicidas, más se esconden dentro una sociedad que jamás podría identificarlos ni sospechar, es inevitable para mí hacerme la siguiente pregunta, ¿el asesinato de Virginia Ledesma se suma a las víctimas del estrangulador nocturno? ... —Leyó.

—Hace años que no aparece una víctima del estrangulador nocturno, ¿la policía cree que es el mismo asesino? —Preguntó Carmen sirviendo dos vasos de Whisky.

—Sí, aunque aún no quieren hacerlo público. —Respondió Mateo dejando la pila de hojas a un lado.

—Entiendo mejor que nadie que tu mayor anhelo es encontrar o descubrir quién es este asesino, sin dudas naciste con un don para esto, pero no vuelvas a obsesionarte. —Dijo ella acomodando su cabello.

—Ya no hablemos de este tipo nefasto... Quisiera hablar de nosotros, Carmen, quisiera ser alguien más importante en tu vida. —Mirándola a los ojos con ternura.

—Vas a enloquecerme.. —Dijo meneándose y se lanzó a la cama. —No podemos ser nada más que amantes. —Dijo Carmen, cerrando los ojos excitada al sentir los labios de Mateo sobre su abdomen.

—¡Lo sé! Detesto la palabra amante... Quisiera hacer el amor contigo todos los días, llevarte un ramo de flores al trabajo, ir a buscarte a la puerta de tu casa... —Carmen lo interrumpió poniendo un dedo sobre los labios del joven.

—Si me amaras, de ser así, dejaría a mi esposo para fugarnos y tener el estúpido vivieron felices para siempre.. —Dijo ella, por unos segundos reino el silencio.

—No hablaré más de eso, te quiero con el alma, confié como jamás confié en ninguna persona, ¡lo sabes bien! —Dijo Mateo mirándola a los ojos.

—No olvides tu edad Mateo, apenas treinta, no olvides que te llevo ocho años.. —Dijo ella y se sentó.

—Hablemos de trabajo, publica este artículo—Dijo Mateo entregándole el material. —Esta mañana hallaron el cuerpo sin vida de una secretaria, en mi opinión la escena del crimen no es nada confusa, estoy seguro de que fue el estrangulador nocturno, la forma en que dejó preparado su cuerpo... Conseguí una foto de la escena del crimen, casi me llevan al calabozo por ingresar al departamento, pero tengo unas buenas tomas, sólo manda a revelar los rollos.. —Dijo Mateo mientras buscaba en la cama revuelta su camisa.

—No entiendo aún por qué mi esposo no te contrata definitivamente en el diario, lo publicaré por supuesto con tu nombre debajo como colaborador de nuestra editorial ¿No va a traerte problemas en la revista darme este material? —Preguntó ella.

—Les dejé a ellos material muy bueno también, la revista donde trabajo es muy pequeña junto a la tuya, es de poca tirada, guardó lo mejor para sorprender a tu importante marido.. —Dijo Mateo sonriendo, ella lo besó y comenzó a vestirse.

—Necesito que investigues a este empresario, por supuesto la paga es grande, necesitamos fotos de él con la amante que dicho sea de paso es menor de edad, tiene a la hija en un psiquiátrico.. —Dijo entregándole un sobre.

—Sabía que no era un rumor, lo presentía. —Exclamó con los ojos bien abiertos.

Carmen se marchó, Mateo se sentó a escribir, en los pasillos de la pensión se escuchaba el sonido de las teclas como ecos producidos por sus manos ansiosas por escribir.

Oficina de Forense. Jueves, 28 de junio de 1984

Mateo apagó el cigarrillo, la oficina era oscura, Daniel dio el último trago largo a su taza con café, acomodó su corbata y se levantó de la silla.

—No te olvides que apenas soy ayudante del forense, apenas hago mis prácticas y no quiero perder mi trabajo.. —Dijo mirando la cámara fotográfica de Mateo. —Deja tu cámara sobre el escritorio, no confié, sé que vas a querer fotos, y vas a ver a la víctima durante pocos minutos. —Dijo Daniel un poco nervioso.

—Tranquilo, somos amigos, jamás te perjudicaría, ¿cuándo fue la autopsia? —Preguntó Mateo encendiendo su grabadora en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

—Ayer en la mañana, están apurados con este caso, una vez que la prensa se entera, quieren resolver todo rápido. —Dijo Daniel mientras ingresaban a la morgue.

—¿Cuál es tu opinión?.. ¿Se trata del estrangulador nocturno? —Preguntó Mateo, mientras que Daniel se colocaba guantes.

—Podría ser, la verdad me va a costar bastante poder entregarte los informes de las anteriores autopsias de las víctimas.. —Dijo descubriendo el cadáver de Virginia Ledesma. Mateo comenzó a tomar nota.

—Presta atención porque leeré el informe algo resumido una sola vez, quiero que salgamos rápido... Virginia Beatriz Ledesma, mujer caucásica de treinta cinco años de edad, 1,66 de altura y 57 kilos, cabello negro, ojos color marrones, posición supina, brazos a los costados, piernas extendidas, marcas

de estrangulación notables y visibles, dirección horizontal bajo el nivel del cartílago tiroideos, longitud completa alrededor del cuello... Muerte causada por estrangulación... No hay mucho más para decir, no presenta signos de haber sido arrastrada, ni marcas post mortem, ni hay ningún material debajo de sus uñas, no presenta lesiones que indiquen que fue abusada sexualmente... Para mí que se trata de alguien que tiene alguna formación académica, quizás en medicina porque sabe perfectamente ocultar rastros y tratar un cuerpo sin vida, los ojos fueron extraídos por alguien que sabe lo que hace... Su cuerpo fue lavado, seguramente sumergido en una bañera por algunos minutos, estoy seguro que un cirujano, eso o es un maldito estilista, mira como pintó sus uñas y la manera en que trato su pelo.. —Dijo Daniel y se rieron.

—Era hermosa. —Exclamó Mateo mirándola detenidamente.

—El hijo de puta del asesino la bañó y hasta la perfumó, jamás antes visto, no es común ver que traten el cuerpo de una víctima de asesinato con tanta delicadeza, para mí que él la asesina para disfrutar el momento en que prepara sus cuerpos, hay pasión.. —Dijo Daniel.

—Gracias, te debo una, vamos te invito un café.. —Dijo Mateo.

Tres meses después del homicidio de Virginia Ledesma.

Domingo, 23 de septiembre de 1984

Los árboles comenzaban a dar sus primeros brotes, el invierno se había terminado, el cálido viento primaveral movió su cabello rojizo, ella lo corrió de su rostro y miró hacia la calle, Ángela despedía al muchacho del almacén que como todos los días le traía los víveres, cuando un joven se acercó y le preguntó.

—¿Es usted Ángela Meyer?

Ella respondió correctamente con un movimiento de cabeza, el hombre le extendió la mano muy cortésmente, ella arqueó sus cejas y tardó unos segundos en responder el saludo con su mano.

—Buenas tardes, mi nombre es Mateo Braun.. —Dijo con una enorme sonrisa.

—¿Qué necesita Sr. Braun? —Preguntó mirándolo con desconfianza tomada de la reja.

—Necesito hacerle unas preguntas, no voy a quitarle mucho tiempo, soy periodista, investigo el caso del estrangulador nocturno. —Le dijo el muchacho.

—No sé en qué podría ayudarlo... ¡disculpe! —Dijo Ángela y comenzó lentamente a cerrar la puerta, Mateo insistió.

—Sé que usted era vecina de Virginia Ledesma, la secretaria estrangulada hace unos tres meses, por favor sólo son algunas preguntas, me ayudaría más de lo que cree, por favor. —Suplicó Mateo, entonces Ángela lo dejó ingresar a su casa.

Ángela preparó café y lo llevó al living donde el joven la esperaba ansioso para hacerle las preguntas sobre el crimen.

—No sé nada sobre el asesinato, la secretaria no era mi amiga, apenas la crucé algunas veces en el edificio, la policía necesitaba alguien que fuera testigo, eso fue todo. —Le dijo Ángela, se sentó con elegancia acomodando su larga falda, mientras que él hablaba, ella lo observaba de reojo, se sentía atraída.

—Investigué minuciosamente el caso, buscó ahora al Sr. Cesar Aguirre quien está desaparecido, nadie sabe su paradero, ni su esposa, tampoco en su trabajo, el hombre se esfumó, como se lo hubiera tragado a tierra.. —Dijo Mateo mirando su libreta y tomando su lápiz.

—Continúe por favor. —Dijo Ángela dejando el pocillo sobre la mesa.

—Creo que ese hombre podría ser el famoso estrangulador nocturno, sus características físicas son similares.

—No entiendo que tiene que ver todo eso conmigo, parece saber mucho. —Dijo Ángela asombrada.

—Hay algo que llamó poderosamente mi atención Srta. Meyer, la policía no se percató de ese detalle, unos días después del asesinato visité el edificio, ingresé al departamento de la víctima en busca de algo que me sirviera para la investigación, entonces revisé sus cajones y encontré la dirección de provincia de la casa de su madre a unos pocos kilómetros de la ciudad de Santa María, la visité y la señora me enseñó el cuarto de su hija, me dijo que la policía no se llevó nada, solamente le informaron lo sucedido, entonces vi algo que me trajo hasta su casa... —Mateo hizo una pausa para dar un sorbo a su café y la miró en silencio, ella estaba ansiosa esperando que siguiera hablando, por unos instantes reino el silencio. —En la habitación de la víctima había una muñeca antigua, estaba en la mesa de luz, un rayo de sol hacía brillar sus ojos, lo sentí casi como una premonición, de su vestido bien cuidado colgaba una etiqueta de cartón que decía “Hospital de muñecas Alicia Meyer”, estaba esta dirección, cuando le pregunté a la madre de la Srta. Ledesma, ella me dijo que

su hija menor siempre había anhelado tener una de esas muñecas, y que Virginia vino aquí a comprar dos de las muñecas de Alicia Meyer, una para su hermana y otra para ella, supe entonces que debía visitarla. —Después de unos segundos de silencio Ángela respondió mientras se encendía un cigarrillo.

—Alicia era mi abuela, como podrá ver Sr. Braun, cada sala y cuarto de esta casa que fue suya, tiene una vidriera con algunas de sus muñecas, las restauraba, lamento informarle que ella falleció de un infarto hace tres meses, fue muy difícil para mí afrontar su muerte y aún estoy de luto, vinieron coleccionistas de muñecas a querer comprarlas pero no estarán jamás a la venta, si quería hacerle preguntas sobre la secretaria muerta es tarde.. —Dijo Ángela, su actitud cambió y comenzó a tratar al joven con desdén, se puso de pie y Mateo hizo lo mismo.

—¡Disculpe Srta. Meyer! Pensé que quizás usted escondía una amistad con la secretaria, sepa por favor disculparme. —Dijo Mateo con un gesto de lamentación en su rostro.

—No se lamente tanto.. —Dijo Ángela comenzó a pestañear seguido de un sólo ojo. —Usted es uno de esos amarillistas que busca hacer plata con las víctimas inocentes, le repito no sé nada de la secretaria, su sola presencia en el balcón me hacía sentir pudor y tan sólo fue una coincidencia que mi querida abuela le haya vendido las muñecas.. —Dijo en un tono de voz elevado, en sus ojos brillaba la ira, Mateo se encogió de hombros.

—¡Disculpe! No quise molestarla. —Exclamó atosigado recogiendo sus cosas.

—Discúlpeme usted a mí, fui muy grosera, prepararé más café. —Dijo la joven temblorosa intentando calmarse, acomodaba su cabello detrás de las orejas con nerviosismo.

—Café estaría bien. —Respondió Mateo.

Aquella tarde en la que conoció a Mateo Braun, Ángela supo entonces que lograría algunos cambios en su vida, nunca invitaba a nadie a su casa y mucho menos preparaba café para pasar el rato en compañía, le había gustado lo bastante como para fantasear con él, ella quería una relación estable, un amor a quien entregarle sus caricias, estaba segura de que iba a ilusionarse con Mateo, lo observaba hablar y cada tanto lo miraba a los ojos, “es un muchacho tan apuesto” pensó , su forma de explicar lo que decía lo hacía con exageradas gesticulaciones y alargaba la letra s para evitar tartamudear, Ángela quedó

impactada por él.

Por la tarde, se sentía emocionada por haber conocido a Mateo Braun, era la primera vez en sus veintinueve años que sentía algo de atracción real por una persona, se apreciaba de buen humor, atendió a sus canarios y puso leche en el tazón de su gato, lo acarició con cariño, por la ventana miró instintivamente el taller de muñecas de su abuela, sonrió al recordarla, se sobresaltó al escuchar el sonido de un golpe como si algo hubiera caído en alguna parte de la casa, fue a la sala pero nada, nada había caído, pensó que quizás al ser una casa antigua las maderas rechinaban solas, no le dio demasiada importancia, llevaba días escuchando sonidos extraños en la casa. La casa era muy grande y antigua, estilo colonial, tenía seis habitaciones en la parte superior, tres cuartos de baño, ático, cocina, comedor, living, hasta sala de estar, una biblioteca y un jardín de invierno, un sótano donde se encontraban las calderas, y en el jardín trasero había una gran cantidad de rosales, jazmines y algunos árboles frutales, al fondo de este hermoso jardín, estaba el taller de muñecas, donde durante muchos años había trabajado como restauradora su abuela, solía llamarlo en las publicidades de revistas y diarios “Hospital de muñecas Meyer”. Allí fue donde Ángela pasaba la tarde al llegar de la escuela con su abuela y su tía Sofia, las veía pintar los rostros de las muñecas, armar sus pelucas, coser sus vestidos y hasta hacer sus zapatitos de cuero.

Ángela Meyer desde niña sufría de depresión, era una niña solitaria que resistía en la escuela las burlas de sus compañeras porque le costaba concentrarse en los estudios, le habían puesto apodosos que la afectaban, como por ejemplo “la chica naranja” y “Zanahoria” por su intenso cabello pelirrojo y sus excesivas pecas, siempre obtenía calificaciones bajas, hablaba poco y nunca quería leer frente a la clase, durante los recreos solía quedarse sola sentada observando a sus compañeras saltar la soga o jugar a la rayuela, jamás había superado la muerte de su joven tía, Sofia había sido como una madre para ella, y la pérdida de su abuela la tenía sumergida en los recuerdos. A los diecisiete años había sufrido su último intento de suicidio, decía que escuchaba llorar a Sofia en las noches, una madrugada intentó cortarse las venas, su abuela la halló en la mañana desmayada y tendida en un charco de sangre, aunque los cortes no habían sido lo suficientemente profundos, había estado dos meses en el hospital psiquiátrico debido a este episodio, desde entonces se esforzaba al máximo para no caer en depresión, su compañía eran

los libros, sus mascotas y sus muñecas antiguas, era una mujer inteligente, había llegado a cuarto año de la carrera de medicina, pero la había abandonado y retomado dos veces, padecía ataques de pánico con frecuencia, estos se manifestaba con más frecuencia en ella cuando estudiaba y vivía en el centro de Buenos Aires, por este motivo había abandonado su intento de una vida normal al irse a vivir sola a la capital lejos de la ciudad que la vio nacer y crecer, la presión fue extrema para ella cuando asesinaron a su vecina y debió regresar a la soledad y la lejanía de la casona familiar.

Ángela era introvertida tenía poco contacto con el exterior, hasta le acercaban las compras del almacén a la puerta de su casa, quizás a las personas de la sociedad de aquel entonces, les parecía una chica fría y rara que carecía de conexión con otras personas, solía estar ensimismada en sus propios pensamientos y no tenía facilidad para entablar relaciones emocionales profundas con las personas que la rodeaban. No tenía una cita desde la escuela secundaria, pero en el fondo ella quería tener una vida social activa. Su rostro era delgado y se marcaban sus pómulos, tenía ojos grandes y rasgados de color verde muy claros, siempre tenía las ojeras hinchadas del mal dormir o de dormir demasiado, su mirada era triste, llevaba el mismo peinado de raya al medio y cabello aplastado desde los inicios de la escuela secundaria, era muy delgada casi cadavérica y su estatura era baja, tenía senos de tamaño mediano y redondos y labios finos pero delineados, su piel pálida le daba un aspecto de estar enferma o anémica, vestía siempre jumper o pantalones anchos, no enseñaba partes de su cuerpo más allá de faldas por debajo de la rodilla o camisas holgadas, siempre sus atuendos eran de colores oscuros, Ángela parecía la típica bibliotecaria.

CAPITULO 3

Eva

Tres Meses Atrás. Sábado, 16 de junio de 1984.

11:35. a.m

Darío cerró el expediente de Eva Bonnet, instintivamente miró hacia afuera, ella había llegado, ingresó al consultorio, extendió su mano en señal de saludo y sin decir nada, se sentó.

—¡Buenas tardes Eva! Mi nombre es Darío Sáenz... Cuéntame que te trae a terapia.... ¿En qué puedo ayudarte?

Darío, la observó por un rato en silencio, la mujer era realmente hermosa, tenía un detalle que jamás había visto en nadie, unos ojos muy grandes, estaban deliñados con mucho lápiz negro, notó un hermoso y particular detalle en aquellos ojos, el iris del ojo derecho era verde claro y el ojo izquierdo era azul claro, la heterocromia completa le daba un aspecto fantástico a sus enormes ojos, no le importó demasiado su apariencia de punk o rebelde.

—Nadie puede ayudarme. —Respondió Eva, alzó su agresiva mirada a los ojos del psicólogo.

—¿Crees que la terapia no va a servirte?

—Quizás me sirva, vine porque necesito dormir, tengo demasiados pensamientos, parecen voces dentro de mi cabeza, no me malinterprete no escuchó voces ajenas ni nada, me refiero que mi cabeza no deja nunca de pensar. —Dijo ella dándose golpes con el dedo índice en la sien.

—Leí tu expediente, debemos trabajar sobre ese impulso de agresión que a veces te doblega. —Se sentó más erguido en la silla para estirar su espalda.

—No sé porque o cuando empecé a sentirme tan llena de rabia, siento que quedo cegada cada vez que veo a alguien golpear a una persona indefensa, desde que ocurrió lo de mi madre ese sentimiento de bronca o rabia o como quiera llamarlo empeoró, por eso terminé en el hospital mental, por defender a una mujer que un tipo abofeteo y robó en la estación de tren... ¿Se puede fumar aquí? —Preguntó revolviendo se bolso.

—¡Sí! —Entregándole su encendedor al verla revisar su bolso con el cigarrillo entre los labios.

—¡Gracias! ... Llevó dos años haciéndome cientos de preguntas sobre esa

noche y no consigo ninguna respuesta.

—¿Hablas del homicidio que presenciaste? —Preguntó Darío.

—Sí, estuve internada unos meses en ese hospital de mierda... Mi hermana quería matar a mi madre, yo perdí a toda mi familia en una sola noche, a los pocos meses fue el incidente y me enviaron al hospital mental, ahora soy una mujer libre, necesito entender por qué no pudieron curarme en el Meyer, le dieron corriente a mi cabeza, pasaban por mis venas altas dosis de tranquilizantes, pero jamás me dijeron que sucede conmigo, a veces cuando algo me molesta me lleno de ira, por eso terminé encerrada con los locos, ¿me entiende? Recuerdo cosas que se asemejan a sueños y no a una realidad desde que recibí electroshock.

—Te dieron de alta porque eres apta... Empezaremos de a poco Eva, iremos trabajándolo lentamente.

—A veces creo que mi hermana tenía razón y que hay algo malo en mí.

—Todos tenemos momentos de tensión, sólo hay que aprender a controlarlos.

—Usted no entiende, creo que quizás Isabel tenía razón. —Tocando su frente nerviosa. —Solía decirme que yo estaba poseída por el diablo.

—No, Eva el diablo no existe.

Santa María. Domingo, 23 de septiembre de 1984.

Eva caminaba por las calles de la ciudad, cada cierto tiempo daba vuelta la cabeza para ver si alguien la seguía, hacía unos días que le parecía ver a un hombre siguiéndola, el día anterior había llamado a la policía para que revisaran su casa porque había visto a un hombre portando una máscara agarrado de las rejas de la ventana de su living, estaba segura que él regresaba para terminar con su vida. Desde su estadía en el hospital Meyer que tenía la manía de morderse las uñas, llevaba siempre en su cartera una navaja por si debía defenderse, caminaba con rapidez, al llegar a la casa de su psicólogo, tocó el timbre de manera compulsiva, la enfermera abrió la puerta, Eva ingresó con prisa.

—Hay que cerrar la puerta. —Dijo nerviosa con los ojos bien abiertos mirando la calle atemorizada.

—¿Qué sucede Eva? —Preguntó Julia poniendo llave a la cerradura.

—Creo que alguien me sigue.

—Tendrás que esperar a Darío porque está con un paciente...
¡Tranquilízate! Vamos a la cocina.

Eva ingresó a la cocina y se sentó junto a la ventana, observaba hacia la calle con los ojos bien abiertos, la enfermera le hablaba pero ella no decía nada sólo la escuchaba. Se encendió un cigarrillo, mientras que Julia le contaba felizmente sobre la reformación de su casa.

—¡Buenas tardes Eva! —Dijo Darío y se sirvió un café. —¡Ven al consultorio conmigo!

Una vez en el consultorio Eva se quitó el abrigo, se sentó cruzando las piernas de una forma poco femenina, tenía los pantalones rotos en las rodillas, Darío la observó con seriedad.

—Creí ver a alguien siguiéndome, mi hermana me decía que los demonios me perseguían, y que eran como sombras.. —Dijo Eva apoyando un libro que llevaba en la mano sobre la mesa.

—¿Qué lees? —Le preguntó para desviarla de su estado.

—Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, fui a la biblioteca antes de venir, solía leerlo con mi madre. —Se frotaba las manos insistentemente.

—Cuéntame algo, nunca lo leí, en qué capítulo del libro te encuentras ahora.

—En el capítulo VII, se llama una merienda de locos, los personajes hacen una serie de acertijos y confunden a Alicia con su aparente falta de lógica, hasta que la niña abandona el lugar, convencida de haber asistido al "té más insufrible" que había visto en su vida...A veces me siento como Alicia, pero estoy en una pesadilla que no tiene fin, me gustaría despertar y darme cuenta que todo fue un sueño.. —Dijo Eva mirándolo a los ojos con firmeza, ella jamás levantaba o corría la mirada cuando tenía una conversación con alguien, Darío se quedó un momento en silencio analizando sus facciones parecían inmóviles, rara vez le sonreía mientras estaban en sesión.

—Abordemos la sesión de hoy, hablamos de tu infancia y de tu hermana.. —Dijo deslizando sus dedos delgados por la pluma para comenzar a escribir, y colocándose los anteojos de marco redondo, Darío tenía la costumbre de jugar con el bolígrafo mientras la escuchaba o de pasar por sus finos labios la pata de sus anteojos cuando se los quitaba.

—¿Sabe algo...?. —Dijo perdiendo sus ojos en el paisaje gris que presentaba la ventana. —Solía tener un sueño recurrente, me despertaba en la oscuridad, mi madre me decía que los sueños y la oscuridad en ocasiones van unidos y entonces hasta las peores pesadillas pueden parecerse reales porque

despertamos sin ver, y podemos creer que todavía seguimos en el sueño, despertaba sintiendo que me faltaba el aire, sentía que mi cuerpo era grande, tanto como la inmensa oscuridad, era extraño no sabía si cabía en la habitación o si ya no estaba en ella... Al transcurrir unos segundos me daba cuenta de que todo había sido un sueño o una pesadilla, a veces Isabel, mi hermana, y su novio hacían ritos extraños, adoraban al diablo en la casa, una vez una de las pesadillas me despertó en la oscuridad, desde esa noche comencé a dormir con el velador encendido, salí de la cama sin hacer ruido y me dirigí a la cocina para beber un poco de agua, sentía mi boca completamente seca, pero ni siquiera el primer sorbo de agua, ni aquel dolor intenso en mi garganta consiguieron hacerme volver a la realidad, mientras trataba de calmar el miedo que me recorría, las imágenes se repetían de nuevo en mi mente, y tuve esa extraña sensación de que todo lo que había soñado era real, tenía la certeza de que aquella pesadilla llevaba repitiéndose en mi vida demasiadas veces, sabía que de nada me iba a servir volver a la cama, quizás lo único que conseguiría sería despertar a mi madre con mis gritos y vería su cara llena de preocupación mientras me preguntaba si otra vez había soñado lo mismo, por lo que decidí sentarme en el sofá del living hasta conseguir por lo menos tranquilizarme... En todas las habitación reinaba un orden riguroso, como si todo estuviera colocado en su punto exacto, sin entender por qué, esa simetría me produjo cierto desasosiego, no había nadie despierto o al menos eso creí, y sin embargo percibía con claridad que alguien estaba junto a mí, eso me asustó, mi hermana mayor solía decirme que había un demonio siguiéndome, esperando ansioso por poseer mi cuerpo, salí de la casa y comencé a correr por el camino que conducía al jardín del fondo, y ahí los vi, Isabel y su novio, estaban desnudos y presencié el momento exacto en que degollaron a un animal, se bañaban con su sangre, quise gritar, pero no pude... Contemplando el terror mis ojos no podían creer lo que estaban viendo, mi hermana era una devota católica y ahora mataba animales desnuda, entonces supe que ellos podrían asesinar a mi madre y a mí en cualquier momento, igual que al animal... Isabel discutía mucho por su parte de la herencia y en ocasiones había empujado o golpeado a nuestra madre, por supuesto me envolvía en ira por golpear a la persona que más amaba en el mundo y terminábamos pegándonos, a veces ganaba pese a ser una niña y otras veces ella me lastimaba realmente...

—Esa presencia que sientes ¿todavía te sucede? —Preguntó Darío.

—A veces, sobre todo cuando no logro dormir.

Eva Bonnet, había nacido a finales de 1954 en la ciudad de Santa María, había sido una niña muy buscada por sus padres, su madre, Teresa, la educó en la fe católica, hasta iba a una escuela religiosa, su familia era devota y rezaban a diario antes de la cena, concurrían juntos a misa todos los domingos, eran como cualquier familia del interior de Buenos Aires, los grandes asados y las pastas no faltan en su mesa los fines de semana. Eva tenía preferencia por su padre, quien era el director del establecimiento para jóvenes problemáticos “Santa María”, tenía una hermana mayor, Isabel, entre ellas había cinco años de diferencia, nunca se llevaron bien, discutían a menudo porque Isabel la detestaba, estaba celosa, desde que Eva comenzó a sufrir de insomnio cerca de los trece años, era una niña callada y buena estudiante, pero de la más absoluta calma podía pasar en cuestión de segundos a la furia más profunda cuando algo no le parecía correcto, debido a su carácter agresivo solía pelear a las manos con cualquier compañera que la molestara o se burlara de alguien a quien ella estimara, y en ocasiones su madre recibió quejas de los directivos de la escuela, porque Eva armaba grandes discusiones teológicas con sus maestros, en una ocasión había mordido en el brazo al profesor de educación física, según ella en defensa propia, se había raspado la rodilla en un partido de jockey y este intentó curarla, Eva dijo que él tocó sus piernas de forma indecorosa, por aquel entonces tenía once años, en otra ocasión insultó a la madre superiora por algo que creyó injusto, la monja la había castigado por no querer rezar un padre nuestro en voz alta, haciéndola arrodillarse sobre el canto rodado en el patio durante cinco minutos.

Su padre Máximo Bonnet era profesor de historia, nacido al igual que su madre en Europa, cuando Eva vino al mundo él acababa de cumplir cincuenta años, la niña de ojos grandes había sido su mundo, la consentía en todo, pero a los ocho años su figura paterna se derrumbó ante sus ojos de manera inesperada, fue el primer hombre que le rompió el corazón, como solía decir ella misma. Máximo trabaja como director de un hogar para niños con problemas de conducta, era una estancia estilo reformatorio donde intentaban rehabilitarlos a través del trabajo sacrificado en el campo y de las enseñanzas de la biblia, allí vivían algunos niños huérfanos ya que en un pasado había sido un orfanato, otros niños eran enviados por sus padres católicos para que los rehabilitaran por diferentes motivos y otros eran destinados allí por el juzgado de menores, la figura de Máximo como director era respetada e

intachable, jamás se hubiera imaginado Eva que su padre era un pederasta, cuando tenía ocho años una tarde en la que su madre la llevó hasta el hogar para darle una sorpresa de cumpleaños a su esposo, fueron hasta su despacho, allí la secretaria les dijo que el profesor había salido y regresaba en cualquier momento, Eva le pidió permiso a su madre para ir a ver las ovejas, al ser un lugar vigilado y seguro, la dejó ir sola, le dijo que ella los esperaría ahí y entonces Eva comenzó a correr por el lugar, se quedó un rato mirando las ovejas en sus corrales, pensó que quizás su padre estaba en el establo. Ingresó muy despacio, en un momento le pareció escuchar algo que llamó su atención, observó por entre las maderas, allí vio a su padre de pie, primero no entendió lo que veía, pero al escucharlo gemir y alzar su cabeza, fue hasta la otra tabla para espiar mejor que era lo que estaba haciendo, vio a Máximo abusando sexualmente de uno de los jóvenes del hogar, Eva se asustó tanto que comenzó a correr sin parar en dirección al campo, no se detuvo hasta llegar a la laguna.

Sus padres la buscaron durante horas, creían que se había perdido en los bosques, hasta que un empleado la encontró, Eva no dijo nada de lo que sus ojos temerosos habían presenciado, lo reprimió, no podía creerlo presentía que eso era muy malo, con el correr de los años lo comprendió, pero no dijo nada durante un tiempo, de algo estaba segura después de ver el sufrimiento del niño, jamás se quedaría en silencio frente a un acto tan asqueroso como detestable, comenzó a sentir odio hacia a su padre, cuando este murió cuatro años después, Eva logró contárselo a su madre, desde ese momento en que presenció un acto tan aberrante contra un menor, decidió enfrentar a todos aquellos que provocaran algún daño a un inocente. Cuando tenía catorce años, una tarde regresaba de educación física, al entrar a la cocina, presenció el momento exacto en que Eduardo el novio de su hermana le daba una bofetada a su madre, la niña fuera de sí agarró su palo de jockey y comenzó a golpearlo, no dejó de hacerlo hasta que le rompió una costilla, este muchacho le había pegado a Teresa en una discusión porque no dejaba a su hija Isabel tener un noviazgo con él porque era drogadicto y borracho, Eva una vez que se enojaba se cegaba y era demasiado agresiva, no soportaba ver ningún tipo de agresión contra alguien indefenso, según su criterio ella los haría pagar, Eduardo no presentó una denuncia en su contra por vergüenza, le había dado una golpiza una niña de catorce años, lo que hizo fue dejar a Isabel, nunca más regresó a esa casa, esto generó en ella un profundo rencor hacia su hermana menor.

Isabel Bonnet era todo lo contrario, estaba rodeada de amigas, le gustaban

siempre los chicos de malos, era promiscua, tenía relaciones con varios muchachos del barrio, se consideraba a ella misma demasiado hermosa, odiaba a Eva con todo su ser, comenzaron a pelear todo el tiempo, se hacían cosas terribles, como la vez que Isabel la intentó estrangular hasta lograr desmallarla, o la ocasión en que Eva la mordió en el brazo hasta hacerla sangrar, cualquier motivo era válido a la hora de discutir y hacerse daño para ellas.

Madre e hijas vivían solas y disfrutaban de la fortuna que habían heredado, un edificio en pleno barrio de Almagro, tres casas en Santa María, una estancia llamada la esperanza y una importante suma de dinero en el banco. Isabel discutía contantemente por su parte de la herencia con su madre, quien se hacía cargo del manejo de las propiedades alquilándolas, Isabel era caprichosa y mal bicho, muy diferente físicamente a su hermana, era de estatura media, de piel trigueña y ojos marrones, debía cuidarse en su dieta porque aumentaba de peso con facilidad, sus facciones eran hermosas y armónicas, siempre llevaba el cabello suelto porque lo tenía demasiado largo, ocupaba mucho tiempo en su cuidado personal, le gustaba vestirse bien y siempre usaba maquillaje en exceso, en cambio Eva era delgada y de estatura alta, su cabello era lacio de color rubio oscuro, su piel era extremadamente blanca, su rostro era triangular, sus labios gruesos y sus ojos eran grandes, tenía un lunar sobre el labio superior a la derecha, su busto era pequeño pero todo su cuerpo era musculoso debido al deporte, durante los años de pubertad había sufrido acné y esto había bajado su autoestima, su apariencia era muy similar a la de su madre.

Isabel deseaba ver a su madre muerta para su beneficio, en muchos sentidos, esa disputa por el dinero con su progenitora y su hermana, se había convertido para ella en una molestia que por supuesto amenazaba potencialmente la supervivencia de las dos mujeres. Eva amaba a su madre, y ella se convirtió en la luz de sus ojos para Teresa, cuando era una niña la ayudaba a tender la ropa, a cocinar a planchar y demás quehaceres domésticos, Eva era una niña adorable debido a la sobreprotección de su madre, había aprendido a tocar el violín ya que Teresa pertenecía a la orquesta sinfónica de la ciudad desde los años 60', Teresa acababa de regalarle la estancia familiar a su sobrina a quien había criado, tenía la filosofía de ayudar y proteger a todo integrante de la familia Bonnet, acto que su hija Isabel no soportaba de su madre, creía que desperdiciaba su dinero.

Isabel comenzó a buscar diferentes experiencias espirituales cuando tenía dieciocho años a escondidas de su madre visitaba a una anciana gitana para hacer trabajos de magia negra contra su familia, las odiaba profundamente y buscaba la manera de destruirlas constantemente, los celos la cegaban, hasta sus catorce años había sido una niña ejemplar con las mejores calificaciones, pero no sabía elegir a los hombres que deseaba como novios, siempre eran muchachos con más años y rebeldes, se había enamorado profundamente de un chico llamado Isaac Valente que había estado en el reformatorio por robo, este no la quería sólo estaba con ella por su dinero, cuando salió del establecimiento la dejó embarazada a los quince años y la abandonó, Isabel intentó practicarse un aborto ella sola y terminó hospitalizada por una fuerte infección, debieron practicarle una histerectomía, fue cuando comenzó a llenarse de odio, por aquellos años si una mujer tenía un hijo siendo soltera y mucho peor aun siendo menor de edad era una vergüenza para la familia y la tratarían de prostituta. Su reciente novio, Álvaro, era el hijo de un curandero que la introdujo al satanismo, su habitación siempre olía a incienso y solía encender velas negras en el baño, esto último comenzó a molestarle a Teresa y las discusiones entre ellas habían empeorado desde entonces.

Cuando Eva cumplió dieciocho años, una noche se encontraba sola en su casa, su madre estaba cuidando de su hermana en el hospital debido a que Isabel había tenido un accidente con su novio mientras fumaban marihuana y se había golpeado fuertemente la cabeza. Eva se quedó dormida en el sillón cerca de la tres de la madrugada esperando el llamado telefónico de su madre para saber cómo estaba su hermana, era un caluroso verano de 1972, por lo que la muchacha dejó los ventanales abiertos, alguien la despertó, al abrir los ojos, logró ver frente a ella a un hombre que portaba una extraña máscara sobre su rostro, este se lanzó sobre ella y le inyectó una jeringa en su brazo para someterla, se quedó observándola, ella se dejó caer del sillón presa del pánico, comenzó arrastrarse por el piso hasta llegar al teléfono, pero su cuerpo quedó inmóvil, podía ver lo que sucedía pero no lograba mover ni uno solo de sus músculos, el hombre la alzó en sus brazos y la llevó a una de las habitaciones de arriba como si conociera su casa, Eva cerró los ojos vencida, al abrirlos notó que estaba sobre su cama, todo lo veía borroso, no entendía nada de lo que estaba sucediendo, y cuando quería hablar sentía que las palabras no salían de su boca, como si le pesara la lengua, no lograba ver quien estaba en su alcoba revolviendo los cajones, Eva sintió terror al verlo

acercarse, no comprendía que sucedía, no podía moverse y todo daba vueltas en su cabeza, por momentos la droga la obligaba a cerrar los ojos, sólo la luz del velador iluminaba la habitación, volvió a cerrar los ojos, luego vio frente a ella a un hombre vestido de negro, llevaba puesto sobre su rostro una antigua máscara, una copia barata de la máscara de la peste negra, intentó gritar pero no pudo, el terror estaba instalado en su mente, no podía moverse debido al fármaco que corría por sus venas, mucho menos lograría intentar defenderse.

—Jugaremos un poco Eva...Si hablas de esto con alguien deberé regresar y asesinarte o quizás amputarte algún miembro, que tal esos hermosos pies. — Dijo una voz suave debajo de la máscara.

Sus parpados la vencieron, ella se obligaba a si misma a despertar, cuando volvió abrirlos, el hombre estaba desvistiéndola con fuerza, ella suplicaba balbuceando que no le hicieran daño, el hombre se quitó únicamente su camisa negra y bajó su pantalón, se quedó unos instantes observándola tras su grotesca máscara, se hallaba completamente indefensa, le quitó las bragas y la dejó caer al suelo, la muchacha era vencida por momentos por un sueño extremo, el hombre la dio vuelta, ella apretó sus parpados, al sentir el dolor en su vagina abrió los ojos, estaba con su cabeza alzada y su cuello estirado porque la jalaba del cabello.

Cuando su madre llegó a la casa por la mañana la encontró en la tina del baño, tenía unos cuatro cortes en su espalda como si la hubieran azotado y varios golpes en su rostro, al parecer habían intentado estrangularla debido a las marcas en su cuello, estaba en estado de shock, acurrucada, abrazando sus piernas y su cabeza contra la cerámica, el agua de la ducha caía sobre su espalda, Teresa agarró una toalla, la cubrió y corrió al teléfono. Eva fue hospitalizada debido a sus lesiones, nunca más volvió a ser la misma, se convirtió en una chica depresiva y más agresiva, su madre se echaba la culpa a si misma por el abuso sexual que sufrió su pequeña hija, fue cuando Eva comenzó a cambiar, se notaba más irritable, hablaba poco y a veces se sentaba a mirar hacia la calle por más de una hora, le dijo a su madre que sentía que la tristeza inundaba su alma, comenzó hacer ejercicio físico compulsivamente para fortalecerse e intentar liberar la ira que en ocasiones la descontrolaba, sentía miedo de que él regresara para asesinarla como lo había prometido, después de haber sufrido el abuso sexual, Eva estuvo días sin hablar, sólo lo guardó en su corazón, reprimió y silenció todo aquel dolor que la poseía. En febrero de 1973 Teresa enfermó gravemente, su hija Eva la cuidó con

paciencia y amor.

CAPITULO 4

Pensión de Caseros. Buenos Aires.

Lunes, 24 de septiembre. Tarde

Mateo Braun subía con lentitud los escalones, al llegar arriba un niño que bajaba corriendo casi lo choca haciéndole caer unas carpetas al piso, sonrió y las levantó, caminó por un angosto y húmedo pasillo observando los números dibujados en las puertas, buscaba la habitación N° 16, al encontrarla acomodó sutilmente su corbata y estiró su cabello para atrás. Sus golpes fueron atendidos por una mujer vestida de minifalda negra y camisa roja.

—¿A quién busca? —Le preguntó.

—¿Amparo Rosales? Mi nombre es Mateo Braun, hablé con ella por teléfono en la mañana.

—¡Ah sí! Pase, pase, soy yo Amparo. —Respondió la mujer con amabilidad.

Al ingresar notó que la habitación era más amplia de lo que aparentaba, el piso era de cerámica de un color bordo aunque estaba bastante gastado y manchado, había un catre, un artefacto de cocina y algunos muebles viejos, la mujer le pidió que se sentara.

—¿Toma mate? —Le preguntó.

—Claro. —Respondió Mateo con una tenue sonrisa y agarró el mate. —Está muy bueno, amargo como a mí me gusta.. —Dijo y buscó en su bolso la libreta.

—El verdadero mate se toma amargo. —Exclamó Amparo con una sonrisa.

—No quiero robarle su tiempo, así que si le parece bien le haré algunas preguntas.. —Dijo abriendo su libreta.

—Cuando usted llamó me asombré mucho, hace mucho tiempo que fue lo de la Marcela, ¿qué año? Por el 74' ¿no? La policía nunca me llamó.. —Dijo mientras se quitaba los ruleros del cabello.

—Sí, lo imaginé, pero no soy policía, soy periodista de policiales, estudio criminología... En el expediente dice que usted fue la última persona en verla con vida ¿esto es correcto? —Preguntó Mateo frunciendo el ceño.

—La Marcela no era puta cualquiera sabe, ella sólo lo hacía con tipos de guita, era una vip al igual que yo, pero ella trabajaba en un cabaret de muy conocido en el ambiente, la cosa estaba brava para trabajar en las calles en

ese tiempo, nosotras compartíamos un departamento en Villa Crespo, ella había conocido a un tipo del que parecía estar enamorada, o al menos muy ilusionada, salieron un par de veces, no muchas, se lo había presentado en el cabaret otra vip, una compañera que a mí en lo personal me daba mala espina, se llamaba Lucrecia la tipa esa.

—¿Conoció al hombre con el que salía? —Preguntó mientras tomaba notas.

—De cerca no, al final nunca me lo presentó, pero la última vez que la vi ella bajó de un vehículo, yo estaba esperando el taxi en la vereda, me tenía que ir a Entre Ríos por unos días, tenía a mi hermana enferma, le grité y ella se acercó para desearme buen viaje, miré para dentro del auto y había un hombre rubio, no vi bien su cara, pero había algo raro, se sentía la mala vibra del tipo, de tener buenas intenciones con la Marcela se hubiera bajado a saludar, le dije a la Marcela que se cuidara, ella estaba feliz, regresé cuatro días después y la encontré muerta en la cama, la policía me dijo que llevaba muerta unos tres días, para mí la mató esa noche... Yo la quería mucho, ella era una buena chica... Que en paz descanse.. —Dijo Amparo y se persignó.

—Lo siento... ¿Y el nombre de este señor lo sabe? —Preguntó Mateo.

—Le dijo que se llamaba Enrique Villareal, no me voy a olvidar nunca, porque se notaba que era un nombre falso, la Marcela se molestó cuando me reí de ese nombre.

—¿Alguna característica especial o de su aspecto que pudo haber notado en este tal Enrique? —Preguntó entregándole el mate.

—Sí, tenía bigotes, usaba traje, ella me contó que era médico y que era insaciable en la cama... Yo le dije todo lo que sabía a la policía en el momento que entraron al departamento, pero nunca me llamaron, cerraron el caso creo yo, así nos tratan a las putas, si ella hubiera sido una chica de clase alta seguro salía en todas las noticias.... ¿Van abrir su caso? Dios quiera que lo hagan. —Preguntó ansiosa.

—Es lo que espero... —Exclamó Mateo.

—El tipo este que salía con ella la jugo de novio enamorado, le regalaba flores, ella me contaba que la trataba con dulzura, estaba contenta de tener a un hombre a su lado, ella estudiaba sabe, quería ser enfermera, la Marcela era una chica hermosa yo siempre pensé que en vez de ser puta debió ser modelo, no era tan extraño que un médico que se fijara en ella, parecían enamorados, salieron como dos semanas, yo creo que él la mató porque se borró, nunca

vino a preguntar nada.

—Le prometo que haré todo lo que este a mi alcance para que reabran el caso del estrangulador nocturno.. —Dijo Mateo.

Miércoles, 26 de septiembre de 1984.

A los tres días de haber recibido la visita del periodista, Ángela comenzó a sentir que él no regresaría más a su casa, estaba sentada en la cama y no dejaba de pensar en Mateo, en todo lo que le ocurría desde la muerte de Virginia, no le había dicho a la policía que había escuchado el momento en que la atacaron, tomó la tarjeta para llamar por teléfono a Mateo Braun, pidiéndole que en cuanto pudiera fuera a visitarla. Ángela esperó pacientemente toda la mañana siguiente, pero ya era el ocaso y él no la visitaba, miró el cielo a través de las ventanas en la cocina, se asomaba una tormenta, salió y comenzó a descolgar la ropa que estaba tendida en la soga, se sacudía con el viento, regresó a la casa siguiendo el camino de piedras que la llevaba a la entrada, comenzaba a oscurecer, el viento tibio traía el aroma de la lluvia, miró el cielo por unos segundos antes de ingresar a la cocina y cerrar con llave la puerta, dejó el canasto con ropa sobre la mesada y notó que el grifo estaba abierto, no recordó haberlo dejado así antes de salir al jardín a recoger la ropa, mojó sus manos con el agua fría, cerró la llave y por unos segundos se quedó con las manos apoyadas en las canillas. Abrió la puerta de la nevera y agarró la jarra con leche, entonces en el silencio de la casa vacía oyó un fuerte estornudo que venía de la sala, por el sobresalto que dio se le cayó el jarrón al piso salpicándola, el miedo comenzó a apoderarse de su mente, un presentimiento nefasto inundó su agitado y temeroso corazón, había alguien dentro de la casa, tomó un cuchillo de la batea, caminó con lentitud, la noche ya había caído, observó hacia la oscuridad de la sala, había alguien más con ella en la oscuridad, alzó la mano con el cuchillo por si debía defenderse, entonces un relámpago estalló y logró ver una sombra que se movía con rapidez por el living, gritó y corrió para encender la luz, sus ojos temeroso revisaron el perímetro, no había nadie en la sala que se comunicaba con la cocina, el timbre resonó.

Ángela apoyó su espalda y la cabeza en la pared intentando tranquilizarse para ir acudir el llamado de la puerta, acomodó su cabello tras las orejas, dejó el cuchillo otra vez en la batea, caminó despacio, se miró al espejo y abrió la puerta, del otro lado estaba Mateo Braun.

—¡Buenas noches! Disculpe la hora, tuve un día complicado y no pude venir antes.. —Dijo Mateo.

—Son las ocho de la noche... Pase. —Dijo Ángela mirando su reloj.

—Acabo de registrarme en un hotel para pasar la noche, mañana temprano salgo para la capital nuevamente. —Mateo la observaba, Ángela se veía cansada.

—Siéntese, enseguida regreso, estaba en la cocina y volqué la leche.. —Dijo ella tocándose la camisa.

—La espero. —Exclamó.

Ángela se quitó la ropa mojada en su habitación, había esperado la mayor parte del día la visita del muchacho, comenzó a revisar los vestidos en las perchas, deseaba verse lo más bella posible, se puso un vestido negro entallado en la cintura de mangas largas, la falda era amplia y cubría sus rodillas, aún estaba de luto por la muerte de Alicia Meyer, su querida abuela, se recogió el cabello en una cola alta muy ajustada, siempre lo llevaba suelto y revuelto, pese a llegarle a los codos, buscó las pulseras que hicieran juego en el alhájelo, los nervios se le alteraron bastante al no encontrar su collar de la suerte, era una cadena de oro cuyo dije era un ojo de vidrio de dos colores, un ojo defectuoso de fábrica de una de las muñecas que su tía le había obsequiado. Cerró la puerta con llave de su habitación, bajo con rapidez las escaleras.

—¡Estas hermosa! —Murmuró al verla, ella se sonrojó y le regalo una pequeña sonrisa. —¿Por qué necesitabas verme con tanta urgencia? —Preguntó Mateo.

—Es por Virginia Ledesma, hay algo que no le dije a la policía porque en el momento los nervios me tenían más muda que nunca, de verdad lo había olvidado, es sobre la noche en que fue asesinada. —Dijo ella y miró hacia el ventanal, los relámpagos estallaban en el cielo y la tormenta comenzó a caer.

—No te preocupes, puedes contármelo a mí, hasta el más mínimo detalle podría resolver el caso. —Dijo cruzando su pierna para apoyar el talón en su rodilla.

—Aquella noche me despertó un ruido, ella estaba con un hombre, seguramente teniendo relaciones íntimas, pero a los minutos parecía haber una lucha en su departamento, entonces me asomé por el balcón, estaban las cortinas cerradas pero la puerta por la cual ingresar al interior de su departamento estaba abierta, pude oír un extraño gemido que no era de placer,

era como de ahogo, a los pocos segundos ella ya no se escuchaba, quería ver que sucedía, el viento movió la tela de las cortinas y pude ver a un hombre de espalda, era robusto y su cabello era entre cano y rubio casi amarillo, estaba completamente desnudo, me aterró, entonces pensé en llamar a la policía pero enseguida se escuchó la música en la radio, Virginia solía poner esa estación de radio siempre que estaba con hombres. —le contó atormentada por el recuerdo.

—Cesar Aguirre, tiene esas características que describiste, es un médico que tiene cuarenta y seis años, un hombre casado con dos niñas pequeñas, la víctima era su amante, podría tratarse sin dudas del estrangulador nocturno, estoy intentando unir los hechos para ver si tiene alguna relación con las otra cuatro víctimas, pero está desaparecido, algunos hechos son un poco confusos... ¡Muchas gracias! Ahora tengo motivos para sospechar que él es el asesino de Virginia Ledesma, hay varios asesinos de mujeres que andan dando vueltas por la metrópolis, pero este es tan sagaz y astuto que resulta difícil de atrapar. —Dijo pensativo. La tormenta era implacable en la calle.

—La lluvia no cesa, podría preparar la cena mientras que usted espera que se calme un poco para irse, lo invito, me siento culpable por hacerlo venir. —

—Por supuesto que acepto su invitación, muchas gracias.. —Dijo sonriéndole, se quedó unos instantes en silencio, pensativo. —Me acaba de brindar un dato fundamental para mí.

Mientras que Ángela preparaba café después de la cena, Mateo observaba las fotografías sobre la chimenea, tomó uno de los portarretratos que llamó su atención, era una fotografía de Ángela y su tía.

—Es mi fotografía favorita. —Dijo Ángela detrás de él.

—Se ven felices. —Exclamó Mateo.

—Ese día ella me regalo un collar, era muy lindo, yo tenía doce años recién cumplidos. —Dijo con añoranza.

—Sí, noté ese collar. —Respondió entregándole el portarretratos.

—Era algo tonto, pero el valor para mí era emocional, una tarde estaba restaurado una muñeca y esta tenía un defecto de fábrica en un ojo, era de dos colores, ella me dijo que se parecían a sus ojos, mi tía tenía un ojo azul y otro color miel, ella dijo era de la suerte, ese día yo estaba un poco triste, ella sabía cómo hacerme sonreír siempre, Sofia era mi mundo, no conocí a mi madre, para mí ella era mi madre. —Dijo sirviendo los pocillos con delicadeza. —Mi padre y mi abuela se llevaban realmente mal, discutían

bastante, mi abuela me dijo un día que él nunca superó la pérdida de su hermana.

—¿Cómo te llevabas con él? —Preguntó Mateo.

—Para todos los de esta ciudad es el buen Dr. Lorenzo Meyer, al parecer es muy gentil y dulce con todos. Lo cierto es que mi padre, era un hombre ocupado, no distante, sino agobiado, no logré tener una relación normal de padre e hija, me trajo al mundo siendo muy joven, un adolescente prácticamente, viajaba demasiado por su trabajo y hace un tiempo que no lo veo, no viene seguido a esta casa que para él quizás está llena de recuerdos que prefiere olvidar. —Le respondió con tristeza.

—La entiendo, al morir mi madre, mis abuelos se hicieron cargo de mí, mi abuela era un poco cascarrabias, falleció cuando yo tenía quince años, mi abuelo fue un pilar importante para mí, era escritor, ahora lamentablemente no sabe quién soy, pasa sus días en un asilo para ancianos, suelo visitarlo pero no puede hablarme sólo me mira y me escucha pareciera entender todo pero jamás recibo una palabra de su parte.

—Lo siento, al menos aún está a tu lado.. —Dijo Ángela mordiendo levemente su labio superior, notó que Mateo miraba con atención un cuadro. —El cuadro en la pared allí arriba de la chimenea es la fotografía que más apreció, es una foto escolar de Sofía, ella tenía ahí quince años, toda mi infancia la pase colgada de sus brazos, cuando mi padre me trajo a esta casa porque mi madre me abandonó, ella me tomó a mí como si fuera su hija, me acunó, me amó como nunca nadie en mi vida, creo que mi padre y mi abuela no me amaban tanto como ella, Sofía era una mujer hermosa, a veces solía decirle mamá pero mi abuela se molestaba... ella era muy diferente a mí, era muy amistosa estaba llena de amigos. —Dijo Ángela tristemente.

—¿Aquel dibujo...es?... —Señalando la pared.

—Sí, Sr. Braun es ella...

—Llámeme Mateo por favor.

—Es Virginia Ledesma, sé que no éramos amigas pero siempre me pareció hermosa, después que la mataron la dibujé, me gusta recordar a la gente de ese modo, me parece que es como rendir homenaje. —Dijo ella mirando hacia abajo.

—Es maravillo, ¿dibujas en carbonilla? —Preguntó Mateo.

—Sí. —Exclamó con timidez.

—Deberías exponer, es bueno, excelentes trazo y el sombreado...de hecho

me recuerda a alguien que conozco más allá de ser Virginia. —Por un momento los rodeo el silencio.

—¿Por qué razón te gusta la investigación? —Preguntó Ángela.

—Me apasiona, simplemente me gusta, hace unos años estudie periodismo de investigación, suelo ir a la cárcel, a los hospitales, donde haya una historia ahí estoy. —Respondió Mateo. Se puso de pie al escuchar una canción en la radio. —Con tu permiso. —Mateo subió el volumen. —¡Bailemos! —Dijo meneando sus caderas y sonriendo.

—No sé cómo, no me gusta bailar. —Respondió ella desde la silla.

—No digas que no te gusta si no sabes cómo, ven te enseño. —Dijo tomándola de la mano.

Bailaron en medio de la sala, Ángela sonreía, él la hacía dar giros, cuando la canción terminó Mateo la tomó de la cintura, quedó perdido en aquellos enormes ojos verdes, ella lo observaba también a los ojos, cuando intentó besarla ella lo esquivó.

—¡Ya no llueve! Creo que ya es tarde. —Dijo ella y le entregó su abrigo, lo llevó hasta la puerta, donde al fin le regalo un dulce y cortó beso antes de cerrar la puerta. —Definitivamente iba a enamorarse de Mateo.

Madrugada del jueves 27 de septiembre de 1984.

Mateo ingresó a la habitación del hotel, había bebido algunos tragos en el bar después de retirarse de la casa de Ángela Meyer, se sentó en la cama y se quitó los zapatos, agarró sus carpetas y comenzó a sacar las fotos de las víctimas del estrangulador nocturno, llevaba años obsesionado con el asesino, pensó en Cesar Aguirre el amante de la última víctima, había visitado a su esposa y le pidió una fotografía de él, la colocó en el centro de la cama, el doctor se había esfumado. Mientras escribía en su libreta sintió que su vista se nublaba, comenzó a sudar, cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama, la habitación daba vueltas en su cabeza, con dificultad se levantó, ingresó al baño y abrió el grifo, comenzó a mojarse la cara para aliviar aquella sensación de ahogo, al encender la luz para agarrar una toalla notó que la tina de baño se encontraba llena de agua, la canilla estaba abierta y esta comenzaba a desbordarse, no comprendió lo que sucedía, la luz palpitaba dejándolo por segundos en las penumbras, salió confundido del cuarto de baño y vio a un hombre de pie junto a la cama, estaba dándole la espalda, no pudo ver su rostro, este le quitaba la ropa a una mujer desvanecida tendida sobre la

sabana, llevaba puesto unos guantes de látex, intentó gritar pero la voz no quiso salir de su garganta, el hombre se sentó junto a ella y tomó su muñeca inerte para tomar su pulso, Mateo no supo que hacer, se quedó tieso junto a la puerta, sentía el cuerpo débil, el hombre alzó a la mujer en sus brazos y la llevó cargada hasta la tina de baño donde la sumergió cuidadosamente, allí la dejó, Mateo temblaba y sentía que su corazón iba a estallar, miró instintivamente hacía un costado, sobre una pequeña mesa había instrumentos médicos, apretó los ojos y parpadeó seguido, ahora se encontraba solo en la habitación del hotel acostado sobre las fotografías de las víctimas, no comprendió lo que le había ocurrido, no estaba seguro si había sido un sueño o si estaba despierto, pero no cabía dudas que acaba de ser testigo de lo que quizás estaba haciendo en ese momento el asesino de mujeres, no era la primera vez que le ocurría esto, desde el día en que vio a Virginia Ledesma muerta en su cama que había tenido algunas pesadillas donde podía ver al asesino, sintió un deseo incontrolable de vomitar y corrió al baño.

CAPITULO 5

Sábado, 29 de septiembre de 1984.

A los tres días de haber cenado con Mateo Braun, Ángela sentía deseos de volverlo a ver, había algo en este muchacho que la tenía deslumbrada, un sentimiento poco normal en su carácter, sabía que él seguramente sentía lo mismo porque había intentado besarla, entonces se vistió para la ocasión, recordó que en la tarjeta personal de Mateo estaba escrita su dirección por si recordaba algo más, hacía mucho tiempo que no salía de la casa. Tomó el ferrocarril, alzó la cabeza para contemplar un cielo gris que relampagueaba, latarde parecía volverse noche, no cambiaría de idea sólo porque lloviera, iría de todas formas. En la estación de tren se detuvo en un kiosco, se compró una caja de cigarrillo mentolados, el hombre de la tienda la miró con lastima, la conocía desde pequeña cuando iba con su tía quien le compraba siempre los chicles jirafa y una bolsa de caramelos media hora.

—Lamento mucho lo de Alicia. —Le dijo entregándole el vuelto, ella sólo lo miró sin responder nada.

El empleado le dio ánimos diciéndole —“Ninguna pena dura cien años”. —Eso la fastidió bastante, pero no dijo nada. El cartel de la estación avisaba la salida del próximo tren, buscó en el puesto de diarios alguna revista o algo que le interesara leer durante el viaje, leyó los titulares del diario, “Han pasado tres meses del trágico asesinato de Virginia Ledesma... el misterioso estrangulador nocturno sigue atacando”. Leyó.

Subió al tren, sintió ese calor húmedo, casi fétido, estaba lleno de gente, notólas malas miradas de quienes iban cómodamente sentados, en un día húmedo y caliente, en los transportes públicos se sienten los diferentes olores y estos cambian entre estaciones, ella observaba a los pasajeros, tan sólo una anciana la miró a los ojos, el resto evadía su mirada, hacía un tiempo que nadie la miraba, recorrió los vagones buscando un asiento, y al fin se sentó, un hombre que estaba sentado frente a ella le guiñó un ojo y le lanzó un beso, Ángela entonces posó sus ojos en la ventanilla, el día se tornaba triste y la invadió la nostalgia. Recordó cuando Sofia la llevaba al zoológico y viajaban juntas en tren, eran una de esas tardes que no sólo bañan el paisaje sino también las almas destinadas al sufrimiento.

—“Debes verte lo más normal posible frente a él” —Se dijo a sí misma en

voz alta al llegar a su destino.

Al llegar a la estación, bajo las escaleras y se perdió bajo la lluvia, en la calle las personas corrían con sus paraguas abiertos, una mujer se la llevó por delante dándole un golpe en la boca con la punta de su paraguas, ni siquiera dio media vuelta para pedirle disculpas por propinarle un golpe aunque sin intención de hacerlo, “la gente en la capital siempre esta apurada”, pensó, caminaba al mismo paso de siempre, despacio, para que correr, pensó, “correr bajo la lluvia no va hacer que te mojes menos” se dijo a sí misma, miró a su alrededor compadeciéndose de su simplicidad porque ella sabía que correr y llevarse puesta a la gente en la calle era inútil, el tren llegaría a la misma hora, siempre y cuando nadie se hubiera suicidado dos estaciones antes de donde ella lo tomaba, el semáforo cambiaría de color con los mismos minutos de espera, todo sería igual.

Caminó por retiro buscando la pensión, hasta que al fin la encontró, la atendió la patrona, una mujer robusta y española, le indicó cuál de las habitaciones era la del periodista, Ángela se observó en un pequeño espejo que llevaba en su cartera y pintó sus labios, acomodó su jumper a cuadros y tocó la puerta, una mujer semidesnuda que llevaba sólo una camisa grande la recibió del otro lado.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? No nos interesa comprar una biblia. —Le dijo Carmen.

Ángela se quedó perpleja jamás hubiera considerado que Mateo tenía pareja, miró hacia abajo, el dolor fue inmediato, se sintió incapaz de moverse.

—¡Ángela! —Exclamó Mateo al verla, tenía los pantalones sin el cinturón, no llevaba puesta la camisa y estaba con los pies desnudos. Su asombro no dejaba lugar a malentendidos, resultaba obvio que ellos tenían algo.

—Lamento molestarlos. —Dijo Ángela con vergüenza y comenzó a bajar las escaleras casi corriendo.

—¡Espera! —Exclamó en voz elevada Mateo y corrió tras ella. En medio de la calle la detuvo tomándola del brazo, la lluvia había dejado de caer, pero había charcos en el asfalto.

—¡Suéltame! ¿Qué quieres de mí?, ¿Para qué me sigues?.. Intentaste besarme la otra noche y yo te di un beso y tienes novia, soy una idiota. —Dijo molesta.

—Ella no es mi novia, trabajo con ella, es mi editora. —Respondió disgustado.

—¡Peor aún!. —Dijo ella mirándolo a los ojos. Los automóviles que pasaban tocaban sus bocinas al verlos en medio de la calle.

—Me rechazas ¿y ahora intentas hacer una escena de celos? —Preguntó Mateo asombrado.

Ángela le quitó la mano de su brazo y comenzó a correr tan rápido como pudo. Mateo se quedó allí parado en medio de la calle viéndola hasta que ella desapareció en la esquina. Mientras caminaba para alejarse del lugar cuanto antes, detuvo su marcha y se quedó mirando hacia la dirección contraria para ver si él la seguía, una parte de ella deseaba regresar y gritarles a ambos en la cara, pero sin embargo no lo hizo, los pensamientos en su mente la aturdían, continuo caminando hacia la estación. Se sentó a esperar el tren de la 17:30 y logró tranquilizarse.

—Estúpida, estúpida, me das lastima. —Se dijo a sí misma en voz alta. Se alejó de lo sucedido subiendo al último vagón del tren para regresar a Santa María.

Mateo regresó a la pensión, Carmen se había marchado, se quedó pensando en la escena de celos que acaba de hacer Ángela Meyer, esa pequeña pelirroja sabía más de lo que decía, había algo en ella que lo confundía y la convertía en un misterio. Pensó en como aclarar la situación con ella, la muchacha lo atraía un poco, jamás había tenido una relación con alguien más joven que él, y en caso de tener algo romántico con ella sería complicado, era extraña, si pensaba en Carmen las cosas eran más simples, no era hombre de tener más de una mujer a la vez, con Carmen no era amor, claro estaba eso para él, al principio no fue más que conveniencia, necesitaba dinero urgente y alguien en el bar le había dicho que era la esposa del dueño de la revista semanal más importante en investigación policial “Las Paginas negras”. La primera vez que vio a Carmen en el bar, se quedó un rato observándola, era una mujer con un cuerpo exuberante, algo rellena y muy alta, su cabello estaba teñido de rubio muy claro, la noche que la conoció usaba unos pantalones de vestir de color oscuro y una camisa de seda azul, estaba fumando un cigarrillo con boquilla la cual estaba manchada por su labial rojo, a medida que se iba acercando se podía escuchar su risa, se acercó con su sonrisa de galán y la invitó un vodka, ella estaba con una amiga y le dijo que no casi sin prestarle a atención.

A la semana siguiente Mateo regresó al bar de la esquina, uno que quedaba en el barrio de chacharita muy cerca al cementerio, al verla sentada junto a la

barra nuevamente con la misma mujer, se sentó junto a ellas, con su vaso de whisky, Carmen estaba algo ebria, ese día otra vez le invitó un trago, ella tenía unos ojos muy bellos de color marrón tras unos anteojos de marco rojo, esa noche tenía puesta una falda que enseñaba sus robustas y largas piernas, volvió a decirle que no pero sin embargo comenzó a darle conversación, no sólo por su estado alcohólico sino porque le resultó un muchacho guapo y elegante, aquella noche rieron juntos, Mateo observaba que ella jugaba con sus zarcillos de diamantes haciendo girar su tuerca derecha, era extraño que una mujer adinerada frecuentará esos bares nocturnos, pero entendió que ella buscaba la compañía que su esposo no le brindaba, pasaron unas tres semanas más hasta que ella le dijo una noche al oído.

—“Quiero que me revuelques en la sucias sabanas de un albergue transitorio”.

Fue Mateo en esa ocasión quien la rechazó, pero le dio su número de teléfono y su dirección diciéndole que quería tener algo íntimo pero cuando estuviera sobria.

Carmen tardó un poco más de mes en ir hasta su habitación en la pensión, donde se tomaron una botella entera de vino blanco mientras almorzaban pasta a la boloñesa cocinada por él, hablaron de todo hasta que él le reveló sus verdaderas intenciones, quería trabajar en su revista, ella le dijo que lo que podía hacer por él era comprarle noticias de importancia y como mucho colaborar sin un sueldo fijo. Así comenzaron a verse, entre dos y tres veces al mes tenían sexo y ella publicaba alguna de sus notas periodísticas, formaron una gran amistad en la cual se conocían a la perfección, no sentían mutuamente amor era más bien amistad, ambos tenían las cosas muy claras, no podían ser novios y tampoco querían serlo, así se sentía bien en cuestiones amorosas para que se complicaría en tener un noviazgo con Ángela, la chica era demasiado rara incluso para Mateo, le gustaba era bella pero se notaba que tenía algún desequilibrio mental.

Sábado, 29 de septiembre de 1984.

Los ojos de Eva estaban puestos en la ventana, el silencio envolvía el consultorio de Darío Sáenz, ella intentaba hacer círculos con el humo.

—La lluvia me pone melancólica, aunque intento no pensar en ello, es inevitable.. —Dijo Eva sin mirarlo.

—¿Cómo va sintiéndose a medida que pasan los meses de terapia? —

Preguntó Darío.

—Tres meses de terapia, siento que estoy desnudando mi alma y eso no me gusta... Prefiero que me hable normal como un ser humano, no como un terapeuta.

—De acuerdo, lo intentaré... Quizás podrías hablarme de tu madre.

—Era una dama perfecta, la perfecta ama de casa y madre, enfermó a los pocos meses de que fui atacada, estaba tan delgada, mi hermana era una hija de puta con ella, ¿sabe qué hizo? Cuando mi madre empeoró en su enfermedad hizo subir su cama al ático porque sentía vergüenza de su propia madre enferma, Isabel era una mierda y disculpe mi léxico, pero lo era. —Dijo Eva fumando.

Isabel Bonnet sólo deseaba que su madre muriera de una vez, la trataba realmente mal, su relación con Eva era pésima. Al enfermar Teresa, fantaseaba con demonios, su delirio religioso empeoraba con el tiempo, se la pasaba encendiendo velas y sahumerios en la casa, ahora su pasión era el espiritismo y su casa siempre olía a humo, Isabel definitivamente había perdido la cordura creía firmemente que Eva sufría de posesiones demoníacas y que por eso sus ojos eran de diferentes colores. Isabel Bonnet practicaba ocultismo, aunque aparentaba ser una devota católica, bebía agua bendita en las mañanas y se auto flagelaba cuando sentía culpa, aún concurría a misa los domingos, en ocasiones había escuchado a Eva hablar sola en su cuarto, sentía que quizás era su culpa, había invocado cantidad de difuntos en sus prácticas ocultistas, creía que los demonios podían haber ingresado en el cuerpo de su hermana, ya que principalmente su práctica del espiritismo en sus diversas formas como la invocación de espíritus de personas difuntas, los pactos con el diablo y la práctica de cartomancia, podrían haber provocado que diferentes entidades poseyeran a Eva, ¿Era víctima Eva Bonnet de algún maleficio, mal de ojo, o posesión diabólica?

—Las víctimas del maleficio pueden quedar infectadas por uno o varios demonios. —Dijo Isabel un día a su hermana, pensaba que quizás el hecho de que había sido violada, la había afectado a un nivel traumático.

El 28 de abril de 1973 cambio la vida de las hermanas para siempre, Eva se había cortado con una chapa oxidada limpiando el ático, comenzó a tener fiebre cerca de las dos de la madrugada. Por la mañana Eva fue a la habitación de Teresa, se recostó en su cama, la puerta del closet estaba abierta, observó los vestidos y suspiró, los médicos no sabían con precisión lo que padecía su

madre, sus análisis clínicos no mostraban una enfermedad específica, más bien una mezcla de cosas, Eva debía bañarla, llevarla al baño, darle de comer en la boca, limpiar su vómito y para colmo cuando la enfermedad se agravó, Isabel sentía vergüenza de sus convulsiones y para que sus amigos no la vieran, la subió al ático una tarde que su hermana había salido. Eva dio media vuelta en la cama, junto a la mesa de luz estaba el último libro que habían leído, “Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas”, lo agarró y lo abrazó con añoranza sobre su pecho, pensando en su madre, maldiciendo su infortunado destino.

Jueves, 18 de octubre de 1984

Aquella mañana se había levantado con una sensación de ahogó y de inmovilidad, tardó algunos minutos en darse cuenta que era presa de la parálisis del sueño, su mente estaba activa pero no podía moverse, cuando logró despertar su cuerpo dormido, se sentó en la cama y puso sus manos en el pecho para tranquilizarse, soñar con el hospital Meyer era aterrador, Eva recordó a dos pacientes con las que había formado una gran amistad, pensó en visitarlas, les llevaría cigarrillos y medialunas, “ahí siempre te piden medialunas rellenas de dulce de leche” pensó. Intentó llorar pero no le salían las lágrimas, en pocas ocasiones había llorado durante toda su vida. Tomó una ducha rápida, en la cocina desayuno dos tostada y un café con demasiada azúcar, agarró el diario para leer la agenda cultural, habría una kermesse en la plaza principal, por la noche un baile de máscaras organizado por el comisión de jóvenes cristianos, leyó sobre el estrangulador nocturno en los policiales, dobló el periódico, tomó un trago de whisky directamente de la botella y cuando se reclinó en la silla terminó de decidirse, iría a verlas, agarró la caja de cigarrillos, la piedra del encendedor se había gastado, fue por caja de fósforos, por instinto miró hacia afuera por la ventana, notó que su vecino intentaba espiar hacía el interior de la casa, estaba de pie frente a reja cabeceando, era la tercera vez que lo hacía, la primera vez fue cuando hacía ejercicio físicos en el patio trasero, la segunda había ido un poco más lejos y se metió en su casa para intentar verla darse una ducha después de la actividad física. Eva abrió la ventana de la cocina, dio un salto y salió con rapidez, — ¡Qué mierda haces espiando!... Te voy a romper la cara. —Gritó. Antes de llegar a la reja el vecino había huido despavorido. —Una vez más que te vea espiando y aparte de romperte los huesos te denuncio a la policía. —Le gritó.

Regresó molesta a la casa, agarró su bolso y salió a la calle, le había hecho una promesa a su única amiga, no podía fallarle aunque hubieran pasado diez años y sin embargo la visitaba dos o tres veces al año, sentía la obligación de cumplir su promesa, Julieta estaba en su mente hacía algunos días.

Pensó que el psicoanálisis no estaba sirviéndole de mucho pero debía continuarlo, más de un año de terapia no habían servido de mucho para ella, sentarse, hablar y confesar todo lo que sentía era en vano, seguía yendo dos veces al mes porque le gustaba su terapeuta, había algo en él que era diferente a los demás hombres que había conocido, en un momento de su vida intentó tener un noviazgo con un muchacho estudiante de derecho que había conocido en el bar donde desayunaba con frecuencia, pero no funcionó debido a sus arranques repentinos de ira, a parte a Eva no le interesaba demasiado los temas amoroso, a la hora de tener sexo se cohibía mucho y por eso prefería seguir sola que complicarse la vida y perder su tan valorada tranquilidad. Caminó rápidamente por la calles, intentaba no llevarse a nadie por delante, esquivó a una señora cuyo andar era lento y paseaba a un perro y a dos chicos con uniforme de colegio que la miraron con miedo. Santa María era una ciudad con más 160.000 habitantes, de viejos edificios coloniales y calles estrechas, algunas conservaban el empedrado original, había algunos callejones entre los edificios, ingresó a la panadería que estaba junto a la parada de colectivos y la estación de tren, pidió 3 docenas de facturas, la empleada era un poco lenta.

Cuando estaba por salir vio pasar desde el interior de la tienda, a Darío Sáenz, quien llevaba un maletín marrón en una mano y un vaso grande de café en la otra, Eva salió despacio intentando no ser vista, sus ojos bien abiertos lo estudiaban, él pasó por al lado de ella pero estaba distraído y no la notó, su andar era calmo, se detuvo junto al puesto de diarios pero no miraba nada, parecía totalmente ausente, permaneció inmóvil durante algunos minutos antes de levantar el vaso y darle cuatro tragos cortos, ella lo observaba con detención, él terminó su vaso con café y se subió a un auto, Eva se dio cuenta que ambos se dirigían al mismo lugar al ver que él emprendió en dirección a la carretera. Había algo en Darío Sáenz que le resultaba familiar, quizás se sentía reflejada en él, ambos llevaban cargas pesadas, a él se le notaba a leguas en su mirada que llevaba sobre su espalda una mochila pesada, quizás de recuerdos o quizás de culpas, aún le costaba descifrarlo, lo cierto era que él despertó su curiosidad y el deseo de conocerlo más profundamente, quería

saber quién era realmente Darío más allá de ser su psicólogo. Aunque era un hombre apuesto, 1,76 de altura y 74 kilos, de cabello corto de color oscuro y siempre peinado a la antigua, sus ojos negros eran demasiados profundos, casi no podía verse sus pupilas, escondían algo que la intrigaba. Darío nunca había sido un don Juan, no le gustaba hacerse notar ni daba a entender que estaba dispuesto a una relación, tampoco hablaba mucho, dejaba a los demás expresarse y solía acotar breves palabras, siempre dejaba que la mujer tomara la iniciativa.

El sexo para él llegaba como una consecuencia lógica, nunca tenía sexo ocasional, aunque era cierto que ese tipo de mujeres había existido en algunas ocasiones en las que tomaba unas copas de más en el bar que frecuentaba, en general, terminaban siendo bastante insatisfactorio para él haber tenido sexo con una desconocida, nunca había llevado a una mujer a pasar la noche con él en su casa. Las mejores relaciones habían sido con personas que había llegado a conocer bien y que le gustaban en exceso, por eso el amor que podía llegar a sentir por una dama no era fruto de la casualidad, era algo pensado meticulosamente y analizado profundamente, no era alguien que pudiera entregarse al amor plenamente y con confianza, en su vida con los demás era bastante reservado, a veces era un poco aburrido y por eso las citas románticas no eran su estilo, estaba dispuesto abrirse al menos un poco sólo con alguien que lo cautivara y valiera la espera, pero así se sentía muy bien, solo, sin tener que preocuparse por alguien más que no fuera él mismo.

Eva caminó con pasos lentos por los corredores, el sol de aquella tarde era cálido, se detuvo en el jardín a observar la belleza de los árboles desnudos, sonrió al escuchar a Rosa cantar naranjo en flor de Goyeneche, Rosa estaba internada desde hacía más de veinte años, ella siempre contaba que la llevaron a la fuerza, su esposo y su madre porque tenía frecuentes estados de euforia, padecía una esquizofrenia paranoide. Se encendió temblorosa un cigarrillo, Julieta y Clara estaban sentadas mirando hacía la copa de los árboles, Eva tomó asiento junto a ellas, las mujeres la abrazaron, Eva comenzó la ardua tarea de lograr sacar a su mejor amiga del hospital, debía ayudarla a escapar, llevaba demasiados años aisladas del mundo exterior, pero el Dr. Menéndez no quería darla de alta, por unos momentos se quedaron las tres en silencio porque pasaron frente a ellas un grupo de médicos residentes, Eva observó a las pacientes sentadas inmóviles, pensando que se asemejaban a estatuas corroídas por el paso del implacable tiempo, no

podía evitar sentir una profunda pena, unos años atrás había sido ella la figura tiesa que parecía una parte más del tenebroso paisaje del psiquiátrico, se inclinó para echar un vistazo a su alrededor.

—Sé que te prometí regresar, pero luché contra mis recuerdos, vine hoy después de nueve meses sin verte para llevar a cabo mi promesa. —Dijo Eva. Clara se levantó y se fue comiendo una medialuna.

—¿Me sacarás de aquí? —Preguntó Julieta.

—¡Sí! Hoy es el día, aprovecharemos la tormenta que se desatará en la noche, estaré en un auto esperando a pocos metros de la entrada, cuídate, que no te vean los de vigilancia, la tormenta es el momento justo. —Julieta la escuchaba pensativa.

—Hay aproximadamente unos cinco kilómetros de aquí a la puerta principal, tengo que saltar la pared y listo, buscaré el auto y me largo de este lugar, es fácil, los días de lluvia los de vigilancia se quedan tomando mate en la guardia. —Dijo Julieta.

—Te traje ropa negra. —Dijo Eva entregándole una bolsa.

—Debemos despedirnos. —Dijo mordiéndose las uñas Julieta.

—No olvidé, sé que hice una promesa, volveré esta noche.

—Ahí viene el doctor, nos vemos esta noche. —Dijo Julieta.

—¡Eva! ¿Qué haces aquí? —Le preguntó Darío.

—Visitando a unas amigas, cuando estuve internada logré formar lazos de amistad con Julieta. —Respondió ella poniéndose de pie.

—Quieres que te alcance hasta tu casa. —Preguntó Darío.

—No. Muchas gracias prefiero el transporte. —Respondió ella tajante.

—¡Ven! Te llevo aunque sea hasta el centro de la ciudad. —Insistió.

—Bueno, usted gana.. —Dijo la Eva.

El sol había iniciado su ocioso descenso, Darío conducía con lentitud, hacía calor, Eva lo miraba por el rabillo del ojo cada tanto con desconfianza.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Preguntó Darío.

—No estamos en terapia.. —Dijo Eva.

—Sólo preguntaba, me resultó raro verte en el hospital.

—Ver a las muchachas me trae algunos recuerdos bastantes feos del hospital, por eso dejé de venir durante un tiempo.

—Quieres contarme alguno de esos recuerdos. —Le preguntó Darío sin quitar la vista de la carretera mientras conducía.

—Usted no sabe lo asqueroso que es ese lugar, la muerte se pasea altiva

por esos jardines y corredores, tiene a sus presas demasiado fáciles... La primera vez que recibí electroshock no fue como terapia, fue como castigo... Todavía no entiendo cómo pueden utilizar algo que fue creado para dominar a los cerdos antes de que fueran degollados, le juro que no entiendo porque se empecinan en que la corriente aplaca.. —Dijo Eva mirando hacía la ventanilla.

—Es un tema de conversación muy amplio para debatirlo ahora. —Dijo Darío.

—No hace falta que evites hablar de ello, supongo que al ser terapeuta tu opinión no será negativa, pero la verdad es que el hospital mental afectó mi vida y mi comportamiento más de lo que me curo... Me dieron corriente en la cabeza por defender a una amiga del abuso de un empleado.

—¿Cómo la defendiste? —Preguntó Darío.

—Lo mordí en la cara, por manosear a una paciente, era mi amiga, ese tipo la acosaba...

CAPITULO 6

La optografía

Jueves, 18 de octubre de 1984.

El día comenzaba a retirarse, era un ocaso gris de primavera, se aproximaba una tormenta, ella miraba las teclas del piano, llevaba en la misma posición los últimos treinta minutos, cada tanto acariciaba alguna tecla y volvía a quedarse con la mirada perdida, como si su mente estuviera en otro lugar, Ángela creía haber exorcizado ciertos recuerdos de su pasado y a veces estos volvían como fantasmas para demostrarle que estaban ahí vivos y latentes, cuando creía que todo podía mejorar en su vida, su mente la traicionaba una vez más, sus recuerdos nublaban su futuro, había conocido un mes atrás a un joven simpático con el cual podría entablar una relación amorosa, pero al encontrarlo con otra mujer su ilusión se rompió. Se levantó de la silla y fue a la cocina, abrió el grifo y llenó un vaso, el silencio de aquella casona era estremecedor, escuchó un sonido aterrador, como el que producía Virginia Ledesma cuando conversaron en el balcón, era su tacón sobre el suelo, era como un tac, tac, tac, miró hacia todos lados, dejó el vaso sobre la mesada, el sonido provenía del living, se recostó sobre la pared junto a la puerta de la cocina y muy lentamente comenzó a mover su cabeza para mirar hacia la sala sin que la percibieran, cuando logró echar un vistazo con uno sólo de sus ojos, notó a un hombre de pie junto al ventanal, la luz que ingresaba y la oscuridad de la sala provocaba que se viera casi como una sombra, Ángela sintió que su corazón se aceraba y su respiración se agitó, alguien había entrado en la casa, se arrastró por la pared para no hacer ruido alguno y extendió su mano para tomar un cuchillo, entonces volvió a mirar, el hombre seguía ahí de pie, el ruido del tacón era cada vez más fuerte, el viento que ingresaba por la ventana movía su largo abrigo negro, el terror se apoderó de su cuerpo y comenzó a temblar, apretó los ojos, estaba dispuesta a defenderse, no iba a rendirse por más presa del miedo que estuviera, ella daría batalla, otra vez comenzó asomarse muy lentamente para ver si el hombre aún seguía de pie junto al ventanal, se sobresaltó al escuchar de repente el timbre, alguien golpeó a su puerta con fuerza y tocó nuevamente. Ángela encendió la luz de la sala, el hombre se había desvanecido,

seguramente al escuchar el timbre salió de la casa, cerró el ventanal, se acercó con pasos lentos y observó por la mirilla, suspiró, del otro lado de la puerta estaba Mateo, la joven respiró hondamente y abrió.

—¿Viste a alguien salir de mi casa? —Le preguntó.

—No. ¿Qué pasó? —Le preguntó Mateo.

Ángela no dijo nada, se dio media vuelta y volvió a sentarse junto al piano, Mateo se quedó por un momento en el pórtico de la casa, al entrar cerró la puerta, atravesó la sala, el living era muy amplio de techo alto, miró instintivamente la fila de muñecas en la vidriera que tenía en frente, sintió un ambiente diferente aquella noche, algo había cambiado, había libros fuera de lugar, algunos puestos sobre el piso uno arriba del otro, por primera vez la casa se veía desordenada, no llegaba a entender a Ángela Meyer, el desorden de su casa mostraba el caos en su interior, ropa se esparcida por todos lados, obviamente, se había pasado toda la noche en vela, una atmósfera de depresión estaba impresa en todo lo que veía, se podía respirar aquella melancolía que inunda el alma, se sintió algo triste. Caminó hasta ella, se inclinó para observarla, acarició su mejilla, la chica no levantó la cabeza, sólo apretó los ojos al sentirlo, ella estaba con el cabello despeinado, en camisón y parecía llevarlo puesto desde hacía días.

—Sé tú secreto. —Susurró Mateo.

—¿Qué sabes? —Preguntó con sus ojos brillosos, lo miró fijamente, se sentó abrazando sus huesudas rodillas.

—Sé lo de tu tía. —Musitó Mateo.

Ella se levantó de la silla, fue hasta la chimenea donde arrojó bruscamente un leño al fuego.

—¿Qué es lo que sabes de mi tía? —Preguntó sin mirarlo, dándole la espalda, con sus ojos posados en las llamas del fuego.

—Esta mañana un amigo me entregó una copia del expediente del estrangulador nocturno. —Dejó caer un instante su cabeza, prosiguió. —Lo siento mucho.

—Mi tía no fue estrangulada como Virginia Ledesma, no es el mismo asesino. —Mientras hablaba comenzaba a levantar el tono de su voz, tenía el atizador en su mano y se daba golpes leves en el costado de su pierna derecha. —Le quitaron sus ojos... Le dieron un tiro en la cabeza, fue ejecutada... La asesinaron... No te atrevas a comparar a mi tía con esa secretaria, Virginia Ledesma era una puta, bien merecido lo tenía, era una sucia que se acostaba

con cualquier tipo, mi tía era una mujer buena, no merecía eso... Ella me amó como si fuera su hija... ¡Te advierto Mateo, no te atrevas hablar de ella! — Gritó fuera de sí.

Mateo asustado se levantó del sillón donde se había sentado, ella se veía diferente, rígida, en su mirada ardía la ira, le quitó el atizador, se había lastimado la pierna, la abrazó con fuerza, ella no dejaba de gritar.

—¡Estaba muerta, muerta en su cama...! —Repetía Ángela.

—¡Tranquila! —Susurró varias veces.

Cuando se tranquilizó, Mateo desinfectó su pierna y le puso una venda, afuera la lluvia se hacía presente.

—¿Por qué haces esto por mí? Tu novia es hermosa y yo soy una muchacha sin futuro y soy fea. —Preguntó Ángela.

—Ella no es mi novia, y no hay nada feo en tu persona, no digas eso. —Le respondió con una sonrisa.

—¿Crees en fantasmas? —Preguntó Ángela.

—No, ¿por qué esa pregunta? —Dijo Mateo guardando el botiquín de primeros auxilios.

—Mi tía solía decirme que yo tenía un don oculto, que veía cosas que otros no, la noche en que murió Virginia escuché como forcejeó con el asesino, pensé que no era nada, el médico me causaba escalofríos cuando me lo cruzaba... Los días siguientes de la muerte de Virginia, escuchaba el ruido que hacía con sus tacones, ella siempre golpeaba el suelo con ellos, era como una especie de “tac, tac”, por nervios creo que lo hacía, era típico en ella, compartíamos el balcón y ese sonido me quedó grabado en la mente... Pensé que si regresaba aquí su espíritu se alejaría. —Ángela tenía un comportamiento raro, con largas pausas en medio de la conversación seguramente era el hecho de haber ingerido pastillas. —A veces creo que quizás Sofía fue asesinada por alguno de sus amigos, sus últimos meses de vida había formado amistad con una mujer algo rara, no recuerdo su nombre porque la vi solamente dos veces, una vez acompañé a mi tía a visitarla al hospital Meyer y la otra vez la vi en casa creo que había recibido el alta y mi tía le brindaba ayuda.

—¿Crees que una mujer la mató? —Preguntó Mateo.

—Son pavadas mías, es imposible, lo sé. —Respondió y se frotó los ojos con ambas manos.

—A estas alturas no creo que Cesar Aguirre aparezca... El asesino es hábil

por naturaleza, no estamos frente a una persona simple, él debe tener una vida paralela, por ejemplo Cesar tiene esposa e hijos, va a la misma iglesia todos los domingos, suele comprar en las mismas tiendas, en el expediente figura como un sospechoso más.

—Desde niña tengo pesadillas, son terribles y frecuentes. —Dijo Angela.

—Las pesadillas vienen de nuestro inconsciente, es el cerebro que nos quiere revelar algo, o quizás la realidad es tan dura que algunos acontecimientos sólo los recordaremos en forma de pesadilla, precisamente tuve una terrible pesadilla ayer en la noche. —Dijo Mateo.

—¿Qué soñaste? —Preguntó ella.

—Soñé anoche con mi querida madre, tu tía no fue la única víctima de este hijo de puta que intento atrapar hace años, también asesinó a mi madre... En la pesadilla ella sostenía entre sus manos un frasco de vidrio y dentro estaban sus ojos, sus ojos nunca aparecieron, se los llevó el asesino, al igual que su relicario de plata donde tenía una foto nuestra, su collar no figura en el expediente, pero sé que su asesino lo tiene como un recordatorio de haberla asesinado. —Dijo Mateo.

—¡Lo siento! ... No imaginé jamás que él había asesinado a tu madre, en verdad lo sient. —Dijo Ángela, por unos segundos se quedó en silencio. —Creo que si le quitan los ojos a una persona muerta... El alma no puede ver en el más allá, ni en este mundo, queda ciega por toda la eternidad, quizás el asesino les quita los ojos para que no lo puedan ver nunca más, para que su agonía sea eterna, un símbolo de que vieron su rostro. —Dijo Ángela.

—Quiere tener el control sobre ellas, hay cosas en la vida que ocurren sin explicación aparente, ya sea por azar o por destino, buscamos darle forma sobrenatural a algunos hechos para entender y no ver que nuestra mente puede hacernos ver cosas que no están, ya que es algo que se escapa del territorio que abarca nuestra capacidad racional, lo que nos diferencia del mundo animal, es la conciencia... creo que les quita los ojos por algún tipo de creencia religiosa que profesa, o quizás los ojos son su trofeo, algo con qué recordarlas, aunque de ser así no se habría llevado el relicario de mi madre... Seguramente desecha los ojos, suelo investigar todo lo referido a lo que hace con sus víctimas.

—¿Por qué sacar sus ojos? —Preguntó ella alzando a su mascota.

—¿Conoces algo sobre optografía? Es una teoría interesante, podría ser el motivo por el cual se lleva los ojos. —Dijo Mateo.

—¿Qué es la optografía? —Preguntó Ángela.

—A finales del siglo XIX y principios del XX existía la creencia de que los ojos grababan la última visión de una persona antes de morir, y esa imagen podía recuperarse manipulando la retina, si tenemos en cuenta que fue una época en la que tanto en la biología como en la fotografía hubo avances, no es difícil entender la razón por la cual los científicos no rechazaron inmediatamente esa línea de investigación...Piensa en que similar es la estructura del ojo humano y la lente de una cámara, si una podía captar una imagen, ¿por qué no la otra? A esto se le llama Optografía, es un término famoso y es más usado en el ámbito de la pseudo-ciencia que en el científico, en el 1881 había un científico, creo que se llamaba Wilhelm, al experimentar con una rana, logró distinguir la figura impresa de unos mecheros en su retina, que curiosamente era lo último que había visto el animal, se dice que tuvo la oportunidad de probar su teoría con un preso condenado a la guillotina, aunque al parecer fracasó. Casi un siglo después del descubrimiento optográfico, otro científico llegó a la conclusión de que era verdad que se podía captar en la retina una imagen antes de morir pero ésta debe hacerse en condiciones precisas de luz y movimiento, el último objeto visto por la persona o el animal debe, en primer lugar, estar detenido por un largo período de tiempo frente a los ojos y estar expuesto a una potente fuente de luz. Creo que la muerte es un evento más de la vida y está repleta de misterios para la comunidad científica, la idea de que las personas podían grabar la última imagen que veían en sus ojos, fue haciéndose cada vez más popular, sobre todo en círculos policiales.... La sola idea de que la víctima de un asesinato pudiera guardar en sus retinas la imagen de su asesino, motivó a que muchas investigaciones policiales usaran esta técnica fotográfica como una manera de registrar un evento o prueba precisa, uno de los casos más famosos en la que se realizó esta técnica fue con Jack el Destripador en 1888, según algunas versiones, la policía británica tomó una optografía a la quinta víctima de Jack, Mary Jane Kelly. Las víctimas de criminales como Jack el Destripador, ¿guardaron la imagen de su asesino en sus ojos?.. Estoy seguro de que el estrangulador nocturno se lleva los ojos de sus víctimas pensando en que quizás la ciencia pueda avanzar y descubrir su imagen, o sea, su rostro. Él las estrangula, se necesitan sólo quince libras de presión sobre la laringe para cortar la entrada de aire a una persona, no menos de cinco minutos viéndolas directamente a los ojos, ellas se guardan en sus ojos el rostro del culpable, sería peligroso para

él permitir que la optografía sacara a la luz su identidad, para algunos sólo se trata de una leyenda urbana y no de una ciencia, pero por el momento nos quedamos con la duda de saber si algún día esta técnica será viable, aunque tal y como avanza la ciencia no tardaremos en descubrirlo. —Dijo Mateo encendiéndose un cigarrillo. —Los otros casos fueron hace años, él espera un tiempo determinado entre víctimas. —Mateo hizo una pausa. Tomó de su maletín una hoja blanca y un bolígrafo y comenzó a explicarle su investigación sobre el estrangulador nocturno. —La primera víctima fue en 1964 María Laura Braun, mi madre, yo tenía diez años, lo recuerdo todos los días, me despertaron unos ruidos, cuando me levanté de la cama, caminé hasta su habitación, desde el umbral de la puerta lo vi, estaba cubriendo a mi madre con la sabana, él me vio, entonces corrí al ropero y desde ahí presencié todo lo que le hacía a mi madre, ella ya estaba muerta, cuando terminó caminó muy despacio hasta el closet, abrió las puertas y pensé que me haría lo mismo que a ella, pero se inclinó y acarició mi cabeza, tenía guantes blancos, sobre la mesa de luz pude ver un frasco que contenía los ojos de mi madre, volvió a cerrar la puerta, lo tuve frente a mí unos minutos, sus ojos eran celestes, muy claros, parecían de hielo, su mirada profunda me hizo sentir terror, jamás podré olvidar su rostro, la cara del asesino quedó grabada en mi mente, me miró a los ojos, me quedé en estado de parálisis, él se escapó, simplemente se marchó tranquilamente por la puerta principal, conozco su rostro, era un hombre joven, debe tener ahora unos cuarenta y cinco años, quizás un poco más o un poco menos... Juré que lo encontraría. —Dijo Mateo, sus ojos estaban a punto de estallar en lágrimas. —En el año 1967 asesinó a Sofía Meyer, tu tía, sé que fue por error, ella no encajaba en su prontuario o en sus gustos, no era ni promiscua ni prostituta, su modus operandi no es dispararle en la cabeza, eso aún me confunde, aunque Sofía esté en el expediente, pudo haber sido asesinada por otra persona, en el año 1974, asesinó a Marcela Cáceres, mesera en un cabaret, más tarde se supo que era prostituta, sólo vendía su cuerpo a hombres de buena posición económica, en el 1980 aparece el cuerpo sin vida de una actriz de películas para adultos llamada Margarita Ruiz, la última vez fue vista en un pool de mala muerte ... Y ahora seis años después, aparece la misma escena del crimen pero con Virginia Ledesma... Creo que el amante de Virginia Ledesma es el asesino, y por eso se esfumó, creo podría ser el estrangulador nocturno y desaparece para no ser descubierto, nunca pude entrevistarle, no llegué a verlo frente a frente, al igual

que a Santiago Muñoz, el hombre que encontró el cuerpo de Virginia, él se niega a ser entrevistado, cree que será perseguido por la prensa a pesar de no ser un caso demasiado popular, yo creo que sabe que sospecho de él ... Los homicidios anteriores y este son exactamente iguales, a excepción del caso de Sofia, él las seduce para que lo lleven a sus respectivas casas en confianza, tiene relaciones sexuales consentidas por ellas, disculpa esto pero todas habían tenido relaciones consentidas antes de ser estranguladas, se encontró cloroformo en todas las víctimas, en algún momento las sorprende y utiliza el anestésico para dormirlas y prepararlas, espera que despierten, ellas lo hacen mareadas, balbuceando y ahí las estrangula cara a cara para enseñarles su poder, las baña una vez que mueren, las peina, hasta pinta sus uñas de color rosa pálido, les quita los ojos de una forma quirúrgica, debe ser un médico si o si, quizás un cirujano, no deja huellas, ni una sola mancha, limpia todo con cloro, las deja en una posición muy delicada, cubre sus cuerpos desnudos, es como si él no quisiera hacerlas pasar vergüenza, como si las purificara, el agua es símbolo de purificación espiritual, todos los grifos quedan abiertos y cubiertos los desagotes, en ambos costados de sus víctimas deja velas encendidas antes de marcharse, como si quisiera pedir por el descanso o como si las dejara velándose o quizás es un ritual... El hijo de puta goza de libertad como si fuera inocente...

La tormenta comenzó azotar la ciudad, los relámpago resonaban en la casa, la electricidad se cortó, algunas velas y el fuego de la chimenea los iluminaba, Ángela comenzó a sentirse atraída por él, pero no supo cómo actuar, simplemente lo besó, Mateo no comprendió su arranqué de cariño, pero respondió besándola con pasión, ella sintió vergüenza y se levantó del sillón.

—No puedo confiar después de haberte visto con otra mujer, quiero entregarme y ser tuya, me siento atraída pero no puedo.... —Dijo Ángela preocupada.

—Estamos detenidos en el tiempo, creo que lo que ambos hacemos es destruir el recuerdo de nuestros muertos, los matamos una y otra vez.. —Dijo Mateo agarrando sus carpetas de la mesa, sin darse cuenta, metió en su bolso el cuaderno de tapa roja de Ángela. —No descansaré hasta ver a ese hijo de puta en la cárcel. —Dijo y desapareció bajo la tormenta.

La oscuridad inundó el corazón de Ángela una vez más, caminó con pasos lentos por los pasillos hasta encontrarse junto a la puerta del sótano, se dejó caer contra la misma, golpeaba su cabeza contra la madera, gritó con todas sus

fuerzas, ella sentía amarlo, pero a la vez desconfiaba de él.

—Va a engañarte no seas idiota. —Se dijo a sí misma, el gato comenzó a maullar en la puerta del sótano, ella tomó las llaves, se inclinó y acarició la cabeza de su mascota, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta del sótano, el gato corrió escaleras abajo, ella descendía los escalones con lentitud, encendió unas velas que estaban puestas sobre una pila de cajas de madera, arrastró una silla hasta el fondo del sótano, se encendió un cigarrillo y se sentó.

—No digas nada, tus consejos apestan, sé que fui una estúpida y me desateste, esta noche no estoy de humor para tus críticas o quejas. —Le dijo al hombre que estaba sentado frente a ella en la oscuridad.

—Sólo iba a decirte que quizás hoy, sí venga Lorenzo a ver a su pequeña, hace un tiempo que no se ven. —Le dijo el hombre desde la oscuridad.

—No me hables ahora de Lorenzo, no quiero saber nada de mi padre ahora. —Respondió molesta.

CAPITULO 7

Pensión de Buenos Aires.

Sábado, 12 de enero de 1985. 11 p.m.

Al escuchar que golpearon a su puerta, Mateo dejó de escribir.

—Al fin abres la puerta ¿Qué sucede contigo? Llevas un mes encerrado en esta pocilga. —Dijo Carmen.

—Disculpa el desorden. —Exclamó Mateo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Preguntó intrigada.

—Debo confesarte que... me gusta demasiado una chica. —Bajó la cabeza.

—Sabía que esto iba a ocurrir, nadie se enamora de la amante, de todas maneras hace un tiempo conocí a alguien que también me movió el piso.. —Dijo ella sonriendo.

—¿Amante?... Sabes que te quiero con locura y siempre contaras conmigo, somos amigos Carmen no olvides eso.

—Lo sé, no vine esta noche por sexo, soy tu amiga y me preocupas ¡Vamos a comer algo!

—No estoy de humor, sería una mala compañía.

—La chica de cabello rojizo, ¿es ella verdad? ¿La que te dejó en este estado? —Preguntó Carmen sonriendo.

—Su nombre es Ángela Meyer. —Respondió al rato.

—Como el Hospital mental, espero no sea una paciente, sería lo único que te faltaría, tener una novia loca. —Exclamó y comenzó a levantar ropa del suelo y acomodar su departamento, Mateo se quedó un rato en silencio, Carmen agarró el maletín y se le cayeron las cosas al suelo.

—Lo siento que torpe soy, necesitas que este lugar luzca bien, las penas de amor son duras, créeme que te entiendo, ¿desde cuándo forras tus cuadernos de color rojo? —Preguntó Carmen.

Mateo tomó el cuaderno.

—Debo haberlo traído por error de la casa de Ángela, no es mío. —Exclamó mirando una fotografía que había caído del cuaderno, aquel rostro en la fotografía le resultó familiar, Carmen lo distrajo quitándole el cuaderno, miró sin mayor atención la fotografía y dejó la entre las hojas.

—Vamos por unos tragos y de paso comes algo. —Insistiendo.

—No sé, tengo bastante trabajo y quiero escribir... ¿Cómo haces para tener siempre ese buen humor y esa sonrisa dibujada en tu cara? —Preguntó Mateo y se sentó.

—Daiquiri de frutilla a media mañana y después otro a media tarde, la vida es menos dura con un buen trago... El estrangulador nocturno y esa pequeña pelirroja no van atarte esta noche... Dale, ¡vamos! —Insistió.

—¿Qué dijiste? —Preguntó Mateo pensativo.

—¿Que el estrangulador nocturno y esa pelirroja no van atarte esta noche? —Dijo ella confusa.

—Déjame anotar eso... —

—Sí que hay algo raro en tu comportamiento a veces... Vamos, es sólo un trago.

—Cesar Aguirre no aparece, y casi todo indica que fue quien asesinó a Virginia Ledesma, dos días antes del homicidio ellos fueron juntos a una perfumería cerca de su consultorio médico, compraron un perfume y él escogió unos esmaltes para las uñas, la empleada de la tienda recordaba muy bien aquella tarde, dice que él le insistía en colores claros, y ella escogió un lápiz labial y un esmalte marca Deva de color rojo intenso, pero de todas formas él compró un color muy específico de la misma marca, rosa suave, lo recordaba bien, dijo que se veían muy apasionados y felices y que siempre compraban ahí... La mujer de la tienda no puede saber que el asesino utiliza ese color como parte de su ritual para embellecer a los cadáveres de sus víctimas.

—Sí que trabajaste duró estos días, pero estas fotos en la pared y todos estos recortes pueden esperar una noche más... Vamos salgamos por unos tragos. —Insistió Carmen mirando las fotos de las víctimas y de Cesar Aguirre pegados sobre un viejo pizarrón que usaban Mateo para unir pistas.

—Tengo una prueba, Aguirre podría estar ahora en Venezuela, una semana antes del homicidio había sacado dos pasajes de avión, la esposa no sabía esto, tenía planes de irse con su amante, quizás algo se le fue de las manos y la asesino antes de lo planeado.. —Dijo enseñándole en la pared las copias de los pasajes.

—Lo que no entiendo es por qué asesinarla, las otras víctimas al parecer no fueron más que un encuentro casual, con Virginia tenía un romance hace varios meses. —Dijo Carmen.

—Ahí te equivocas, con Marcela Ruiz también tuvo varios encuentros, no fueron relaciones de una noche, al parecer el tipo se enamora... Quizás Virginia le exigió que dejara a su esposa, o a lo mejor el viaje lo haría con otra persona. —Dijo Mateo despeinándose el cabello con ambas manos.

—Ya basta descansa por esta noche, vamos por esos tragos.

—¡De acuerdo! Pero un rato nada más. —Respondió Mateo y sonrió.

Ciudad de Santa María.

Sábado, 12 de enero de 1985.

7 p.m.

La tarde estaba sombría, eran cerca de las siete, había sido un día caluroso y agobiante, se aproximaba una tormenta, desde la ventana podían verse los árboles mecer suavemente sus ramas, una bruma se extendía por encima del suelo sobre el césped, el ambiente se apreciaba tenebroso, hacía un poco de frío. Darío reclinado sobre la silla hacía anotaciones mientras escuchaba hablar a Eva, ella se había sentado frente a la ventana en un sillón de cuero individual.

—Todavía me despierto en las noches sintiendo sobre mí a ese hombre que ingresó a mi casa, fui abusada a los diecisiete años por un tipo que tenía una máscara, esto nunca se lo dije, eso generó en mí deseos de venganza, la mayor parte del tiempo me siento triste y cualquier cosa me irrita, o simplemente me dejó llevar por los fantasmas de esa presencia, de ese hombre que robo mi inocencia, fantaseé tantas veces con el suicidio que la muerte parece a veces la única forma de alejarme de este dolor que me quema por dentro... No quiero que me diga nada de esto ahora, sólo necesitaba decírselo, nunca agarraron al hijo de puta que me violó.. —Dijo sin dejar de mirar por la ventana... Se quedó un momento en silencio. —¿Nunca siente miedo, Dr. Sáenz? —Preguntó.

—Todos sentimos miedo a algo o alguien, nacemos con un sólo miedo y es a la muerte. ¿Qué es lo que te produce ese miedo? —Preguntó.

—Uno de mis miedos más fuertes ahora es regresar al Hospital Meyer, ese lugar es una maldita cámara de tortura, me parece bien que Julieta y Clara se hayan fugado... Ni usted, ni ningún otro médico me dijeron que es lo que pasa dentro de mi maldita cabeza, sólo me hicieron más daño.

—¿Quién te hizo daño? —

—Nadie Darío, no hablemos de eso.. —Dijo mirando hacia afuera.

—¿Tu padre? Nunca me hablas de él.

—No quiero hablar de mi padre, se supone que yo hablé de lo que necesito hablar. —Mirándolo con desconfianza.

—Quisiera que me cuentes si sabes algo de las pacientes que se han fugado del hospital, ellas eran tus amigas, el Dr. Menéndez organizó una búsqueda exhaustiva no dan con ellas.

—Si supiera algo nunca se lo diría, ellas se fugaron porque ese lugar es el infierno en la tierra, es una mierda estar internado en un loquero, usted no sabe porque es uno de ellos, a Clara intentaron violarla y por defenderla recibí electroshock, a Julieta la tenían encerrada desde hacía más de veinte años. ¿Cree usted que le diría algo? ¡No!

—Son peligrosas Eva, Clara padece esquizofrenia y Julieta...

—No diré nada más sobre eso, ella es mi amiga. —Interrumpiéndolo.

—Julieta tocaba a escondidas su chelo porque no la dejaban practicar, tiene un alma pura, no hablaré más, hoy quiero hablar de la noche del 28 de abril, fue por eso que terminé en el hospital del infierno, al mes atacé a un estúpido que intentó robar a una anciana, por todo eso terminé en ese horrible lugar...

Once años atrás. Viernes, 28 de abril de 1973

Eva acababa de ponerse el vestido azul de su madre, se miraba en el espejo y sonreía, de pronto escuchó a Isabel discutiendo con Álvaro, salió de la habitación de su madre, los gritos provenían del ático, pensó en Teresa, subió desesperada, al llegar arriba vio el preciso instante en el que su madre era asfixiada con la almohada por Álvaro. Eva se llenó de rabia, lo empujó con todas sus fuerzas lanzándolo al piso, se lanzó sobre él y mordió su rostro con todas sus fuerzas, estaba desquiciada, su hermana la golpeó en la cabeza con un florero que tenía sobre la mesa, la muchacha cayó al suelo, se tocó y observó su mano, tenía sangre, Isabel la había herido fuertemente para que dejara de morder a Álvaro, miró de reojo a su madre tendida inmóvil en la cama.

—¡Locos de mierda! —Dijo Eva a su hermana, estaba mareada, intentó bajar para ir a pedir ayuda pero se desmayó.

—¿Qué haces con el vestido de mi madre? —Escuchó Eva, abrió los ojos estaba acostada en su cama, su hermana le quitaba el vestido.

—Creo que deberé internarte con los locos, esta noche te portaste

realmente mal, creo que la fiebre te enloqueció y asesinaste a todos en esta casa. —Le dijo Isabel.

Eva se dio cuenta que su hermana tenía la ropa ensangrentada, se sentía confundida por el golpe y la fiebre provocada por el corte con la chapa, su hermana la tomó de los tobillos y le quitó a la fuerza el vestido azul, no era la primera vez que Eva tenía un impulso tan aberrante contra otra persona como lo es el acto de morder a una persona, pero esta vez era justificado, Álvaro estaba asesinando a su madre.

—¿Qué hiciste Isabel? ¿Por qué la sangre en tu ropa? —Le preguntó tocándose la cabeza, tenía sangre chorreada por su rostro.

—Te volviste completamente loca, te llevaré al hospital Meyer, lastimaste a Álvaro hasta la muerte y a nuestra madre... —Dijo Isabel sonriendo.

—Matas animales desnuda con tu estúpido novio en el fondo de la casa, ¡los vi muchas veces! Querían matar a mamá. —Exclamó con la mirada perdida.

—Álvaro acaba de pagar por sus errores, conmigo no se juega, soy peor que el diablo.. —Dijo Isabel.

—Ahora me mataras, ¿Verdad? No me extrañaría nada, estás loca de remate.. —Dijo Eva.

—El demonio que corrompe tu cuerpo, querida Eva, saldrá ahora mismo... ¡Deja el cuerpo de mi hermana! —Gritó y puso sus manos sobre la cabeza de Eva.

—¡Cállate! Estúpida, dios no existe, el diablo tampoco, eso es un delirio de tu cabeza, siempre hablas locuras.. —Dijo Eva.

—Son tus ojos lo que te delatan, Satanás, ¡conozco todos los trucos del demonio!. —Dijo Isabel.

—¡Quiero ver a mamá, déjame enferma de mierda! —Gritó Eva.

—Cuando fuiste violada por ese mal viviente quedaste infectada por uno o más demonios...Con esto sacaré al demonio que te habita.. —Dijo Isabel enseñándole un cuchillo.

Eva sintió que bajo las sabanas estaba el libro de tapa dura que había leído la noche anterior, lo tomó con fuerzas y golpeo en la cabeza a su hermana, la que cayó al suelo, intentó salir de la habitación pero Isabel la tomó del pie, Eva cayó al piso, Isabel la jalaba por las piernas provocándoles fuertes rasguños, Eva le propinó una patada en la boca y se levantó.

—¡Vas a morir esta noche, Eva, diré que asesinaste a mi novio! —Dijo

gritando y tocándose la boca ensangrentada.

Eva tomó el velador de la mesa de luz, su hermana se puso de pie con el cuchillo en mano, la chica le dio un golpe certero en el rostro, un diente voló por el aire, Isabel se desvaneció, Eva la volvió a golpear una vez más pero en la cabeza, asustada, le propinó tres golpes más con el velador y corrió escaleras abajo. Cuando llegó a la cocina se tropezó con el cuerpo de Álvaro, tenía múltiples puñaladas en su pecho, parecía que aún respiraba, Eva corrió a esconderse al ático para ocultarse de Isabel.

Consultorio de Darío Sáenz.

—No quería lastimarla, Isabel estaba loca, y ahora paga en la cárcel, era mi hermana, sólo me defendí, intenté defender a mi madre. —Dijo Eva.

—Eva, estoy aquí para ayudarte. —

—Cuando llegó la policía yo estaba en crisis, intenté atacarlos, no recuerdo cuantas horas estuve allí, tenía fiebre y me dormí acurrucada en la cama de mi madre, Isabel estaba loca, no yo, me llevaron al Meyer por la fuerza.

Se quedó en silencio, sólo lo miraba a los ojos, Darío hacia anotaciones en su carpeta. Ella se puso de pie y se lanzó sobre él para abrazarlo.

—¡No! Eso no es correcto, no es mi intención confundirte, soy tu terapeuta. —Dijo Darío.

—¿Qué sucede entre nosotros? No puede negar que se siente atraído por mí. —Dijo quitando sus brazos del cuello de Darío, estaba muy cerca de sus labios. Darío la corrió de su lado mirándola con algo de desprecio, se levantó y fue hasta la ventana donde se encendió un cigarrillo.

—Es casi normal que sientas algo por mí Eva... Dentro de nuestra labor como psicólogos constantemente nos encontramos con fantasías, emociones, sensaciones conscientes e inconscientes de nuestros pacientes que se asemejan a emociones o situaciones experimentadas en nuestra vida, y en ocasiones pueden surgir sentimientos que van más allá de la empatía, inundando nuestra mente de preguntas e incluso el sentimiento de culpa se hace presente... No negaré que me atraes demasiado y te estimo, necesito tiempo porque no es lo correcto, ya no puedo ser tú terapeuta... Lo siento... Deberé derivarte a otro psicólogo. —Dijo Darío.

—No me haga eso, quiero verlo, quiero besarlo y sentir su cuerpo sobre el mío. —Lo miraba ilusionada.

—Lo siento, Eva... Pero no es lo correcto.. —Dijo regresando a su escritorio.

—Se nota que hay algo que te desgarrar por dentro, no tengo que ser psicóloga para notar lo.

—Hablaré con uno de mis colegas para que siga tu tratamiento, lo siento.
—Nunca me hablaste de tu vida, dime algo, al menos sé que no estoy equivocada y que mueres por tocarme. —Dijo Eva agarrando su mochila.

Darío no respondió nada, sólo la miró a los ojos desde el otro lado del escritorio, bajo su mirada y suspiró.

—Adiós Darío, si te hice algún daño realmente lo lamento.. —Dijo Eva y abandonó el consultorio.

Él se quedó un momento mirando la fotografía 4x4 del expediente médico de Eva Bonnet, no sabía aún si sentía algo por ella, aunque fuera hermosa no era lo correcto, cerró la carpeta confundido.

—¡Adelante! —Exclamó al escuchar el llamado de la puerta.

—¿Qué paso con Eva? Salió como loca y dio un portazo —Preguntó Julia.

—La derive a un colega y eso le molesto bastante. —Dijo Darío.

—¿Por qué? —Preguntó Julia Acher.

—Porque desperté en ella otro interés... Cambiando de tema, trabajas hace muchos años en el Hospital mental Leonardo Meyer, ¿qué sabes de Julieta Ávila? —Preguntó

—¿La paciente que se fugó el mes pasado? Era una mujer que llevaba mucho tiempo internada, según dicen había visto algo y por eso no le daban el alta.. —Dijo Julia Acher.

—¿Qué vio? —Preguntó Darío.

—No lo sé, creo que tenía que ver con el Dr. Lorenz, pero no sabría decirte bien. ¿Por qué tu curiosidad? —Preguntó Julia desde el umbral de la puerta.

—Era, o es amiga de Eva Bonnet y creo que ella la ayudó a escaparse.

—Cuando estaba internada se pasaban las tardes juntas en el patio.. —Dijo Julia y cerró la puerta.

—Lo sé, ella me habló de gran amistad. —Le dijo Darío.

—Discúlpame que te pregunte esto, pero nosotros trabajamos juntos hace bastante tiempo, ¿Eva despertó tu interés y por eso la derivas? Te conozco Darío desde que atiendes a esta chica que estas algo distraído. —Pregunto Julia.

—No sé qué decirte, de todas formas no es ético que suceda ahora algo entre nosotros. —Respondió Darío.

CAPITULO 8

Ciudad de Santa María. 5 Meses después.

Miércoles, 14 de junio de 1985.

Hacía ya unos treinta minutos que se encontraba sentado en el banco, había dejado pasar el tren de las cuatro y media, estaba indeciso y preocupado, aparecer en la casa de Ángela después de tantos meses le causaba un poco de miedo, el tren de las cinco estaba por salir del andén, segundos antes de que cerrara las puertas Mateo subió con rapidez, caminó por los vagones buscando el de fumadores, se encendió un cigarrillo, estaba de pie de frente a la ventanilla masajeándose el cuello mientras contemplaba el paisaje que desfilaba con velocidad, lanzó la colilla y se sentó, frente a él había un hombre mayor leyendo el diario, fijó los ojos en la portada y leyó “ Famoso empresario industrial encarcelado por abuso de menores. Sergio Antonio Leiva fue arrestado” Nota escrita por Mateo Braun. El artículo repercutió considerablemente en la gente, tanto en la prensa local como en la nacional se hablaba de esto, Mateo recibió elogios y un puesto de trabajo en uno de los diarios más importantes.

Caminaba por las desoladas calles con cientos de pensamientos en su mente, ¿Cómo encararía una conversación después de tanto tiempo? Cuando llegó a su casa, tomó valor y tocó el timbre, miraba la puerta con ojos ansiosos. Ángela abrió la puerta, estaba desalineada y hasta parecía llevar unos días sin cambiarse o sin darse una ducha, su cabello estaba revuelto y grasiento, cuando lo vio no dijo nada, sólo dejó la puerta abierta, tenía la casa revuelta.

—¿Qué quieres ahora? —Le preguntó Ángela distante, su mirada estaba apagada.

Mateo ingresó, su rostro se veía diferente, tenía el ceño fruncido. La casa estaba oscura y el silencio era agonizante, Ángela había perdido unos kilos y estaba casi esquelética, cuando él encendió una de las luces, ella se molestó, tocándose la cabeza, aunque no dijo nada, el aire estaba enrarecido, tanto que le pareció por unos segundos estar dentro de un sueño, los árboles crujían al golpearse con sus desnudas ramas, el día se oscureció en plena tarde.

—Siéntate, te haré algo de comer, ¿cuánto tiempo hace que no te alimentas? —Preguntó Mateo.

—¿Qué necesitas de mí? —Dijo ella en voz elevada.

—No deberías tomar esas píldoras sin que visites a un médico y mucho menos con vino.. —Dijo Mateo mirando el frasco abierto y la botella de vino sobre la mesa.

—No puedo dormir, no debería interesarte.

—No voy a permitir que termines suicidándote, pareces un cadáver. — Dijo Mateo y se sentó a su lado, Ángela por primera vez enseñó terror en su mirada.

—¿Por qué te interesa si muero? Hace meses que no sé nada, me abandonaste.. —Dijo Ángela asustada.

—Me interesa y mucho más de lo crees, porque siento algo especial por ti.

—Pero mírame, soy una mujer en ruinas.

—Estoy aquí ahora porque me interesas.

—Decís eso para que me sienta mejor, pero en el fondo sabes que soy mediocre y que no valgo para nada, me diste esperanza y me dejaste sola todos estos meses.

—No es lo que imaginas...Vine hasta aquí porque debemos hablar. — Mateo metió su mano en el bolsillo y extrajo su cadena de oro con el ojo de vidrio que presentaba una falla de fábrica, aquel ojo amarillo y negro. —Lo encontré en el departamento de Virginia Ledesma...Es tuyo, lo llevas puesto en la fotografía, me contaste una historia sobre él, me dijiste que jamás hablaban y que no eran amigas, entonces... ¿Cómo llegó esto a su departamento? ... ¿Estuviste en su departamento la noche del crimen? — Preguntó Mateo.

—¡No! No puede ser... Yo escuché al asesino... —Decía confundida.

—Eso ya lo sé... Recuerda Ángela, quizás lo olvidaste, en una de esas puede ser por tu problema que no recuerdas... Hace unos días estuve en el Hospital mental Leonardo Meyer... ¡Lo sé!... ¡Ya lo sé! —Dijo Mateo con firmeza.

—¿Qué sabes? —Preguntó asustada.

—Que Alicia Meyer, te internó cuando intentaste suicidarte a los diecisiete años, habías perdido todo contacto con la realidad, al principio no entendía tus cambios bruscos de humor... Leí tu expediente, dice que padeces trastorno de la personalidad con episodios psicóticos, necesitas ayuda, y aquí estoy para acompañarte.

—Intentas confundirme para sacar provecho de mí, harás lo que todos, me

abandonaras... ¡Sí! Es verdad que estuve en un hospital para enfermos mentales, pero fui tratada, ¿por qué estaría mi cadena en el departamento de Virginia? No hay motivo alguno.

—¿Ángela intenta recordar! ... ¿¡Mataste a Virginia Ledesma o encubres al asesino!? ...Quizás ingresaste y viste cara a cara al asesino, ¿¡por qué estaba tu collar en su departamento si no eran amigas!? —Preguntó nervioso Mateo.

—¡No! No puede ser real... ¡No maté a nadie! ... Sólo me alquilé algo económico para estudiar, quería ser doctora, yo sólo... Sólo la espiaba Mateo ¡Te juro no le hice daño! Me asomaba al balcón y la veía, me recordaba tanto a Sofia...Quizás el collar cayó en la terraza y ella lo agarró.. —Dijo Ángela, se golpeaba la cabeza y caminaba frenética por la sala. Mateo la abrazó con fuerzas.

—Creo que algo viste o algo pasó y no recuerdas Ángela.. —Dijo Mateo, ella forcejaba por soltarse, él la sostenía con fuerzas, cayeron al suelo, él seguía abrazándola. —No me importa nada, buscaremos ayuda, si regresas a la medicación correcta estarás bien, ¡tranquila! —Dijo Mateo sin dejar de sostenerla.

—Mateo, no quiero regresar al hospital, ya estuve internada tres meses de mi vida ahí, quizás este vacío que me desgarran por dentro nunca pueda colmarse, pero no soy asesina.. —Dijo con la mirada perdida.

—La última noche que te vi, caminé bajo la lluvia, fui a un bar y me emborraché, pensaba en mi madre, en Sofia, en cada una de las víctimas, Virginia Ledesma era muy parecida en apariencia a mi madre, pensaba en como extrañamente la vida te cruza con personas en momentos exactos, no conocía esta ciudad hasta que decidí investigarte... Caí en aquella cama de hotel y tuve pesadillas, me dormí por unos minutos, cuando desperté sólo quería irme de esta ciudad, me subí a mi auto y regresé a capital, conduje sin detenerme, fui hasta el departamento de Virginia Ledesma, quité la valla y entre... Llámalo instinto, o resaca de la borrachera. Cuando entre me caí al piso, todo giraba en mi mente, sentía las piernas débiles por mi estado, intenté levantarme y tropecé, mi cansancio me llevó a quedarme tumbado en el suelo, como si fuera un reflejo miré hacia arriba y estaba en la habitación de Virginia, en la mesa de luz había otra de las muñecas de tu abuela, ella parecía observarme, creo que me quedé dormido, sé que al menos cerré los ojos, todo giraba en mi mente, tuve un sueño en el que había algo brillando debajo de la tina de baño, a veces tengo sueños muy lucidos en los que veo cosas, en mi

sueño o premonición Virginia Ledesma flotaba en agua de la tina, su brazo caía hacia afuera, un hombre del cual no podía ver su rostro la sacaba del ahí con delicadeza, logré ver un objeto brillar en el suelo, en una esquina debajo de la antigua bañera yo veía todo tendido inerte sobre el piso, podía escuchar con claridad la música que reproducían en la radio, abrí los ojos y me levanté, fui al baño y ahí lo encontré, tu collar, ¿Cómo llegó tu collar con el ojo de vidrio? estaba demasiado cansado como para reflexionar sobre todos los hechos. Durante días pensé en todos los asesinatos. —Dijo Mateo atormentado.

—Te juró que no fui yo quien mató a Virginia... ¿Cómo supiste que estuve internada en el Psiquiátrico? —Preguntó Ángela.

—Mientras entrevistaba a una mujer que llevaba veinte años internada en el hospital mental, por azar le pregunté si conocía la historia de Leonardo Meyer, ella me dijo que el hospital se llamaba así por un médico, y que conocía a la nieta, me habló de tu caso, pedí hablar con tu médico, el Dr. Menéndez, él me explicó la enfermedad que padeces, leí tu diario descubrí la obsesión que tenías por la víctima.

—Cuando tenía doce años regresaba de la escuela, el transporte de niños me dejaba en la puerta, me resultó extraño que mi tía no estuviera esperándome como de costumbre, solía esperarme en la entrada, pero aquella tarde de invierno no me esperaba como todos los días, cuando entre subí las escaleras y vi a un hombre salir de su habitación, dejé caer mi portafolio, él cerró la puerta de la habitación de Virginia y se fue con rapidez de la casa, me sentía asustada tanto que mis piernas temblaban por el pánico, entre en la habitación de Sofía y la vi, cerré los ojos, me encontraba fuera de mí, como si mi mente o alma se hubieran desprendido de mi cuerpo, como si estuviera viendo una película, me acerqué hasta ella, apoyé mi oreja en su nariz para saber si respiraba, estaba fría, la abracé y la observé con detalle, tenía una venda sobre sus ojos, no lloré, no grité, deseaba morir con ella, cuando mi abuela entró gritó... Aquel día los policías entraban y salían, hacían preguntas sin sentido, mi padre cayó en una profunda depresión no soportó su pérdida y se fue de esta casa, fue entonces que dejé de hablar, no hablé por dos largos años, no dije palabra alguna a nadie. —Relató Ángela.

—¿Cómo te sientes ahora?— Preguntó Mateo.

—Siento un vacío grande, llevó varios meses pensando en que será lo que haré ahora, Sofía ya no está, mi abuela tampoco y nada de lo que pueda hacer las traerá de regreso, a veces preferiría morir e irme con ellas. —Respondió Ángela.

—No digas eso... Necesitas ayuda para poder recordar. —Suplicó Mateo.

—¡Lo sé! siempre soñé con asesinar con mis propias manos al estrangulador nocturno, mi tía merece venganza, quiero terminar con él.

—Morir no los hace pagar la culpa, sólo los libera, debe ir a prisión ese hijo de puta.

—Ella tomó sus manos, le sonrió tristemente, sólo los envolvía el silencio, afuera la lluvia había cesado por un momento, se sentaron en los sillones.

—¿Crees que puedo ver fantasmas o será mi enfermedad? —Preguntó ella tocándose la cabeza.

—A veces la mente cuando esta aturdida o cansada proyecta imágenes como sombras o figuras y nos parece ver cosas moverse con rapidez. — Respondió él con tristeza.

—¿Y sucede lo mismo con los oídos? A veces escuchó el sonido que producía el tacón de Virginia Ledesma en la terraza. —Preguntó ella.

—Quizás esté dentro de tu mente, a veces pienso que estoy loco por tener esos sueños en los que puedo ver al asesino, porque sé que es el asesino, pero creo que es porque estoy demasiado metido en la investigación, pero luego me ocurre que en un sueño veo algo que al despertar está ahí donde lo soñé en exacto punto de mi sueño como paso con tu collar y no entiendo que me pasa yo no creo en eventos sobrenaturales ni en nada de eso.

—Desde el día que apareciste en mi puerta, sentí que eras algo más que un periodista de investigación que quería respuestas, creo que me enamoré, me gustas. —Confesó Ángela.

—Permíteme ayudarte, por ahora quiero sólo eso, no voy a mentirte, no te amo. —Exclamó Mateo.

—Eso me basta por ahora ya no deseo seguir tan sola, quizás puedas amarme. —Exclamó Ángela.

Mateo la besó dulcemente.

CAPITULO 9

3 Meses después.

Miércoles, 20 de septiembre de 1985.

Se encontraba sentada junto a la ventana, el ocaso comenzaba a caer, hacía demasiado calor, cada vez hacía más calor, primero se enojó con Darío Sáenz por haberla derivado a otro psicólogo, dejó pasar unos meses, hasta que una mañana decidió que debía descubrir quién era él realmente, durante la última semana Eva se había tomado muy en serio la tarea de perseguirlo a donde fuera, como si fuera una detective experta. Eva visitaba los mismos lugares, Darío era un hombre solitario y aburrido, tomaba el café en el mismo lugar todos los días, en el mismo bar cerca de las cinco de la tarde. Dos veces a la semana trabajaba en el hospital Meyer, y el resto de los días los dedicaba a su pacientes en el consultorio que tenía en su casa, sabía que marca de cigarrillos fumaba y que le gustaba beber Coca Cola, Eva había revisado su basura en busca de algo que ni siquiera ella sabía, quería si o si descifrar el lenguaje oculto de su cuerpo, necesitaba comprender quien era realmente Darío Sáenz, él tenía cuarenta y dos años y nunca se había casado, no tenía hijos, tampoco visitaba a nadie en particular más allá de su dentista, en ocasiones iba al cine o al teatro, solo siempre solo, ella sabía cuáles eran sus gustos, que sitios concurría, si tenía novia o alguna relación amorosa, no había nada fuera de lo normal en su vida. Apenas eran las cuatro de la tarde, llevaba aproximadamente una hora sentada en el café, sabía que él, cerca de las cinco, llegaba todos los días, se sentaba y pedía un cortado, leía un poco y en ocasiones sacaba su agenda y escribía, aquella tarde el calor ya apretaba y la humedad cada vez era más alta, cada tanto una llovizna espesa caía con insistencia de un cielo plomizo, se habían formado pequeños charcos de agua sucia en las aceras, el día reflejaba perfectamente con su estado de ánimo, sentía su orgullo herido, estaba molesta con su terapeuta, meditó por un rato en la vida de Darío, no sabía porque se sentía atraída por él, no tenían nada en común, es más la vida de Eva era algo alocada, le gustaba ir a recitales, juntarse con conocidos en el pool, Eva andaba en la vida nocturna con un solo propósito, encontrar a su violador, porque en si no quería tener amigos salvo algunos conocidos con quien ir a ver alguna banda de punk rock.

Comenzó a pensar que no llegaría nunca, aún no estaba segura por qué lo

perseguía, necesitaba conocerlo para poder olvidarlo, se secó el sudor del labio superior, eran pasadas las cinco, esa tarde no apareció en el bar de siempre, Eva salió a las siete y comenzó a caminar en dirección a su casa, tenía la mala costumbre de intentar investigar al hombre que le gustaba o por el cual sentía alguna atracción, tenía un miedo atroz de que el destino se riera de ella y terminara enamorada del hombre que la había violado catorce años atrás, alguno de los habitantes de la ciudad era quien la había dañado, pero ya era inútil seguir obsesionada con su psicólogo, ya estaba segura que no había sido él, iba a dejarlo en paz, Darío tenía rutinas aburridas para ella.

Caminaba pensando en su rechazo, si bien él le había dicho que sentía atracción por ella, a su vez rechazaba la idea de tener un romance, —“¡Qué se vaya al diablo! ¿Para qué continuar con esto de seguirlo si no es él!” — Pensó. Era imposible que fuera su agresor, a Darío parecía no importarle en absoluto el sexo, Eva quería llegar cuanto antes a su casa, desvestirse y meterse en la ducha, donde nadie pudiera verla. Miró su reloj, era un cuarto para las ocho, había pasado la tarde entera esperando la llegada de su terapeuta en el café, lo había visto por la mañana salir a correr, ingresar a su casa, y después cerca del mediodía, lo vio subir a su automóvil para dirigirse al hospital, los jueves y viernes le tocaba atender algunos pacientes del Meyer.

Cuando dobló en la esquina, metió su mano en el bolso buscando las llaves ya que estaba a unos pocos metros de su casa, al levantar la mirada se frenó en seco, a una corta distancia había un hombre vestido negro, el terror se apoderó de ella y sintió que su corazón se detuvo, era el hombre con la máscara de la peste negra, estaba ahí de pie con la cabeza inclinada frente a ella a unos cortos cinco metros de distancia junto a la entrada de su casa, Eva atinó a revisar su mochila en busca de su navaja, recordó que la había dejado sobre la mesa luz, entonces comenzó a correr, la primera cuadra que atravesó no dejó de mirar hacia atrás, él corría detrás de ella. “¿Regresó para matarme?” Se preguntó. La idea de enfrentarlo pasó por su mente, pero no lo hizo, “¿por qué ahora después de tantos años?” Se preguntó. Cruzó la calle y se llevó puesta a una persona, ambas cayeron sobre el asfalto, Eva revisó con rapidez su perímetro, el hombre dio media vuelta y se alejó con velocidad.

—Eva, ¿qué te sucede? —Había lanzado al piso en la desesperación por huir a Julia Acher, la enfermera que trabajaba con Darío.

—¡Alguien me seguía, lo juro, era el tipo que me violó hace años!. —Dijo Eva temblorosa.

—Tranquila Eva.. —Dijo Julia observando para todos lados.

—No es la primera vez, hace unas dos semanas lo vi en el jardín delantero y llamé a la policía.. —Dijo Eva agarrándose la cabeza aún sentada en el suelo, sus codos sangraban.

—Ven Eva, te acompañaré hasta tu casa. —Ayudándola a levantarse.

—¡No! No, no quiero ir a casa ahora, quizás me espera ahí... Creo que él quiere matarme. —Dijo Eva asustada y aún agitada.

—¿Has hecho la respectiva denuncia? —Preguntó Julia mientras caminaban.

—Cuando estuve internada en el hospital Meyer había un tipo llamado Jorge Altamirano que atacó para defender a una amiga, creo que es él, estoy casi segura que fue él el hombre que me atacó en mi casa hace catorce años.

—Ven conmigo, me olvide las llaves de la estancia en el consultorio, justo iba a ir a buscarlas, desde ahí puedes llamar a la policía para que te lleve a tu casa y revisé la zona. —Dijo la enfermera tranquilizándola.

—¡Gracias! ¿Pero a Darío no va a molestarle verme? —Exclamó Eva.

—Aún no ha llegado, estaba en el hospital y se retrasó, hablé con él por teléfono antes de salir, estaba ayudando, hay mucho trabajo en el Meyer. —Respondió Julia mientras caminaban.

Julia agarró del botiquín de emergencia unas gasas y agua oxigenada, Eva estaba sentada sobre la mesa en la cocina y miraba hacia afuera.

—Déjame limpiarte esos codos.

—Apenas son unos raponos por la caída. —Respondió mirándose los codos sangrando.

—Pero mírate, no seas niña, sé que eres una chica ruda pero es mejor evitar una infección.. —Dijo limpiando la sangre en sus codos.

—La policía no me cree...

—Tú quédate tranquila... ¿Por qué crees que es Jorge? Trabajé con él hace algunos años en el hospital. —Colocándole unas banditas adhesivas en los codos a Eva.

—Cuando estuve internada Jorge intentó abusar sexualmente de Clara Leiva, una muchacha un poco aniñada e inocente.

—¿La chica renga? —Preguntó Julia.

—Sí, cuando nos contó que él la manoseaba, yo me puse como loca y dejé que la ira me dominara y lo mordí justo en la cara, no conozco el rostro de la persona que me violó hace catorce años, pero Jorge una vez me dijo que había

violado a dos mujeres en sus casas, las atrapó cuando dormían, pero que en el hospital jamás llegó abusar de ninguna. —Dijo Eva encendiéndose un cigarrillo.

—¿Y por qué te contó eso Jorge? —Preguntó Julia intrigada.

—Después de lo de Clara, volvió a intentarlo a toda costa quería manosearla, nosotras sabíamos que terminaría violándola, con Julieta Ávila le dimos un escarmiento, eso me costó muy caro, pero no me importó, pasamos una semana entera en aislamiento por marcar en su pecho una letra V con un trozo de vidrio, queríamos escribir violador en su piel, pero nos encontraron, sabes bien que por más quejas que pusiéramos nadie nos escuchaba, Jorge había acosado a varias pacientes.

Lunes, 22 de diciembre de 1973.

Hospital Psiquiátrico “Leonardo Meyer”

El sol había iniciado su perezoso descenso y las sombras se alargaban en la capilla, Eva podía vislumbrar mediante las sombras dibujadas en el suelo si alguien ingresaba, se encontraba sentada en el suelo, dentro un viejo confesionario cuyas maderas estaban mohosas, tenía en su manos un tubo de metal que le había dado Julieta. Esperaba ansiosa desde donde podía entrever, sólo se limitaba a imaginar lo que le haría a Jorge por abusar de Clara, en parte, cada vez que atacaba a alguien buscando justicia, era como poder acercarse un poco más a su venganza, soñaba con el momento de tener frente a ella al hombre que había robado sus sueños adolescentes en una noche de verano, estaba impaciente, las sombras en el suelo le advirtieron que ellos estaban próximos a entrar, agarró con ambas manos el tubo de metal y lo apretó con fuerzas, la voz de Julieta ya estaba cerca de ella, espío por la rejilla cubierta de tierra, Julieta lo puso de espalda al confesionario para que Eva pudiera entrar en acción haciéndole creer que le haría sexo oral.

Eva salió lentamente del mueble, al levantar el tubo Jorge giró y se encontró con un golpe en la cabeza, cayó al suelo, Julieta sostuvo sus brazos mientras que Eva se montó sobre él haciendo presión con sus rodillas en su pecho.

—¿¡Qué van hacerme locas de mierda!?. —Dijo Jorge, su cabeza comenzaba a llenarse de sangre.

—¡Qué grosero! ¿Así tratas a dos damas?. —Dijo Julieta.

—Si decís que fuimos nosotras vamos a tener que matarte, lo más grave

que nos va a pasar es un poco de corriente, y hasta comenzó a gustarnos. — Dijo Eva.

—Esto va a dolerte, pero pasara rápido, aunque en este maldito hospital el tiempo parece distinto, como más lento, a veces cuando estamos aburridas nos ponemos a jugar con fuego, con alambres oxidados, con trozos de vidrio, por ejemplo, Rosa mata su tiempo cantando y cazando palomas, y a mí me gusta descargarme con tipos hijos de puta que abusan de los débiles, soy como una heroína de historietas.. —Dijo Eva.

—No debiste hacerle daño a Clara, es casi una niña.. —Dijo Julieta.

—Sólo escribiremos con este trozo de vidrio la palabra “violador” en tu pecho, eso sí va a dolerte, porque si no es profundo no dejará cicatriz. —Dijo Eva cortándolo.

—Nosotras sabemos mucho sobre cicatrices.. —Dijo Julieta.

—Si permaneces quieto será rápido, en cambio si sigues moviéndote tendremos que hacerlo hasta que se entienda la palabra “violador”, apenas un corte y está quedando desprolijo, sólo quiero saber antes de seguir... ¿Violaste a mujeres fuera de este hospital? —Preguntó Eva.

—¡Te juro que no les haré nada más a ninguna!. —Dijo Jorge.

—Me voy a dar cuenta si mentís.. —Dijo Eva.

—¡Está bien te diré! Cuando era un pibe entré a la casa de dos mujeres que dejaron sus ventanas abiertas y las violé, ¡si, lo hice! Y vaya que disfrute de eso, pero jamás abusé de ninguna paciente, sólo las manoseo. —Dijo Jorge.

—¿Sólo las manoseo? Lo decís como si fuera algo normal, no te creo nada. —Eva fuera de sí prosiguió cortándolo profundamente hasta que podía leerse claramente una letra V, Jorge gritó tanto que alertó a unos hombres de vigilancia que pasaban cerca, ambos sometieron a las mujeres.

Consultorio de Darío Sáenz

Eva se puso de pie y fue frente a la ventana, la patrulla policial iluminaba su rostro con las luces azules.

—A Jorge lo marcamos nosotras, nos dieron solamente una semana de aislamiento por eso...— Eva miró a la calle. —Ya llegaron, saldré y les pediré que me lleven a casa y revisen todo el perímetro, si es Jorge el que comenzó a perseguirme lo sabré hoy porque le daré la información a ellos. — Dijo Eva agarrando su bolso.

—¿Crees que fue Jorge quién te ataco? —Preguntó Julia.

—No, no fue él, pero sí creo que es él quien me está persiguiendo, aunque también hay otro tipo, un voyerista, es mi vecino de enfrente, le gusta espiar, lo investigué, tiene varias denuncias de mujeres del barrio por espiarlas, se llama Ricardo Guzmán, tuvo en el pasado algunos problemas con la justicia, pero es un poco viejo, de ser él no lo recordaba viejo... Debo irme la policía ya llegó, gracias Julia.. —Dijo Eva y atravesó la puerta.

Mateo no había logrado grandes avances con Ángela en cuestiones de salud, ella había comenzado a negarse ante la idea de regresar al hospital psiquiátrico, habían comenzado una relación amorosa y en algunas pocas ocasiones, él se quedaba a dormir en su casa. Un relámpago estalló, Mateo se sobresaltó en la cama, había tenido una pesadilla, observó a Ángela dormir plácidamente, se levantó de la cama, caminó por la casa oscura, los relámpagos daban ese aspecto aterrador, iluminaban los escalones mientras él descendía, abrió el grifo en la cocina y bebió un poco de agua, se estiró para aliviarse y poder despertarse, una sensación de mareo casi lo hizo caer, sintió ganas de vomitar, apretó los ojos y comenzó a ver imágenes, “¿aún estaba en la pesadilla?” Se preguntó, veía las puertas de un bar, la figura borrosa de una mujer, comenzó a parpadear seguido, se sentía asustado, era como estar viendo con los ojos de otra persona, abrió de nuevo la canilla y se mojó la cara con desesperación, la calma regresó, estaba despierto, decidió regresar a la cama. Al pasar por el pasillo para regresar a la cama escuchó un ruido un poco extraño, posó su oreja en la pared parecía venir del otro lado aquel sonido, eran como leves quejidos de algún animal, sintió como si aquella fila de muñecas en la vidriera lo observara mientras intentaba seguir el origen de aquella resonancia proveniente del interior de la pared, no era de una rata, era la mascota de Ángela que al parecer había quedado estancada en algún lugar, su llanto se acentuaban cada vez más fuerte, Mateo buscaba su origen para rescatarlo, apoyando el oído en las paredes y descubrió que el llanto venía del sótano, seguramente había quedado encerrado ahí, y quizás Ángela no se percató de haberlo dejado encerrado, intentó abrir la puerta pero estaba cerrada, apoyó nuevamente la oreja sobre la puerta, detrás de él la voz de Ángela lo sobresaltó y su corazón se aceleró.

—¿Qué haces despierto a esta hora? —Preguntó su mirada era fría.

—Escuché ruidos allí abajo, al parecer tu gato quedó encerrado. — Respondió Mateo.

—Entonces verifiquemos si es mi gato, hay que sacarlo de ahí. —Ángela con el manajo de llaves en sus manos.

Colocó la llave en la cerradura y giró, la puerta provocó un sonido crudo, las bisagras rechinaron, los escalones hacían aquel ruido a madera seca con cada pisada, el lugar estaba oscuro y húmedo, era muy grande, Mateo percibió un olor semejante al de los pasillos de los cementerios, Ángela encendió la luz

en medio del sótano, el gato comenzó a frotarse en sus piernas, al fondo, Mateo logró ver la silueta de alguien sentado en las penumbras, caminó atónito hacia quien se hallaba allí, junto a él había un viejo catre, una persona estaba sentada allí, Mateo se quedó perplejo ante lo que estaba viendo.

—¡Lo guardé para ti! —Exclamó con los ojos brillosos.

—¿Quién? ... ¿Quién es? —Preguntó asustado.

“El secuestro”. Un año y tres meses atrás.

Junio de 1984. Una semana después del Homicidio de Virginia Ledesma

Aquella noche Ángela se encontraba sentada a los pies de la cama, había bebido dos copas de vino tinto e ingerido tres pastillas para dormir, eran cerca de las once de la noche, mientras escribía en su diario, escuchó que alguien hacía ruido en el departamento de Virginia Ledesma, abrió la puerta del balcón y espió para ver quien había entrado, la mujer había sido asesinada una semana atrás, quizás era su asesino que había regresado a la escena del crimen, pensó, estiró sus blancas manos para correr la cortina y poder ver quien estaba allí, fue entonces que un hombre salió al balcón, Ángela se asustó, el hombre se notaba angustiado apoyado sobre la baranda, ella entonces al verlo agarró un martillo que tenía junto a la puerta, abrió y salió al balcón.

—Buenas noches. Disculpe si la desperté... Aún no puedo creer que la hayan matado, Virginia era tan buena, sabe algo, en verdad la amaba.. —Dijo el hombre limpiando las lágrimas que se caían sobre sus mejillas. —Sé que no te conozco. ¡Disculpa! Es la tristeza por haberla perdido. —Dijo el hombre.

—Ella me habló de ti, pero creo que te conozco, tu rostro me resulta familiar. —Le dijo Ángela, sus manos por detrás sostenían con fuerza el martillo, pensó en usarlo si debía defenderse de él, parecía haber bebido de más.

—Quizás nos cruzamos alguna vez en el ascensor. —Respondió se encendió un cigarrillo y apoyó sus codos sobre la baranda, el viento soplaba con fuerzas.

—Ya sé quién eres. —Exclamó Ángela y le dio un golpe con el martillo en la cabeza cuando él miraba hacia abajo.

—¡No!. —Dijo él y cayó al piso, se arrastró hasta el interior del departamento de Virginia, se levantó e intentó correr, pero Ángela lo golpeó nuevamente, él la tomó del cuello y le arrancó su collar mientras forcejeaban,

ambos cayeron.

—¡La mataste! Asesino... —Repetía golpeándolo con el martillo hasta que él quedó inconsciente.

Debía de sacarlo lo más urgente posible del departamento, pensó que lo mejor era llevarlo a la alejada casona familiar. Ángela buscó algo con que cubrirlo para poder sacarlo del edificio, lo envolvió con una frazada y lo arrastró hasta su departamento, regresó y limpió la sangre, aquella noche lo subió a su automóvil y lo llevó a la casa de su abuela. Al llegar estacionó muy cerca de la puerta principal, bajó del auto y miró hacia todos lados, no quería ser descubierta por nadie. Con la ayuda de una silla de ruedas lo transportó hasta el sótano, donde lo amarró de las muñecas para que no le hiciera daño, cuando el hombre despertó le hizo preguntas, pero él no respondía nada, Ángela se sentía feliz, había atrapado al estrangulador nocturno. “¡Los asesinos siempre regresan a la escena del crimen!” Se dijo a sí misma, se sentó frente a él que estaba atado de pies y manos, sentado en el catre, allí lo dejó hasta que regresó la mañana siguiente.

—Iré a preparar café, ¿quieres uno? Te puedo ayudar a tomarlo. —Le preguntó Ángela moviéndolo para despertarlo.

—¡Sí!

—Qué mal hueles... Ya veremos cómo nos arreglamos, el sótano es grande, tienes un baño, nada especial es pequeño, te pondré una cadena lo bastante larga como para que puedas utilizarlo, hay una canilla, ahí puedes lavarte un poco ¡Apesta!

—Te confundiste niña.

—Ten paciencia... lo peor para ti serán los primeros días, después te acostumbrarás... ¡Estoy ansiosa! Esta tarde voy a practicar mi primera cirugía, no puedo permitir que grites todo el día. —Ángela sonriendo.

—¿Cirugía...? —Preguntó aterrado.

—Una cirugía sencilla... ¡Nada peligroso! Quédate tranquilo que se bien lo que voy hacer, he leído muchos libros de medicina, no me intimida que seas doctor, sé que lo haré bien... Me faltaba unos pocos años para recibirme de médica...

—¿Cuál es tu nombre? —Le preguntó, él le respondió una grosería, lo observó directo a los ojos por unos instantes.

—Creo que necesitas un amigo, una chica sola en esta casa tan grande debe sentirse muy sola. —Le dijo el hombre.

—Sí, puede ser que tengas razón. —Respondió Ángela.
Miércoles, 20 de septiembre de 1985.

Miércoles, 20 de septiembre de 1985.

Mateo la observaba desconcertado.

—¿¡Qué hiciste Ángela!? —Preguntó preocupado.

—Secuestré al estrangulador nocturno, él es el asesino, Mateo! —Dijo ella.

—Ángela, ¡Reacciona! ¿Qué hiciste? —Le gritó, la zamarreó de los hombros, ella comenzó a llorar, los nervios la poseían. —¡Reacciona carajo! —Gritó Mateo.

—Fue él, conozco su rostro, fue él...Le iba a cortar la lengua para que no gritara, pero llegamos a un acuerdo. —Repetía atormentada.

—¡Este hombre es un invento de tu fantasía, te niegas a ver la realidad! —Mateo la abrazó, ella temblaba.

—¡Cállate! —Gritó ella y lo empujó.

—¡Reacciona!

—¡Hay que asesinarlo! —Dijo ella fuera de sí, agarró una pala que estaba junto a la puerta y caminó hasta donde estaba el hombre.

—¡Lo mataré! —Gritó.

—¡Ángela por favor! Al estrangulador nocturno debe capturarlo la policía. —Dijo Mateo revisando los bolsillos del hombre. —Este hombre es... ¿Cesar Aguirre? ... ¡Sí! ... ¡Es Cesar Aguirre! —Dijo asombrado al encontrar su licencia de conducir. —Por eso estaba desaparecido, no pude entrevistarlo porque ya lo habías secuestrado, lo tenías aquí en tu casa. —Dijo Mateo en voz elevada.

—No, no, es el asesino de Sofía, de tu madre y de esas mujeres, ¡hay que matarlo! —Temblorosa dispuesta asesinarlo.

—Cesar Aguirre es el principal sospechoso pero hay otros también todavía no lo encontraron al asesino... Ya sé quién puede ser ese hijo de puta que mató a mi madre... el estrangulador nocturno... ¡Lo siento! Este hombre no es el único sospechoso...Yo también conozco su rostro, fui testigo, lo encontré junto al cuerpo sin vida de mi madre. —Ángela lo miró a los ojos, se sentía confundida.

Ángela se esforzaba al máximo para aceptar su locura, para entender que su vida se había convertido en una pesadilla, nunca fue tan frágil como en aquel momento de su vida donde vivía sumergida en una mentira, en una realidad ajena a la verdad. Encerrada en su locura solitaria no encontró ni

siquiera el descanso para su alma en la idea de abandonar su propia existencia, suicidarse no era la mejor opción, pero tampoco podía seguir así, debía de encontrar una salida, halló en el secuestro su venganza, se acercó al hombre que había secuestrado.

—¡Discúlpeme, por favor! —Exclamó entre sollozos.

—¿Quién es el asesino? Quiero saber, si no es este tipo ¿Quién es?... ¿Quién asesinó a Virginia, a tu madre, a mi tía y las otras?

—¡Lo siento mucho! No puedo decirte aún no tengo la certeza, sólo sospechas...

—Pero... ¡No! No... Me quieres confundir, ¡es este tipo! ... ¿O no? ... — Dijo dudando, subieron las escaleras, Mateo miró hacia abajo y cerró la puerta del sótano.

—Intenta descansar, yo me haré cargo, sabes que debes regresar al hospital Meyer. —Mirándola a los ojos.

—¿Qué haremos con ese pobre tipo? Me delatará, lleva más de un año en mi sótano, aunque creo que pudimos comenzar una amistad.

—¡Tranquila! Ya todo terminó, yo me haré cargo, nadie va a hacerte daño, necesitas ayuda.. —Dijo Mateo.

La cubrió con la sabana y esperó que se durmiera, Mateo la observó dormir, sentado en el sillón junto a la cama, los relámpagos iluminaban la casa oscura, caminó despacio por la sala, desapareció tras atravesar la puerta del sótano. Mientras bajaba las escaleras cientos de pensamientos lo asechaban, sabía que debía hacer lo correcto, aunque la quisiera, Ángela debía regresar al hospital mental para curarse, jamás la dejaría sola, se sentía obligado a ayudarla, caminó por el sótano muy despacio, encendió la luz para ver al hombre, se paró frente a él, lo observó con detención, sospechaba de Cesar Aguirre, amante de Virginia Ledesma, creía que podría tratarse del estrangulador nocturno, el asesino de su madre logró una vez más escaparse, no podía creer todos esos hechos tan extraños unidos, se sentó junto a Cesar, había sido secuestrado por una pequeña pelirroja de treinta años por creerlo culpable en su delirio. La policía creía que era el asesino, el caso de Virginia estaba cerrado a pesar de no haber encarcelado al culpable, Mateo estaba sorprendido mirando detalladamente la piel seca y oscura, perfectamente sentado, no podía dejar de ver atónito el cadáver de Cesar Aguirre que estaba momificado, muerto un año y tres meses atrás. Ángela realmente creía hablar con aquel hombre muerto, su psicosis no le permitía ver la realidad, había asesinado a una persona inocente, quizás sin quererlo realmente, Mateo no creía en la justicia por mano propia, debido a que se necesitaban pruebas reales y contundentes para acusar a alguien de un crimen, debía hacer lo correcto no había otra opción en su mente, Ángela debería pagar por el

asesinato.

Cuando regresó a la habitación de Ángela se estremeció al verla en el piso, tenía sus muñecas sangrando.

Guardia del Hospital Psiquiátrico “Leonardo Meyer”
Madrugada. Jueves, 21 de noviembre de 1985.

Mateo miró una vez más su reloj de pulsera, marcaban las 4:03 am, se sentía nervioso, esperaba en la sala del Hospital que el médico le dijera como se encontraba Ángela, aquella trágica noche mientras él se encontraba en el sótano con el cadáver de Cesar Aguirre, Ángela había cortado sus muñecas, aunque no muy profundo, en un intento por terminar con sus recuerdos. A unos tres metros dos pacientes lo miraban, una de ella se acercó a él.

—¿Cómo esta doctor? —Preguntó preocupado al verlo salir.

—Ahora esta sedada, deberá quedarse, sufrió un brote psicótico, por lo general esto se debe a algún *episodio emocional que pudo haberla sobrepasado*, sus altos niveles de cortisol en sangre ocasionaron o empeoraron su situación, es un cuadro complicado, es una paciente que ya tuvo anteriormente brotes de esta índole, deberá quedarse internada. —Dijo el Dr. Menéndez.

—¿Cuánto tiempo doctor? No tiene familia y vendré a cuidarla si es necesario. ¿Puedo verla? —Preguntó Mateo ansioso.

—No, esta sedada. —Respondió el Dr. Menéndez y le dio la mano, antes de retirarse. Mateo se sentó y apretó su cabeza con ambas manos.

—¡Disculpe, señor! ¿Tendría fuego? —Preguntó una enfermera.

—Sí. —Exclamó Mateo. —Soy Mateo Braun, acaban de internar a mi novia. —Dijo extendiendo su mano.

—Un gusto, Julia Acher, soy enfermera, no se preocupe que aquí la cuidaremos. —Dijo y se marchó.

Miércoles, 20 de septiembre de 1985.

Mateo no había logrado grandes avances con Ángela en cuestiones de salud, ella había comenzado a negarse ante la idea de regresar al hospital psiquiátrico, habían comenzado una relación amorosa y en algunas pocas ocasiones, él se quedaba a dormir en su casa, durante esos meses la investigación sobre el asesino en serie no había tenido ningún avance, Cesar Aguirre seguía sin aparecer, Mateo comenzó a pensar en que quizás nunca lo atraparía. Un relámpago estalló, Mateo se sobresaltó en la cama, había tenido una pesadilla, observó a Ángela dormir plácidamente, se levantó de la cama, caminó por la casa oscura, los relámpagos daban ese aspecto aterrador, iluminaban los escalones mientras él descendía, abrió el grifo en la cocina y bebió un poco de agua, se estiró para aliviarse y poder despertarse, una sensación de mareo casi lo hizo caer, sintió ganas de vomitar, apretó los ojos y comenzó a ver imágenes, “¿aún estaba en la pesadilla?” Se preguntó, veía las puertas de un bar, la figura borrosa de una mujer, comenzó a parpadear seguido, se sentía asustado, era como estar viendo con los ojos de otra persona, abrió de nuevo la canilla y se mojó la cara con desesperación, la calma regresó, estaba despierto al fin, decidió regresar a la cama. Al pasar por el pasillo para regresar a la cama escuchó un ruido un poco extraño, posó su oreja en la pared parecía venir del otro lado aquel sonido, eran como leves quejidos de algún animal, sintió como si aquella fila de muñecas en la vidriera lo observara mientras intentaba seguir el origen de aquella resonancia proveniente del interior de la pared, no era de una rata, era la mascota de Ángela que al parecer había quedado estancada en algún lugar, su llanto se acentuaban cada vez más fuerte, Mateo buscaba su origen para rescatarlo, apoyando el oído en las paredes y descubrió que el llanto venía del sótano, seguramente había quedado encerrado ahí, y quizás Ángela no se percató de haberlo dejado encerrado, intentó abrir la puerta pero estaba cerrada, apoyó nuevamente la oreja sobre la puerta, detrás de él la voz de Ángela lo sobresaltó y su corazón se aceleró.

—¿Qué haces despierto a esta hora? —Preguntó ella su mirada era fría.

—Escuché ruidos allí abajo, al parecer tu gato quedó encerrado. —
Respondió Mateo.

—Entonces verifiquemos si es mi gato, hay que sacarlo de ahí. —Dijo Ángela con el manajo de llaves en sus manos.

Colocó la llave en la cerradura y giró, la puerta provocó un sonido crudo, las bisagras rechinaron, los escalones hacían aquel ruido a madera seca con cada pisada, el lugar estaba oscuro y húmedo, era muy grande, Mateo percibió un olor semejante al de los pasillos de los cementerios, Ángela encendió la luz en medio del sótano, el gato comenzó a frotarse en sus piernas, al fondo, Mateo logró ver la silueta de alguien sentado en las penumbras, caminó atónito hacia quien se hallaba allí, junto a él había un viejo catre, una persona estaba sentada allí, Mateo se quedó perplejo ante lo que estaba viendo.

—¡Lo guardé para ti! —Exclamó con los ojos brillosos Ángela.

—¿Quién? ... ¿Quién es? —Preguntó asustado.

“El secuestro”. Un año y tres meses atrás.

Junio de 1984. Una semana después del Homicidio de Virginia Ledesma

Aquella noche Ángela se encontraba sentada a los pies de la cama, había bebido dos copas de vino tinto e ingerido tres pastillas para dormir, eran cerca de las once de la noche, mientras escribía en su diario, escuchó que alguien hacía ruido en el departamento de Virginia Ledesma, abrió la puerta del balcón y espió para ver quien había entrado, la mujer había sido asesinada una semana atrás, quizás era su asesino que había regresado a la escena del crimen, pensó, estiró sus blancas manos para correr la cortina y poder ver quien estaba allí, fue entonces que un hombre salió al balcón, Ángela se asustó, el hombre se notaba angustiado apoyado sobre la baranda, ella entonces al verlo agarró un martillo que tenía junto a la puerta, abrió y salió al balcón.

—Buenas noches. Disculpe si la desperté... Aún no puedo creer que la hayan matado, Virginia era tan buena, sabe algo, en verdad yo la amaba.. — Dijo el hombre limpiando las lágrimas que se caían sobre sus mejillas. — Sé que no te conozco. ¡Disculpa! Es la tristeza por haberla perdido. —Dijo el hombre.

—Ella me habló de ti, pero creo que te conozco, tu rostro me resulta familiar. —Le dijo Ángela, sus manos por detrás sostenían con fuerza el martillo, pensó en usarlo si debía defenderse de él, parecía haber bebido de más.

—Quizás nos cruzamos alguna vez en el ascensor. —Respondió él se encendió un cigarrillo y apoyó sus codos sobre la baranda, el viento soplaba con fuerzas.

—Virginia no merecía ser asesinada, mi Virginia era una buena chica. —
Dijo el hombre y comenzó a llorar.

—Ya sé quién eres. —Exclamó Ángela y le dio un golpe con el martillo en la cabeza cuando él miraba hacia abajo.

—¡No!. —Dijo él y cayó al piso, se arrastró hasta el interior del departamento de Virginia, se levantó e intentó correr, pero Ángela lo golpeó nuevamente, él la tomó del cuello mientras forcejeaban, ambos cayeron.

—¡La mataste! Asesino... —Repetía golpeándolo con el martillo, Ángela no dejaba de golpearlo y de gritar hasta que él quedó inconsciente.

Debía de sacarlo lo más urgente posible del departamento, pensó que lo mejor era llevarlo a la alejada casona familiar. Ángela buscó algo con que cubrirlo para poder sacarlo del edificio, lo envolvió con una frazada y lo arrastró hasta su departamento, regresó y limpió la sangre, aquella noche lo subió a su automóvil y lo llevó a la casa de su abuela. Al llegar estacionó muy cerca de la puerta principal, bajó del auto y miró hacia todos lados, no quería ser descubierta por nadie. Con la ayuda de una silla de ruedas lo transportó hasta el sótano, donde lo amarró de las muñecas para que no le hiciera daño, cuando el hombre despertó le hizo preguntas, pero él no respondía nada, Ángela se sentía feliz, había atrapado al estrangulador nocturno. “¡Los asesinos siempre regresan a la escena del crimen!” Se dijo a sí misma, se sentó frente a él que estaba atado de pies y manos, sentado en el catre, allí lo dejó hasta que regresó la mañana siguiente.

—Iré a preparar café, ¿quieres uno? Te puedo ayudar a tomarlo. —Le preguntó Ángela moviéndolo para despertarlo.

—¡Sí! —Exclamó él.

—Qué mal hueles... Ya veremos cómo nos arreglamos, el sótano es grande, tienes un baño, nada especial es pequeño, te pondré una cadena lo bastante larga como para que puedas utilizarlo, hay una canilla, ahí puedes lavarte un poco ¡Apesta!. —Dijo Ángela.

—Te confundiste niña, yo no asesiné a Virginia.

—Ten paciencia... lo peor para ti serán los primeros días, después te acostumbraras... ¡Estoy ansiosa! Jamás imaginé que podría encontrar tan fácilmente al asesino de mi tía.

—¿Cuál es tu nombre? —Le preguntó el hombre, lo observó directo a los ojos por unos instantes.

—Ángela Meyer.

—Creo que necesitas un amigo, una chica sola en esta casa tan grande debe sentirse muy sola. —Le dijo el hombre.

—Sí, puede ser que tengas razón. —Respondió Ángela.

Miércoles, 20 de septiembre de 1985.

Mateo la observaba desconcertado.

—¿¡Qué hiciste Ángela!? —Preguntó preocupado.

—¡Secuestre al estrangulador nocturno, él es el asesino, Mateo! —Dijo ella.

—Ángela, ¡Reacciona! ¿Qué hiciste? —Le gritó, la zamarreó de los hombros, ella comenzó a llorar, los nervios la poseían. —¡Reacciona carajo! —Gritó Mateo.

—Fue él, conozco su rostro, fue él...Le iba a cortar la lengua para que no gritara, pero llegamos a un acuerdo. —Repetía atormentada.

—¡Este hombre es un invento de tu fantasía, te niegas a ver la realidad! —Mateo la abrazó, ella temblaba.

—¡Cállate! —Gritó ella y lo empujó.

—¡Reacciona!

—¡Hay que asesinarlo! —Dijo ella fuera de sí, agarró una pala que estaba junto a la puerta y caminó hasta donde estaba el hombre.

—¡Lo mataré! —Gritó, pero el hombre la miraba con pena, sintió que no podría matarlo era su único amigo en el mundo, él le había hecho compañía desde hacía más de un año, Ángela llegó a estimarlo, él siempre la aconsejaba y la escuchaba a diario, se sintió confundida.

—¡Ángela por favor! Al estrangulador nocturno debe capturarlo la policía. —Dijo Mateo revisando los bolsillos del hombre. —Este hombre es... ¿Cesar Aguirre? ... ¡Sí! ... ¡Es Cesar Aguirre! —Dijo asombrado al encontrar su licencia de conducir. —Por eso estaba desaparecido, no pude entrevistarle porque ya lo habías secuestrado, lo tenías aquí en tu casa. —Dijo Mateo en voz elevada.

—No, no, es el asesino de Sofía, de tu madre y de esas mujeres, ¡hay que matarlo! —Temblorosa dispuesta a asesinarlo.

—Cesar Aguirre es el principal sospechoso pero hay otros también todavía no lo encontraron al asesino... Ya sé quién puede ser ese hijo de puta que mató a mi madre... el estrangulador nocturno... ¡Lo siento! Este hombre no es el único sospechoso...Yo también conozco su rostro, fui testigo, lo encontré junto al cuerpo sin vida de mi madre. —Ángela lo miró a los ojos, se sentía confundida.

Ángela se esforzaba al máximo para aceptar su locura, para entender que

su vida se había convertido en una pesadilla, nunca fue tan frágil como en aquel momento de su vida donde vivía sumergida en una mentira, en una realidad ajena a la verdad. Encerrada en su locura solitaria no encontró ni siquiera el descanso para su alma en la idea de abandonar su propia existencia, suicidarse no era la mejor opción, pero tampoco podía seguir así, debía de encontrar una salida, halló en el secuestro su venganza, se acercó al hombre que había secuestrado.

—¡Discúlpeme, por favor! —Exclamó entre sollozos.

—¿Quién es el asesino? Quiero saber, si no es este tipo ¿Quién es?... ¿Quién asesinó a Virginia, a tu madre, a mi tía y las otras? —Preguntó desesperada a Mateo.

—¡Lo siento mucho! No puedo decirte aún no tengo la certeza, sólo sospechas...

—Pero... ¡No! No... Me quieres confundir, ¿es este tipo! ... ¿O no? ... — Dijo dudando, subieron las escaleras, Mateo miró hacia abajo y cerró la puerta del sótano.

—Intenta descansar, yo me haré cargo, sabes que debes regresar al hospital Meyer. —Le dijo mirándola a los ojos.

—¿Qué haremos con ese pobre tipo? Me delatará, lleva más de un año en mi sótano, aunque creo que pudimos comenzar una amistad.

—¡Tranquila! Ya todo terminó, yo me haré cargo, nadie va a hacerte daño, necesitas ayuda.. —Dijo Mateo.

La cubrió con la sabana y esperó que se durmiera, Mateo la observó dormir, sentado en el sillón junto a la cama, los relámpagos iluminaban la casa oscura, caminó despacio por la sala, desapareció tras atravesar la puerta del sótano. Mientras bajaba las escaleras cientos de pensamientos lo asechaban, sabía que debía hacer lo correcto, aunque la quisiera, Ángela debía regresar al hospital mental para curarse, jamás la dejaría sola, se sentía obligado a ayudarla, caminó por el sótano muy despacio, encendió la luz para ver al hombre, se paró frente a él, lo observó con detención, sospechaba de Cesar Aguirre, amante de Virginia Ledesma, creía que podría tratarse del estrangulador nocturno, el asesino de su madre logró una vez más escaparse, no podía creer todos esos hechos tan extraños unidos, se sentó junto a Cesar, había sido secuestrado por una pequeña pelirroja de treinta años por creerlo culpable en su delirio. La policía creía que era el asesino, el caso de Virginia Ledesma estaba cerrado a pesar de no haber encarcelado al culpable, Mateo estaba sorprendido mirando detalladamente la piel seca y oscura, perfectamente sentado, no podía dejar de ver atónito el cadáver de Cesar Aguirre que estaba momificado, muerto un año y tres meses atrás, el misterio de su desaparición había terminado. Ángela realmente creía hablar con aquel hombre muerto, su psicosis no le permitía ver la realidad, había asesinado a una persona inocente, quizás sin quererlo realmente, Mateo no creía en la justicia por mano propia, debido a que se necesitaban pruebas reales y

contendientes para acusar a alguien de un crimen, debía hacer lo correcto no había otra opción en su mente, Ángela debería pagar por el asesinato.

Cuando regresó a la habitación de Ángela se estremeció al verla en el piso, tenía sus muñecas sangrando.

Guardia del Hospital Psiquiátrico “Leonardo Meyer”

Madrugada. Jueves, 21 de noviembre de 1985.

Mateo miró una vez más su reloj de pulsera, marcaban las 4:03 am, se sentía nervioso, esperaba en la sala del Hospital que el médico le dijera como se encontraba Ángela, aquella trágica noche mientras él se encontraba en el sótano con el cadáver de Cesar Aguirre, Ángela había cortado sus muñecas, aunque no muy profundo, en un intento por terminar con sus recuerdos. A unos tres metros dos pacientes lo miraban, una de ella se acercó a él.

—¿Cómo esta doctor? —Preguntó preocupado al verlo salir.

—Ahora esta sedada, deberá quedarse, sufrió un brote psicótico, por lo general esto se debe a algún episodio emocional que pudo haberla sobrepasado, sus altos niveles de cortisol en sangre ocasionaron o empeoraron su situación, es un cuadro complicado, es una paciente que ya tuvo anteriormente brotes de esta índole, deberá quedarse internada. —Dijo el Dr. Menéndez.

—¿Cuánto tiempo doctor? No tiene familia y vendré a cuidarla si es necesario. ¿Puedo verla? —Preguntó Mateo ansioso.

—No, esta sedada. —Respondió el Dr. Menéndez y le dio la mano, antes de retirarse. Mateo se sentó y apretó su cabeza con ambas manos.

—¡Disculpe, señor! ¿Tendría fuego? —Preguntó una enfermera.

—Sí. —Exclamó Mateo. —Soy Mateo Braun, acaban de internar a mi novia.. —Dijo extendiendo su mano.

—Un gusto, Julia Acher, soy enfermera, no se preocupe que aquí la cuidaremos.. —Dijo y se marchó.

CAPITULO 10

Hospital Psiquiátrico Leonardo Meyer

Domingo, 16 de abril de 1986.

El calor era abrumador aquella tarde de estío, el reportero en la radio anunciaba el clima, 35 grados centígrados con un 70% de humedad, por la madrugada se desataría una tormenta, Mateo Braun cambio la frecuencia mientras transitaba por aquellos angostos caminos, atravesó las columnas de la entrada al nosocomio, el hombre de seguridad levantó la valla y lo saludo con un gesto moviendo la cabeza, observó el cartel a un costado del angosto camino de asfalto, “Espacio Pacientes deambulando” leyó.

Ángela Meyer llevaba unos meses internada en el pabellón cuatro a la orden del juzgado, había sido declarada culpable del asesinato de Cesar Aguirre a quien tenía momificado en el sótano de su casona, fue sentenciada y enviada al nosocomio donde debía recibir tratamiento para su salud mental en el Hospital Leonardo Meyer. Mateo no había dejado de visitarla, todos los domingos le hacía compañía, el primer mes Ángela estuvo sedada y fue tratada con cuatro sesiones de electroshock por su depresión, ahora se encontraba mejor, aunque no recordaba la noche que intentó suicidarse, ni haber golpeado con un martillo a Cesar Aguirre en la cabeza. Mateo continuaba con la investigación sobre el asesino en serie, porque el haberlo visto en la escena del crimen de su madre cuando era un niño no servía como prueba.

Caminó por los amplios pasillos en dirección hacia el pabellón cuatro, llevando consigo un paquete, atravesó el jardín que separaba los pabellones, la encontró sentada junto a otra interna.

—¡Buenas tardes! —Le dijo Mateo al verla.

—¡Buenas tardes! Pensé que ya no vendrías. —Respondió Ángela.

—Tengo buenas noticias.. —Dijo Mateo ansioso abriendo el paquete donde llevaba cinco docenas de medialunas rellenas de dulce de leche, la mujer que estaba junto a Ángela agarró algunas y se marchó.

—Los días aquí parecen semanas, imagínate siete largos meses. —mirarlo a los ojos.

—Déjame contarte las buenas nuevas, tu medico dice que si sigues mejorando, en unos dos o tres meses, o quizás un poco más, te dará de alta para seguir un tratamiento fuera de aquí.. —Dijo sonriendo.

—¿Aún me consideras tu novia? —Preguntó.

—Sí... Te quiero. —Respondió Mateo. Ella se apoyó en su hombro.

Lunes, 20 de abril de 1986.

La lluvia no cesaba desde hacía unos días, Mateo Braun dio un sorbo a su taza con café, se rascó los ojos y continuo mirando los recortes de diarios y papeles pegados en la pared de su departamento, el timbre lo quitó de la silla.

—Buenas tardes, si Mahoma no va a la montaña, la montaña. —Dijo Carmen.

—Adelante, acabo de hacer café. —Cerró la puerta y puso llave.

—¿Cómo estás? No pude ir al funeral, lo siento. —Dijo y le dio un abrazo.

—Estoy bien, mi esposo llevaba enfermo mucho tiempo, debía de ir pensando en la posibilidad de que moriría. —dejó la cartera sobre la mesa.

—Lo sé... ¿Cómo se siente ser ahora la directora del diario y la revista? —Preguntó.

—Es lo que soñé desde que comencé a estudiar periodismo... Cuéntame las últimas noticias. —sonriendo. —¿qué son esos papeles y recortes? —Preguntó poniendo una cuchara de azúcar al café.

—Es la vida de los Meyer... Te explico porque, ¿la noche en que me fuiste a buscar para ir por unos tragos? Del cuaderno de Ángela se cayó una fotografía, no me dejaste verla bien...pero... Cuando regresé a casa agarré el cuaderno, era el diario íntimo de Ángela, la foto era de Lorenzo Meyer, que es el padre, su cara se me hizo familiar, pero luego sucedió todo lo de Ángela, y no me tomé el tiempo de analizar el cuaderno y la foto, hace unos días recordé que todavía tenía el cuaderno y agarré la fotografía nuevamente, estuve mucho tiempo viéndola y finalmente me di cuenta que su rostro era igual al de Cesar Aguirre, comparé las fotos es impresionante el parecido físico entre ambos, bien podría ser Cesar Aguirre como Lorenzo Meyer el estrangulador nocturno... No pude decírselo a Ángela porque sería demasiado para ella saber que su padre es ahora sospechoso para mí, al mismo tiempo que se daba cuenta de que tenía a un hombre momificado en su sótano pensando que era el asesino pero todavía no lo sabemos.

—No me digas que por una foto puedes descubrir a un asesino serial, ¿y justamente va a ser el padre de tu novia el estrangulador nocturno? —Preguntó en un tono burlón y acomodo su cabello.

—No lo tomes a la ligera, investigué a su padre, hay mucho para sospechar de él, lo primero, su rostro es muy similar al que recuerdo haber visto a los

diez años, Lorenzo Meyer podría ser es el asesino... Tiene antecedentes por agresión, pero sé muy bien que mi palabra a los diez años no es suficiente para llevarlo a la corte ni a él si fuera ni al difunto Cesar Aguirre, necesito encontrar pruebas contra él para poder acusarlo, ingresé a la habitación de Sofia Meyer y en un cajón hallé una fotografía de ellos juntos, no quería creerlo en el fondo, busqué los álbumes familiares... Revisé cada foto, sé que mi mente puede confundirse, pero hay algo que jamás olvidaré y son sus ojos, el gran parecido con Cesar Aguirre me confunde... Si te fijas en las características físicas, Aguirre y Meyer parecen hermanos, son demasiado parecidos, por eso Ángela quizás los confundió, a lo mejor vio al asesino de Sofia y su parecido con su padre, estoy seguro que ella sabe que su padre puede ser quien asesinó a Sofía... También tengo mis dudas sobre ella, Ángela podría haber asesinado a Aguirre para proteger a su padre, para encubrirlo, sabemos que es una persona que padece una enfermedad mental, es fácilmente manipulable... —Se quedó un instante en silencio observando la foto de Ángela pegada junto a los demás sospechosos. —Pero debo confesarte algo, recientemente pienso en la teoría de que el estrangulador nocturno sea una mujer, una mujer que odia a las mujeres promiscuas, sospecho de Ángela de al menos los dos últimos casos, más precisamente en el caso de Virginia Ledesma, en su diario habla con obsesión de esta mujer, la compara con su tía, a lo mejor usó al estrangulador nocturno como pantalla, pero necesito pruebas, puede tratarse de otra mujer, jamás se consideró la hipótesis de que fuera una mujer.

—Explícame para que te sirve esto en tu pared si no hay evidencias, no hay caso contra Lorenzo Meyer ni contra Cesar Aguirre mucho menos pruebas contra Ángela Meyer... No entiendo por qué no hay más repercusión mediática de este asesino, pareciera que lo ocultan.. —Dijo Carmen.

—El estrangulador nocturno, es una especie de asesino del pasado, esta algo oculta su historia, recién en el 80' se supo que sus víctimas eran cuatro, es un asesino serial del que se habló poco en los medios, primero porque mata cada una cierta cantidad de tiempo, o al menos eso se cree ahora, segundo porque cuando se comenzó a sospechar de la posibilidad de que había un asesino en serie fue por el año 74' cuando aparece la tercera víctima, Marcela Cáceres, una prostituta que no tenía familia, todos sabemos que las prostitutas asesinadas son moneda corriente, a parte fue durante el mandato de María Estela Martínez de Perón, que había una prohibición para hablar de este tipo

de asesinatos en los medios debido a la situación de violencia que se vivía en el país, entonces el caso del estrangulador nocturno se ocultó, hasta que en el 80' es hallada Margarita Ruiz, una actriz pornográfica, empecé a buscar medios que me escucharan y encontré a un locutor de un programa nocturno de una radio chica pero con muchos oyentes que pese a la situación del país, se atrevió hablar de los tres casos y lo bautizó como el estrangulador nocturno, por el conocido caso del estrangulador de Boston que asesinó a trece mujeres...No podemos negar que desde que asesinó a Virginia Ledesma el caso está tomando más difusión. —Señaló la fotografía en la pared de Lorenzo Meyer observándolo con el ceño fruncido.

—Creo que no sería tan descabellado pensar en el padre de Ángela como un posible sospechoso, pero me resulta muy falta de pruebas, en cambio Aguirre tiene un perfil de asesino serial muy fuerte. —Poniendo el cigarrillo en la boquilla.

Mateo se quedó un rato en silencio, se reclinó en la silla observando la pared.

Carmen no estaba segura de que Lorenzo Meyer pudiera ser sospechoso. Ahora la conversación entre los dos periodistas se había convertido más bien en una especie de ritual que giraba en torno a uno de los misterios sin resolver más importantes en sus vidas, ¿Quién era el estrangulador nocturno? Lorenzo Meyer o Cesar Aguirre, ¿quién de ellos dos era el asesino del pasado?

—¿No crees en mí?

—No se trata de no creer en ti Mateo, ambos sabemos que Cesar Aguirre tenía todas las características del asesino, era médico, estatura alta, rubio entrecano, no niego que Lorenzo Meyer parece sospechoso, pero la policía cree firmemente que Aguirre es el estrangulador nocturno, tu novia no debió golpearlo, ahora jamás sabremos.

—Cuando me metí entre los policías y logré infiltrarme para poder tomar una fotografía de la escena del crimen de Virginia Ledesma, la quinta víctima, en unos pocos minutos observándola, me planteé cientos de preguntas. ¿Qué lleva a este tipo a matar? ¿Por qué deja los cuerpos de una forma tan delicada? Pareciera que las amara, que amara su obra, el cabello peinado y acomodado a lo largo de la almohada, las uñas pintadas de rosa pálido, la venda prolijamente puesta sobre sus ojos... ¿Por qué cubre las cuencas vacías de sus ojos? A él le importa mucho que todo esté en su perfecto orden, todo limpio, casto y puro, sus manos cruzadas sobre el abdomen, los pies de las víctimas

no tienen signos de haber sido arrastradas, y casi podía vislumbrarlo todo, las lleva a la tina de baño o en su defecto a la ducha, las carga en sus brazos, las baña con cuidado, las recuesta sobre sus camas, cepilla sus cabellos, como si reviviera lo mismo con cada una de ellas, no maltrata sus cuerpos, tampoco las ultraja, ellas se entregan a él, no hay violencia en el acto sexual, usa preservativos, la máxima expresión de violencia es cuando las estrangula, las purifica, debe haber amado demasiado a una mujer en su vida y la perdió, con sus víctimas quizás revive algo, todas ellas son de cabello oscuro y delgadas, todas tienen características similares .

—Hablamos de esto mil veces, creo que lo que hace con ellas después de estrangularlas es tratar de borrar cualquier prueba o huella, se divierte y disfruta de dejarlas perfectas como si fueran muñecas.

—¡Exacto! En mi opinión ese cuidado no es sólo para borrar huellas, es por alguien que amó demasiado.

—Sí, quizás sea eso... ¿Cómo esta Ángela? —Preguntó.

—Los médicos me explicaron el brote que sufrió Ángela, créeme ella no se dio cuenta que él había muerto la misma noche que lo atacó con el martillo, ella creía hablar con él todos los días, Ángela vivía en otra realidad.

—¿Se acuerda de algo? —Preguntó Carmen.

—No recuerda lo que sucedió aquella noche que debí llevarla al hospital, no recuerda casi nada, el Dr. Menéndez dice que es a causa de las sesiones de electroshocks, hay pacientes que borran gran parte de sus vidas con ese tratamiento.

—¿Tiene cura su enfermedad mental?

—Digamos que puede mejorar, fue un episodio psicótico, con la medicación y el tratamiento podrá vivir una vida mejor.

—¿Te enamoraste de ella? —Preguntó ella exhalando el humo del cigarrillo.

—No sé, sé que en algún momento Lorenzo Meyer regresara a su casa, sospecho de ambos, padre e hija, sé que hay algo confuso. —Pensativo tocándose el rostro.

—¿Estás con ella para capturar a su padre, Mateo?

—No es sólo por eso, si me dejo llevar por los sentimientos no lograré nada...

—Quizás esta vez estés equivocado, créeme que lo digo porque me preocupas, no quisiera verte decepcionado.

—No me equivoco, sé que Lorenzo puede llegar a ser el asesino de mi madre. —Se estiró en la silla.

—A ver, explícame esto que tienes en la pared.. —Dijo señalando.

—Es similar a la investigación sobre Cesar Aguirre, sólo que la vida del padre de Ángela es bastante más oscura...Para poder entender un poco a Lorenzo Meyer, hay que empezar por sus orígenes, investigué minuciosamente a la familia Meyer, tengo las llaves de la casa familiar, unos días después de la internación de Ángela, revisé la casa buscando evidencias, algo que me sirviera, en la biblioteca había una gran cantidad de libros de medicina e informes de Leonardo Meyer sobre el Hospital psiquiátrico, este hombre al parecer era un misterio, no guardaba nada, todo lo destruía, salvo un detalle, un cajón cerrado, dentro encontré papeles, el cajón tenía un doble fondo, allí encontré una pequeña caja de madera, al abrirla, mi asombro fue grande, había una medalla, una antigua insignia del partido Nacional socialista Obrero Alemán, el partido nazi, esas que se usaban en la solapa, verifiqué con un conocido que se tratara de una real, y así lo fue...

—Tener un padre nazi no lo hace asesino en serie a Lorenzo. — Interrumpiendo.

—Déjame seguir... Leonardo Meyer nació en 1886, en Baviera, Alemania, tenía dos hermanos que murieron en la guerra, estudio medicina y obtuvo un doctorado en psiquiatría, cuando tenía 29 años se afilió al partido nazi en 1935 y a la SS en 1938 donde trabajó activamente, se desconoce porque emigró a la Argentina en el año 1941 con sus dos hijos pequeños, su esposa y su cuñada. Alicia Meyer, su esposa, tenía dos hermanas. Fue nombrado director del hospital psiquiátrico por aquel entonces llamado "Julio Cárdenas" en 1942, lugar donde trabajó arduamente hasta 1960 cuando falleció a los setenta y cuatro años. En su honor el hospital fue rebautizado, y desde entonces lleva su nombre, esto pasó a pedido del Dr. Federico Lorenz, nacido en 1911, un médico también nazi, mayor de la SS, un sujeto detestable sin lugar a dudas, este médico psiquiatra formaba parte del personal de los campos de concentración, perteneció al grupo de médicos que decidían quiénes eran aptos para el trabajo y quiénes debían ser enviados a morir en las cámaras de gas, comenzó a experimentar y a buscar la cura para la homosexualidad, experimentó con hombres al llegar al campo de concentración Buchenwald, un experimento que estaba hecho a la medida del propósito nazi, lograr curarlos, o transformarlos en heterosexuales para que pudieran tener los hijos que

necesitaban para llevar adelante la guerra, los métodos que usó fueron monstruosos, ultrasonidos, implantes de glándulas artificiales e incluso castraciones, uno de los objetivos nazis era purificar a la raza germana para la dominación del mundo, ellos creían que era una raza superior, su idea era exterminar los pueblos impuros y las degeneraciones de la raza humana. Este sujeto llegó a nuestro país en 1945 ayudado por un obispo austríaco, un religioso que vivía en Italia y que fue una pieza clave para facilitar el escape de nazis hacia Sudamérica, consiguió su pasaporte de la Cruz Roja con visado Argentino a nombre de Federico Lorenz, realizó el mismo viaje que muchos de los nazis en fuga, de Génova a Buenos Aires, y en su gran amistad con el Dr. Meyer, trabajó como su mano derecha en el hospital de salud mental, ¿qué mejor lugar de refugio que un hospital mental alejado de todo? Vivió sin problemas en Argentina, y fue nombrado director del Hospital “Leonardo Meyer” en 1960 al morir su amigo Leonardo Meyer. Trabajó hasta 1980, dejando como director a su mano derecha, el médico Argentino Antonio Menéndez, se desconoce si sigue en Buenos Aires, ahora tiene 74 años... Dato interesante, ahora sigo con los Meyer... Los hijos de Leonardo y Alicia Meyer eran consentidos y caprichosos, sus hijos eran inseparables, había unos pocos años de diferencia entre ambos, decían las malas lenguas que eran demasiados cariñosos uno con el otro, Lorenzo Meyer, el padre de Ángela, nació en Múnich en el año 1937, llegó con su familia a nuestro país con cuatro años, era un niño callado que pasaba el día leyendo, quería ser músico pero su padre se lo prohibió, tenía una relación de amor y odio con sus padres, a los doce años tuvo un altercado con un compañero de escuela al que Lorenzo Meyer empujó por las escaleras provocándole fractura de clavícula, fue enviado al correccional de menores, su padre sabía que un muchacho tan refinado terminaría realmente mal en un reformatorio público, así que movió sus influencias y logró que lo llevarán a un hogar católico para jóvenes problemáticos, una especie de granja para retiros espirituales, este lugar está cerca del hospital Mental, se llamaba “Hogar Santa María”, era una estancia donde los hacían trabajar en el campo, recibía la visita de su padre los domingos. Estuvo a 110 kilómetros al norte de la capital de Buenos Aires desde 1949, en su estadía muere misteriosamente un niño de ocho años huérfano, aparece flotando en el río. Entabla una profunda amistad con un muchacho con problemas de adicción llamado Isaac Valente, regresa a su casa a los dieciséis años. A finales de 1955, les dice a sus padres que dejó

embarazada a una muchacha campesina, y que acaba de tener una niña, tenía 18 años cuando nació Ángela Meyer. Alicia Meyer le permite criarla... Si pudiese encontrar a la madre de Ángela, quizás pueda también encontrar a Lorenzo Meyer.... —Mateo se encendió un cigarrillo y prosiguió. —En cuanto a su hermana, Sofía Meyer, nació en 1934, cuatro años mayor que él, era una niña delicada de salud aunque rebelde, que se llevaba realmente mal con su madre, quedó embarazada a los diecinueve años y tuvo una niña con un parto complicado, dando a luz a un bebé muerto, a causa de esto, tomó a Ángela como su propia hija. Sofía era una chica buena, aunque un tanto rebelde y promiscua, le gustaba tener relaciones sexuales ocasionales con jóvenes de la escuela secundaria, formaba parte del teatro del colegio de monjas donde asistía y tenía pésimas calificaciones, comenzó a trabajar como actriz poco antes de ser asesinada. A diferencia de su hermano menor, ella tenía una vida social activa, dicen sus allegados que nunca se repuso de la muerte de su hija, Sofía Meyer comienza a tener sexo por que sí y a beber en exceso cuando muere su padre, sufría de depresión, sus amigos íntimos y sus compañeros de teatro aseguran que por el año 67' ella ofrecía dinero para que alguien la asesinara porque no quería vivir, estaba enamorada del misterioso hombre que la dejó embarazada, quería suicidarse debido a su mala reputación pero no podía hacerlo sola, irónicamente, esta mujer a los treinta y tres años se convierte en la segunda víctima del estrangulador nocturno, aunque para mí hay dudas sobre eso, había recibido un tiro en la cabeza... En el año 57' Lorenzo ingresa a la facultad de medicina, sufre una crisis nerviosa y termina internado debido a un accidente doméstico, en el 64' se recibe de médico, al morir su hermana Sofía Meyer, cae en depresión y se va de su casa, por lo que se sabe hasta el momento él desaparece, enviándole a su madre un cheque todos los meses para el cuidado de su hija, en algunas ocasiones regresa pero sólo pocos días, no encuentro registros ni recetas médicas que avalen su práctica en medicina...

—Ahora entiendo tu sospecha... ¿Quizás se fue del país?. —Dijo Carmen sorprendida.

—No cruzó jamás la frontera, nunca salió del país.

—¿Qué fue del hogar de niños donde estuvo? —Preguntó intrigada.

—El hogar cerró sus puertas a los pocos años del suicidio de su director, quedó al cuidado de una mujer mayor un poco malhumorada, una tipa de mal carácter. Necesito que consigas información en el hogar, necesito el paradero

de Isaac Valente.

—No te prometo nada, pero lo intentaré, detesto la ciudad de Santa María, es muy húmeda, pero como necesitas evidencia sobre el médico nazi que ejerció hasta el 80' en el hospital Meyer iré, quizás si aún está vivo podemos publicar un artículo para exponerlo. —Respondió tomando su cartera para marcharse.

Mateo se quedó mirando la pared de su modesta habitación, pensaba en la pregunta que Carmen le había hecho, ¿amaba a Ángela? No estaba del todo seguro de eso, ella era una chica distante por momentos y por otro demasiado asfixiante y por otros momentos se mantenía callada a veces por más de unas dos horas. Las mujeres con las que salía, por lo general, eran mayores que él, bastante mayores y experimentadas, sin lugar a dudas, Ángela Meyer, menor por un año, había bajado notablemente la media de edad de sus preferencias, no podía prestarle la atención que merecía, estaba demasiado sumergido en sus propios pensamientos, la quería pero nunca se había enamorado perdidamente de ninguna mujer con la que tuvo una relación amorosa, sabía que en algún momento quizás debía dejarla, no entendía por qué ella lograba en él una necesidad de protección muy fuerte, el sexo era explosivo con Ángela, en la cama se comportaba sin ningún tipo de vergüenza y se entregaba a por completo, ella satisfacía sus instintos sexuales al máximo, Mateo no era del todo romántico, y mucho menos lo era su compañera. No había lugar a dudas en el hecho de necesitarla, aún no entendía por qué, no perdía ocasión alguna en las pocas conversaciones largas que tenían en hurgar como un pirata funesto en su mente para intentar sacar a luz recuerdos de su padre, Mateo no descansaría hasta tener las pruebas en caso de haberlas y poder llevar a Lorenzo Meyer a prisión de por vida, ansiaba que se pudriera en la cárcel el asesino de mujeres.

CAPITULO 11

Lunes, 26 de mayo de 1986

Mateo y Carmen se encontraron el viernes por la mañana en la estación de trenes de retiro, se pidieron unos sándwiches de lomo en un puesto de comida de paso, Carmen movía intensamente su pie produciendo un sonido de tacón contra la baldosa mientras estaba apoyada en la barra del comercio, Mateo observaba su pie con atención, Virginia Ledesma solía producir ese ruido, por unos momentos se dejó llevar analizando la intensidad del movimiento de su pie, cerró los ojos unos instantes, recordó el extraño sueño que tuvo el día que asesinaron a Virginia y en su mente veía la imagen de su sueño, la desesperación de ver alguien ser estrangulado, jamás habló de esos sueños o ensoñaciones que tenía con nadie, unos días atrás, había soñado con el asesino nuevamente, caminaba por una calle en la noche e ingresaba a un bar, miraba a las mujeres sentadas en la barra como si seleccionará a una que fuera de su gusto, estaba eligiendo a su presa, la mujer le aceptó un trago, cuando se fue al baño, reflejado en el espejo se vio a sí mismo con el rostro de Cesar Aguirre, los sueños eran en primera persona como si él fuera el estrangulador nocturno, como si estuviera conectado psíquicamente con él, por momentos era Aguirre y por otros Lorenzo Meyer en las ensoñaciones, Virginia Ledesma volvió a su mente como un fantasma que suplicaba justicia.

—¡Ya! Deja de hacer ese ruido, es molesto.. —Dijo Mateo a Carmen.

—¡Disculpa! Es un tic nervioso, después de haber enfrentado a la mujer del hogar en esa extraña ciudad quedé alterada. —dio un sorbo a su gaseosa.

—Discúlpame. Hay algo que jamás te dije, la noche después de que asesinaron a Virginia Ledesma tuve un sueño confuso, estaba sumergido en una bañera y alguien me estrangulaba, no podía ver su cara porque el agua me nublaba la vista, esa mañana cuando desperté no podía dejar de pensar en el asesino de mujeres, me hacía preguntas, jamás había visto una escena del crimen del estrangulador nocturno, más allá de haber presenciado lo que le hizo al cuerpo sin vida de mi madre, ella fue la única víctima que había visto hasta entonces, Virginia fue la primera que logré ver intacta en su cama, cuando aparecieron las primeras víctimas sólo pude leer sus autopsias, ver lo que le hizo a mi madre me hizo quien soy hoy, me llevó a obsesionarme con él sin saber quién es, aunque te suene extraño yo lo conozco muy bien, después

de aquella pesadilla, me juré a mí mismo que esto debía de terminar, llevo muchos años de mi vida persiguiendo sus pasos, desde entonces tengo algunos sueños, todos referidos a la víctimas, a veces veo como si yo fuera él mismo en mis sueños. —Confesó nervioso.

—Lo de tu madre te marcó para siempre, las pesadillas son miedos ocultos Mateo, quizás deberías de alejarte un poco de este caso en particular

—No lo haré, siento que cada vez estoy más cerca... ¿Conseguiste algo?
—Preguntó Mateo encendiéndose un cigarrillo.

—Sí, te gustará... Antes que nada, esa mujer fue muy difícil de convencer, debí darle más dinero del que planeaba, es una gallega muy hábil para quitar dinero. Bueno, te explico, Lorenzo Meyer tenía dos amigos en el reformatorio religioso, no uno solo, las monjas les decían los tres mosqueteros porque se la pasaban juntos, lamentablemente no hay una dirección del tal Isaac Valente, pero si tengo la dirección del tercer mosquetero.. —Dijo entregándole un papel.

—¡Santiago Muñoz! Aunque no me crees sospecho de él, mucha casualidad que sea amigo de la víctima. —Exclamó sorprendido.

—Es el tercer mosquetero, te lo acabo de decir, fueron amigos con Lorenzo en su adolescencia.

—Este tipo fue amigo de Virginia Ledesma, la última víctima, es quien halló su cuerpo, siempre se negó a darme una entrevista.

—Coincidencia, una muy grande, déjame seguir, cuando Lorenzo Meyer estuvo en el hogar “Santa María”, que por cierto, en aquel entonces era un hogar para niños con problemas de conducta, después fue hogar de huérfanos y unos años más tarde cerró, Lorenzo formó dos profundos lazos de amistad, no hablaba con nadie, sólo con ellos, ni siquiera quería hablar con sus maestros, uno de ellos era Isaac Valente y el otro era Santiago Muñoz, el menor, pero tenía problemas de conducta muy graves, me dijeron que siempre formaba peleas a los puños, estuvo poco tiempo allí, pero lo mejor es que Santiago Muñoz fue paciente del Hospital Meyer en 1976, su tratamiento fue realizado por el Dr. Lorenz, necesitamos una entrevista con él.

—Eres mi musa inspiradora, ¡gracias! Ese hijo de puta de Lorenzo Meyer si es el asesino no va a poder seguir escapándose, llevo años en esta investigación, quizás ahora que pasó el tiempo Santiago Muñoz acepté ser entrevistado. —Besó la frente de Carmen.

—Nunca más vuelvas a besar mi frente, eso es para los muertos, deberías

calmarte un poco, estas obsesionado con estos tipos, ¡come! —Exclamó regañándolo.

—Estoy investigando el hospital Meyer, según parece, ese lugar es un infierno donde desaparecieron algunas internas, tiene bien puesto el sobrenombre de hospital del infierno, si es así tendremos una primera plana maravillosa, llámalo presentimiento, creo que no es tan descabellado todo lo que escuché que ocurre, todos sabemos que nadie prestaría atención en un lugar para enfermos mentales, hay pacientes que llevan más de veinte años internados, me contaron sobre una mujer que se llamaba Lucrecia que se escapó del hospital, tenía amoríos con empleados del nosocomio, dicen que murió en el bosque, que se perdió, y así hay varias historias muy interesantes que puedo investigar una vez que logré encontrar las pruebas contra el estrangulador nocturno...Darán de alta a Ángela el próximo mes, verificaré algunas cosas cuando este allá.. —Dijo ansioso.

—Mejor concéntrate en el asesino serial, después veremos con que podemos seguir, te quiero concentrado en encontrar a Lorenz.

—Debo contarte algo, esta mañana antes de venir para aquí, alguien dejó por debajo de la puerta una nota, por supuesto corrí para ver quien fue, pero no hallé a nadie, en la nota decían que querían verme este domingo en la capilla abandonada del hospital Meyer.. —Dijo Mateo.

—Cuídate, a veces ese tipo de notas anónimas son trampas, hay varios enemigos, Mateo, desde la nota con aquel empresario. —Dijo ella preocupada.

—Tranquila, estaré bien, es dentro del hospital, en estos días busco a Santiago Muñoz. —Comenzó almorzar.

—Ahora que lo pienso, en una ocasión hace alrededor de siete u ocho años, publicamos una nota sobre la desaparición de una bailarina internada por anorexia, pero el hospital dio sus explicaciones sobre su fuga.

—Investigaré, va a llevarme tiempo, pero haré algo al respecto.

—Mejor te quiero centrado en Lorenz, si capturamos a un nazi seremos el diario N° 1 otra vez.

—Regresó contigo a Capital, iré a ver a mi abuelo.... —Dijo Mateo mientras masticaba.

CAPITULO 12

Domingo, 1 de junio 1986.

Mateo Braun recorría los pabellones abandonados del viejo hospital, días atrás habían dejado bajo la puerta de la casona de los Meyer una nota dirigida a su nombre, en la cual le pedían que estuviera el domingo a las seis de la tarde en la capilla abandonada del viejo hospital psiquiátrico, el nosocomio tenía dos edificios abandonados, en uno de ellos se encontraba la pequeña capilla.

—¿Se ha perdido, Sr. Braun? —Le preguntó Julia Acher, estaba fumando.

—No, sólo camino por aquí, espero que el Dr. Menéndez firme el alta de mi novia.. —Dijo Mateo.

—Vengo aquí a fumar. Debe andar con cuidado Sr. Braun, en un lugar lleno de fantasmas como este las paredes oyen, sobre todo después de lo ocurrido el domingo pasado en la noche de tormenta, usted sabe que el hospital no se responsabiliza en el dado caso que alguna paciente lo ataque...hay pacientes sumamente peligrosas.. —Dijo Julia apagando su cigarrillo.

—¿Qué sucedió? —Preguntó Mateo.

—Una mujer atacó a otra en uno de los pabellones abandonados y le arrancó la lengua.

—¿Desde qué año trabaja aquí? —Preguntó Mateo.

—Ingresé en el 1966, acababa de recibirme de enfermera y un amigo de la infancia habló por mí para que me contrataran.

—¿Podría saber el nombre de quien la ayudó a conseguir este empleo? —Preguntó Mateo.

—Debo irme Sr. Braun, cuídese.. —Dijo ella y comenzó a caminar.

Mateo atravesó el jardín que dividía el pabellón y la iglesia, al ingresar notó a una chica sentada en uno de los bancos, tenía el cabello cubierto con un pañuelo oscuro, él sin dudarle y sin temor se sentó a su lado.

—Buenas tardes, ¿usted me dejó la nota? —Preguntó.

—Sí... —Afirmó la mujer sin quitarse el pañuelo y sin mover su cabeza, miraba hacia el frente, se veía rígida, escondiendo sus ojos tras lentes oscuros.

—¿Cuál es el motivo para verme con urgencia? —Preguntó Mateo.

—Es su día de suerte.. —Dijo la mujer.

—¿Por qué motivo tendré suerte?

—Necesito confiar en que podrá ayudarme.

—Lo intentaré, pero si no me dice que sucede dudo poder hacerlo. —
Respondió Mateo.

—Le traigo pruebas contra Julia Acher, la enfermera. Las pruebas son un acta de defunción, es una viuda negra Sr. Braun, contrajo matrimonio dos veces y sus esposos murieron de lo mismo, intoxicación, el acta que le traigo es del único hombre que no logró incinerar para deshacerse de las pruebas, pero lo extraño es que se trata de un peón de su estancia, él era mi padre, se llamaba José García, creo que envenena a sus maridos, y que mi padre presencié algo que ella hizo, también sospeché que ayudó a escapar a una paciente llamada Lucrecia Olivera Sonder, era una mujer peligrosa. —Dijo la mujer y se puso de pie.

—Investigaré la muerte de su padre...Necesito saber su nombre.. —Dijo Mateo.

—Soy Claudia, trabajo aquí... El próximo domingo le traeré pruebas, algo que sé que lo pondrá en la cima de su carrera, pruebas contra el Dr. Lorenz, sabrá que aquí todos saben que fue nazi, quería ponerlo al tanto, será mi manera de pagarle por ver a Julia presa.. —Dijo Claudia entregándole un sobre y se retiró.

Mateo regresó a la casa de Ángela Meyer, estacionó su auto y allí se quedó unos minutos pensando, necesitaba hacer justicia por su madre, en su mente unía los hechos una y otra vez, el hombre de pie junto al cuerpo sin vida de su madre, una y otra vez se repetía la escena del crimen de su progenitora en sus recuerdos, las fotografías de Lorenzo Meyer, los hechos y circunstancias que lo habían llevado a conocer a Ángela. Pensó en Sofía Meyer, ¿por qué su propio hermano la convertiría en víctima? Según las malas lenguas, se los podían ver caminar de la mano, ¿acaso Lorenzo y su hermana Sofía tenía alguna relación amorosa? Era bastante perturbador para él pensar esto, quizás la hizo pasar por una de las víctimas del estrangulador nocturno, había testigos que declararon que ella ofrecía dinero a cambio de que alguien terminará con su vida, debía de conversar con Santiago Muñoz lo antes posible.

Domingo, 1 de junio 1986. 11 a.m.

Abrió los ojos, la luz del sol se filtraba por la persiana intentando iluminar su ensombrecida habitación, Eva se sentó y estiró los brazos, había dormido profundamente, era extraño, por lo general le costaba dormir, fue una extraña

sensación despertarse en completo silencio y sin miedo, se levantó y agarró la caja de cigarrillos de la mesa de luz, estaban junto al martillo que siempre dejaba a su lado, corrió la almohada para sacar el gas pimienta y lo lanzó dentro de bolso al levantarse, alzó la persiana, ahora podía estar más tranquila, Jorge había dejado de aparecerse por su barrio, estaba preso por intentar robar drogas del hospital, aunque él jamás había reconocido a los policías que acosó a Eva en dos ocasiones portando una máscara, ella sabía que él lo había hecho debido a que jamás volvió a enfrentarse cara a cara con el hombre de la máscara de la peste negra una vez que él fue arrestado. Eva no deseaba seguir viviendo sola, se le ocurrió alquilar alguna habitación de su casa. Se quitó la ropa y caminó desnuda hasta al baño, abrió la ducha y al mirar hacía la ventana vio al hombre, otra vez su vecino había saltado la reja para espiarla, era la cuarta vez, él al verla corrió por el jardín y saltó la reja, Eva decidió poner la denuncia, después del baño, se puso sus jeans negros que estaban rotos en las rodillas y peino con fuerza su cabello, se dirigió abajo para desayunar, esa mañana se sentía algo feliz a pesar del voyerista, ese problema le pondría fin con la denuncia policial correspondiente.

Darío Sáenz apreciaba a Eva, casi podía decirse que pese al tiempo que llevaba sin verla, una fuerte atracción lo tenía un poco fastidiado, él quería dejar pasar el tiempo para probar si podían tener una relación amorosa, llevaba muchos meses sin saber de ella, Julia había intentado hablar de ella para ponerlo al tanto de las intenciones de la muchacha, aquella mañana Darío se anotó la dirección de Eva y decidió dejar de lado un día rutinario más en el Hospital, subió a su automóvil y se dirigió a su casa, mientras conducía pensaba en que iba a decirle, sería toda una sorpresa para ella. Al llegar, estacionó frente a la casa de los crímenes, donde Isabel Bonnet había asesinado a su novio y a su madre, jamás había entrado ni llegado hasta aquella casa, la vez que llevó a Eva desde del hospital ella le pidió que la dejara en la estación de tren, frente a él tenía una vivienda muy vieja de estilo colonial al igual que las demás de la localidad, aunque su estado era excelente, pertenecía a los Bonnet desde que se habían establecido en Buenos Aires.

Darío atravesó el jardín español y detuvo su mirada en una fuente, acomodó su oscuro cabello hacia atrás, respiró profundo, levantó la mirada a un cielo gris que amenazaba con traer lluvia, no había ni una mínima duda en él, estaba seguro, iba a decirle que sentía algo por ella y que soñaba desde

hacía mucho tiempo con que estuvieran juntos, sólo debía entender que debía dejar pasar el tiempo. Al llegar a la puerta principal, notó que estaba entreabierta, se preocupó por Eva e ingresó a la casa, el lugar estaba sombrío, el piso era de mármol gris, caminó con pasos lentos por la sala, se podía escuchar unas voces que venían de la cocina de la casa, la residencia era confortable y acogedora, un exquisito aroma a galletas recién horneadas inundaba en el ambiente, recordó la casa de su infancia al percibirlo, atravesó un pasillo con pasos sumamente lentos siguiendo aquel encantador aroma, el pasillo que comunicaba con las habitaciones estaba lleno de cuadros de fotografías familiares, se colocó sus anteojos y se acercó para verlas mejor, las fotos eran de la familia de Eva, enseñaban a Eva con sus padres siendo una bebé, luego a ella con su madre y su hermana Isabel cuando era una niña, y a medida que las iba viendo notaba que cada fotografía era un transcurrir de los años, en el último cuadro se veía a Eva de adulta con el vestido azul entallado en la cintura, abrazando a su madre, Teresa Bonnet. Observó la fotografía con más atención, notó que era reciente, no llegó a comprender, creía que Teresa había sido asesinada, no se dio cuenta que estaba detenido junto a la cocina y las mujeres lo miraban.

—¡Ahora conoces mi secreto! —Dijo Eva dejando un libro sobre la mesa, era una copia de Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas, la observó desconcertado, no le salía ninguna palabra, se quedó atónito de pie frente a ellas, Eva posó sus manos sobre los hombros de su madre que estaba sentada en una silla de ruedas sirviendo té.

—Hace unos años, Isabel intentó envenenarla con arsénico, como no moría, Álvaro puso una almohada sobre su rostro, pensé que mi hermana regresaría para matarla, cuando subí al ático, mi madre aún respiraba, comencé a gritar que ella se estaba muriendo, un empleado de mantenimiento que se había quedado aquella noche en la casa de huéspedes al escucharme ingresó y cargo a mi madre entre sus brazos para llevarla con urgencia al hospital, entré en shock y me quedé allí esperando escondida porque él daría aviso de lo sucedido a la policía, no quería decirle a nadie temía que Isabel la asesinara, supe con el correr de los días que mi hermana iría a la cárcel, temo que regrese para matarla.. —Dijo Eva y besó en la frente a su madre, Darío estaba atónito.

—¿Entonces, tú...? —Intentó preguntar atónito.

—Mi madre está viva, postrada en esta maldita silla ruedas por culpa de

Isabel... Fue cierto todo lo que hablé en terapia, sólo me defendí de Isabel, fue defensa propia, sólo omití que ella estaba viva ante ti, mi madre me pidió que hiciera terapia contigo, porque quería conocerte, no queríamos que supieras que ella estaba viva, era muy pronto para que supieras la verdad. — Dijo Eva tranquilamente.

—No puede ser posible. —Exclamó Darío entre susurros.

—Ellos en definitiva pagaron, dejaron a mi querida madre en silla de ruedas por el arsénico que le daban en pequeñas dosis, y todo por el dinero, como notarás los dos poseemos secretos... Sé que eres el hijo del Dr. Lorenz y que a tu madre la abandonaron en un campo de concentración, llegaron escapando de la guerra, tú eras la muestra de su deshonor al violar a una muchacha judía, por él estudiaste psiquiatría.. —Dijo Eva, la puerta de la cocina que daba al jardín trasero de la casa se abrió, Julieta Avila ingresó.

—¡Hola, buenos días! —Exclamó y volvió a salir. Darío estaba petrificado.

—¿La trajiste a vivir con ustedes? Julieta se escapó, no tienen el alta médica, es peligrosa.

—Sí, la traje aquí con la ayuda de Julia, ¡mierda confío en ellas! ... La policía me creyó poseída, me dijeron tantas veces que padecía episodios psicóticos, quizás Isabel no estaba tan loca, en una de esas tengo realmente un demonio dentro mío, los demonios existen, Darío, y somos nosotros.

—Ella no tiene problemas emocionales, ella padece una enfermedad mental grave y...

—Ella es lesbiana, Darío, eso no la hace demente. —Comenzó a exasperarse.

—Yo tocaba el violín antes de que me dieran más de 30 sesiones de electroshocks... Ahora la música se fue, todo lo aprendido se esfumó de mi mente con la corriente, no me hables de enfermedades mentales. —Gritó.

—No es así, si te esfuerzas, lograras volver a la música.

—Venga buen hombre, siéntese a mi lado, debemos hablar, ¿desea un poco de té? —Exclamó Teresa Bonnet, se sentó junto a ella, Eva lo miraba, Darío notó un extraño y aterrador brillo, sus grandes ojos estaban fijos en los suyos, como si quisiera atacarlo.

—Ve con Julieta, el doctor y yo debemos tener una conversación.. —Dijo Teresa, Eva salió de la cocina.

—Creo que usted debe saber nuestra situación familiar, sobre todo por su

padre.. —Dijo Teresa Bonnet sirviéndole té.

—Mi padre es un hombre algo distante conmigo, se retiró del Hospital hace un tiempo, pasa sus días en una estancia, fue muy estricto conmigo, me propinaba golpizas terribles cada vez que le preguntaba por mi madre.

—Su padre es un hombre de 75 años, fue criado a los golpes al igual que usted, debo decirle hechos que van perturbarlo un poco... Soy su tía, Sr. Sáenz, su padre es mi hermano.. —Dijo Teresa.

—¡No puede ser! —Exclamó confundido.

—Escúcheme bien, no veo a mi hermano desde hace veinte años, creo que prefirió alejarse de mí por miedo a ser descubierto, le explicaré para que despeje sus dudas. Mi hermana, Alicia Meyer, contrajo matrimonio con el Dr. Leonardo Meyer en Alemania, él tenía una hija, su esposa había muerto cuando ella cumplió un año de nacida, mi hermana la amaba como si fuera suya, ella, al llegar a Argentina, optó por utilizar el apellido de su esposo, sus hijos eran pequeños, y trajeron consigo a mi hermana menor, Sara. Cuando decidieron establecerse en este país, hacía unos meses que me había casado, amaba mi ciudad y no fui con ellos, pero a los dos años, cuando las cosas se pusieron realmente feas en nuestra tierra natal, con mi esposo decidimos venir y establecernos aquí, estaría cerca de mis hermanas. Nuestro apellido real es Bonnet, mi hermano, al escapar de la guerra, utilizó aquí el apellido de nuestra abuela materna, Lorenz, y comenzó a trabajar con su amigo en el hospital de salud mental.... Mi hermana, menor por dos años, regresó a vivir conmigo. Sara deseaba ser actriz, tuvo una hija fruto de un amor prohibido y falleció al dar a luz, decidí criar a la niña como si fuera mía, todavía no era madre, ella siempre decía que si era niña la llamaría Julia, vino al mundo y fue bautizada con el nombre de Julia Acher, el apellido de mi madre, ya que Sara utilizó su apellido en este país. El Dr. Leonardo asistió su parto en casa, lamentablemente Sara murió a las pocas horas de dar a luz a Julia.. —Dijo Teresa.

—¡Julia Acher! La enfermera que trabaja para mí...— Exclamó.

—Es la hija de mi difunta hermana Sara. Déjeme decirle toda la verdad de la familia, sírvase galletas si gusta... Julia era idéntica a su madre, se enamoró del hijo del Dr. Leonardo Meyer, y tuvo un bebé con Lorenzo, el hijo de Alicia, durante su estadía en el hogar “Santa María” que limita con nuestra propiedad. Por cosas del destino que jamás entenderé, ella hasta ese momento no tenía la menor idea de que era su primo, y él creo que no lo supo hasta hace

poco tiempo cuando fue al entierro de Alicia, allí nos conocimos. Julia quedó embarazada y tuvo una niña, su padre la llamó Ángela y se la llevó porque ella no deseaba cuidarla, era muy joven. Julia nunca quiso tener hijos, quedó sola y se convirtió en una chica fría, distante y ambiciosa. Al cumplir su mayoría de edad, puse a su nombre la estancia “La Esperanza”. En ocasiones viene a verme, con mis hermanas decidimos separarnos para proteger a nuestro hermano, tu padre, pero eso no es todo...Sofía Meyer, la hija mayor de Leonardo Meyer, quedó embarazada siendo una muchacha, nació Eva, fruto de un amor incestuoso entre Lorenzo Meyer y Sofía Meyer, mi sobrina creyó que sus padres no sabían que se había quedado embarazada de su medio hermano, ella le dijo a todos que la niña era hija de un muchacho campesino llamado Juan, pero lo cierto es que era hija de Lorenzo, ella estaba enamorada perdidamente de él. Mi hermana en su desesperación, pondría a Eva en adopción, le dijeron que su bebé falleció al traerlo al mundo y le enseñaron una niña muerta de una paciente del hospital, adopté a Eva y la traje a mi hogar, siempre quise tener otra hija, Isabel fue adoptada también, no pude tener hijos, mis ovarios son defectuosos, y con mi esposo adoptamos a ambas niñas. La vida me regalo a Eva hija de mi sobrinos Sofia y Lorenzo, tenía dos niñas hermosas que criar, no podía permitir que una Bonnet quedará en adopción, Leonardo Meyer me la entregó ni bien nació, era un bebé sano y hermoso, la llamé Eva porque mi sobrina así la llamó cuando estaba en su vientre, jamás pensé que una de mis hijas intentaría asesinarme por dinero... Eva me preocupa, no está bien, esa ira que la domina es por culpa de un hombre que la violó, creció creyendo que soy su verdadera madre, yo tenía cuarenta años cuando vino al mundo. Eva y tú no pueden ser pareja, son primos, es cierto que, mi hermano al trabajar en los campos de concentración conoció a tu madre, una muchacha judía de veinte años, tu padre la dejó embarazada y naciste, Darío, en 1944, pero él no te odia, él cambio tu apellido a Sáenz por si era descubierto y capturado, Sáenz lo tomó de una mujer que falleció en el hospital Meyer exactamente el día que tu naciste en otro país, el movió papeles e influencias para que quedara constancia de que habías nacido en el Hospital Meyer. Usted debe proteger los secretos familiares, no debe permitir que nadie descubra nada de todo lo que he contado, Eva no sabe que es hija de una relación amorosa entre hermanos, en su estado de salud mental no puede saber la verdad, debe proteger a su padre, hay cazadores de nazis buscándolo, cuando vi el anuncio en el diario le pedí a Eva que hiciera

tratamiento con usted, Eva accedió, pero no sabe todo, sólo sabe que usted es su primo, le pedí que lo trajera hasta aquí pero no quiso... Debía saber la verdad, le pido que cuide de la familia y de tu padre yo estoy enferma he quedado débil.. —Dijo Teresa.

—Lo haré... le prometo que guardaré silencio en todo lo que me confiese, jamás imaginé que Eva podría ser mi prima, yo sabía que mi padre tenía dos hermanas llamadas Teresa y Alicia que vivían también en Argentina pero nunca me dejó conocerlas... Pero que Julia y Eva fueran mis primas me ha dejado aturdido señora, la hija del doctor Meyer esta ahora internada en el hospital por asesinar a un hombre, es más soy parte de los médicos que la asisten en el Meyer, Ángela será dada de alta en poco tiempo ¿ella sabe sobre usted?— Los ojos de la anciana eran atemorizantes. Teresa tomó su mano.

—No, la hija de tu primo Lorenzo es una chica muy perturbada, tus primas van a necesitarte, todavía creo yo que no pueden saber que son hijas de relaciones entre familiares, Ángela no conoce a su madre, y Julia no quiere que ella se entere de nada, en cuanto a Eva quizás usted con el tiempo pueda entender que no deben ser nada más que primos.

—Estoy demasiado conmovido señora.

—Llámeme tía... Bienvenido a la familia, Darío es usted un Bonnet. —
Sonriendo.

Miércoles, 4 de junio de 1986

La tarde estaba ventosa, apagó el cigarrillo en el cenicero y se sentó junto a su abuelo.

—Me dijeron las enfermeras que esta mañana te levantaste de buen humor, hasta escuchaste a Gardel.. —Dijo Mateo mirando a su abuelo con una sonrisa.

El hombre no le respondió, sólo lo miró a los ojos y comenzó a poner las piezas en el tablero de ajedrez.

—Creo que lo encontré abuelo, hay dos sospechosos, pero me inclinó más por este, se llama Lorenzo Meyer, es un respetado cirujano, puede ser el tipo que mató a mamá, antes había varios sospechosos fuertes, ahora sólo dos y uno de ellos está muerto.. —Dijo Mateo y puso sobre la mesa una fotografía de Lorenzo Meyer. Marcos agarró la fotografía y la miró por unos largos minutos.

—Sabía que lo lograrías pibe, te felicito, de infinidad de sospechosos has llegado sólo a dos.. —Dijo su abuelo.

—¡Me hablaste! ... Gracias por esa confianza. —Con los ojos llenos de lágrimas.

—Desde niño jugabas que eras detective, me acuerdo de verte con la lupa, eras un niño curioso y muy inteligente, saliste a tu abuelo.. —Dijo Marcos.

—Gracias abuelo por recordarlo, voy a lograr que lo encarcelen ya verás, sabré cuál de los dos fue.. —Dijo Mateo limpiando sus lágrimas.

—Anda...Dile a tu abuela que ponga la pava al fuego para tomarnos unos buenos mates amargos, anda a comprar unos vigilantes a la esquina que en un rato llega tu madre, pucha mírala ahí llegó, ¿la ves? ... ¿Sabes algo, María? Todas las tardes con tu hijo jugamos una partida de ajedrez, el día que me gané va ser el día de mi muerte...Mateo, tienes que investigar bien a ese tal Lorenzo debe tener hijos y esposa, todos tenemos un pasado.. —Dijo el anciano y movió el peón.

—Sí abuelo en eso estoy, esta tarde entrevistaré a su amigo de la infancia. —Dijo Mateo moviendo una pieza. Su abuelo aquella tarde no volvió hablar.

Levantó la cabeza para mirar el edificio. En el vestíbulo apretó el botón del ascensor, caminó por el pasillo del segundo piso, recordando el día del crimen, aquel pasillo dos años atrás había estado repleto de gente llorando y rezando plegarias, pensó en la víctima al ver el departamento 2 A, actualmente seguía sin ser habitado. Mateo llamó con firmeza a la puerta del 2 C, fue asistido por un hombre de cabello largo de color cobrizo.

—Buenas tardes. —Le dijo el hombre vestía una bata de color rojo.

—Buenas tardes, soy Mateo Braun.. —Dijo Mateo extendiendo su mano en señal de saludo, el hombre apretó su mano.

—¡El periodista! Hace unos días que lo espero, adelante. —Dijo Santiago.

—Con su permiso.. —Dijo Mateo.

Observó rápidamente todo el departamento, era el típico departamento de soltero, un velador barato con un bombillo rojo sobre una pequeña mesa con dos sillas de mimbre, un sofá que por la noche servía de cama y una mesa repleta de cosas, un armario abierto enseñaba un espejo de tamaño medio, la puerta de la habitación estaba abierta y podía verse una cama matrimonial con sábanas de seda verde que estaba desecha, había un fuerte olor a perfume mezclado con tabaco quemado, pilas de revistas sobre un viejo sofá con almohadones de varios colores.

—Puede sentarse. —Exclamó Santiago.

—¡Gracias! —Echo una mirada a unos esmaltes de uñas que estaban sobre

la mesa, leyó la etiqueta de un color que llamó particularmente su atención, “Margot” N° 3 neutral soft pink.

—Disculpe el desorden.. —Dijo Muñoz recogiendo algunas cosas de la mesa. —Estos esmaltes son caros, sobre todo la línea de Margot, a un muchacho mesero de un bar nocturno como yo le resultaría imposible comprarlo, es difícil de conseguirlo, mis amigas a veces me regalan algunos que ya no quieren usar, este en especial es de mis favoritos... No creo que sea de su interés hablar de líneas de productos para la belleza, puede empezar con las preguntas.. —Dijo Santiago guardando el esmalte en una cartuchera.

—No podía dar con su paradero porque su última dirección fue en la ciudad de Santa María, en el interior de Buenos Aires. ¿Por qué no quería dar entrevistas? Si usted era amigo de Virginia Ledesma.. —Dijo Mateo sentándose.

—Por qué estaba aterrorizado, y de luto... Cambiando el tema... Me fui del pueblo al salir del hospital, esta dirección nunca la registré... ¿Gusta tomar un café o quizás una cerveza?. —Dijo Santiago recogiendo su cabello en una cola.

—Café estará bien, gracias.

—Usted me buscaba por el homicidio sin resolver de mi amiga Virginia, en ese entonces todavía no podía creer que habían matado a mi amiga, a parte si hablaba con la prensa todo se iba a complicar más para mí, sufrí mucho, pasaron casi dos años y aún tengo pesadillas. ¿Quiere hacerme preguntas de esa mañana?

—Leí el expediente pero quisiera saberlo de usted, ¿cómo encontró el cadáver? —Preguntó colocando azúcar al pocillo con café.

—Virginia me había dado una copia de su llave, a veces tomaba unas copas demás y la llevaba a su casa al cerrar el pub, a parte cuando ella salía de viaje me pedía que regara las plantas y alimentará a su gato, a veces me llamaba por teléfono desde la cama y me pedía que fuera que estaba triste y cosas como esas, Cesar y yo teníamos copias, esa mañana en particular no tenía que trabajar porque iban a fumigar el estudio en el que ella trabajaba como secretaria, y teníamos planes de ir al río con unos amigos, como se hacía tarde, pensé que se había quedado dormida y fui para despertarla, cuando entré noté agua en el piso, la vi en la cama, llamé a la policía inmediatamente, pobrecita Virgi, por supuesto no toqué nada, me dolió tanto verla con sus ojos vendados, sólo tomé su pulso, eran las ocho en punto y debíamos salir a las

siete.. —Dijo Santiago.

—Hábleme de Cesar Aguirre. —Abrió su libreta.

—Cesar era un tipo un poco extraño, era doctor en una clínica aquí cerca, a mí nunca me gusto, Virgi, como le decíamos los amigos, me contaba que a él le gustaba el sadomasoquismo y en ocasiones la golpeaba, estoy seguro que él la mató, ella estaba tan enamorada, pero era obvio que él no iba a dejar a su esposa, se iban a ir de viaje, ella estaba contenta por eso, dijo que tenían los pasajes, pero después él le dijo a último momento que no podrían ir y quiso regalarle los pasajes para que fuera con alguna amiga, a veces lloraba mucho por su culpa...No hay mucho por decir de Virginia, era una mujer divertida, le gustaba tener muchos amigos, su departamento a veces era una fiesta, entraba y salía gente siempre, frecuentábamos los mismos bares, era una muchacha hermosa y simpática, me ayudó a conseguir este departamento, a ella le gustaba peinar mi pelo y maquillarme, nos divertíamos mucho.

Mateo observó por unos segundos el color del esmalte que llevaba puesto Muñoz, era un rosa pálido.

—Sr. Muñoz, debo hacerle algunas preguntas que nada tienen que ver con Virginia. —Mordiéndolo el lápiz.

—Puede llamarme Santiago.. —Dijo él cruzando sus piernas.

—Le seré sincero y directo... Lo que me trae aquí es su amistad con el Dr. Lorenzo Meyer. —dando un sorbo al café.

—No lo veo hace muchos años.

—¿Usted estuvo internado en el hogar para jóvenes Santa María? — Preguntó colocándose los anteojos.

—Sí, es correcto, tenía diez años, valla cuantos recuerdos me trae su pregunta, parece otra vida, fue cuando comencé a notar que era diferente al resto de los niños, yo pintaba mis labios en el baño, en secreto jugaba que era Carla Muñoz con los vestidos de mi madre, me quedaban inmensos, en la escuela los niños a veces suelen ser demasiados crueles, me defendía de ellos y siempre terminaba en peleas, por eso mis padres me llevaron al hogar de monjas, para que me encarrilen decían ellos, allí conocí a Lorenzo Meyer, un muchacho guapo, siempre vestía elegantemente para su edad, era muy correcto al hablar, él me aceptó, era gracioso verlo con sus camisas costosas arremangadas trabajando la tierra...tenía una noviecita cuando estuve en el hogar, una campesina creo. ¿Qué sucede con Lorenzo? ¿Qué necesita saber de él? Es un viejo amigo de la infancia. —Preguntó parpadeando seguido.

—Es sospechoso del homicidio de Virginia Ledesma.

—¡No! No puede ser... ¿Lorenzo...? ¿¡Asesino!?! ¡No! De ninguna manera... No puede ser un asesino... Sí, es cierto que él y Virginia tuvieron algo, creo que se vieron dos o tres veces, nada serio, yo fui quien los presentó, pero fue como cuatro o cinco semanas antes de que la asesinaran, no veo a Lorenzo desde entonces, es más, ese día lo encontré de casualidad, fue hace unos dos años y hacía bastante tiempo que no lo veía, subió al subte en Carlos Pellegrini porque se le había quedado varado su auto.. —Dijo Santiago acomodándose el cabello tras las orejas porque caía en su rostro constantemente, estaba asombrado.

—¿Sabe dónde vive o donde podría encontrarlo?

—No lo veo hace dos años ni tampoco converso con él. —Respondió se tocaba ansioso los labios.

—Me ayudaría mucho si recordase el nombre de la novia.

—Ah... Déjeme pensar... Él tenía una novia que era de una estancia cercana al hogar, si mal no recuerdo creo que se llamaba Julia, pero no recuerdo el apellido, la niña esa quedó embarazada de Lorenzo, fue todo un chismerío, no sé qué ocurrió, porque asesinaron a un niño del hogar y mis padres me sacaron de allí, lo vi unas dos o tres veces, una de ellas en el hospital Meyer cuando fui internado, fue a visitarme cuando se enteró lo que me sucedió.. —Dijo Santiago.

—¿Podría tratarse de Acher el apellido de la muchacha? —Preguntó Mateo.

—Podría ser... No recuerdo. —Pensativo miraba hacia arriba.

—¿Le molesta si fumo?

—No, fume tranquilo. —Le dijo Santiago poniendo cerca el cenicero.

—Cuénteme sobre su estadía en el hospital Meyer. —Terminando su café.

—Ese lugar tiene bien puesto el nombre de Hospital del infierno... Mi pareja de ese entonces, Sergio se llamaba, era un profesor de historia, lo conocí en la estación de tren, en retiro, tenía una hermosa sonrisa, nunca en mi vida vi dientes tan perfectos como los suyos, fue amor a primera vista, era un fiel defensor de los derechos humanos, nos fuimos a vivir juntos enseguida de habernos conocido, yo estudiaba administración de empresas, lamentablemente lo desaparecieron los militares en el golpe de estado del 1976 muchas personas del movimiento frente de liberación homosexual, se encontraron entre los miles dedesaparecidos, al menos 400 personas fueron

detenidas y desaparecidas a causa de su orientación o su identidad sexual durante la dictadura, no se habla de esto, ¿verdad? Cuando desaparecieron a Sergio tuve un ataque de nervios, comencé a creer que me seguían para desaparecerme a mí también, una cosa llevó a la otra y regresé a la casa de mis padres en la ciudad de Santa María, ellos no pudieron lidiar con la depresión que estaba padeciendo y terminé internado en el hospital Meyer, mis padres preferían que estuviera ahí en el loquero que desaparecido por los milicos, no quisieron llevarme a casa hasta el 83' cuando la democracia me dio la libertad. Perdí al amor de mi vida, Sergio era un tipo maravilloso, un buen tipo que no hacía nada malo, pensar diferente a veces tiene un precio demasiado caro... Lorenzo fue a verme una tarde de invierno, me dio ánimo, se portó como un buen amigo, no creo que él sea un asesino.

—¿Cómo es Lorenzo Meyer? —Preguntó enderezándose para observar el perímetro.

—Lorenzo es un tipo bueno, al menos lo fue conmigo, el día que fue a visitarme estaba algo nostálgico, me confesó que estaba enamorado de su media hermana, y que por eso se iría de la ciudad, aunque no me dijo donde se establecería.. —Dijo Santiago encendiéndose un cigarrillo.

—Le agradezco mucho su colaboración y por el delicioso café, ¡muchas gracias!

—No es Lorenzo el asesino de Virginia yo conocí también a Cesar Aguirre, ese tipo tenía algo raro, estoy seguro que él la mató.

—Gracias por su colaboración.

Al salir del departamento, las luces del corredor titilaron, Mateo presionó la tecla para prenderlas y llamó el ascensor, marcó planta baja y mientras las puertas se cerraban notó a un hombre con un saco largo de color negro parado frente a la puerta del departamento de Santiago Muñoz, tenía el cabello cortó y rubio entre cano, el hombre lo miró por un segundo, tenía ojos azules, grandes y diáfanos, su mirada era fría, por un segundo Mateo sintió que su corazón dejó de palpar, al querer bajarse las puertas se cerraron, desesperado comenzó a tocar todos los botones del elevador para que se detuviera en algún piso, del piso dos lo llevó hasta el piso cuatro, al abrirse las puertas Mateo salió de prisa y se llevó por delante a una anciana que lo insultó, comenzó a bajar con rapidez las escaleras con un sólo pensamiento en la mente, ¿era Lorenzo Meyer el que estaba ahora en el departamento de su amigo Muñoz? Al llegar al piso dos se detuvo un instante para tomar aire, su corazón palpitaba

desenfrenado, llamó con fuertes golpes a la puerta, Santiago Muñoz abrió, Mateo ingresó empujándolo, revisó el perímetro, la puerta del cuarto estaba cerrada y la abrió, allí estaba el hombre en la cama con su pecho desnudo a punto de quitarse los pantalones, no era Lorenzo Meyer.

—¿Qué está haciendo, Sr. Braun? ¡Fuera de mi casa! —Gritó enojado Santiago Muñoz.

—¡Lo siento! Sepa disculparme, pensé que era Lorenzo Meyer el que estaba con usted ahora, disculpe y... ¡Buenas tardes! —Saliendo del departamento.

CAPITULO 13

Viernes, 6 de junio de 1986.

La tarde se apreciaba cálida, eran las cinco de la tarde, Mateo estacionó su auto, unas pacientes lo observaban apoyadas en los barandales de la entrada principal, tomó su bolso y salió, las mujeres se reían balbuceándole algo que él no llegó a comprender mientras subía los escalones de la entrada, en el hall sonrió al escuchar a Rosa cantar, se acercó a ella y le dio un alfajor de dulce de leche, ella siempre le pedía alfajores, caminó hasta el despacho del Dr. Menéndez, golpeo dos veces la puerta e ingresó.

—¡Buenas tardes! Siéntese, ¿usted ha venido por una primera plana? — Preguntó el doctor y se dieron un apretón de manos como saludo.

—Disculpe, no comprendo, ¿ocurrió algo? —Preguntó Mateo intrigado.

—¿No lo sabe? Pensé que alguna de las enfermeras había corrido a llamarlo para que tuviera la primicia.. —Dijo Menéndez encendiéndose un cigarrillo, e invitándole uno, Mateo lo agarró.

—¿Es Ángela? ¿Sucedió algo con ella? —Preguntó preocupado.

—No, es más, a ella la daremos de alta. ¿Qué lo trae por aquí? — Sentándose cómodamente, era un hombre obeso.

—Acabo de conducir desde la capital, llegué temprano, quisiera que me permitiera ver Ángela hoy y mañana. —Inventado una excusa, debía de encontrarse con la informante.

—¡Claro hombre! Tiene el permiso... Es más, firmaría su alta el lunes, pero la tendrá para el domingo en la mañana...Venga, acompañeme y le enseñaré lo que ocurrió, lo elegí a usted para dar las explicaciones pertinentes, no dejaré a nadie de la prensa ingresar. —Menéndez poniendo de pie.

Atravesaron el pabellón de emergencia, y prosiguieron por el jardín, Menéndez le explicaba que en el hospital había escases de enfermeras y de personal de vigilancia, pero que pronto se iba a solucionar. Ingresaron al pabellón tres que estaba abandonado desde hacía años, en otra época había sido el área de pediatría, Mateo observó las frases escritas en las paredes, había una fila de camas sin sábanas cuyos colchones estaban sucios, los vidrios estaban casi todos rotos, al fondo en la última cama Mateo se quedó perplejo ante lo que sus ojos presenciaban.

—Era Claudia García, trabajaba en el pabellón nueve, ese sector pertenece a los pacientes incurables, esquizofrénicos paranoides en su mayoría, algunos tienen trastornos de la personalidad paranoide, delirán, alucinan y se dañan a ellos mismos y a otros, los del pabellón nueve solamente pueden salir al patio con supervisión de la vigilancia y únicamente una hora al día, creemos que fue uno de ellos quien la estranguló, de alguna forma evadió la vigilancia.. —Dijo Menéndez observándola.

Mateo se quedó unos minutos en silencio. Frente a él, tendida en la cama, con sus ojos abiertos, estaba la informante. Aparentemente llevaba unas pocas horas de haber sido asesinada, tenía una soga alrededor de su cuello y su rostro presentaba mordidas, sus ojos se veían rojos, sintió una profunda tristeza por ella.

—¿Por qué sigue aquí? —Preguntó.

—Dimos aviso a la policía, la encontraron apenas hace una hora.

—¿Puedo tomar unas fotografías?

—No, ahora iremos a mi despacho para hablar del alta de Ángela Meyer, hablé con su padre por teléfono esta mañana para informarle que la daremos de alta. —Dijo Menéndez y se dio media vuelta. Mateo de todas formas disparó su cámara tres veces.

—¿Con el doctor Lorenzo Meyer?

—Sí hombre, claro, es estuvo al tanto de todo vía telefónica.

Aquella noche una pesadilla lo despertó, se sintió aturdido, se levantó sudado y temblando, caminó por la habitación, otra vez despertaba con deseos de vomitar, se sintió mareado, comenzó a parpadear los ojos, veía un cartel luminoso, “Hotel la estrella”, era un albergue transitorio, era tan nítido que enseguida se dio cuenta que estaba viendo con los ojos de otra persona, subía unas escaleras, por momentos su visión se volvía negra, vio a una mujer que le sonreía, le bajo los pantalones para practicarle sexo oral, Mateo comenzó a vomitar, la visión se esfumó ¿Qué le estaba pasando? Se sentía aturdido, confundido, antes eran sueños, ahora parecía estar despierto soñando, como si se metiera en la mente de alguien más, como si viera con otros ojos que no fueran los suyos, ¿Acaso tenía una conexión psíquica con otra persona? Ingresó al baño y abrió la ducha, en su mente veía a la enfermera Claudia García muerta en la cama, por la mañana el director le daría una entrevista para su diario, todo le resultaba tan extraño, dejó caer el agua tibia primero por su cabeza y apretó los ojos y puso las palmas de sus manos sobre las

cerámicas y apoyó su frente en la pared, el agua caía por toda su espalda.

Caminó por el pasillo secando su cabello, sintió curiosidad al pasar junto a la puerta de la habitación que había sido de Sofía Meyer, recordó que Santiago Muñoz le dijo que Lorenzo estaba enamorado de su hermana, giró el picaporte para ingresar, la cama estaba intacta, tenía un acolchado color fucsia estampado de flores y dos grandes almohadones blancos, las paredes estaban empapeladas como en el resto de la casa, en ambas mesas de luz había dos muñecas antiguas, un plato con restos de vela y un portarretratos de Sofía y Ángela Meyer. Levantó la persiana y miró un instante la luna, recorrió toda la habitación, había libros ordenados de mayor a menor, una caja de música en un estante junto a una fotografía de Sofía y su padre, le dio cuerda, la melodía era Para Elisa, frente al espejo había un cepillo para el cabello, y un lápiz labial marca “Margot” N° 2 soft pink, Mateo lo agarró y notó que era de color rosa pálido, abrió los cajones, y allí encontró dos esmaltes de uñas de color rosa pálido de la misma marca de productos de belleza. En el armario y notó varios vestidos y faldas de color rojo, al igual que unos sacos.

Abrió la cómoda, donde estaba la ropa interior perfectamente doblada y en el fondo un jabón aromatizado con forma de flor fragancia jazmín, dio unos pasos hacia atrás y sintió que una de las maderas del parqué provocó un sonido diferente, se agachó y las tocó, había unas cinco que estaban sueltas, al sacar la primera vio que en el subsuelo había algo, continuo quitándolas, halló un cuaderno envuelto en un pañuelo de seda rojo, la primer hoja decía “diario íntimo de Sofía Meyer 1953”. Mateo se sentó en la cama y comenzó a pasar las hojas y a leer algunas fechas, no salía de su asombro.

Diario íntimo de Sofía Meyer 1953

8 de diciembre 1953

—Mi madre me regalo esta tarde un diario íntimo, se supone que debo escribir las cosas que me pasan durante mis días, pero no soy buena para expresarme, intentaré hacerlo todos los días, aunque seguramente me olvidé. El viernes pasado terminaron las clases, este año no fui muy buena alumna, me llevé matemática, lengua y literatura, gracias a dios no veré nunca más la cara de culo de la madre superiora. A la salida me encontré con Juan, me llevó hasta su casa e hicimos el amor, no estoy enamorada de Juan pero tiene unos músculos enormes y me besa con dulzura, creo que él está enamorado de mí. Extraño a mi hermano, mi padre me dijo que vendrá, que ya está listo para

salir de la estancia donde lo obligaron a estar todos estos años, sólo por defenderme, Lorenzo es celoso, me cela mucho y empujó a un chico por la escaleras porque divulgó entre todos que me había quitado la virginidad. Adoro a Lorenzo y lo aplaudo por eso que hizo.

18 de diciembre 1953

—Hoy fue un día agotador, mi padre me obliga a ir a clases de piano, para él las muchachas deben aprender buenos modales y comportarse como damas, dice que aprender piano le enseña a la gente que soy una chica de clase alta, desde los diez años que me obligan a tocar. Es verano, pero a él no le importa, dice que debo verme como una chica refinada, mi madre es una estúpida que hace todo lo que él le ordena, esta tarde en la feria que armaron en la plaza de la ciudad me encontré con Lorenzo, había llegado a casa y mi madre le dijo que estaba ahí con unas amigas, estaba en la rueda de la fortuna y desde ahí lo vi, cumplió diecisiete años y está hecho todo un hombre, su cabello está un poco largo cuando mi padre lo vea seguramente lo envía a la barbería, al fin salió de esa estancia, nos escribíamos cartas una vez al mes, él es la luz de mis ojos. Cuando caminábamos hasta la casa, noté algo diferente en sus ojos, como si hubiera envejecido por dentro, se nota que el tiempo en el reformatorio no fue muy bueno para él, estuvo dos años trabajando, y tres años más viviendo en una de las casas del hospital mental para hacerle compañía a mi padre, no sé por qué no lo dejaban regresar a casa, terminó la escuela rindiendo libre, mi padre me contó que los fines de semana trabajaba en la estancia “La Esperanza”, debido a los trabajos forzados ganó una gran musculatura. Por primera vez sentí que no era mi hermano, Lorenzo pasara la navidad en casa, lo extrañé tanto.

3 de enero 1954

—El verano no trae vacaciones para mí al aparecer, mi padre trabaja mucho en el hospital con los locos, dice que en febrero quizás nos vamos unos días a la costa, la casa en San Teresita es un refugio para mi hermano, esta frente al mar y alejada del centro del pueblo, mi padre la compró para él, porque Lorenzo adora la soledad, si fuera por él se metería en una burbuja, de todas formas con Lorenzo vamos casi todos los días al río. A veces dejó pasar unos días para escribir en este diario, acabo de terminar la escuela secundaria y no hay mucho que contar, mi padre sigue insistiendo en las clases de piano y

los jueves debo sentarme junto a mi madre a practicar por más de una hora, ahora también me enseña a restaurar muñecas, cuando se enoja me regaña en alemán la odio, no puedo aprender su idioma, más bien no me interesa, siempre que está enojada usa su idioma por nervios, ellos no confían que seré una actriz famosa, nunca vemos a la familia de mi madre pero según ellos una prima nuestra terminó mal por ser actriz, ¡que pavada! Mi madre cada tanto recibe cartas de una hermana suya, pero nunca me deja leerlas, yo creo que no la quieren, al parecer somos una familia poco común. Con el correr de los días Lorenzo y yo comenzamos a ir juntos a todos lados. Sé que no debo verlo con otros ojos, pero mi hermano regresó diferente, es aún más tímido y callado que antes y no tiene amigos, lee mucho y yo intenté sacarlo un poco a la vida, cuando estamos juntos a veces sonrío de mis frases zalameras, esta tarde me dijo que lucía muy linda, él y yo somos bastante diferentes, él es rubio y mi cabello es castaño oscuro, él tiene ojos azules los míos son de dos colores marrón y verde, aunque nuestra piel pálida se parece, nosotros no somos hermanos, somos medios hermanos, cuando mi padre se casó por primera vez me tuvo a mí, pero al morir su esposa y volver a contraer matrimonio lo tuvo a Lorenzo, esto es un secreto familiar, todos creen que soy hija de Leonardo y Alicia, aunque para mí ella es como mi madre real.

18 de enero 1954

– En abril comienzo las clases para ser profesora de teatro, esta tarde mi madre me dio una bofetada porque se enteró que me revolqué con el muchacho que atiende la verdulería, me dijo que era una sucia y que iba a ensuciar nuestra sangre, que nosotros éramos puro y no sé cuántas porquerías más, mi madre es racista, demasiado para mi gusto, a veces la detesto, agradezco a dios que no sea mi verdadera madre, yo le respondí que por dentro todos los seres humanos éramos iguales y ella me pegó, Lorenzo al rato me fue a ver a mi habitación y lloré en su hombro, no entiendo porque mis padres discriminan a Juan. Cuando mi hermano me abrazó sentí una extraña atracción, como si tuviera mariposas en el estómago, lo miré a los ojos, lo agarré de las mejillas con fuerzas y lo besé en la boca, él se molestó bastante, me dijo que eso estaba mal que éramos hermanos, yo le respondí que no éramos hermanos, que sólo crecimos juntos, Lorenzo y yo no somos hermanos reales, no salimos del mismo vientre, así se lo expliqué, no se da cuenta que desde que llegó del reformatorio siento una profunda atracción sexual por él. Si mi madre o mi

padre leyera esto me pegarían con el rebenque hasta que sangre, creo que me estoy enamorando de Lorenzo, pese a ser cuatro años mayor.

27 de enero 1954

— Hoy fuimos al río con unas amigas y Lorenzo nos acompañó para cuidarnos, estábamos todas en mayas, él leía un libro y mi amiga Ramona no dejaba de coquetearle, sentí ganas de romperle la cara, esa no es más mi amiga, es una puta que se revolcó con Lorenzo algunas pocas veces, hoy Lorenzo me miraba más a mí que ellas. Lorenzo invitó a Ramona a cenar, después de la cena ellos se fueron solos al jardín, él dijo que más tarde la llevaría a su casa, mi padre acaba de regalarle un auto nuevo, a la media hora que ellos se fueron al jardín salí para ver que hacían, los encontré en el hospital de muñecas, estaban haciendo el amor sobre la mesa, ellos no se dieron cuenta que los estaba observando, mi hermano parece bastante experimentado en materia sexual, su cuerpo desnudo es hermoso, creo que me enamoré de él, deseaba ser Ramona en ese momento, aunque sé que sería un amor prohibido.

14 de febrero 1954

—Acabamos de llegar de unas cortas vacaciones familiares en la costa, esta mañana Lorenzo vino a despertarme para que vayamos al cine, llovía, mis padres no estaban en casa, cerré la puerta con llave y le confesé que lo amaba, él se veía preocupado, me dijo que quizás no debía ser tan atento conmigo y que era su culpa, yo insistí en que lo amaba y que para mí no era mi hermano, lloré, sé que no soporta verme llorar, aproveché que me abrazó y lo toqué indecorosamente, pero él se negaba, seguí tocándolo, le dije que lo amaba, varias veces, bajé su pantalón pero él se negó y me quitó el camisón, Lorenzo me hizo el amor entre sollozos, sé que en el fondo lo hizo sólo porque le confesé mi amor, sé que fue mi culpa y que lo obligué, sé que estoy loca por amarlo, sé que es mi hermano y merezco el infierno por esto, encima hoy fue el día de los enamorados.

22 de febrero 1954

—Lorenzo me dijo que no podíamos hacerlo nunca más, llevó insistiéndole varios días, se siente mal por haberme hecho el amor, lo hicimos seis veces, la segunda vez fue junto al río, le supliqué que me asesinó porque

no podré vivir sin él, llorando me confesó que me amaba y logré que hiciéramos el amor otra vez, ya no me importa que sea un pecado mortal, ya no es hermano para mí, el suele decirme que siente que mis ojos son los culpables de esa atracción incontrolable que lo posee cada vez que estamos solos, nació con un ojo verde y otro color miel, él dice que mis ojos lo hechizan y que suele buscarme en los ojos de otras mujeres para no seguir con esta atracción, que intenta enamorarse de alguien pero no halla a nadie, me dijo que conoció a una muchacha llamada Lucrecia, que es muy bonita, pero que sólo está con ella para olvidarse de mí, me confesó que a veces la llama con mi nombre cuando intiman.

18 de abril 1954

—Mi madre me llevó a ver a un doctor sin que mi padre supiera porque tengo nauseas matutinas, descubrió que estoy embarazada, le dije que era de Juan el muchacho de la verdulería, mis padres no quieren abortarme, quieren que dé al bebé en adopción, la verdad es que estoy embarazada de Lorenzo, desde que me enamoré no estuve con nadie más que no fuera él, va a llamarse Eva si es una niña y Jerónimo si es un niño, aunque estoy segura que es una niña, tendrá los ojos de Lorenzo, sus ojos son hermosos, estoy embarazada del amor de mi vida.

12 de Junio de 1954

—Mis padres casi no me hablan, Lorenzo está molesto conmigo desde que se enteró que estoy embarazada, mi padre me dijo que era una decepción, lo peor es que no se enojó conmigo, sólo me ignora y eso me duele mucho, esta tarde le dije a mi hermano que el niño que esperaba era suyo y le dio un ataque de nervios, se siente mal por esto, cuando se tranquilizó le dije que nuestros padres jamás pueden saber que el bebé es suyo, en parte está feliz, se durmió con su mano en mi vientre que crece más y más día a día, fue el momento más dulce de mi vida, estábamos en el asiento trasero de su auto a un costado de la carretera e hicimos el amor.

16 de Septiembre 1954

—Hoy se cumplen los siete meses de embarazo, Lorenzo se fue a vivir a un departamento en el centro de la ciudad, tiene un noviazgo con una loca llamada Lucrecia, yo la detesto, le hizo pintarse el pelo porque dijo que era

igual al mío y no quería pensarme, dijo que no soportará ver que se llevan al niño, mi madre dice que le encontró familia a nuestro hijo. Espero que algún día mi hijo sepa que lo amé tanto como a su padre, estoy destruida, mi amor se viste de luto.

20 Diciembre de 1954

—El 12 de noviembre nació mi hija, la llamé Eva, estuve por horas en trabajo de parto, mi padre me llevó al hospital donde trabaja, porque las cosas se habían complicado y no podía dar a luz en casa como había planeado, comencé con las contracciones a las 11 de la mañana, y Eva nació a las 3 de la madrugada, no la escuché llorar, sólo se la llevaron, mi padre me dijo a las dos horas que había nacido muerta, que seguramente llevaba al menos 20hs de haber muerto en mi vientre, no me dejaron tenerla en mis brazos, me la enseñaron en la morgue por muy poco tiempo, un doctor que trabaja con mi padre, el Dr. Lorenz, la trajo al mundo. Siento que muero por dentro, con ella se fueron mis deseos de vivir, siento que me faltara siempre ese pedacito de mí, nunca seré la misma, había sido una niña, la llamé Eva Laura Meyer y la enterramos tres días después en el cementerio. No veo a Lorenzo hace tres meses, no sé nada de él. Dejaré de escribir aquí. Sin Lorenzo y sin mi hija no habrá nada que desee recordar, ojala la muerte se apiade de mí y me llevé con ella, con mi pequeña Eva.

20 de Noviembre de 1955

—Hoy regresó Lorenzo, mi amor florece, hizo sentar a mis padres, tenía una grata noticia para todos, había tenido un bebé, trajo una niña hermosa recién nacida, la llamó Ángela Elizabeth Meyer, no lo veía desde hace más de un año, le dijo a mis padres que la madre era una campesina menor de edad que no podía cuidarla, mi madre prometió ayudarlo a criarla, Ángela es hermosa, se parece a su padre, hacía unos cuatro meses que Lorenzo y yo nos escribíamos cartas, sabía que había dejado embarazada a una muchacha campesina llamada Julia Acher, primero me dio celos, después sentí lastima por ella porque él no la ama. Lorenzo tiene 18 años, hoy me dijo que él no cree que nuestra hija haya muerto, quizás es negación, quizás tenga razón, me dijo que nunca dejará de buscarla si en verdad no ha muerto, escribiré en este diario sólo cuando vea a Lorenzo, algún día, sí mi hija estuviera realmente viva, podrá leer que sus padres la amaron. Eva, mi pequeña Eva, habrías

cumplido uno año de vida el pasado 12 de noviembre, Lorenzo me dijo que dejo embarazada a la campesina sólo para regarme una hija, porque nosotros no debemos ser padres siendo medios hermanos, me dijo que era para que consuele el vacío que me dejo la perdida de nuestra hija, y la verdad siento que Ángela es mi hija, es suya y eso me basta.

10 Febrero de 1958

—Hoy regresó Lorenzo, deseaba ver a Ángela, está viviendo en la capital federal por la universidad, pasa todo el tiempo posible durante el año con nosotras, ama a su hija, Ángela cada día se parece más a él. Hoy fuimos al río y se despertó nuestro amor, él me ama pero intenta contener sus impulsos sexuales, hemos tenido sexo unas cuantas veces el año pasado, pero no quiere hacerlo más, es más, en diciembre del 57' fue la última vez que me hizo el amor, lo recuerdo, esta noche después de la cena fui a su habitación cuando todos dormían, después de intentar frenar nuestros deseos hicimos el amor, tuve que decirle que estaba embarazada nuevamente de él, primero no me creyó, después se molestó, me gritó que nunca más me pondría una mano encima, después me beso y me pidió perdón, me dijo por primera vez que me amaba con locura, estábamos desnudos e hicimos otra vez el amor, le pedí que apretara mi cuello, me agarró del cuello y comenzó apretarme con fuerzas, siempre le pido que haga eso cuando hacemos el amor pero nunca quiere, en un momento pensé que iba a matarme porque estoy embarazada otra vez comenzó apretarme con mucha fuerza, se desesperó al ver lo que hacía, entró en desesperación y se encerró en el baño, le dije a mi madre que llevaba treinta minutos ahí y que no respondía, fue cuando escuchamos un grito, forzamos entre ambas la puerta y lo encontramos tendido en el piso ensangrentado, había intentado castrarse a sí mismo para no acostarse más conmigo, sólo porque me dejó embarazada otra vez.

20 de Marzo de 1958

—Lorenzo se recupera en el hospital, pronto recibirá el alta, los médicos me dijeron que no podrá tener hijos nunca más, para su suerte podrá intimar, pero debieron quitarle un testículo, se había lastimado solamente uno, Lorenzo logró lo que quería, nunca más podrá dejarme en cinta otra vez, el 17 de marzo perdí el embarazo, mi sueño de ser madre se esfumó por completo, al menos me quedó Ángela a quien educó como si fuera mía, ya tiene tres años y medio,

a veces me dice mamá, la amo como si fuera mía, aunque no deseo vivir.

4 de noviembre de 1966

—Quiero morir, lo deseo con toda firmeza, ya no encajo en este mundo, no fue hecho para mí, pero no tengo el valor para suicidarme, después de todo lo sucedido con mi hermano a quien amo, a quien considero el amor de mi vida, ya no deseo vivir, sé que él me amaba con locura, sé que sufrirá cuando ya no me encuentre. Hablé con Lorenzo de esto, se pone realmente mal cada vez que le pido que me maté, le dije que el Dr. Lorenz descubrió la causa de mi sangrado, tengo cáncer de útero, nadie lo sabe, sólo Lorenzo, no quería creerlo, me practicó exámenes para ver mi estado, sabe que no tengo cura, en el teatro ofrecí plata a varios amigos y conocidos para que terminen con mi vida pero creen que es un juego, quiero morir, me urge morir, lo siento por Ángela, ella es como mi hija y la amo tanto como amé a mi difunta hija Eva, mi tesorito, Ángela acaba de cumplir once años, es una señorita inteligente y hermosa que entenderá que su tía no soportó más esta vida, quizás Lorenzo acepté terminar con mi vida, no soporta verme sufrir, hoy hicimos el amor, desde que tuvo su accidente que no me hacía suya, lo amo pero lo nuestro es imposible, lo hizo porque me vio sufrir, deseo estar con Eva y ver a mi padre de nuevo, nunca pensé que lo extrañaría, quiero morir, mi madre cuidará de mi hermosa niña Ángela, me alegra de que Lorenzo no quedé solo, esta su preciada hija, al final nunca pude darle un hijo, pero Ángela, mi querida y adorada Ángela, eras el único motivo que me sostenía un poco a la vida, Ángela entenderá, tiene un padre maravilloso y una abuela presenté que la sabrá cuidar, yo sólo quiero morir.

14 de Mayo de 1967

—Lorenzo está quedándose en casa desde que se enteró que moriré nunca más se fue, me lleva el desayuno, me ayuda a bañarme, le gusta peinarme y me trae flores todos los días, lo amo, querida Eva pronto estaremos juntas.

16 de Junio de 1967

—Alguien aceptó asesinar me, la enfermedad que padezco me hará sufrir, nadie sabe que hoy moriré, no tengo valor para hacerlo yo misma, una chica que conocí en el hospital va a darme un tiro en la cabeza, le dije que esperara que me durmiera, Lorenzo entiende que no tengo el valor que se necesita para

matarse, siempre fui débil, tengo un cáncer de útero que me hará sufrir demasiado antes de llevarme, no quiero que mi madre, Ángela y Lorenzo padezcan por verme morir tan lentamente, ya no tengo cura, sé que sufriré, Lorenzo se despidió de mí como cada noche sin saber que hoy moriré, me dio un beso en los labios, me dormirán con formol para dispararme... “Lo siento, Ángela, intenta perdonarme si lees este diario. Hoy abrazaré a mi padre y podré cargar a mi hija en brazos por primera vez, estoy feliz por partir, no estoy triste, ansió morir hace mucho tiempo, me voy a caminar por el sendero de la muerte, con paz en mi corazón y realmente feliz...”

Mateo cerró el cuaderno y respiró profundamente, ahora sabía quién era la madre de Ángela con una prueba concluyente, pensó en investigar que fue de Eva Meyer.

CAPITULO 14

Viernes, 14 de julio de 1986.

Teresa observaba la ropa de su hija, quien aquella mañana se había puesto una camiseta de mangas largas de color negro algo ajustada, la cual había pintado ella misma la noche anterior mientras fumaba y tomaba una cerveza con su amiga en el garaje de la casa, a Eva le gustaba agarrar ropa vieja o poco usada y tomar el esténcil para escribir frases en color blanco o plateado, en la que llevaba puesta tenía sobre los hombros unos alfileres de gancho, su madre no dejaba de mirar las manos de su hija, Eva en cada dedo tenía anillos, no era exactamente una chica punk, tampoco una roquera, no le gustaba ponerse un rotulo ni mucho menos seguir una moda, tenía un gusto especial por la ropa negra y detestaba los vestidos de la época, si se compraba unos jeans lo usaba hasta que quedaba echo hilachas y se hacía unos shorts llenos de alfileres de gancho, también en ocasiones vestía pantalones y camisas estilo trajes parecidos a los de los hombres, ella no seguía ninguna moda ni estilo específico simplemente era ella misma.

—¿A dónde vas? —Preguntó Teresa a Eva. Llevaban un rato sentadas en el jardín.

—Necesito un libro de la biblioteca, uno que aquí no tenemos, quiero ejercitar mi mente, el año próximo me gustaría regresar al conservatorio.

—Querida, ¿está segura de eso? —Preguntó Teresa.

—Tengo que hacer algo con mi vida.. —Dijo Eva.

—Deberías tomar más seriamente la escritura, he leído tus ensayos y son muy buenos.. —Dijo Teresa.

—No sé, escribo para liberarme un poco, me hace sentir bien, ya veré que hago con mi vida, diseñar ropa no sería mala idea. —Dijo y sonrió tocando su camiseta.

—¿Estás enamorada? Una madre se da cuenta de todo lo que aflige o alegra a un hijo. —Mirándola con un gesto de preocupación.

—No, nada que ver, no estoy enamorada, tranquila.

—¿Quién es el afortunado?

—Nadie, debo irme mamá. —Besó a su madre.

Teresa se quedó observándola con ganas de seguir preguntándole, en el fondo sabía que ella amaba a su primo, lo había notado en la mirada de Darío

y en el enojo de Eva, ella había demostrado sus sentimientos molestándose.

Aquel día Eva decidió encontrarse con Darío, se sentía un poco confundida, sabía que era su primo pero todavía pensaba en como hubiera sido tener algo más allá de ser paciente y terapeuta, subió a su habitación, abrió el closet y buscó una campera, se cambió de jeans, cuando se estaba poniendo las botas negras de cuero, Julieta ingresó a su habitación.

—Déjame poner algo de color sobre tu pálida piel, pareces un fantasma.

—¡De acuerdo! —Exclamó sentándose frente al espejo.

—No, basta con ese deliñado grueso en tus ojos, eres muy linda, siempre me impresionaron tus ojos de distinto color, ¿iras al consultorio, verdad? — Preguntó Julieta mientras la peinaba.

—Sí, necesito verlo, mi madre me pidió que fuera a terapia por todo lo que sucedió en mi vida, al salir del Meyer estuve un tiempo confundida y algo alterada, había dejado la medicación, comencé a salir a discos y a recitales en la noche en busca del tipo que me violó, terminaba en discusiones y peleas, intenté encontrarme a mí misma, pero desde que lo conocí que siento algo por él, no es precisamente amor, es algo difícil de explicar.. —Dijo mirando hacia abajo.

—Levanta esos grandes ojos, yo estoy contigo, salvaste mi vida, Eva, si él no ve lo maravillosa que eres, mándalo al diablo. —Julieta encendiendo un cigarrillo de marihuana y pasándoselo a Eva.

—Voy a extrañarte.. —Dijo Eva y dio una pitada al cigarro.

—También te extrañaré.. —Dijo Julieta. Las mujeres se echaron sobre la cama, por un momento se quedaron en silencio.

—Si hubiéramos tenido esta hierba en el Meyer quizás me habrían curado la depresión.. —Dijo Julieta y comenzaron a reír. —Tengo que irme para que no tengas problemas, quisiera poder olvidar todo lo vivido, quizás lo que diga suene algo descabellado, pero ahora entiendo que ser lesbiana no me hace un enferma mental...— Se quedó en silencio.

—Por supuesto que no.

—La terapia de conversión del Dr. Lorenz no me sirvió de nada, creo que sólo logró que me enamorara con más intensidad de Claudia... Ya no me avergüenza.. —Dijo Julieta.

—Claudia era una mujer fantástica, siempre sonriendo, admiraba eso de ella.

—La muerte de Claudia García ronda en mi cabeza desde que leí en el

diario que fue un interno... Amaba a esa regordeta, era tan hermosa, esas piernas largas y musculosas, le gustaba comer pizza, siempre decía pizza fría con mate es lo mejor para la tarde, después cuando subía unos kilos se obsesionaba en el gimnasio ¡Pobre Claudia!...

—Era un encanto de mujer, vamos a extrañarla.

—Creo que no fue un paciente del pabellón de hombres como dicen, ella era más que una enfermera, para mí era una amiga, mi amante, mi todo, creo que la mató una ex pareja, ella solía hablarme de una tal Lucrecia.

—¿Por qué la asesinarían? Ella era una mujer muy dulce con los pacientes.

—Dos noches antes de que me fugara del hospital, estaba fumando en el jardín, al ver que venían dos personas caminando me oculté tras un árbol. Una de ellas era Claudia, la otra era una mujer muy bien arreglada y elegantemente vestida, no llegué a verla bien, al parecer tenían una fuerte discusión donde Claudia le dijo que iba a denunciarla, la mujer la amenazó de muerte, al parecer se trataba de un ex paciente del hospital que se había fugado unos años atrás, esta extraña mujer se quedó fumando por un rato, movía el pie nerviosa y provocaba un sonido de golpes sobre el piso de cemento con su tacón, cuando comencé a escuchar el sonido de sus zapatos me di cuenta que se alejaba, me asomé y pude verla de espaldas, era esbelta.

—¿Crees que esa mujer la mató?

—Pudo haberla matado, Claudia no tenía enemigos, salvo una relación tortuosa en su pasado, la ex era algo posesiva, se llamaba Lucrecia, estaba loca, se fugó hace años del hospital, Claudia siempre tenía miedo de que ella regresara.

—Debo irme, luego continuamos hablando. ¡Te extrañaré!. —Dijo Eva abrazándola.

—También te extrañaré. —Dijo Julieta. La había maquillado perfectamente, Eva la miraba algo preocupada.

Eva esperaba sentada en la vereda frente a la casa de Darío a que llegará y estacionara el auto, eran cerca de las 6:14 de una tarde nublada, se fumó un cigarrillo y a los pocos minutos encendió otro. Al verlo llegar cruzó la calle y lo sorprendió cuando ingresaba la llave en la puerta principal.

—¡Eva! ¿Qué haces aquí? —Le preguntó Darío sorprendido.

—Quería verte, me porté mal contigo la última vez. —Dijo Eva lanzando el cigarrillo al piso y apagándolo con su pie.

—No te preocupes por eso... ¿Cómo se encuentra Teresa de salud? —

Preguntó girando el picaporte, observó su remera de Sex Pistols.

—Un poco mejor, pero aún le cuesta respirar. Llamala tía.

—Te ves muy bien, muy bella. —Dijo Darío mirándola a los ojos con detención.

—¿No me invitas a pasar? —Preguntó Eva.

—He venido por unas carpetas, debo regresar al hospital enseguida.

Los ojos de Eva lo hechizaban, él sentía que ella descubriría todos sus secretos al dejarse llevar por su magia, sus ojos eran diferentes, no solamente por ser de distintos colores, sino porque sentía como si más de una persona miraran a través de ellos, sus ojos parecían angelicales y demoniacos, era casi como ver la oscuridad de su alma y del alma de Eva reflejada en ellos. Ella le devolvió la mirada con una cara que no dejaba ver sentimientos de cariño.

—No debí venir hasta aquí, pero antes de irme déjame preguntarte algo... ¿Tú crees que Julieta esa peligrosa? —Preguntó mordiéndose las uñas.

—Leí su expediente médico, es una maniaca depresiva con tendencias suicidas, en su cuaderno habla de su odio hacia los hombres, deberías entregarla para que la regresen al Meyer.. —Dijo Darío. Eva se dio media vuelta y marchó con rapidez.

—Mi pregunta es si crees que puede atacar a mi madre, a veces se quedan solas mucho tiempo.

—Ella fue sentenciada y enviada al hospital Meyer por asesinar a su abuela intentó robarla, le puso tranquilizantes en el té que le llevó a la cama y la mujer murió de sobredosis, según consta en el expediente dijo haber sido un accidente, que no fue su intención asesinarla, intento suicidarse en el a cárcel y la enviaron al hospital.

—Pensé que su abuela no había muerto, ella me dijo que fue declarada culpable de robo y que intentó suicidarse pero omitió que su abuela murió.

—Deberías sacarla de tu casa.

—No vemos pronto Darío. —Dijo Eva y comenzó a correr.

Al llegar a su casa entró llamando a su madre casi a los gritos, al no recibir respuesta fue a la cocina y agarró un cuchillo, subió las escaleras con pasos lentos, primero ingresó a la alcoba de Teresa, allí la encontró recostada en la cama tejiendo.

—¿Qué sucede Eva? ¿Por qué esos gritos? —Preguntó Teresa.

—Nada, sólo que por un momento creí que Julieta podría hacerte daño.

—¿Crees que esa mujer podría lastimarme? Se ha portado como una dama,

es muy cariñosa, pero dijo que debía hacer algunas tareas antes de irse a la estancia, me pidió que te diga que te dejó una nota en tu habitación.

—Gracias mamá, te quiero mucho. —Dijo y besó a su madre en la frente.

Sobre la almohada en su cama había una nota sobre el estuche de su chelo, Eva la agarró y leyó:

“Te quiero con el alma Eva, te dejo mi bien máspreciado en agradecimiento, mi chelo, quiero que ahora te sirva a ti para encontrar en él la manera de calmar tus ansias, en mi estadía en el hospital él fue mi mejor amigo, la música calma a las bestias más salvajes, expresa lo que no podemos decir en palabras. Mi querida amiga, aprenderás rápido, no hay corriente que te haya alejado de la música, está dentro tuyo todavía, sólo búscala, seguramente está dormida esperando que la despiertes, dile a Teresa que fue como una madre para mí durante este tiempo que pase cuidando de ella y ella de mí, cuando me necesites búscame en la estancia, pero necesito hacer justicia por Claudia la vida me quitó una vez más a un gran amor. Un abrazo afectuoso con amor Julieta Ávila.”

Eva dejó caer el papel, se sentó en la cama y se dejó vencer por la melancolía, Julieta era importante para ella, se habían dado ánimos y sostenido durante su internación en el hospital para enfermos mentales, eran cómplices, confidentes, su única amiga, pese a tener un problema psiquiátrico era su mejor amiga, abrió el estuche del chelo y poso sus ojos en él, llevaba varios días pensando en Darío con cierta incertidumbre, él era su primo pero eso a Eva no le importaba, quizás se había enamorado por primera vez.

Viernes, 14 de julio de 1986.

5 p.m

Mateo revisaba entre la pila de papeles buscando los certificados que le había entregado la informante asesinada en el hospital, había investigado la vida de la enfermera Julia Acher, siempre le había resultado sospechosa esa mujer, era algo extraña, ella sola se encargaba del manejo de una estancia llamada “La esperanza” a las afueras de la ciudad de Santa María, en un momento tenía dos empleados a su cargo y uno muerto de manera extraña en la cárcel y con el otro había contraído matrimonio, Mateo presentía que esta enfermera en jefe, sabía más de lo que decía pero nunca hablaría. Al fin halló las dos defunciones entre la gran cantidad de cuadernos y papeles sueltos que tenía sobre la mesa, un sobre llamó su atención, había olvidado el correo de la

casa de revelaciones fotográficas, abrió el sobre y comenzó a pasar las fotografías, eran tres tomas de la escena del crimen de Claudia García, notó que debajo de la cama donde habían dejado a la víctima había un tenue destello, aquellas dos últimas tomas las había realizado mientras que el Dr. Menéndez le pedía que se retirara, agarró la lupa y observó con detención la imagen, el destello que había provocado en el lente no le permitió ver con claridad que era, al pasar a la siguiente descubrió que se trataba de un pendiente, un aro de mujer, el timbre replicó en la casa, dejó las fotografías nuevamente en el sobre, agarró unos cuantos papeles y dio unos pasos cortos hacia la puerta.

—Adelante. —observándola entrar a la casa y cerrar la puerta.

—Recibí su mensaje. —Dijo Julia Acher.

—Por favor siéntese, tenemos una larga conversación por delante, quiere un trago.. —Dijo Mateo preparándose uno.

—No, así estoy bien... ¿Sucedo algo con Ángela?

—Le hará falta un trago, sé lo que le digo, Ángela acaba de recibir el alta médica, ella está mejorando día a día, aunque el Dr. Menéndez me dijo que no podía recibir emociones fuertes. —Dijo Mateo entregándole un whisky con dos hielos.

—Bueno, se lo acepto, pero estoy con algo de prisa. —agarrando el vaso.

—Siempre me pregunté porque usted era atenta con Ángela, hay escases de enfermeros y médicos en el Meyer, algo así como un enfermero por pabellón, me resultaba extraño que perdiera tanto de ese valioso tiempo para el cuidado de otros pacientes en ella. —Dijo Mateo mientras se sentaba cómodamente, Julia lo observaba, por unos segundos reino el silencio. —Sé todo sobre usted Sra. Acher. —Dijo desafiándola.

—¿Qué es lo que sabe? —Preguntó Julia encendiéndose un cigarrillo con total tranquilidad.

—Sé que usted estuvo casada con Antonio Biamonte y Eugenio Olivera Sonders, este último tenía una hija llamada Lucrecia Olivera Sonders, paciente del hospital Meyer desde el año 1964 hasta que se fugó en el 1967, no se sabe nada sobre su paradero, podría haber muerto los bosques que rodean el hospital mental, o quizás no debió cruzarse con usted, aquí le enseñó las copias de sus actas de matrimonio y defunción, ambos fallecidos, sus síntomas fueron similares, dolor de estómago, calambres, y demás, sus cuerpos incinerados.

—Tuve la mala suerte de contraer matrimonio con hombres que murieron, eran mayores para mí, ¿qué quiere hacer con eso? No llegó a entender que necesita de mí... No puede hacer nada.. —Dijo Julia.

—Esperé un momento, después me toma de estúpido todo lo que desee.

—Tengo que irme a trabajar sea breve.

—Déjeme terminar que ahora viene la mejor parte, mi favorita. Fíjese esta coincidencia, Emilia García es asesinada por su hermano con un hacha, la cual quedó incrustada en su cabeza, un alcohólico que trabajaba y vivía con usted en su estancia, La Esperanza, era un peón que no sabía ni leer ni escribir, el padre de cuatro niños que vivían en la provincia de Córdoba, José García ¿Lo recuerda? Murió de una rara enfermedad estomacal, según dice su certificado de defunción fue una grave intoxicación, no hubo autopsia porque nadie la pidió, aquí está su error, debió ser más cuidadosa, el sacerdote de la cárcel, si no me equivoco, el padre Gustavo, en su fe cristiana, les negó a usted y a Isaac Valente la incineración del cadáver de José García.

—Sigo sin comprender a qué desea llegar.

—Usted asesino a sus maridos y a José García, Julia, todo lo demuestra. —Dijo Mateo alanzando la voz.

—¡Demuéstrelo! —Exclamó Julia Acher.

—Fíjese cuantas coincidencias fatales hubieron en su vida, hace unos pocos meses asesinaron a Claudia García, fue estrangulada mientras trabajaba y no se investigó su caso, ella había pedido recientemente una autopsia para su padre... Puedo hacer con la ayuda de los directores del diario que reabran el caso de Emilia García y José García, podría pedirse una autopsia por ejemplo, como quería su hija, que a su vez trabajaba con usted en el hospital Meyer, se podría saber si fue envenenado, y además hay una monja llamada Ceferina que da fe de que usted fue voluntaria en la enfermería de la cárcel justamente cuando murió José García. Qué gran coincidencia, ¿verdad? ¡Adoro las coincidencias! Personas como usted me inspiraron para ser investigador. —Dijo Mateo sonriendo.

—¿Qué quiere a cambio?

—Creo que nos estamos entendiendo, quiero que me diga el paradero de Lorenzo Meyer. —brindó una sonrisa desencajada.

—No sé nada de Lorenzo Meyer. —

—La última vez que se vieron fue en el 76' cuando visitó a su amigo Santiago Muñoz en el hospital.

—No lo sé, le digo la verdad, no sé dónde está ni donde vive, no sé nada de él, es cierto que lo vi en el '76, pero no puedo ayudarlo en esto.. —Dijo Julia.

—Sé que usted se quedó embarazada de Lorenzo a los dieciséis años, usted fue su misteriosa novia en el hogar Santa María

—Cierto.

—Usted es la madre biológica de Ángela Meyer. —Julia lo observó en silencio, por unos pocos segundos no dijo nada.

—Sí, es mi hija, pero no puedo cambiar las cosas entre nosotras, Lorenzo me pidió expresamente que jamás apareciera en su vida, siempre supe de ella, en ocasiones recibía cartas de Lorenzo contándome como estaba, la criaron él y su hermana, me enviaba una foto de Ángela una vez al año en su cumpleaños, todas las cartas sin remitente, lo más cerca que estuve de ella fue en el hospital cuando estuvo internada, ¿qué quiere de mí? —Dijo Julia molestándose.

—Si es cierto que usted no sabe dónde encontrar a Lorenzo Meyer, lo menos que deseo a cambio de mi silencio es información, Lorenzo Meyer tuvo una hija en 1954, nació en el hospital Meyer y fue dada en adopción. Sabe de qué hablo, ¿verdad? ¿La niña vivió? Si me da información sobre la hija de Lorenzo nacida en el Meyer, le prometo que antes que reabran el caso García la pondré en aviso para que pueda planear una buena estrategia para su defensa.

—Lorenzo me pidió en el año 1976 cuando nos reencontramos que revisara las actas del hospital y buscará la historia clínica de Sofía Meyer, él dijo que creía que la niña había sido dada en adopción ya que simplemente fue enterrada, su certificado de defunción no era legal y era confuso, me asombró saber que había sido capaz de embarazar a su propia hermana, quería saber de la niña, dijo que lo único que quedaba de Sofía en esta tierra era su hija y deseaba al menos saber de ella, amé mucho a ese desgraciado y sentí que debía ayudarlo por haberle dejado a nuestra hija, no podía hacerme cargo de Ángela, revisé las actas y el libro de guardia de aquel entonces y definitivamente supe que la niña fue dada en adopción, no había muerto... No puedo hacer nada más por usted, estoy metiéndome en camisa de once varas por decirle esto, Lorenzo es un hombre que se portó realmente bien conmigo, cuidó de mi hija y le dio una vida llena de lujos, y me case con ancianos porque quería tener muchas riquezas.

—El dinero no hace la felicidad... ¿Lorenzo sabe que su hija vive?

—Sí, yo misma se lo dije y sabe dónde está ella.

—¿Quién la adoptó?

—Yo no puedo decírselo, deberá usted investigarlo, sólo le bastará con leer el acta de nacimiento, la niña se llamó Eva, hay una empleada del sector social del hospital que se llama Elizabeth Ruiz, tiene como setenta años, cuando sale a almorzar siempre deja la puerta de su despacho abierta, tiene cuarenta minutos aproximadamente para revisar todo, ella es muy prolija, sólo busqué en las estanterías el año en que nació la niña, allí están los nombres de sus padres adoptivos.

—Intenté llegar a la secretaría de la oficina social, pero es una mujer difícil, ni siquiera aceptó dinero, no crea que no pensé eso de leer las actas, pero está complicado, nadie quiere hablar de esto y quedan pocos vivos de aquel entonces.

—Le acabo de decir el horario en que ella sale, siempre deja abierto, sólo debe entrar y listo, ya le confirmé que la niña vivió.

—Ángela siempre se preguntó cómo sería su madre, no le he dicho nada de que la encontré.

Julia Acher lo miró entristecida, por primera vez le enseñó a alguien un sentimiento, Mateo no supo si su mirada fue así por abandonar a Ángela o porque la había descubierto, Julia se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Necesito que esté al tanto de algo más, después de pedir al abogado del diario que reabriera el caso García hace tres meses, logramos que le practicaran una autopsia a José García, el 2 de noviembre de este año nos dieron el informe forense, no pudieron determinar su muerte, tampoco podemos hacer nada por el asesinato de Claudia García, el día de su muerte un hombre se escapó y la policía lo halló, dijo ser él quien la mató, aunque yo no creo eso, no podemos llevarla a juicio a usted ni a Isaac Valente por el homicidio porque no hay pruebas concluyentes ... Le agradezco toda su información —Dijo Mateo y cerró la puerta, había engañado a Julia Acher, no había un caso concreto contra ella, el forense no pudo determinar la muerte de José García debido al estado de su cuerpo. Julia se quedó allí de pie atónita durante unos segundos, cubrió su boca con la mano derecha impactada.

A medianoche observaba a Angela dormir, con cada noche que pasaba junto ella comenzaba a sentirse más apegado, sentía una mezcla de sentimientos hacia su relación lo confundía bastante, la quería pero a su vez

era la hija de quien quizás era el asesino de su madre, de algo estaba seguro no podía amarla, había puesto una especie de muro entre ellos, siempre le era sincero no le prometía las estrellas, él siempre le decía que la quería pero dejaba bien claro que debían de ir despacio, ella en cambio lo consideraba como el hombre con quien pasar el resto de su vida, estaba profundamente enamorada, sabía que él terminaría enamorándose y contraerían casamiento, formarían la familia que siempre ansió tener, Ángela había mejorado notablemente después de su tratamiento. Cubrió sus hombros con la sabana, ella movió los ojos por debajo de los párpados —Descansa. —Susurró Mateo.

Volvió a recostarse, pero le resultaba difícil conciliar el sueño, pensaba en el caso del estrangulador nocturno, en Virginia Ledesma, la secretaria era tan parecida a su madre que no podía, pese a haber pasado dos años, quitarla de sus pensamientos. Anhelaba resolver el caso más que nada en el mundo, no era venganza, para él era justicia, en su mente armaba ideas y líneas temporales, ¿o acaso este tipo de ideas indicaban que se estaba volviendo paranoico? Ahora sabía que la hija de los hermanos Meyer estaba viva, Eva no había muerto. Se levantó de la cama con sumo cuidado de no despertarla, Ángela abrazó la almohada. Desnudo, se acercó a la ventana, la noche estaba silenciosa, se quedó pensativo observando hacia fuera, salió del cuarto poniéndose la bata, en el pasillo se encendió un cigarrillo, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina donde puso la cafetera sobre el fuego, abrió el grifo y comenzó a mojarse la cara, apretó los ojos mientras seguía echándose agua, intentaba que su mente se relajara, regresó al living con una taza llena hasta al tope de café, le agregó un poco de coñac, dio un sorbo y suspiró. ¿Cómo podía ver los expedientes en la oficina social? Se le ocurrían varias formas de convencer a la secretaria, otra noche de insomnio lo esperaba, se sentó y agarró el diario de Sofía Meyer, ya había visitado el departamento en el centro de Santa María, pero Lorenzo no vivía allí desde hacía muchos años, a principios de 1984 la casa en la costaba había sido rentada por un agente inmobiliario. ¿Dónde estaba Lorenzo Meyer?

CAPITULO 15

La verdad siempre se descubre, y eso nos libera.

Viernes, 13 de octubre de 1986.

Durante un tiempo después de enterarse de toda la verdad familiar, Darío Sáenz no volvió a aparecer en la casa de su tía, Teresa Bonnet. Durante algunas semanas simplemente no realizó ningún llamado telefónico ni intentó contactarse con Eva. Después de la primera discusión, se gestaron otros problemas. La salud de Teresa era algo débil, fue entonces que llamó a Darío, hacía cuatro meses que no veía a Eva, a veces pensaba en ella, dentro suyo quería tener una relación amorosa, pero no era lo correcto, en un pasado había sido su paciente, y ahora sabía la verdad, eran primos, la última semana Darío había visitado la casa con cierta regularidad debido a que su tía había enfermado, se quedaba un rato para acompañarla cuando Eva no estaba.

—Dígame como se encuentra mi querido hermano.. —Dijo Teresa.

—Hace dos meses lo visité, vive en una hermosa provincia al sur, su salud está bien pese a su edad, nada grave, sólo unas molestias en las rodillas. — Respondió Darío.

—Me alegra escuchar eso... Este año iré a visitarlo, no quiero morirme sin verlo una vez más.

—No diga eso, que usted no está enferma de gravedad, la molestia que siente es una gripe fuerte... Debo irme tía, vendré a verla en unos días.. — Dijo Darío y besó la frente de Teresa.

—Qué bueno que regresaste a esta casa y a tu familia.. —Dijo Teresa.

—Gracias tía, la veo en tres días, intente descansar.. —Dijo Darío y salió.

—Buenas tardes.. —Dijo Eva al verlo salir.

—Buenas tardes Eva. —Respondió cerrando la puerta de la alcoba.

—¿Se encuentra bien? —Le preguntó mientras caminaban.

—Sí.

—Te enseñaré mi habitación.. —Dijo Eva ingresando, Darío atravesó el umbral de la puerta, al ingresar hecho una mirada a su alrededor.

—Nunca entraste en mi alcoba, ahí fue lo de Isabel.. —Dijo Eva.

—No quiero hablar de eso, ni quiero discutir más contigo. —Dándose media vuelta para irse.

—Sabes que me atraes, me gustas, no me importa que seamos primos lejanos, cercanos, o algo parecido.. —Dijo Eva abrazándolo por el cuello.

—No puedo Eva, Teresa me pidió que no lo hiciera contigo. —Perdido en sus enormes ojos.

—No tiene por qué enterarse, ya no soy tu paciente y pasó mucho tiempo, se nota que también te gusto. —Susurró ella mientras le daba pequeños besos en sus mejillas.

Darío sentía los húmedos labios de Eva tibios y suaves sobre su piel, él dejó caer su maletín al suelo, acarició su rostro y la miró en silencio, en los ojos de Eva podía descubrirse a sí mismo, su mirada fuerte y profunda lograba detener su tiempo, aquellos ojos parecían adivinar sus pensamientos, uno verde oscuro y el otro azul claro, se revelaban ante los negros ojos de Darío. Eva no era una chica fría e impulsiva, en realidad sólo cargaba un intenso dolor por dentro. Darío se abandonó por completo a los brazos de Eva, se dejó llevar por su magia, decidió seguirle el juego, se besaron, primero con delicadeza, inmediatamente con ardiente deseo, en unos instantes ella lo había despojado de su abrigo y quitado la corbata, él le quitó su remera y la lanzó con fuerza al piso, la alzó y la empotró contra la pared, ella lo agarraba con fuerza del cabello.

—Quiero tenerte dentro.. —Dijo Eva.

—¡No!. —Dijo Darío excitado.

—Sí... Ahora.

—Darío la soltó lentamente y se alejó, se miraron fijamente en silencio, agarró su maletín del piso y salió con rapidez de la habitación de Eva, ella se quedó inerte, no fue tras él.

Viernes, 13 de octubre de 1986.

Mateo abrió la puerta, se inclinó para recoger una carpeta que se le cayó de las manos, la casa estaba en penumbras, atravesó el living y dejó su bolso sobre la mesa, respiró profundo y suspiró, la lámpara junto a la ventana se encendió, giró su cabeza con rapidez, Ángela estaba dándole la espalda, él no podía verla debido a la altura del sillón individual, se acercó a ella, quien lo observó levantando la mirada.

—¿Quién es Carmen? —Le preguntó y volvió los ojos hacia afuera.

—Te hablé de ella varias veces, es la directora de la editorial. —Dijo Mateo acercándose una silla para sentarse junto a ella.

—¿Tomaste la medicina? —preguntó. Se notaba cansado, tenía el cabello revuelto, agarró las manos de Ángela y las besó.

—Sí, tomé las medicinas, tranquilo no mataré a nadie... Carmen te visitó esta tarde, le ofrecí un café pero no lo quiso... Hay algo en ella que no me gusta, me parece haberla visto antes o quizás se parece alguna persona que conozco... Hoy recordé algo, en los últimos meses de vida mi tía había hecho varios amigos nuevos, había una muchacha que se parece a Carmen, aunque aquella tenía el cabello negro y era extremadamente delgada, la vi dos veces recuerdo que sentía miedo de ella, era una paciente del hospital, Sofía era así de confiada, mi abuela le pidió más de una vez que se cuidará...Esta mujer, Carmen me recordó a una de las últimas amigas de mi tía.

—Carmen es una buena compañera de trabajo Ángela, sólo eso, y es una señora de clase alta, no conoce prácticamente esta ciudad, ella es de confianza.

—¿Por qué investigas a mi padre? —Preguntó ella dejando la carbonilla y el papel en el suelo.

—Por nada importante... Deberías de exponer esos dibujos, cada vez son más hermosos. —Intentando desviar la respuesta verdadera.

—¿Me amas? —Preguntó ella con el rostro preocupado levantando su mirada, Mateo estaba de pie.

—Te quiero y lo sabes, estoy muy cansado, tuve un día agotador y un viaje muy largo, me quedaré unos días más, regresó el martes al trabajo. —Le dio un beso pequeño en los labios.

—Sé que recordaré donde la vi... A Carmen me refiero...

—Sólo intenta permanecer tranquila, ya recordarás cuando tu mente desee que recuerdes.. —Dijo Mateo y le dio un pequeño beso en los labios.

—¿Alguna vez te dije que vi al asesino salir del cuarto de Sofía?

—Sí, la noche que tuviste aquel episodio, dime ¿cómo lo recuerdas?—
Preguntó Mateo.

—Muy diferente a Cesar Aguirre, no sé por qué creí que era ese hombre el que mató a Virginia, estaba segura que era, pero esta tarde después que se fue Carmen, recordé que el asesino de Sofía, salió de su cuarto, cerró la puerta y cuando se dio vuelta me vio, era delgado, tenía puesto una especie de tapado impermeable, esos para la lluvia, le quedaba algo grande era de color negro, tenía una capucha cubriendo su cabeza, podía ver con claridad su boca, sonrió y corrió escaleras abajo con rapidez, tarde en ir abrir la puerta del cuarto de mi tía...Después de eso la hallé muerta.

—¿Sus ojos eran claros? El asesino de mi madre y los sospechosos tienen ojos claros. —Preguntó

—No, eran marrones, era un hombre joven.

—Siempre pensé que a Sofía no la asesinó el estrangulador nocturno, pero la policía cree que ella es una más de sus cinco víctimas.

—Ve a bañarte que en un rato sirvo la cena, ya no quiero hablar de esto, me da dolor de cabeza. —Agarró nuevamente la carbonilla y siguió dibujando.

Viernes, 13 de octubre de 1986.

5 p.m

Aquella tarde Mateo había ingresado clandestinamente al registro civil del Hospital Leonardo Meyer, llevaba mucho tiempo intentando ingresar, pero últimamente la anciana no se movía de allí, cerca de las dos de la tarde, vio al muchacho de la rotisería llevándole la comida, todos los viernes él se quedaba allí esperando el momento en que decidiera ir al restaurante. Aquel día tuvo su oportunidad, espero pacientemente como de costumbre, la secretaria de la oficina del servicio social salió, revisó el perímetro para asegurarse que no hubiera nadie que lo delatará, abrió la puerta e ingresó. Como le había dicho la enfermera, estaba sin llave, le bastó girar el picaporte para entrar. El lugar era grande, frío y sombrío, caminó observándolo todo, buscó entre las filas de estanterías el año 1954 para hallar el acta de nacimiento de la hija de Sofía Meyer, Julia Acher le había informado que en el mismo expediente se encontraba también el acta de adopción, la niña había nacido el 12 de noviembre a las 3:44 am de la madrugada, había sido adoptada por un matrimonio de apellido Bonnet, su nombre afirmativamente era Eva Laura Bonnet, anotó la dirección de la familia, y se marchó de la oficina. Cuando

salió, comenzó a caminar lo más rápido que pudo por los anchos pasillos del hospital, cuando llegó a su auto, notó que había una mujer esperándolo.

—¿Es usted Mateo Braun? —Le preguntó.

—Sí. —Exclamó él introduciendo las llaves.

—Necesito que investigue la muerte de alguien muy cercano a mí, le pagaré bastante bien.. —Dijo la mujer entregándole un sobre. —Esto es sólo un adelanto. —Le dijo la mujer, llevaba puesto un largo tapado negro para la lluvia, Mateo prestó atención a sus zapatos rojos, resaltaban entre tanta vestimenta negra.

—¿Cuál es su nombre? —Le preguntó lanzado sus cosas al asiento.

—Soy Julieta.. —Dijo ella abriendo su paraguas rojo, había comenzado a lloviznar.

—Suba al auto.. —Dijo Mateo. Julieta se sentó y cerró la puerta.

—Seré breve, asesinaron a mi novia, era enfermera en este hospital... Sé quién lo hizo, pero mi testimonio no servirá de nada, para la justicia sólo soy una loca.

—¿Se refiere al asesinato de la enfermera Claudia García? —Preguntó Mateo encendiendo un cigarrillo y ofreciendo uno a la mujer, ella lo agarró.

—Sí. Nos amábamos, pero Claudia tenía una ex pareja que había sido posesiva y agresiva con ella, fueron amigas, después novias, la mujer terminó internada en este hospital, y cuando se reencontraron, revivieron el amor, se llamaba Lucrecia. Cuando Claudia la dejó, al tiempo se fugó del hospital, pero luego ella regresó, Claudia intentó denunciarla pero la mataron, yo misma vi con mis propios ojos a la rubia que la mató, la vi salir corriendo del antiguo pabellón de niños, encontré a mi Claudia muerta...

—¿Por qué no la denunció? —Preguntó Mateo.

—Soy Julieta Ávila, me fugué hace dos años de este hospital, claro que cambie mi nombre y un poco mi apariencia, el color de mi cabello por ejemplo y subí algunos kilos para que Lucrecia Olivera Sonders no me encontrará. Lo que le pido es que investigue, sé que hay pruebas.

—De acuerdo, lo haré.. —Dijo Mateo. Aunque tenía prioridades, en algún momento investigaría la muerte de Claudia, estaba en sus planes desde el día que la vio muerta.

—¡Gracias!. —Dijo ella y se bajó del auto.

—Si la encuentra cuídese Sr. Braun, ella es muy astuta, le hace creer a uno que es una buena mujer, pero no es más que una loca algo inteligente.

Viernes, 13 de octubre de 1986.

11p.m

Aquella noche, y como de costumbre, cenaron en silencio, posteriormente dedicaron unos cuarenta minutos a un café en la cocina, él leía o escribía y ella dibujaba, fumaban, y a veces se miraban, Ángela hablaba poco, casi nada, era extraño para Mateo que hubiese intentado comenzar una conversación cuando llegó a su casa. Se destinaron a la habitación, pusieron música, aunque con volumen bajo, y se entregaron completamente al sexo. La primera vez nunca era con demasiada pretensión, la segunda vez, más entrada la madrugada, fue mejor, ella arriba con sus palmas apoyadas en la pared se movía lentamente y a la vez rápido, cuando Ángela bajaba de la nube, era una amante llena de fantasías que sólo quería complacerlo en lo que pidiera, tenían una relación más bien física, allí se llevaban excelente y se comprendían mutuamente.

Cerró el libro colocando el señalador y apagó el velador, se quedó de bruces pensando en cómo encararía la conversación con Teresa Bonnet, la madre adoptiva de la hija de Lorenzo Meyer, “Eva Bonnet” repetía en su mente. Ni por un momento pensó en poner en aviso a Ángela de la existencia de una media hermana que a su vez era su prima, sería muy confuso para ella, cerró los ojos, y casi sin darse cuenta, se durmió.

Al escuchar el canto incesante de los pájaros, se incorporó con rapidez en la cama, se sentía agitado, pasó de un profundo sueño a estar totalmente despierto debido a una pesadilla, él no creía en ningún tipo de conexión con el más allá, ni tampoco en los sucesos paranormales, pero era bastante recurrente ver con los ojos del asesino, como si ambos estuvieran conectados psíquicamente, lo que vio lo perturbó en demasía, ingresaba a una perfumería y hablaba con una mujer de cabello negro y largo, las visiones eran con largas pausas, por momentos todo se volvía oscuro, ingresó a una habitación, llevando de la mano a la muchacha del local, se besaron junto a la cama con sábanas blancas, después estaba sobre ella haciéndole el amor sin dejar de prestar atención a sus ojos marrones, se levantó de la cama y se miró al espejo, no era el rostro de Mateo, era el del asesino, pero estaba algo borroso. Abrió su maletín, el bisturí brilló, agarró un pañuelo y lo embebió en cloroformo, lo escondió tras su espalda y regresó a la cama donde estaba la chica, se acostó a su lado, ella estaba estirada en la cama boca arriba y

hablaba mientras daba largas pitadas a su cigarrillo, el asesino le puso con fuerzas el pañuelo sobre la nariz, ella luchó por algunos minutos.

Los sueños son sólo eso, proyecciones de nuestro inconsciente, pensó sentándose en la cama, un escalofrío recorrió su cuerpo, giró la cabeza y miró el reloj despertador sobre la mesa luz, eran las cinco y treinta de la mañana, jamás había sido madrugador, normalmente le costaba despertarse y dejaba el despertador por varios minutos resonando, se levantó de la cama y cubrió los hombros de su novia. ¿Habría otra víctima del estrangulador nocturno aquella mañana?

Bajó las escaleras y puso a hervir agua para prepararse café antes de la ducha, respiró profundamente y rascó un poco sus ojos, cerca de las nueve de la mañana tenía planeado visitar la casa de los Bonnet. Caminó hasta la sala y se tiró sobre el sillón con su taza en mano, agarró de su bolso el diario íntimo de Sofia Meyer, ansiaba enseñarle a Eva Bonnet quien era su verdadera madre, casi a diario releía aquel cuaderno buscando detalles para dar con el paradero de Lorenzo, había visitado dos direcciones, pero ambas propiedades estaban alquiladas por una inmobiliaria que le negó la dirección, dio un sorbo largo a su café y marcó algunas páginas del diario íntimo, por momentos pensaba en el sueño, ¿habría atacado otra vez el estrangulador nocturno? Volvió a preguntarse, sus ensoñaciones por lo general eran del asesino buscando sus víctimas, Virginia Ledesma tenía un gran parecido a su madre y al resto de las víctimas, y todas ellas, a su vez, tenían las características físicas de Sofia Meyer, todas ellas eran liberales y eran consideradas promiscuas por la sociedad, todas ellas de cabello negro, piel pálida y ojos marrones, como si el asesino quisiera vengarse de todas porque le recordaban a una que lo lastimó, ¿Si era Lorenzo Meyer quizá el acto sexual incestuoso que lo llevó a asesinar a su hermana o alejarse de ella?.. A su vez, quizás buscaba estar al menos por un rato con su hermana nuevamente, Sofia implicaba para Lorenzo el deseo sexual contenido, el sabor de lo prohibido, la vida y la muerte, cuando a Mateo se le metía algo en la cabeza nadie lograba hacerlo cambiar de parecer, ¿Lorenzo Meyer era el estrangulador nocturno? Llamó por teléfono a Carmen para verla antes del mediodía, ella le dijo que estaba en la ciudad de Santa María, que lo esperaba en su cuarto de hotel, se dio una ducha rápida y salió.

CAPITULO 16

Sábado, 14 de octubre de 1986

9 a.m.

Caminaba con rapidez por las solitarias calles de Santa María, todavía se sentía frenético, una vez más se había sumergido involuntariamente en una conexión psíquica con el asesino de mujeres, lo había visto con sus propios ojos asfixiando con formol a una víctima, era testigo oculto de lo que hacía el asesino en su búsqueda de víctimas, Mateo no creía en este tipo de eventos sin explicación lógica, pero no podía seguir negando lo que lo sucedía. —¿Y si estoy enloqueciendo? Se preguntó. Se frenó en un kiosco para comprar una caja de cigarrillos y miró los titulares de los diarios, abrió los policiales, “Las Hipótesis apuntan a Cesar Aguirre como responsable del asesinato de Virginia Ledesma” “Fue un crimen pasional”. Le resultó extraño ver que dos periódicos habían realizado una nota sobre el caso de Virginia Ledesma, hacía mucho tiempo que ninguno la nombraba, de todas formas apenas una columna dentro de los policiales.

Llamó con desesperación a la puerta del cuarto de hotel, Carmen lo recibió sonriendo, ingresó, se quitó el saco y la corbata, afuera había comenzado a llover, se arremangó la camisa blanca y se sentó.

—¿Pasó algo? —Pregunto asustada al verlo tan nervioso.

—Tengo demasiado trabajo, ahora se sumó alguien para darme información sobre el asesinato de la enfermera Claudia García, ¿Sabes del caso que te hablo?

—Claro. ¿Pero no fue un paciente el que la estranguló?

—Nunca creí eso, al parecer fue una mujer llamada Lucrecia Olivera Sonders, una loca que se fugó en el 67', las coincidencias me enloquecen, esa tal Lucrecia era hija de uno de los maridos de Julia Acher, la madre de Ángela. Al parecer, fue un asesinato por celos, o algo así cree la informante.

—Dijo Mateo buscando su caja de cigarrillos en los bolsillos.

—Primero te pido que te tranquilices... Pedí café con leche para que desayunemos juntos... ¿Quién es la informante?

—Sería mejor un trago fuerte... Necesito decirte algo importante, pero presta atención. —se encendió un cigarrillo.

—Claro.

—Hace algunos años comencé a tener sueños esporádicos con el asesino de mi madre, no creo en ningún hecho o circunstancia paranormal, lo que me pasa es algo extraño, es como si estuviera entre dormido y despierto a la vez, como si mi mente estuviera conectada a la suya, a veces las ensoñaciones son nítidas, sé que lleva consigo el relicario de mi madre en su bolsillo, lo usa para jugar, lo abre y lo cierra, enrosca la cadena en su dedo, mientras observa a alguna mujer de aquellos lugares oscuros donde busca a sus víctimas, a veces es como si fuera yo y camino por la calle, entro a un bar, veo a una chica de cabello negro, veo un rostro borroso de alguien que está siendo asesinada... Hasta siento que respiró con agitación, y a veces veo claramente a la mujer, hay pausas en las que todo es negro y mis manos o las suyas sostienen un bisturí ensangrentado, veo a las víctimas claramente. Desde que apareció la quinta víctima del estrangulador nocturno, estas conexiones o ensoñaciones son más frecuentes, debe ser porque Virginia Ledesma fue la víctima que más se parecía a mi madre.

—¡Es alucinante! Hay algo llamado visión remota, es una experiencia extrasensorial en donde puedes ver un hecho que está por ocurrir, es una capacidad psíquica donde recibís información de una persona en impresiones de alguien que está lejos, deberías intentar prestar atención a los detalles, quizás así logres encontrar al asesino, aunque no aparecieron nuevas víctimas.

—No existe evidencia científica que apoye la existencia de la visión remota, ni la posibilidad de una conexión psíquica, eso es una pseudo-ciencia, por eso jamás te hablé de esto, pero siento que me estoy volviendo loco.

—Quizás por haber visto de niño al asesino, eso creó una conexión con él, no es descabellado Mateo, presenciaste todo lo que hacía con el cuerpo de tu madre, lo buscas e investigas desde entonces, despertó tu habilidad en la investigación, sé que siempre estoy en contra de la mayoría de las cosas de este estilo, pero no lo veo imposible, presta atención a lo que ves, los detalles como el nombre del bar donde ingresa, los objetos que lo rodean, hay ejercicios que podrían ayudarte, ciertas personas están predispuestas para la visión remota o la conexión psíquica.

—No creo en esto, pero al menos intentaré hacerte caso en prestar mayor atención.

—Si prestas atención, en una de esas logras atraparlo, pero no olvides que no hay evidencia contra el padre de Ángela y al morir Cesar Aguirre la investigación policial se estancó, de todas formas no hay nada concreto contra

ninguno de los dos, aun no entiendo que es lo que ganaras con ver cara a cara al padre de Ángela. —Carmen se frotó la cabeza con ambas manos.

—Saber si es Lorenzo Meyer, sólo lo vi en fotos, a estas alturas no creo que sea Cesar Aguirre, sino por que continúan las visiones, al menos que... quizás al no encontrar al culpable vea lo que pasó años atrás, estos días confirme algo por el año 78' el Dr. Aguirre le pagaba a una prostituta para filmar película de ambos practicando sadomasoquismo, en el 1978 aparece el cuerpo sin ojos y con la misma escena del crimen, de una actriz de películas para adultos llamada Margarita Ruiz, el protagonismo en dos de sus películas caseras lo tenía el Dr. Cesar Aguirre, esta mujer la última vez fue vista en un pool de mala muerte con un hombre de las características de Aguirre... vi fotos de ambos y sólo las de Lorenzo me dieron escalofríos, recuerdo los ojos azules, claros del asesino de mi madre, tenía una mirada fría, demoniaca, un brillo diferente, cada mirada es única, sus ojos eran como los ojos de un lobo siberiano, azules claros y alrededor de su pupila, que por cierto, parecía más grande, tenía una tonalidad amarilla, ámbar diría, era como ver su oscuridad interior, esas pupilas parecían profundas, como un abismo, nunca en mi vida olvidaré esa mirada, esos ojos...

—Creo que esto nunca se terminará, aunque lo veas personalmente, después vas a buscar evidencias para encarcelarlo, después de hallarlas, si las hay, encontraras la forma de seguir hurgando para saber si hay más víctimas, quienes eran, como eran sus vidas, buscaras a cada novia que pudo haber tenido, y así pasaras toda tu vida, no digo con esto que no busques justicia por tu madre, no me malinterpretes, digo que te estás olvidando un poco de tu vida, vas a tener cientos de asesinatos del estrangulador nocturno y ninguna prueba, porque si fue Cesar Aguirre ya está muerto, tu novia hizo justicia por mano propia.

—No me importa eso, esto es mi vida, encontrar a los culpables y hacerlos pagar.

—¿Crees que Santiago Muñoz te miente con respecto al paradero de Lorenzo Meyer? —Preguntó.

—Hay algo en su mirada que lo delata, no sé si es precisamente que encubre a ese hijo de puta, creo que está encubriendo a alguien, quizás sea a otra persona, hay algo que no me dijo, en su diario íntimo Ángela hablaba de él, sentía atracción por él.

—Quizás tuvieron algo y se cubren mutuamente.

—No, ella hablaba de su desprecio, creo que Muñoz esconde algo, quizás odio hacia a las mujeres... Llegaré al fondo de todo y no descansaré hasta que cada uno pague con la cárcel, la visión que tuve esta mañana era de una muchacha tras el mostrador de una tienda, parecía una perfumería, ella sonreía y coqueteaba, tenía el cabello negro y largo, me visión se tornó negra y después la vi haciendo el amor, pero era como si yo estuviera sobre ella, no miraba otra cosa que no fueran sus ojos marrones, al terminar el reflejo del espejo no me revelo un rostro en concreto, pero vi como ponía el pañuelo embebido en formol sobre su rostro, me asuste, sentí terror porque era como si fueran mis propias manos las que hacían presión sobre su rostro.

—Deberíamos probar algo, el agua es conductora, quizás te ayude para conectarte y ver con mayor claridad.

—No sé, de verdad no creo en esto, a veces pienso que estoy enloqueciendo.

—Sino crees no será inútil que tengas ese don o conexión con el asesino, debes creer para intentar salvar a una de sus víctimas, ¿lograste ver el nombre de la perfumería?

—No, porque me sentí demasiado mal por ella, era un poco más joven que el resto de las víctimas, se veía enamorada, intentaré prestar mayor atención.

Viernes, 13 de enero de 1987.

6 P.M.

Eva salía del conservatorio, las clases para aprender a tocar el chelo que le había regalado su amiga estaban dándole resultados, era casi como haber nacido para ese instrumento, bajó los dos escalones y en la vereda lo vio.

—Creo que te sienta muy bien ese instrumento, lo prefiero antes que el violín. —Le dijo Darío.

—¿A qué viniste? ¿A despreciarme otra vez? —Preguntó Eva.

—Pasaba por esta zona y pensé en alcanzarte hasta tu casa, está por llover... Me gusta tu remera, Los Ramones son una gran banda, los escuchó a veces.

—No creo que escuches esa música.. —Dijo Eva sin mirarlo.

—Esta por llover... Te llevó. —Insistió Darío.

—Esta ciudad es muy húmeda, siempre esta sombría, me acostumbre a la lluvia.

—¡Ven, te llevo! —Exclamó Darío.

—No gracias. —Exclamó ella y comenzó a caminar.

—¡Espera! —Dijo él. La agarró y la besó con ternura, fue un beso largo y apasionado en mitad de la calle.

—No me importa que seas mi prima... ¿Vamos a mi casa?

—Pidamos café para llevar en la esquina y vamos. —Dijo Eva observándolo.

Darío había pensado en ella todos los días, descubrió que sentía algo, no sabía si era amor, pero sí quería estar a su lado.

Ni bien ingresaron a la casa de Darío comenzaron a besarse con desesperación y deseo contenido, Darío la agarró de la mano y la llevó hasta su habitación,

Eva lo agarraba con fuerzas de su cabello y mordía su boca, lo tomó de la camisa y lo arrimó a la cama, él la miraba excitado, ella se quitó los jeans y su remera negra, se lanzó sobre las sabanas, tenía puesta solamente la ropa interior color negro, Darío la observaba excitado desde los pies de la cama, ella miraba con atención como se desabrochaba la camisa y observó su torso desnudo, se arrastró por la cama y comenzó a besar su torso, mordió sus pezones y lo agarró de la cintura.

—Te deseo tanto.... —Dijo Darío completamente desnudo.

Eva se dejó llevar por el deseo, antes de penetrarla con fuerza, Darío susurró a su oído.

—Jugaremos un poco, Eva. —La dio vuelta con violencia. Eva se dejó llevar por las emociones, hicieron el amor.

Darío alumbró su rostro con el fosforo al encender el cigarrillo, ella lo miraba en silencio, apoyada en su pecho callada, pasaba sus dedos por el pecho desnudo de Darío.

—¿Por qué estas callada? ¿No te gustó? —Preguntó

—Sí, me gusto... Fuiste salvaje, no creía que lo fueras, eso es lo que más me gusto.. —Dijo ella.

—¿Te hice daño?

—No, aunque fue bastante agresivo, lo cual me gusta... Déjame traer café, ya regreso.. —Dijo Eva y se levantó de la cama, comenzó a vestirse.

—No pensé que esto pasaría... Me daré una ducha, muero por probar el café que haces. —mirándola con amor.

—Enseguida regreso.

—¡No tardes! —Exclamó él e ingresó al baño.

A los pocos minutos Eva regresó con las tazas, en su rostro tenía una enorme sonrisa, se podía oír la ducha. Dejó las tazas sobre la mesa de luz, se sentía enamorada, se sentó a los pies de la cama y recordó las palabras de su violador, —Jugaremos un poco, Eva. Aquellas mismas palabras pronunciadas por Darío se asemejaban a las dichas por el hombre que la había violado quince años atrás, intentó hacer memoria, entonces se levantó y comenzó a revisar sus cajones, pero no había nada sospechoso. Al abrir la puerta del armario, vio una caja en el fondo, la abrió despacio, Darío seguía bajo la ducha, lo que encontró la hizo caer al suelo, ahí estaba la máscara de la peste negra, su corazón se aceleró y empezó a sentir que la sangre le corría caliente por las venas, jamás podría olvidar aquella detestable máscara, las manos le temblaban, dejó la máscara de nuevo en su lugar, tomó de su bolso un frasco de pastillas.

—¡Gracias! Eres muy dulce.. —Dijo Darío al salir del baño, le dio un beso en la boca y comenzó a beber el café.

—¿Esta frío? —Le preguntó ella.

—No, está caliente, excelente café.

—Te busqué durante tanto tiempo.... —Dijo Eva observándolo terminar el contenido de la taza.

—¿Qué buscabas? —Preguntó Darío abotonando su camisa.

—Nada, sólo fue una expresión. ¿Te gusto el café?

—¡Sí! Estaba delicioso, debería beber menos, pero si tendré una novia que prepara un café tan bueno eso será un poco imposible.

—¿Novia? —Preguntó Eva mientras se acomodaba su cabello en una cola.

—Sí. Yo siento algo muy fuerte. —Exclamó Darío

—Es dulce de tu parte decir eso.

—Siempre me gustaste.. —Dijo Darío comenzando a ver borroso, se sentó en la cama.

—¿Estás bien? —Preguntó Eva.

—Me siento mareado... Eva, escucho tu voz con ecos. —Prosiguió él.

—Son los somníferos, te llevaré al sótano ahora, eso sí, deberás intentar ayudarme, no puedo cargarte sola. —Respondió Eva.

—¿Qué me diste Eva? —intentó levantarse de la cama y cayó al piso.

—¡Jugaremos un poco, Darío! —Exclamó Eva.

Darío abrió los ojos, sentía un deseo casi incontrolable de vomitar, dos de las luces que tenía sobre él parpadeaban, estaba atado a una vieja cama, sintió

escalofríos, se dio cuenta que estaba en el sótano de su propia casa, Eva se acercó a él con la máscara puesta sobre su rostro, lo observó por unos instantes antes de quitársela.

—Comencé terapia porque una tarde que fui a visitar a mi amiga internada, mientras estábamos sentadas en uno de los jardines del hospital Meyer, escuché tu voz mientras hablabas con alguien, tu voz me llevó a recordar la noche en que fui violada, le pregunté tu nombre a Julieta, ella me dijo que trabajabas dos días a la semana como voluntario, cuando fui dada de alta, una condición era que tenía seguir el tratamiento, le pregunté al Dr. Menéndez si podías ser mi psicoanalista, él me dijo que habías trabajado en el hospital con tu padre, que lo pondrías al tanto de mi terapia, mi madre vio un anuncio en el diario y me dijo que eras mi primo, siempre lo supe, cuando comencé a conocerte no podía terminar de darme cuenta si eras o no el hombre que me violó, dudaba que fueras, en el fondo no quería creerlo, hoy mientras te duchabas, revisé tu habitación y encontré la máscara, tu frase también te delató, la recuerdo muy bien... ¿Por qué la conservaste? Estuve una semana entera para poder sentarme sin dolor, tenía tan sólo dieciocho años cuando me violaste... ¿¡Por qué a mí!? ¡Hijo de puta!. —Dijo Eva colocándose guantes de látex.

—¡No, estás confundida, nunca te haría daño! —Desesperado.

—Pensaba en castrarte, como hacía tu padre en los campos de concentración, soñaba con castrar al tipo que me violó, aunque las cosas deben ser parejas, me violaste, así que yo haré lo mismo, te violaré, sólo así podremos estar a mano, ¿no crees? —Preguntó Eva, enseñándole un consolador femenino.

—¿Estás segura de hacer esto? —Preguntó Darío.

—Pensé en mi madre y me di cuenta que no puedo asesinarte, aunque de todas formas esa nunca fue mi intención, no soy una asesina, el electroshock no borró el recuerdo de aquella noche. Vuelvo a preguntarte... ¿Por qué?

—De acuerdo, te diré todo, intenté decírtelo pero no pude. El día que te vi entrar por primera vez a mi consultorio pensé que me habías descubierto, habían pasado varios años... Lo hice por venganza, ¿no me recuerdas? ¿Tampoco recuerdas que tu padre era un maldito pedófilo?... quería que él sufriera al ver que alguien violaba a su pequeña princesa, Eva... Cómo decirlo... No soy un violador serial... quería mi venganza... él siempre hablaba de que eras su princesa su hija preferida, él te amaba y pensé en

castigarlo... él me obligó, me forzó, yo tenía once años... Tu padre Eva... Ese hijo de puta de tu padre... Abusó sexualmente de varios niños del reformatorio... ¡Él me violó!... Me violó entiendes, lo hizo varias veces en el establo. —Dijo Darío entre sollozos.

—¡Es mentira! ¡A la mierda, te mataré! —Gritó Eva.

—¡No es mentira, sabes lo que era tu padre!

—No finjas ser una víctima, quiero escucharte suplicar de verdad... Lo que me desquicia y bloquea mi mente es el abuso, no soporto ver que alguien sufre por culpa de otro, el abuso de poder me quiebra la mente... Y no me malinterpretes, esto que voy hacer es para que estemos a mano.. —Dijo Eva revisando los nudos de las sogas que amarraban las muñecas y tobillos de Darío tendido boca abajo en una vieja cama sin colchón, suplicaba, los hierros rasguñaban su cuerpo desnudo.

—No miento, Eva, es la verdad, un día te llevó al hogar y te conocí, cuando salí del reformatorio era un muchacho confundido, te busqué, te seguí varias veces, conocía el camino que hacías desde el colegio hasta tu casa, durante semanas te seguía, un día estaba en el hospital y vi a tu madre y a tu hermana, creía que estabas con tu padre, no sabía que él se había suicidado, mi idea era violarte frente a él, someterlo, entonces me apuré para llevar a cabo a mi venganza.

—No puedo creerte...

—Está bien, Eva, te juro que te entiendo, estaremos a mano...

—¿¡Por qué me seguías con la máscara!? ¿Querías violarme otra vez o quizás asesinarme? —Gritó y le dio un azote con el cinto.

—¡Porque quería asustarte y a la vez que te alejaras de mí!

—La policía no me creyó las veces que te vi en la calle o en mi patio. —Dijo Eva poniéndole una mordaza, se puso el barbijo sobre el rostro.

Darío supo que no habría nada que la detuviera, ni siquiera sabiendo la verdad, escuchó que Eva lloraba, jamás lloraba, era extraño, ella le quitó la mordaza.

—No sé por qué no puedo hacerlo, siento que me haría daño a mí misma.

—Dijo Eva y dio un grito con todas sus fuerzas.

—Es porque me quieres. —Exclamó.

—No, no puede ser, ¡no hables hijo de puta! ¡Deja de hablar! —Gritó ella y comenzó azotarlo con el látigo.

—Sabes que no miento sobre tu padre, ¿verdad? ... A ti te hizo algo, ¿es

eso? —Preguntó Darío.

—No puedo... ¿Lo hago o no?.. Dime, necesito escucharlo —Susurró a su oído Eva.

Después de golpearlo envuelta en una ira incontrolable, dejó caer el rebenque y el consolador femenino al ver como la sangre de su víctima corría por la espalda cayendo al suelo, no pudo violarlo.

—A mí él no me hizo nada, yo era su pequeña princesa, pero lo vi abusar de un niño por tan sólo unos pocos minutos, la imagen me persiguió por muchos años, me asusté tanto que jamás se lo conté a nadie, fui su cómplice al callarme, él se mató y dejó una nota donde le explicaba a su esposa que estaba enamorado de un joven... No puede ser que seas ese niño... ¿Por qué?. —Dijo Eva.

—Sé que lo viste... Él me dijo que lo viste y que no podía vivir con eso... Tu padre era un hijo de puta, era un violador, no tienes la culpa de sus actos, no hace falta que vayas por la vida odiando y vengándote de cada persona que abusa o maltrata a un indefenso, es un peso grande, Eva... No quise hacerte daño, sólo deseaba venganza, merecía vengarme, aunque pagara una chica inocente por él.. —Dijo Darío.

—Mi padre era un pederasta Darío, fue la primera decepción que sufrí, después de verlo violarte algo en mí cambio, comencé a sentir odio por dentro, cuando me violaste ese odio creció, y no dejaba de sentir el deseo de encontrar al tipo que me sometió y robo mi inocencia.

—Él me convirtió en un violador, sólo quería venganza, era un niño Eva.. —Dijo Darío atormentado.

—¡No es excusa para haberme arruinado mi vida!

—Lo siento... Te juro que lo siento... Eva... Eva yo te amo, te juró que sufrí todos los días por lo que te hice. —Repetía Darío llorando.

—Todavía se ve a ese niño abusado en tu mirada.

Eva cortó las cuerdas que amarraban a Darío, caminó lentamente, antes de subir las escaleras lo observó por unos instantes, su mente la traicionaba, algo que no lograba entender la vinculaba de manera voluntaria con su agresor, él, al igual que ella, tenía cicatrices. Eva padecía uno de los fenómenos psicológicos más difíciles de desentrañar en cuanto al desagradable e inapropiado evento del abuso sexual violento al que había sido sometida cuando era una adolescente. Se quedó paralizada, pensando, mirándolo, el terror más grande que pudiera sentir se apoderó de ella, un miedo tan grande y

tan negro que era parte de sus fobias, descubrió que Darío tenía una capacidad especial para penetrar en sus mecanismos de defensa y engañarla para que hablara de todo en terapia, sobre todo para que le contara sus asuntos privados y sus sentimientos más profundos, lo que tanto la aterraba la hacía sentir ahora desnuda y abandonada a su voluntad, por primera y única vez en su vida se había enamorado, su miedo más grande se había hecho realidad, se había enamorado de su abusador.

Viernes, 13 de enero de 1987.

6:20. p.m

Mateo caminaba por las calles pensando en Ángela, no podía confiar plenamente en ella, tenía la certeza de que sabía algo, quizás ocultaba el paradero de su padre. Era cerca del mediodía, acababa de salir de la editorial, Carmen no había asistido al trabajo, intentó llamarla pero la empleada doméstica le dijo que estaba con gripe y que dormía, sólo confiaba en ella, se sentía lleno de dudas y hasta estaba algo angustiado, se subió a su auto y decidió visitar a su abuelo. La ciudad estaba sombría, la oscuridad le ganaba a luz, el viento sacudía los árboles, según el pronóstico del tiempo en la radio llovería por varios días, caminó entre los pasillos del asilo, su abuelo estaba en el living, un anciano en sillas de ruedas le pidió un cigarrillo, Mateo le dijo que no tenía, sabía que aquel hombre tenía cáncer de pulmón.

—Hola abuelo... —sentándose frente a él, el anciano estaba junto a la ventana a la calle. No dijo nada. —A veces creo que nunca encontraré a ese hijo de puta, parece que se hace humo, los pocos que lo conocen lo encubren, esta difícil encarcelarlo, es la primera vez que no logró meter a alguien al pozo, este tipo tiene que pagar. — Su abuelo lo miró a los ojos, comenzó a colocar las piezas en el tablero.

—Carmen, me ayuda, ella sí me entiende, ella me apoya y confiamos plenamente. —Moviendo su peón.

—Ahora apareció otra hija del Lorenzo Meyer, una hija más loca que la otra tuvo ese tipo, se nota que ellas son su punto débil, él va a visitarla en algún momento, así sabré donde vive, podré comenzar a seguirlo, sé que va a seducir a alguien en algún bar o disco, si es el asesino, quizás hasta salvaré una vida... Carmen no cree que se él sea el asesino, insiste en que el estrangulador nocturno es Cesar Aguirre y la verdad ambos son sospechosos por igual...

—Carmen... Carmen... ¡Carmen!. —Dijo Marcos interrumpiéndolo. —
¿Quién es Carmen? —Preguntó.

—Abuelo te dije mil veces que es mi editora, mi amiga, bueno ahora la dueña de Las Paginas negras.

—No, no, no... Digo Carmen. ¿Quién es? ¿¡Quién es Carmen!?!...

—Abuelo, ya te dije que Carmen es...— Dijo Mateo y se quedó en silencio.

—¿Por qué tanta amistad y confianza en una Carmen? Yo conocí una Carmen, era traidora y mentirosa la milonguera, pero que potra hermosa era, fue antes de conocer a tu abuela, por supuesto, nunca le puse los cuernos a la tana ¡que morocha más hermosa la milonguera! Que no escuché tu abuela que se va a encabronar conmigo, se pone celosa. —Dijo su abuelo y movió la reina, se quedaron ambos unos segundos en silencio. —Mira, te soy honesto... Siempre me hablas de la tal Carmen, Carmen, pero nunca me contaste que la investigaste, si todo bicho que camina va a parar a tu lupa. ¿Me cachas? Ojo al piojo con eso, investigala.... —Dijo su abuelo y se quedó en silencio.

—Ahora que lo pienso... Es verdad abuelo... Jamás investigué a Carmen French... te adoro viejo te debo una por hacharme el árbol... Voy hacerte caso, abuelo, la investigaré. —pensativo.

Viernes, 13 de enero de 1987.

10:30. p.m

Al llegar a la casa todo estaba en penumbras, había un silencio casi sepulcral, dejó las llaves sobre la mesa de entrada y subió las escaleras buscando a Ángela, la encontró dormida sobre la cama armada, tenía sobre su pecho el cuaderno de hojas blancas donde solía dibujar, recogió las cosas y la cubrió con una manta, ella sonrió dormida, parecía tan inocente que apenas podía creer que unos años atrás había asesinado a un hombre, observó el dibujo, era el rostro de Sofía, según ella dibujar rostros era su manera de recordar intactas a las personas que había querido, como congelar un recuerdo específico de una mirada, una sonrisa o algún gesto, pasó algunas hojas y notó que también había dibujado su rostro, sus dibujos eran demasiados buenos y realistas, se quitó los zapatos y la corbata, la humedad era insoportable. Regresó abajo donde se lanzó sobre el sillón del living, abrió su bolso y agarró sus carpetas, su abuelo lo había dejado pensando en Carmen French, ¿Por qué jamás había investigado su pasado? Quizás no había nada

sospechoso en su comportamiento, parecía sincera, pero era raro ya que Mateo jamás confiaba en nadie y siempre buscaba antecedentes en las personas, ella era una mujer de clase alta, ahora heredera de una excelente fortuna, pensó en las visiones y en sus sueños, observó las fotografías de la escena del crimen una vez más, lo hacía casi a diario, Virginia Ledesma muerta en su cama, rebuscaba en cada detalle, leyó sus notas sobre el pasado de Cesar Aguirre, al tipo le gustaba el sadomasoquismo y no podía ser tanta casualidad que con dos de las victimas hubiera tenido un romance, Margarita Ruiz era una actriz de películas bondage con quien se había filmado en sus prácticas sadomasoquistas, con Virginia Ledesma de quien al parecer llegó a tener un romance bastante prolongado, el Dr. Aguirre se había casado joven mientras estudia medicina, su especialidad era la cirugía plástica, según le había dicho su propia esposa a Mateo le había confesado sobre la existencia de su amante y ella lo aceptaba por no perderlo.

CAPITULO 17

Miércoles, 8 de abril de 1987.

La camarera se acercó a él con una enorme sonrisa dibujada en su joven rostro, descargo de la bandeja un café doble y dos sobres de azúcar.

—¿Me podrías traer dos sobres más de azúcar? Soy adicto al azúcar. — Dijo Mateo.

—¡Claro! Enseguida lo traeré. —Respondió la camarera mirando a la mujer que acababa de ingresar, se dirigió directo a la mesa donde estaba Mateo.

—Buenas días... ¿Me traería un té con limón, por favor? —Dijo Julieta a la chica. —Disculpa la demora.

—Estuve investigando sobre Lucrecia Olivera Sonders, tengo una copia del acta de nacimiento, nació el 5 de agosto de 1946 en la capital de Buenos Aires, hija única de Eugenio Olivera Sonders, y Angélica Díaz, su madre se suicidó cuando ella tenía seis años, sufría de depresión, su padre se volvió a casar unos años después. En su adolescencia tuvo varios arrestos por vagar en la noche y beber alcohol, atacó brutalmente a un hombre y fue llevada por orden del juez al Hospital Leonardo Meyer en el 64'. Por lo que me dijo el director, era agresiva y pasó los dos primeros años de tratamiento en aislamiento. En el año 1967 se fugó, no se sabe nada sobre su paradero, es como si la tierra se la hubiera tragado... Hay un dato muy interesante en el informe de la autopsia realizada sobre el cuerpo de Claudia García, hallaron un antiguo zarcillo, no será muy difícil de reconocer a su dueña, es un aro que tiene una pequeña piedra roja, un rubí, al principio creyeron que era de la víctima, pero no se encontró el otro entre sus pertenencias.

—Te cite porque estuve hurgando entre las pertenencias de Claudia, fui hace unos días a su departamento, como ella no tenía familiares en Santa María, la dueña volvió a rentarlo, pero guardó algunas cosas personales. Dentro de la caja había fotos y cartas, pensé que quizás podían servirte. — Dijo entregándole unos sobres. Mateo comenzó a mirar las fotografías y se detuvo ante una que llamó especialmente su atención.

—No entiendo todavía porque cerraron el caso si hay indicios de que pudo tratarse de una mujer, era más fácil culpar a un loco de aislamiento... ¿Le sucede algo? —Preguntó Julieta preocupada. Mateo se había puesto pálido

mientras observaba la fotografía de Claudia adolescente, en la misma estaba con su amiga Lucrecia.

—Necesito ver con más detalle.. —Dijo y agarró de su bolso una lupa.

—¿Quién es? —Preguntó intrigada Julieta.

—¿Está segura que la de esta fotografía es Lucrecia Olivera Sonders? — Preguntó nervioso Mateo sosteniendo la foto frente a los ojos de Julieta.

—Sí, hay dos más, ahí tenían unos quince años creo. —Dijo Julieta.

—La conozco... Sé perfectamente quien es... —Exclamó Mateo tristemente.

Miércoles, 14 de abril de 1987.

6 p.m

Eran las seis de la tarde y ya había empezado a oscurecer, hacía frío y lloviznaba, en los días de tormenta la caída del ocaso pasa desapercibida. De pie frente a la ventana, observaba a la patrona de la pensión quitar las sabanas que inútilmente había tendido por la mañana, la pensión era un lugar especial para Mateo, vivía allí desde los veintitrés años. Se sentía algo molesto, había citado a su amiga Carmen, la esperaba ansioso, tomó el vaso de vino y le dio un trago largo, después se encendió un cigarrillo, observó las paredes de su habitación repletas de papeles y fotos pegadas sobre sus investigaciones, la puerta de la habitación recibió unos insistentes golpes de puño, ella había llegado.

—Hola.. —Dijo Mateo sin besar su mejilla como de costumbre.

—¿Qué te pasa? —Dijo Carmen y se sentó junto a él a los pies de la cama.

—Sabías muy bien que en mí podías confiar, me decepcionaste Carmen.

—No entiendo. ¿Qué hice ahora?

—Fuiste astuta no voy a negarlo, pero mentirme tanto tiempo a mí... — apagó el cigarrillo.

—¿En qué te mentí si se puede saber? —Dijo Carmen en tono de burla.

—Tu nombre, por ejemplo, Lucrecia Olivera Sonders.

Carmen cubrió su boca.

—Puedo explicarlo... —Dijo ella nerviosa.

—¿Qué vas a explicar? Sé todo Carmen, o Lucrecia o como sea tu nombre, confiaba tanto que jamás te investigué. —Dijo Mateo molesto.

—Cambie mi nombre porque contraí matrimonio.

—No mientas más, ¡por favor! Ya no soporto todo esto, fuiste paciente en

el hospital de Santa María, el maldito hospital mental Leonardo Meyer, tu padre se casó con Julia Acher, la madre de Ángela, durante todo este tiempo que te confesaba mis intimidades, mis miedos, mis sueños, mis investigaciones... seguramente estuviste riéndote de mí, ¿verdad?. —Dijo Mateo a punto de llorar por la bronca que sentía al descubrir todas sus mentiras.

—¡No, Mateo! Lo nuestro no fue una mentira, es cierto, confieso cambie mi nombre porque me fugué del hospital, ¿pero qué querías que hiciera? ¡Debía cambiar mi vida, debía escapar de ese infierno! —Dijo ella y comenzó a llorar.

—No creo en tu llanto... Te hubiera ayudado, hubiera hecho cualquier cosa por ayudarte, siempre te quise mucho Carmen, y lo sabes, quizás al principio fue conveniencia porque tu esposo era el dueño del diario, pero después te convertiste en mi amiga, en mi amante, en mi compañera... Es mi obligación llevar mi investigación a la policía y lo sabes, no quedarás impune.

—¿¡Policía!?! ¿Por qué? ¿A quién le importa una loca que se fugó de un psiquiátrico hace veinte años? —Preguntó ella.

—A mí, y a la familia de Claudia García. —Dijo Mateo. Carmen abrió los ojos bien grandes, por un momento hubo silencio. —Asesinaste a Claudia García, la enfermera del hospital Meyer porque ella te descubrió. Primero creí que había sido asesinada por Julia Acher, pero no, la mataste porque ella te delataría. Fue así, ¿verdad? —Dijo Mateo.

—¿Qué estás diciendo? Sí, es cierto que conocía a Claudia, fuimos amantes en el pasado, nos conocíamos desde niñas, pero no la maté.

—La asesinaste, Lucrecia o Carmen, ya no sé ni cómo carajo llamarte, hay un testigo de tu crimen, te vio salir del pabellón de niños del hospital, no quedarás impune.

—¿Quién? ¿Qué testigo? Mateo soy yo, parece que no me conoces mi amor. —Preguntó ella nerviosa. Mateo se levantó de la cama, caminó en busca de la caja de cigarrillos.

—Creí conocerte, pero jamás, ni en mis pesadillas podría haber imaginado que eras una asesina... Jamás te diré quién es la informante, tengo que proteger a mi testigo.

—¡No! No lo hice yo, ¡lo juro!

—Vi fotos tuyas junto a Claudia cuando eran niñas, también sé del arresto, atacaste a un hombre y tu rostro salió en los periódicos, te llamaban la “Niña

homicida”. En la escena del crimen de Claudia encontraron un aro con un rubí, el mismo que llevas puesto en las fotos de tu adolescencia, es más, estoy casi seguro que los llevabas puestos la noche que te conocí.

—Mateo, hubo cosas, hechos que ocurrieron en mi vida que no podía contarte, tuve que hacer cosas horribles cuando me escape del hospital psiquiátrico para sobrevivir... Créeme no maté a nadie, lo de los diarios es cierto ataque a un hombre pero era sólo una niña confundida.

—Te quiero mucho y lo sabes pero no puedo creerte nada, si me conoces sabes que estaré para ayudarte pero debo poner al tanto a la policía, no puedo ser tu cómplice.

Cuando se dio vuelta Carmen lo golpeó con la botella de vino dejándolo inconsciente en el piso.

Miércoles, 14 de abril de 1987.

6:42. p.m

Se subió la capucha de su campera dejando al descubierto una mechales de pelo, cerró la funda de su chelo y lo levantó para colgárselo de los hombros, salió a la puerta y miró el cielo, lloviznaba una vez más, se encendió un cigarrillo y bajo los seis escalones desde la entrada del conservatorio municipal hasta la vereda. No se dio cuenta de que alguien la observaba, levantó la mirada y lo vio, Darío Sàez estaba apoyado en su automovil último modelo en la vereda de enfrente, Eva se quedó unos minutos mirándolo, ninguno de los dos hizo gesto alguno, sólo se observaban, no hacían falta palabras, ambos intentaron cruzar la calle, pero algo los detenía, Eva se quedo quieta, él cruzó, estaban a menos de un metro de distancia frente a frente, Darío no supo qué hacer, Eva bajo la mirada, todo su cuerpo ardía en deseos de hacerle cientos de preguntas, estaba de frente a su abusador una vez más, pero no sería una actitud inteligente de su parte atacarlo, Darío sentía su corazón latir con rapidez, al punto de creer que estallaría en su pecho, no dijo nada, no había mucho que decir.

Las calles estaban vacías, no se veía ni un alma, sólo estaban ellos. Eva, indecisa, caminó unos pasos, él cruzó el césped, pero al no percibir ningún movimiento más de parte de Eva, permaneció en su lugar. —“No seas idiota” —Pensó Eva, debió resistir la tentación de echarse sobre él, ambos se dieron la espalda y se alejaron otra vez, dos meses de no verse no eran suficientes, necesitaban aclarar sus sentimientos, debían pensar que harían con esa

cantidad de sentimientos atenuados, los dos se había hecho daño, habían guardado rencor durante años, el destino los había cruzado para enfrentarlos a sus recuerdos más oscuros.

Jueves, 15 de abril de 1987.

4:42. p.m

Intentaba abrir los ojos pero sentía los parpados pesados, veía imágenes borrosas, como si estuviera en un sueño, vio una mano que jugaba con una cadena, abría y cerraban el relicario que había pertenecido a su madre, podía ver claramente la foto de cuando tenía seis años, sus ojos estaban cansados, como si hubiera dormido en exceso, sentía a Ángela sobre su cuerpo, en algunas ocasiones lo había despertado meneándose sobre él, entre abrió los ojos y así fue, alguien le hacía el amor, la habitación estaba en penumbras, sintió el sabor metálico de la sangre en su boca, se tocó lentamente la cabeza, la botella al romperse le había provocado algunos cortes, por momentos su visión se tornaba roja, se limpió la sangre que caía en sus ojos, podía escucharse los relámpagos estallar en el cielo, Mateo poco a poco recuperaba la conciencia. Al abrir los ojos definitivamente, se sintió mal, como si el estómago se le diera vuelta, la mujer que estaba sobre él no era su novia, era Lucrecia Olivera Sonders completamente desnuda, intentó levantar los brazos para quitársela de encima pero no pudo.

—No quiero hacerlo... ¡Ya basta! —Dijo Mateo balbuceando.

—Tu cuerpo no dice lo mismo. —Le dijo Carmen.

—¡No! ¡No puedo, no me hagas esto! —Exclamó Mateo, había tenido una erección involuntaria, pero no quería tener sexo con ella, hacía mucho tiempo que ya no la deseaba físicamente.

Carmen se levantó, se puso el vestido y encendió dos cigarrillos, uno lo puso entre los labios de Mateo, después de ayudarlo a sentarse en la cama y amarrarlo con las manos juntas.

—Así es la sumisión, así nos sentimos las mujeres cuando alguien abusa de nosotras, si sabré yo de eso... Mi padre fue mi primer hombre, la primera vez que me violó tenía seis años... Seguramente estas experimentando esa sensación de angustia, es tan extrema que quema por dentro pero no te deja llorar, te obliga más bien a contenerte para sacar fuerzas, después vendrá el instinto de supervivencia cuando te des cuenta que voy a matarte... Si sabré también de eso, en el hospital Meyer aprendes a contenerte, llega un momento

que hasta esperas que pase corriendo alguna rata en la zona de aislamiento para no sentirte tan sola. —Dijo Carmen quitando el cigarrillo de la boca de Mateo.

—No me siento así, está equivocada Carmen, siempre te equivocas conmigo. —Dijo Mateo.

—¿Carmen? No soy Carmen, dime Lucrecia ahora... No mientas, ya no me mirabas con deseo, sé que esto te causo repulsión, lo hice solamente por placer, el dinero lo puede todo, querido Mateo, el esposo de Carmen nos dejó rica.

—¡Estas enferma! —Exclamó Mateo.

—Se llama personalidad múltiple, o al menos eso creen los psiquiatras. —Dijo Carmen riéndose.

—Llevas un poco más de un día medio muerto ahí tirado.

—Estas enferma, loca de mierda... ¿Por qué mataste a Claudia?

—Porque se enamoró de otra, una loca también, Claudia y yo nos conocíamos desde la infancia, compartimos el despertar sexual juntas, desde los nueve años que éramos las mejores amigas, cuando cumplí catorce y ella dieciséis la vida nos separó, mi padre se casó y nos fuimos a vivir a la maldita y húmeda ciudad de Santa María, cuando cumplí dieciocho años, me encamé con una profesora de matemática que era casada, el esposo nos encontró juntas justo cuando yo le hacía sexo oral y el tipo comenzó a golpearla, obviamente la defendí, estaba loca de lujuria por esa mujer, por supuesto le rompí la cabeza al esposo, la muy puta puedes creer que declaró en mi contra, esa mujer arruino mi vida, a mí me enviaron al hospital del infierno, tenía sólo dieciocho años cuando fui internada junto con los despojos de la sociedad, era el año 64', a los dos años me reencontré con Claudia, ella hacía sus prácticas de enfermería, quería ser medica... Era tan hermosa, fue la única mujer que amé de verdad... En fin, renació nuestro amor prohibido entre los pabellones del viejo hospital, pero la vida es como una ruleta rusa y ya sabes a quien conocí en el psiquiátrico. —Dijo Carmen sonriendo mientras limpiaba la sangre del rostro de Mateo, la botella al estallar en su cabeza le había provocado algunos cortes profundos no dejaba de sangrar.

—No tengo la bola de cristal, Lucrecia.

—A tu amigo Lorenzo Meyer, vaya que hombre tan apuesto y viril, elegante, con estilo diría, parecía sacado de una película, fue el primer tipo con el que me acosté, sacándolo a mi padre, por supuesto. Fue a fines del 65',

me volví loca por él, era capaz de hacer cualquier cosa, teníamos relaciones en el bosque, en la capilla, en donde fuera, dejé a Claudia por él, pero el estúpido estaba enamorado de su hermana, me puse furiosa cuando me dejó.

—Hija de puta... Me viste llorar por mi madre en más de una ocasión y conocías a Lorenzo, sabía que es uno de los principales sospechosos.

—No me interrumpas o te arranco la lengua... Como te decía, el romance con Lorenzo duro unos siete meses, después se fue de la ciudad, y una maravillosa y cálida tarde del 67' conocí al amor de su vida, Sofía Meyer, nos hicimos amigas, nada más que amigas por tres meses, ella me ofreció ayudarme a escapar a cambio de matarla, era una cobarde mierda, escapé una noche con su ayuda, me llevó a su casa dentro de la cajuela de su auto, recuerdo que era un viernes, me dio una pistola, me dijo que pusiera un pañuelo con anestésico sobre su rostro y que disparara en medio de su frente, se recostó, hice todo lo que ella me pidió, la odiaba a esa hija de puta que Lorenzo amaba tanto, le disparé en medio de la frente, su vida se esfumó rápido, pero sentía tanto odio porque Lorenzo la amaba y a mí simplemente me desechó, que le arranqué los ojos, él siempre hablaba de los ojos de su hermana, me decía que sus ojos eran hermosos, un ojo de cada color tenía la estúpida, se los quité para que él sufriera, los tiré al inodoro y me fui de la casa, cuando salí del cuarto de Sofía vi a tu novia Ángela, era una mocosa todavía, iba a dispararle pero el arma se trabó y escape de la casa.. —Dijo Carmen abrochando el pantalón de Mateo.

—Angela pensó que eras un hombre joven, un amigo de su tía.

—Sí, no te equivocaste en eso, me había puesto un tapado para la lluvia para cubrirme por si alguien me veía salir, yo maté a esa mujer por celos y para hacer sufrir a Lorenzo, me fui de la ciudad... Trabajé como mesera en varios bares nocturnos, dos años después me crucé por casualidad con Lorenzo en un cabaret donde trabajaba, tuvimos una semana de sexo increíble, me presentó a un conocido suyo, Gerardo French, era dueño de un prestigioso diario, me casé rápido con él y aprendí el oficio, me convertí en la esposa trofeo de ese viejo de mierda, él me ayudo a cambiar mi nombre. Deje atrás la vida de Lucrecia Olivera Sonders, hasta que debí ir a Santa María por tu culpa, por tu obsesión con el estrangulador nocturno, y me crucé otra vez en la vida de Claudia y de los Meyer, quería que ella fuera mi amante, yo la amé, ella me amenazó con denunciarme a pesar de que me había escapado hacía muchos años, encima era feliz con otra mujer, me molesté tanto que la

estrangulé, estaba enamorada de otra mujer y si la mataba nadie más sabría mi pasado, sólo Lorenzo, y esperaba que lo encontraras para matarlo a él también.

—¿Y lo encontraste? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —Preguntó Mateo.

—En el 84' después de que apareciera Virginia Ledesma muerta, lo crucé por esas cosas de destino en la calle, estaba tan guapo como siempre, fuimos a una pequeña reunión en el departamento de Santiago Muñoz y me llevó a su casa en Santa María, la estúpida de la hija se creía que él era una sombra y que el sonido de mi zapato era el espíritu de Virginia Ledesma, cada vez que iba a su casa era de madrugada, hacíamos el amor y me gustaba asustar a tu novia, fui unas cuatro veces, siempre a escondidas, después Lorenzo se fue, desapareció otra vez, creías que él era el estrangulador nocturno, y la verdad eso no lo sé, pero lo amo y lo odio, y quería protegerlo, pero a su vez quiero asesinarlo por haberme dejado tantas veces.. —Dijo Carmen.

—Lograste engañarme muy bien, te felicito, el aro en la escena del crimen fue un error.

—Lo sé, iba a tirarlo por el inodoro, pero esos aros fueron de mi madre, los usaba mucho cuando era Lucrecia, me hacían sentir bien, los llevó en la cartera como amuleto, aunque ahora no soy Lucrecia. Ese día los use porque quería que ella me viera como Lucrecia, la mujer que amaba, la estúpida me los arrancó en el forcejeo, dio pelea la perra... En fin... Ahora tengo tu vida entre mis manos, siempre quise decirte toda mi verdad, cuando empezaste a tener esa conexión mental con el asesino pensé que me descubrirías... ¿Por qué nunca me investigaste?

—Por qué eras mi amiga, mi amante, eras la esposa de Gerardo French... Podes hacer lo que quieras con mi vida, no me asusta.

—Debo pensar, no puedo dejarte vivo. —Dijo Carmen, se levantó, caminaba ansiosa por la habitación.

Mateo estaba inmóvil, intentaba de ratos quitarse las cuerdas para soltar sus muñecas, le dolía el corte en su cabeza, sentía también las manos dormidas, debía pensar con calma como salir de aquella situación, Carmen regresó.

—Podría pasar toda la noche contigo, relatarte toda mi vida, por qué asesiné personas... Todo se resume en el hecho de que estoy loca, igual decirte todo no cambiaría nada de lo que hice, me gustabas mucho, Mateo, esa

energía, ese deseo de capturar a los malos, esas ganas de vivir tan intensa... Tenías que ponerte de novio con la loquita de Ángela y arruinar todo lo nuestro, eras sagrado para mí, de cierta forma me recordabas a Claudia y su extensa labor en llevar presa a Julia Acher porque envenenó a su padre, Julia terminó con la vida de mi padre y a mí me importó un carajo, pero Claudia quería justicia, ambos inquietos apasionados, demasiados puros para mí.

—¿Por qué matas personas? Siempre quise saber porque matan los asesinos.. —Dijo Mateo al verla con una pistola calibre 32.

—Por placer, supongo, cuando las cosas no son como quiero, no queda más remedio que matar, no soy la única que mató por amor, o por odio, o no sé... Se te paso por alto una prueba contra el estrangulador nocturno, una que podría abrir el caso y al menos lo tendrían de sospechoso a Lorenzo Meyer, aunque no creas que podrás llevarlo a la cárcel si es él el asesino, Lorenzo es hábil. —Dijo Carmen, se sentó frente a él y cruzó sus piernas, lo miraba fríamente apuntándolo con el arma.

—Quisiera saber cuál es la prueba que llevaría a abrir el caso del estrangulador nocturno, si voy a morir, al menos quiero saber qué fue lo que se me paso por alto.

—Es simple Mateo, es tan simple y fácil que tu cabecita loca por la investigación y tu ansiedad no te lo dejaron ver... “Margot” N° 3 neutral soft pink, la marca y el número del esmalte que usa el asesino para dejar esas uñas perfectas, puras y castas, en todas usó la misma marca de esmalte, una línea de productos para la belleza muy costosa, utilizada sólo por mujeres de alta sociedad. Tiene debilidad por las manos de todas sus víctimas, es más, regala el esmalte como señal de agradecimiento, siempre a la misma persona... El sueño de cualquier muchacha de clase media o baja esa marca específica de productos.. —Dijo Carmen sonriendo.

—Eso me dijo Santiago Muñoz, que un amigo le regalo el esmalte que estaba sobre la mesa, que un mesero jamás podría comprarse esa marca... Santiago Muñoz ve a Lorenzo Meyer aún.. —Dijo Mateo.

—O quizás se lo regalo Cesar Aguirre... Un producto algo difícil de conseguir, es una prueba fácil de descubrir aunque difícil de encontrar. — Exclamó Carmen borrando su sonrisa del rostro. —Voy a ejecutarte estilo mafia, es lo mejor, no habrá dudas, cuántos tipos fueron a la cárcel gracias a tus investigaciones.

—Antes de matarme quiero despedirme, sólo un beso. —Dijo Mateo.

—Pensé que darías batalla o al menos suplicarías, me das lastima.

—Para qué suplicar, si de todas maneras lo harás, pero un beso es todo lo que quiero.

—De acuerdo. —Exclamó Carmen.

Se sentó en la cama frente a él, se acercó y le dio un largo beso en los labios, lo miró a los ojos, Mateo le propinó un golpe certero en la nariz con su cabeza, Carmen cayó instantáneamente al piso desmayada. Mateo comenzó a llamar a los gritos a la dueña de la pensión.

CAPITULO 18

Viernes, 12 de junio de 1987

Se quedó sentado frente a la ventana por más de una hora, sólo pensaba en todos los acontecimientos ocurridos ese año, Carmen había sido importante en su vida, los últimos siete años toda su amistad no había sido más que una mentira, ella nunca había existido, sólo fue un reinventó de sí misma. Estaba inexpresivo mirando el cielo próximo a amanecer, Sofía Meyer, Claudia García, y sus otras víctimas ya podían descansar en paz, inclusive Gerardo French, una autopsia reveló que el dueño de la editorial había sido envenenado lentamente con la flor de Adelfa por su esposa, Lucrecia Olivera Sonders, fue enviada al hospital mental de donde se había fugado veinte años atrás, sus abogados pidieron arresto domiciliario, pero el juez se lo negó por ser considerada peligrosa para la sociedad, confesó sus crímenes sabiendo que sólo la esperaba unos años en el hospital, fue declarada inimputable por enfermedad mental. Mateo estaba delgado, lucía una barbilla algo crecida en su rostro y se notaba bastante mal de aspecto, había recibido siete puntos de sutura en la cabeza debido al corte que provocó el choque de la botella de vidrio contra su cabeza, dos días de internación fueron suficientes, el médico le ordenó reposo de cinco días, se sentía humillado por Carmen. La prensa hizo alarde durante el primer mes con el caso de Lucrecia Olivera Sonders, casi era considerada una persona famosa. Mateo no perdió oportunidad de hablar con el juez para que abriera el caso del estrangulador nocturno, poder poner bajo sospecha a Santiago Muñoz y Lorenzo Meyer sería una ardua tarea por delante, Mateo consideraba que Santiago era la persona que marcaba a las mujeres para el Dr. Meyer, al menos tenía la certeza de esto con Virginia, había sido su mejor amiga según sus propios dichos.

—¿Qué haces? —Dijo Ángela y se sentó a su lado.

—No puedo dormir... Gracias por cuidarme tanto. —Le dijo Mateo, se veía agotado y algo demacrado.

—Te amo.. —Dijo Ángela apoyando su cabeza en el hombro de Mateo, se quedaron en silencio contemplando juntos el amanecer.

Lunes, 15 de junio de 1987

Miró su reloj y respiró profundamente, acababa de estacionar frente a la

casa de la familia Bonnet, agarró su bolso y los cigarrillos de la guantera, se puso la corbata mirándose en el espejo retrovisor, estiró su cabello hacia atrás con ambas manos y salió del auto, cuando estaba cruzando la calle notó que una mujer de cabello largo y oscuro estaba ingresando a la casa, aceleró sus pasos.

—¡Disculpe, señorita!. —Dijo Mateo. La mujer si dio media vuelta.

—¿Qué necesita? —Preguntó Eva.

—Busco a Teresa Bonnet. —Respondió Mateo.

—Es mi madre, veré si está disponible. ¿De parte de quién? —Preguntó Eva mirando con desconfianza y abrió la puerta.

—Mateo Braun.

—Enseguida le diré si puede atenderlo espere aquí.. —Dijo Eva e ingresó y cerró la puerta.

Mateo se encendió un cigarrillo, estaba seguro que aquella mujer era Eva, la hija de Sofia, su parecido lo sorprendió.

—Mi madre no lo recibirá, dice que por favor ya no vuelva a llamarla ni regrese a esta casa.. —Dijo Eva al abrir la puerta.

—Al menos deme la oportunidad de hablar con usted.

—Lo siento, no puedo.. —Dijo Eva y comenzó a cerrar la puerta.

—¿Es usted Eva Bonnet? —Preguntó Mateo.

—Sí... Soy yo... Pero no hablaré con usted.

—Sólo serán unos minutos, por favor.. —Dijo Mateo. Eva cerró la puerta.

— ¡Por favor! —Suplicó.

Mateo se quedó impresionado con el parecido que tenía a su madre, Sofia Meyer tenía el mismo color de cabello, ambas tenían los ojos de diferentes colores, no iba a quedarse tranquilo, había sido arrebatada de su verdadera madre y criada por otra mujer. Mateo escuchó la puerta abrirse lentamente, del otro lado Eva lo observó directamente a los ojos.

—¿Qué quiere saber? ¿Es por mi padre? —Preguntó Eva.

—No, es por otro familiar suyo.. —Dijo Mateo, no estaba seguro de ser él quien le dijera la verdad sobre su identidad.

—¿Quién? —Preguntó Eva.

—Lorenzo Meyer.

—Él es mi primo pero no lo conozco, no sé mucho sobre él.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo? —Preguntó Mateo.

—No. ¿Por qué lo busca un periodista? —Preguntó Eva.

—Es algo difícil de explicar... ¿Cuándo acepta usted una entrevista? Me ayudaría mucho saber de él.. —Dijo Mateo.

—Lo espero en una hora en el bar que está a tres cuadras, ahora debo atender a mi madre.. —Dijo Eva.

Había algo en Eva que lo impresionó bastante, Mateo la había investigado, sabía sobre el suicidio de quien ella creía su padre, sobre el abuso sexual sufrido a los dieciocho años, de sus ataques de ira y de su internación en el psiquiátrico. Su apariencia de chica ruda no lo intimidó en lo más mínimo, era delicada tras ese grueso deliñado bajo sus ojos, Mateo sabía sobre el incidente ocurrido en aquella casona, de su hermanastra en la cárcel, Isabel Bonnet quien también había sido adoptada, pero al verla ella cambió todas sus especulaciones, se sorprendió bastante al saber que ella sabía sobre la existencia de su primo Lorenzo, pero a pesar de todo no se sentía cómodo ante la idea de revelar la verdad sobre sus progenitores, intentaría solamente engendrar la duda en ella para no meterse en su vida privada, tampoco le hablaría sobre Ángela, era bastante abrumador todo como para poner al tanto a ambas.

La tarde estaba gris, cada tanto la llovizna persistía en las calles de la ciudad, la humedad era altísima provocando una temperatura demasiado agradable para la estación que corría, Mateo daba sorbos largos a su taza de submarino, comía con lentitud unos merengues con crema. Fue entonces que notó que acababa de ingresar al bar Eva Bonnet, al verlo se sentó junto a él, la camarera se acercó a ellos y Eva le pidió lo mismo de siempre, café al coñac.

—No tengo mucho tiempo, le daré esta entrevista pese a que mi madre no quiere saber nada con usted, me dijo que se estaba entrometiendo en asuntos familiares, ella tiene una relación un tanto extraña con su familia, quisiera que sea claro y conciso.

—Lo seré, ¿qué sabe usted de los hermanos de su madre? —Preguntó Mateo.

—¿Fuma? —Preguntó Eva echando su cabello hacia atrás y ofreciéndole un cigarrillo.

—Sí, gracias.. —Dijo Mateo observando su remera.

—Mi madre siempre fue reservada, no tiene un álbum familiar entre sus pertenencias, es como si quisiera ocultar o esconder algo, ella nació en Alemania, tenía cuatro hermanos, no los conocí a todos, quiso ir al entierro de su hermana mayor, Alicia se llamaba, por lo que me dijo, se dedicaba a la

restauración de muñecas antiguas y estaba casada con un médico psiquiatra, de esto hablamos después del entierro, antes jamás quería hablar de ellos, supe que mi primo Lorenzo visitó a mi madre y hablaron toda la tarde en su despacho, me dijo que era un tipo simpático, pero yo estaba ese día y no pude conocerlo, conocí hace poco a Santiago es el hermano mayor de mi madre, ese tipo no me gusto, tenía una mirada fría.

—¿Conoce a Ángela Meyer? —Preguntó Mateo.

—No. ¿Quién es? —Respondió Eva.

—Es hija de su primo, Lorenzo Meyer.

—No sé casi nada de ellos, mi madre se encargó muy bien de alejarlos de sus vidas.. —Dijo Eva.

—¿Sabe quién es Sofía Meyer? —Preguntó Mateo.

—No, parece que hay varios Meyer que no conozco.. —Dijo Eva recibiendo la taza de café.

—Sofía Meyer era hija adoptiva de Alicia, cuando su tía contrajo matrimonio con el Dr. Meyer, este tenía una hija, lo que me interesa saber es si usted puede preguntarle a su madre si sabe donde se hospeda Lorenzo.

—¿Por qué investiga a mi familia? ¿Por qué necesita encontrar a Lorenzo? —Preguntó Eva ansiosa.

—Le diré la verdad, Lorenzo Meyer es sospechoso en el asesinato de una secretaria, podría ser el estrangulador nocturno, aunque no hay nada concreto todavía, se trata de mi investigación personal.. —Dijo Mateo.

—Me deja usted sorprendida, aunque al parecer es un buen tipo, él no sabía sobre mi madre o sobre mí, hasta la visitó, es más ayer en la noche cenó en mi con mi madre, pero no dijo donde se hospedaba, voy a ayudarlo porque odio a quienes abusan de su poder, puede contar conmigo...Si Lorenzo es sospechoso y culpable debe pagar.

Mateo se sintió mareado, cerró los ojos aprontándolos con fuerza y cayó al piso, la camarera del bar grito que quizás era sufría un ataque de epilepsia por la forma en que se sacudía, Mateo pudo ver claramente en su mente a Ángela abriendo la puerta de su casa, ingresó a la sala miró hacía un costado y se miró al espejo la imagen se veía distorsionada, Ángela lo llevó hasta la cocina.

—¿Se encuentra bien? Pensamos que sufría un ataque— Preguntó la voz de Eva. Mateo abría y cerraba los ojos, se puso de pie tomando sus carpetas nervioso.

—Estoy bien...Lo siento Srta. Bonnet, hablaremos pronto, recordé que debo hacer algo urgente.. —Dijo Mateo y salió casi corriendo del bar, si sus visiones eran ciertas, quizás el asesino de su madre estaba en ese momento con su novia, sintió temor porque le hiciera daño.

—¡Espere!. —Dijo Eva, pero él ya había atravesado la puerta de salida, se había olvidado una carpeta sobre la mesa.

—Tus amigos cada vez son más raros Eva. —Dijo la camarera recogiendo las cosas que se habían caído de la mesa cuando Mateo se desvaneció.

—Sí, era algo extraño ese muchacho. —Dijo Eva guardando la carpeta de Mateo en su bolso.

Cuando Eva regresó a su casa ingresó despacio, su madre dormía, fue hasta su habitación abrió las carpetas que Mateo Braun las que había olvidado al salir a las corridas del bar, un cuaderno forrado en color rojo cayó al piso, lo levantó y comenzó a leer, era el diario íntimo de Sofía Meyer. Sus ojos ansiosos no se apartaban de la verdad, sintió deseos de vomitar, la ira comenzaba atormentarla, dejó el cuaderno bajo su almohada, caminó con pasos lentos por el pasillo, abrió despacio la puerta de la habitación de Teresa, la observó por un rato, dormía, ¿Teresa no era realmente su verdadera madre? ¿Por qué le ocultó la verdad? Se sintió aturdida, cerró la puerta y salió de la casa.

Corrió bajo la lluvia las catorce cuerdas que la separaban de la casa de Darío, al llegar tocó el timbre frenéticamente, él acudió al llamado, al abrir se encontró con Eva completamente mojada por la lluvia.

—¿¡Sabías la verdad!?! —Le preguntó e ingresó a su casa.

—¿Qué verdad? —Preguntó

—¡Que no soy hija de Teresa Bonnet, al parecer mi madre se llamaba Sofía Meyer y mi padre es el Dr. Lorenzo Meyer! El hijo del fundador del hospital... ¿Te suena Meyer?... No puede ser real, si es así mi vida no podría ser peor... Lorenzo Meyer es sospechoso en el asesinato de cinco mujeres... Primero un padre pedófilo y ahora un asesino de mujeres.. —Dijo Eva y se dejó caer sobre el sillón, por primera vez lloró frente a alguien más.

—Cálmate...Tu madre me lo dijo, pero también me pidió que guardara su secreto, te puedo asegurar que es peor tener un padre nazi.

—¡Debiste decírmelo de todas formas!. —Dijo Eva y lo golpeo en el rostro.

—Si lo necesitas puedes golpearme, saca todo el dolor que te posee,

¡pégame!

—No sé por qué mierda vine a esta casa.. —Dijo Eva y lo abrazó.

—¡Eva! ¡Eva! —Repetía Darío abrazándola con fuerza, ella se levantó del sillón.

—Nada es verdad, Teresa me mintió toda la vida, ¿por qué? Me hubiera gustado conocer a Sofía.. —Dijo Eva.

—Tu madre es una mujer muy anciana, si deseas hablar de esto con ella debe ser con paciencia.. —Dijo Darío.

—Nada va a cambiar mis sentimientos por Teresa, pero mis padres me amaron, eso le da otro sentido a todo, te juro que no descansaré hasta saber toda la verdad.

—¿Me amas? —Preguntó Darío.

—No... No sé...No intentes aprovecharte de mí tristeza.. —Dijo ella alejándose. —Que este ahora en tu casa no quiere decir que vamos a ser algo, todavía no sé si te quiero en mi vida.. —Dijo Eva poniéndose de pie.

Darío la acompañó hasta la puerta.

—Y... ¿Todavía me odias? —Preguntó Darío.

—Tu venganza contra quien creí que era mi padre no tiene perdón, déjame pensar Darío, ahora no sé qué hacer, estoy demasiado confundida. —Eva lo miró a los ojos le dio un beso en la mejilla, se perdió bajo la lluvia, Darío se quedó allí observándola marcharse una vez más.

Lunes, 15 de junio de 1987.

Mientras conducía a máxima velocidad, Mateo comenzó a sentirse mareado y con náuseas otra vez, pero seguía conduciendo, apretó los ojos, no podía ver nada, piso algo que provocó que se le reventara una rueda y dio giros en medio de la calle. Bajo del auto y comenzó a correr, le faltaban siete calles hasta la casa de los Meyer, la lluvia empezó a caer con fuerzas, cuando estaba a cuatro cuadras, sus ojos veían a Ángela junto al hogar sirviendo dos tazas de té, cayó sobre el asfalto en medio de la calle, el asesino la tomó de ambas manos, y la miraba directamente a los ojos, ella sonreía felizmente, se levantó del sillón y fue hasta la chimenea, observaba los portarretratos, por un momento se reflejó nuevamente en el espejo, era el rostro de Cesar Aguirre que se transformaba en el rostro de Lorenzo Meyer, que cambiaba lentamente al rostro de Carmen y después en el rostro de Santiago Muñoz, vislumbraba los rostros cambiando de aspectos en todos los reflejos. Mateo dio un grito a

todo pulmón y su visión se esfumó, se sentó en el suelo y vomitó, estaba arrodillado sobre el asfalto y el agua caía sobre él, intentó levantarse y debió vomitar más en la acera, después comenzó a correr nuevamente.

Al llegar a la casa de los Meyer vio un automóvil azul estacionado en la entrada, buscó las llaves de la casa en sus bolsillos, las había dejado en la guantera, tocó varias veces el timbre desesperado, Ángela lo recibió, él ingresó lentamente.

—¡Mateo! La lluvia te dejó empapado, espera que te traeré una toalla.. —
Dijo Ángela.

—No, estoy bien. ¿Hay alguien contigo? —Preguntó Mateo tomándola de la mano.

—Sí. Seguramente viste el auto afuera y no pudiste entrar el tuyo, es mi padre, ya se está por ir, quiero que lo conozcas. —Respondió con una enorme sonrisa.

—¿Dónde está? —Preguntó tartamudeando.

—Acabamos de cenar, me dijo que debía estar un rato solo en el despacho de su padre... ¿Por qué estás tan nervioso? —Preguntó Ángela asustada.

—Por nada, está todo bien. —Respondió mientras miró hacia la escalera.

—Acomódate un poco te ves fatal, voy a presentarte a mi padre ni bien bajé.

Lorenzo Meyer bajaba las escaleras, sus ojos temerosos y bien abiertos lo observaban mientras se acercaba a ellos con lentitud, en tan sólo unos pocos segundos Mateo observó cada detalle de la figura que tenía frente a él, el Dr. Lorenzo Meyer, sin dudas era un hombre culto y refinado, su estatura era alta, aproximadamente un metro con ochenta y cinco centímetros, quizás un poco más, su cuerpo estaba bien proporcionado, aunque era algo delgado. Llevaba puesto un traje formal de color negro, su rostro presentaba distinguidas facciones, aunque su expresión era firme y algo arrogante, su mentón y labio superior estaban adornados por una prolija y recortada barbilla de color rubio un poco canosa, su cabello corto tenía una raya a un costado y estaba prolijamente estirado con gel, dejaba ver una cabellera que alguna vez había sido rubia o rojiza y ahora estaba casi blanca. Su aspecto en general sugería una inteligencia fuera de lo corriente y una educación excelente, su tez era extremadamente pálida, el doctor se quitó los pequeños y circulares anteojos y los colocó en su bolsillo, para estirar su mano hacia el novio de su hija en señal de un respetuoso y cordial saludo, Mateo apretó su mano levemente y

enseguida la soltó, los ojos de Lorenzo lo dejaron atónito, eran unos ojos extraños, de color azul que gradualmente hasta llegar a las pupilas, comenzaban a aclararse, parecían volverse de color miel, como si unos pequeños rayos atravesaran aquel celeste intenso, sus pupilas eran negras y un poco más grandes de lo normal, aquellos ojos parecían los de un lobo siberiano o los de un demonio, no mostraban ningún sentimiento, sólo frialdad, aunque cuando miraba a su hija, parecía más bien una mirada de tristeza.

—Mateo, ¿te encuentras bien? —Preguntó Ángela.

—¡Sí! —Exclamó él sin dejar de mirar a su padre.

—Papá, él es mi novio, Mateo Braun.

—¡Al fin nos conocemos!. —Dijo Lorenzo con una pequeña sonrisa y extendió su mano.

Mateo tardó unos segundos en responder el saludo con un apretón de manos, los ojos de Lorenzo se clavaron en los suyos, sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, aquellos ojos de lobo, como solía describirlos, lo atormentaron por unos segundos, quitó su vista por un instante y se vio reflejado en el espejo, ambos se miraron a través del espejo.

—Supe que usted sufrió un altercado con una prófuga del Hospital psiquiátrico.... —Dijo Lorenzo.

—Sí, me repongo de eso. —Respondió Mateo.

—Supe también sobre su gran interés por conocerme, sé que le apasiona la investigación, he leído su columna en la revista las Páginas Negras.. —Dijo Lorenzo enseñando una sonrisa con un sólo costado de sus labios.

—Ansiaba conocerlo, hace algunos años que sigo los pasos del estrangulador nocturno, ¿sabe de ese caso? —Preguntó Mateo con una mirada desafiante.

—Por supuesto, mi estimada hermana fue víctima de ese mal nacido... Siempre sospeché de mi colega, hablo del Dr. Cesar Aguirre, por si no lo sabía fuimos compañeros en la universidad de medicina, era un hombre decoroso para la mayoría de la gente, pero le gustaba andar en sitios nocturnos, siempre me pedía permiso para cortejar a mi hermana, pero su fama de mujeriego no me permitió aceptarlo... Supe que el Dr. Aguirre conoció a la quinta víctima por su nota, si no me equivoco a Virginia Ledesma.. —Dijo Lorenzo.

—Tenga por seguro que de tratarse de otra persona que no sea Aguirre, encontraré las pruebas para incriminarlo.

—Usted sabrá que el caso está cerrado, es una pena que Aguirre no haya pagado con la cárcel por sus crímenes, pero me encargue personalmente que mi hija tuviera los mejores abogados.

—Lo sé... Pero debe estar al tanto de las últimas investigaciones pertinentes al caso... No diré más, me gustaría sorprenderlo en mis próximas notas periodísticas, sé que de ser Aguirre, encontraré las pruebas reales.. —Dijo Mateo.

—Sí... Me gusta su firmeza y confianza... —Dijo Lorenzo sonriendo, hubo unos instantes de silencio. —Querida Ángela, al parecer elegiste un buen hombre de fuertes convicciones...En otra ocasión nos volveremos a ver, podríamos cenar los tres juntos cuando regrese a vitarlos. —Dijo Lorenzo.

—Quisiera tener una reunión privada con usted. —Dijo Mateo la voz le tartamudeó un poco.

—¡Por supuesto! Lo llamaré en cuanto tenga tiempo. —Dijo Lorenzo, mientras que Ángela lo ayudaba a colocarse su largo y negro saco. —Sepan disculparme pero debo marcharme, ¡buenas noches! —Dijo Lorenzo y besó a su hija en la mejilla.

Mateo se quedó mirándolo mientras atravesaba la puerta, acaba de conocer al padre de Ángela, el famoso Dr. Meyer, se sentía aliviado a pesar de sospechar de él, sentía el deseo casi incontrolable de correr tras Lorenzo y seguirlo, pero su automóvil había quedado varado a siete cuerdas, no podía decir nada frente a Ángela, podría ocasionarle una crisis nerviosa, sólo se quedó de pie observando como el automóvil se alejaba, con la terrible y amarga sensación de impotencia, de no haber podido hacer nada, ni una sola pregunta con respecto al caso que lo tenía como su principal sospechoso. Sabía que él regresaría o que lo encontraría nuevamente, sólo necesitaba pruebas, la certeza de que era el asesino serial del pasado para encarcelarlo, supo entonces que Lorenzo Meyer quizás no era el asesino de su madre, quizás realmente el estrangulador nocturno había sido siempre el Dr. Cesar Aguirre. Ángela se acercó a Mateo y lo abrazó por la espalda.

—Tranquilo amor mío.

—¿Por qué acabas de decirme eso? —Preguntó

—No soy tonta, sé qué crees que mi padre mató a esas mujeres, mi palabra y la tuya jamás servirán para nada en un juicio, eras un niño puedes estar equivocado, en cambio yo asesiné al estrangulador nocturno no me equivoqué. —Dijo Ángela, sus ojos estaban cargados de lágrimas pero no lloró.

—¿Qué es lo que sabes? —Preguntó

—No sé nada...Cierra la puerta, quiero irme a la cama.

—Sé que sabes algo, Ángela, debes recordar.

—No sé de qué estás hablando. —Respondió Ángela.

—De tu padre, de la noche del homicidio de Virginia Ledesma, viste de espaldas al asesino ¿Crees que era Cesar Aguirre? —Dijo Mateo elevando el tono de su voz.

—Sí, pero no sé quién es, no recuerdo más que fragmentos inútiles y en todos ellos esta Aguirre, Mateo déjame en paz. —Dijo Ángela y cubrió sus oídos con ambas manos.

—Tranquila.. —Dijo Mateo abrazándola, los relámpagos los iluminaban en la galería de la casa.

—Yo sé que mi mente me traiciona, sé que quizás tengas razón, quiero recordar... —Dijo Ángela ansiosa.

—Tranquila. —Exclamó él.

—No entiendes, yo ingresé al departamento de Virginia y la vi flotar en la tina, corrí pensando que podría salvarla.

—¿Qué decís? ¿Entonces todos estos años recordabas eso y nunca me lo dijiste? Preguntó Mateo nervioso— ¿Siempre recordaste esto Ángela? — Preguntó Mateo.

—No. Hace unos días, mientras buscaba la ropa para lavar, encontré en el fondo de un cajón un par de medias rojas de lana, pensé que las había echado a la basura, entonces recordé la noche en que mataron a Virginia, después de ver al tipo de espalda, observé a medias que él se vestía, salió del departamento e ingresé por la puerta del balcón, vi a Virginia muerta flotaba en su bañera llena de agua, intenté sacarla de la tina pero era tarde, ya no había vida en ella, la abracé con fuerzas, me mojé el camión y las medias, seguramente ahí cayó mi collar y por eso lo encontraste, luche con todas mis fuerzas por sacarla del agua, cuando escuché la puerta principal abrirse, salí con rapidez y regresé al balcón, el asesino había regresado, quizás fue a buscar algo, nunca vi su rostro, al menos no recuerdo su rostro, sé que era parecido a mi padre, pero el amante de Virginia también se parecía a mi padre, espiaba detrás de las cortinas del departamento para lograr ver su rostro, Virginia Ledesma ya estaba muerta, regresé a mi departamento, había olvidado esto, lo juro, recuerdo fragmentos pero en ninguno de ellos veo su rostro.

—¡Tranquila, Ángela!

—Leí tus notas, sé que sospechas de mi padre, que él es estrangulador nocturno, pero él no asesinó a mi tía, ese día en que asesinaron a mi tía, mientras desayunaba la vi entrar a la casa con una mujer, la presentó diciendo que era una amiga, mi padre no estaba aquella mañana, mi abuela debía salir, no iba a estar en todo el día, ellas se quedaron solas, yo lo vi a mi padre llorar desesperadamente sobre el regazo de Sofía, ese dolor no era fingido, los días anteriores él la cuidaba, la ayuda a bañarse, arreglaba su cabello, él no la mató, ni siquiera permitió que los hombres de la funeraria la vistieran ni la prepararan para el velorio, mi padre la bañó y arregló su cadáver para el entierro. —Dijo Ángela atosigada por el dolor.

—¡Ya no sigas! A tu tía la asesinó una paciente del hospital Meyer, no quería hacerte revivir esto, por eso no te dije nada, se llama Lucrecia Olivera Sonders, fue una ex novia de tu padre, estaba celosa, creíste que era un amigo de tu tía porque ella estaba cubierta por un tapado, pensaste que era un hombre y la mató una mujer envuelta en ira, llena de celos y envidia, esa es la verdad... ¡Tranquila! —Dijo Mateo.

—Pero sospechas que él es el estrangulador nocturno...

—Ya no sé qué pensar sobre este caso, ahora estoy aturdido...No hablemos de eso ahora, no quiero que te alteres.

—Mi padre pensó que no te conocería, le hablé tanto sobre nosotros.

—Tranquila mi amor, vamos a descansar, gracias por decirme todo esto, te quiero Ángela.

—Él te dejó algo, me pidió que no abriera, dijo que era un presente en gratitud por cuidar de mí, casi lo olvido, ya lo traigo lo dejé en la cocina, ya regreso. —Dijo Ángela y fue hasta la cocina. —Es un sobre, quizás una nota, conociendo a mi padre y su preocupación a larga distancia por mí, seguro es una carta de agradecimiento, o un cheque, te espero arriba.. —Dijo Ángela después de entregarle el sobre y se marchó.

Mateo la observó subir las escaleras y ella lo miró con ternura desde lo alto antes de desaparecer en el pasillo, él miró instintivamente el retrato que Ángela había dibujado del rostro de Virginia Ledesma, apretaba el sobre con miedo y ansia, sintió temor ante lo que podría haberle dejado Lorenzo Meyer en aquel sobre, caminó lentamente por la sala en penumbras, los últimos días habían sido de puras emociones, le temblaban las manos. ¿Cuál era la intensión de Lorenzo Meyer? No había motivo para que le escribiera una

carta, ni tampoco le importaban los pedidos o agradecimientos de quien podría ser el asesino de su madre, cientos de pensamientos oscuros lo abordaban en su mente, la imagen de su madre tendida en la cama con las manos entrelazadas y los ojos vendados, el cadáver de Cesar Aguirre sentado es estado de momificación, Carmen French narrando sus crímenes, Santiago Muñoz juntando los esmaltes de uñas de la mesa, Ángela y Eva Bonnet, Lorenzo bajando lentamente las escaleras, dudaba en abrirlo, su mente se nubló, —Es mejor que te tranquilices, dentro del sobre no va a estar el asesino.— Se dijo a sí mismo. Dejó el sobre en la mesa, se encendió un cigarrillo y recostó su cabeza en el respaldo del sillón, nada le devolvería la vida a su madre, María Laura Braun llevaba muerta muchos años, pero sabía que si la recordaba seguiría viva y que si hacia justicia contra su asesino ella descansaría, la noche estaba melancólica, se percibía un ambiente extraño, casi como si estuviera en una de sus ensoñaciones, a veces creía que se estaba volviendo loco. Cuando apagó el cigarro finalmente decidió abrir el sobre, respiró profundo y rompió el papel, cayó al piso una cadena, al verla le temblaron los labios, estaba nervioso, se puso de pie con rapidez, se inclinó y la levantó del suelo, sus ojos se llenaron de lágrimas, Mateo lanzó un grito con la cabeza levantada hacia el cielo raso, aquella cadena que tenía entre sus manos era la que el asesino, se llevó como recordatorio, era el relicario de su madre, lo abrió y observó la foto de cuando tenía seis años.

www.lucilacastrodiaz.com.ar

lucilacastrodiaz.blogspot.com.ar

lcd@lucilacastrodiaz.com.ar

lucilacastrodiaz@gmail.com

www.facebook.com/cuentosdeterrorlcd/